David Acrich Levy*

Obra literaria

-compilación-

Poemas, relatos y otros textos

* El autor es escritor, profesor y director de teatro. Cursó estudios superiores en Panamá, Israel y España. Ha publicado libros de poemas y relatos, artículos y ensayos diversos. Contacto: literalia (arroba) gmail.com

ÍNDICE

POESÍA

RELATOS Y OTROS TEXTOS

P O E S Í A

CANTO DEL GOLEM

LA GRAN CIUDAD

Arrojada la quietud
desbaratados los tiempos
pulverizada la piedad
enturbiado el azul del cielo
y la intimidad intimidada,
solo quedáis vosotras,
grandes ciudades, metrópolis.

Donde se cruzan el anhelo y el dinero
donde un teatro abraza al cementerio
donde el comerciante desprecia al mendigo
donde la suciedad se emparenta con lo pulcro
ahí estáis vosotras,
grandes ciudades, metrópolis.

Hoy leo el periódico y bebo Cocacola
hoy me pincho en una esquina o esnifo la coca
hoy me forro de dinero y sudo gotas de oro
hoy me visto de miseria y me enamoro de la pena
hoy me enajeno en el cine y como comida rápida
hoy robo para yantar y termino aprisionado
allí estoy yo, con vosotras,
grandes ciudades, metrópolis.

Estatuas agigantadas como dioses del presente
que te advierten del futuro.
Calles con excrementos de perros violadores
(porque en las grandes ciudades hasta los perros entienden).
Grandes moles comerciales que provocan, incitan, hierven,
que te quitan el dinero amparados por la ley.
Ruido, polución, desperdicios, atascos,
ésas sois vosotras,
grandes ciudades, metrópolis.

Es un presente perpetuo que une día con noche
es un universo de imágenes que amedrentan
son árboles mustios desteñidos que se asustan de dar sombra
son parques gigantes ciclópeos que dan algo más que vida
son rascacielos inmensos que imitan a Babel
son avenidas sin fin que intimidan con sus signos.
Sois vosotras, vosotras,
grandes ciudades, metrópolis.

CEMENTERIO

Es un cementerio. Míralo. No te aterres.
No es coña. No es coña. Es un cementerio.
Los hombres vacíos
maquillaje de cera sobre el vómito inerte
aquí no se sirven platos ni se bebe
aquí no hay almas agonizantes en busca de farmacias
aquí son muertos que arrastran sobre sí
kilos de tierra,
cadáveres que arañan sus nichos
lágrimas de deudos por las deudas que han dejado
gritos de ¡ay de mí! Que aterran a las calaveras
de los cuervos.
Es una ciudad que no es ciudad
sus jardines
y miles de flores de plástico
y las lápidas
y nombres y nombres de familias y alcurnias
y fotos
y cruces
y piedras
y santos
y estatuas
y nichos
y tumbas
y brazos
y cuerpos
y palas
y tierra
y mirada
y coronas
y musgo
y llanto
y sudor
y vómitos.
Y muertos y muertos y muertos
que habitan sus pisos, los últimos,
sin noches ni alcohol ni luna.
Y al frente, la otra ciudad,
la que cree vivir desnudando sus vicios
y escondiendo sus penas.
La que hace la corte a la vida
empuñando banderillas que clavan en su lomo
creyendo que con dos verónicas
conquistan el ruedo y la corrida
y reciben, orgullo y pasión,
dos orejas y un rabo.
Pero solo son seres vacíos
que habitan la ciudad
la ciudad que suponen que vive
son maquillajes de cera sobre vómitos inertes
son seres que comen y beben muriendo

son almas agonizantes en busca de farmacia
hombres que arrastran sobre sí
kilos de mierda y rencores
mientras arañan a la vida
angustia sudor y sangre
y gritan ¡ay de mí! Sin asustar al vecino.
Es la ciudad, la de enfrente,
la que cree vivir
sus parques
y miles y miles de quejas marchitas
y los pisos
y nombres de nombres que habitan en bloques
y grito
y congoja
y herida
y dolor
y venganza
y prisiones
y fraudes
y robos
y ríos
y playas
y soles
y noches
y amores
y agua
y espera
y temores
y orina
y olores
y vómitos.
Y muertos y muertos y muertos.
Es un cementerio. Míralo. No te aterres.
No es coña. No es coña. Es un cementerio.

GABIROL

Poeta solitario de corazón hermoso
Selomó.
Me imagino tu andar pausado
atravesando la judería, frente al Coso o deambulando
triste y enfermo de amor
incomprendido
repudiado junto a la Aljafería,
esperando la chispa que encendiera
tu vena
y transformara la palabra de dolor y soledad
en versos de esperanza, nostalgia y sentimiento.
Selomó, poeta solitario de corazón hermoso,
cuántas veces habrás grabado en la piedra aragonesa
la nostalgia por tu mar malagueño
mientras tu triste figura sufre el dolor

de un amor
sin recompensa.
Hoy como ayer retumba en mis oídos
tu voz virtual, Gabirol,
poeta triste que es como decir hebreo
que transformaste golpe, enfermedad y desengaño
en cánticos de amor y de alabanzas.
Selomó,
tus letras sustentan mi consuelo
porque la voz que te robaron
enciende la herencia de tu pueblo
que tengo aquí, viva,
en libros de luz y algarabía.

TIERRA DE PROMESAS

Como el eco que vibra te recorro
sin conocer aún las piedras de la soledad.
Te miro ahora diferente,
no como quien mira al edificio
que se construye
piedra sobre piedra
ladrillo tras ladrillo
para alojar en él
el soplo de la vida
el latido de los días
la rutina que completa el sinsentido.
Te miro, te toco y te recorro
con mis brazos, mis pasos, mi mirada
y te miro así, de otro modo
explorando tu historia y tu distancia.
Te miro con el brillo de otros ojos
que admiran
y se asombran.
Y te recorro con andar pausado
intentando descifrar el misterio
de tus piedras y santuarios
de la luz, la fuente, el monumento
que hablan del tiempo de los tiempos.
Y te toco, te quiero tocar
con manos enormes, gigantescas,
que abarquen tus tierras
y tus sombras
que aferran las piedras de la historia
para trocarlas por el juego de la vida
que apuestan hoy más que nunca
por la paz.

TOLEDO

No levantes la voz
quién sabe si te escuchan
los que están sentados en el trono
y utilizan el madero
para quemarte en la hoguera
quién sabe ya cuántas veces
quién sabe aún por dónde o cuándo
o hasta cuándo.
No levantes la voz
no vaya a ser que las piedras,
a la entrada del Cambrón
en las calles de la aljama
en la iglesia/sinagoga
y hasta en la orilla del Tajo
graben tus murmullos
impriman tus pisadas
y te acusen.
No sea que te culpen de herejía
y se ejecute la sentencia en la Plaza Mayor
con la catedral por testigo
mientras las campanas suenan a gloria
y cinco siglos transcurridos
intenten borrar la historia
afirmando que lo real
no era ni verdad ni mentira.
No. No levantes la voz.
Simplemente desgárrala.

JERUSALEM

Contigo puedo soñar
ensamblando el sueño piedra sobre piedra
y declarar la soledad como arma de amor maduro.
Tú te levantas entre montes y montañas
entre gritos de guerra y lenguas enemigas
y deshaces en el aire
el preludio de la destrucción
para retomar tu mágica energía
de los restos de piedra y de ceniza,
del esplendor de tu gloria milenaria
y volver a erigirte horizontal, fructífera,
entre olivos, laderas y susurros de plegarias
con el ansia de la paz en tu horizonte
mientras el sol tiñe de rojo
la tardía nube de paloma que te cubre.

BAHÍA DE PANAMÁ

Ven a mí, espuma agua cristalina
báñame como gota inmensa que golpea la tierra
riégame con tu sal licuada Y con tu olor a peces, sal y algas.
Déjame soñar en las alturas
e imaginarte densa, regia, fuerte,
azul, marina, celeste, verde.
Olas que revientan perfiles de nostalgia,
como revientan sobre las rocas de la bahía.
¡Soy yo, soy yo, tu marinero en el desierto desterrado!
Que no te tengo aquí, en las alturas,
en tierras de mesetas áridas y secas,
en lo profundo de la tierra más profunda.
Aquí, conmigo te tengo,
en la imagen del recuerdo imperecedero:
te sostengo en el bullicio ardiente de un día cualquiera
y te recreo en mi piel, mi sien y mi añoranza.
Te entrego mi aliento marinero,
como el que envía el sonido de su cuerno de cima en cima
o como el que con el fuego envía mensajes de paz o guerra:
mi aliento pacta con el viento
que arrastra mi miel mi aceite derramado mi proclama
topando con mil cercos sitios asediados
con jaurías peligros tentaciones
y abusos zancadillas y maldades.
Para llegar a ti, mar de mis recuerdos,
y encadenarte
con el último halo de mi aliento.

MADRID EN INFIERNO

Entre el calor que se escurre
y el sol que te aprisiona,
entre la sed que revienta
y la noche que devora,
en verano, Madrid, eres infierno.
Eres infierno presente
en la plaza
en la esquina
en el barrio
en el piso
en la sombra.
Eres infierno.
En las noches de chiringuitos
de horchata y de terraza,
en el estruendo de obreros
que pavimentan y perforan.
Eres infierno.
Pero así te quiero, Madrid,
infernal, ardiente y viva
ciudad que suda cuando ruge

ciudad que planta al viento
y grita su algarabía hasta la aurora.
A ti, Madrid, a ti me entrego
que del infierno haces verano
y destilas intensidad por tus arterias.
Madrid que del estruendo creas sueños
y redoblas corazones en un día estival
como el de ahora.

EMIGRANTE DE PATERA

El mar me habló de ti
y fue muy tarde.
No fuiste la luz de un ángel volador
y el cerco de ese mar te dio por engullido.
Busqué entonces entre pliegos de papeles
tu nombre
y solo habló tu silencio
tu silencio que a voces grita la tragedia
la expresión de la impotencia
que apunta
a las máscaras de quienes giran su rostro
mirando hacia otro lado
y exclaman:
-No es esta mi guerra, me desentiendo.
-Que se busque la vida en otro sitio.
-El que se arriesga, que se atenga.
No. No quiero conocerme entre esas máscaras
que muerden tiernamente
la pulpa de su fruta
mientras en la pantalla chica
ven como espectáculo,
tu muerte lenta.
Y la tuya.
Y la tuya.
Una expresión quizás, en el pálido rostro
alguna palabra, algún aliento
y devorar, tiernamente,
la pulpa de la fruta madura.
Mientras tú,
sumido en cáscara de madera
emprendes la huida
de las tinieblas
del dolor
de la guerra
del hambre
de la intransigencia
de la agonía del que vive sin vivir.
¿Y qué encuentras, candidato soñador
a inmigrante?
O la muerte o el olvido,
o la esencia de un juego que permite

señalarte a ti como acusado,
o las rejas de un campo que concentra
las miserias del alma que se quiebra
la rota ilusión de un sueño imposible
la libertad estrujada y prisionera
o el retorno a los infiernos.
Mientras tanto yo,
que no quiero,
y el vecino
y el vecino del vecino
en cómodos asientos del confort
que permite el mundo que llamamos “el primero”
(o “el segundo” que ni siquiera primeros)
contemplamos la verdad cubriéndola con velos
para no sentir ni cargos ni exigencias
ni tener que pronunciar disculpa alguna
y poder así, tras el fondo de tu imagen en pantalla
(hoy cadáver vivo, mañana nada)
saborear la tierna pulpa
de la fruta madura y exquisita
con la que ni siquiera te atreviste a soñar.

MUERTE

Ya las misas se acabaron
oscuridad y silencio
se han apagado los fósforos
y los batracios a croar
se cierra la puerta del alba
y no hay más suspiro ni aliento.
Los colores se destiñen
y las rondas dejan su danzar
los sedientos de beber
las guitarras de tocar
el enamorado de amar
y el mar de acariciar.
Tumbayá
Tumbayá.
Los bailes cambian de ritmo
los cencerros dejan de sonar
la soledad de sembrar banderas
las gargantas de arrastrar.
Ni plata
ni pluma
ni plomo.
Sólo polvo sólo polvo.
Tumbayá
Tumbayá.
Empieza una nueva danza
más amarga
larga carga
se aleja la primavera

el adivino se espanta
la historia se acurruca
y los cuentos de niños se ahogan en despedidas.
Llegó la hora
llegó la hora
sin farsantes sin sectas
sin ropas sin compañías
sin protestas sin profetas
sin libros
sin lomos
sin insomnios.
Tumbayá
Tumbayá.
Danza al vaivén del nuevo compás
sin sonido ni aurora
sin nieve ni mejilla
sin sueño ni sombra
sin ilusión ni montaña
vaivén sólo el vaivén del nuevo compás.
Tumbayá
Tumbayá.
Mientras se abre la tumba
mientras se turba la murga
mientras el tombo da tumbos
y se tambalea la tromba
que corta tierra y ceniza
que capta corte y fatiga
dando botes
bamboleando
y al tambor macabro golpe.
Tumbayá
Tumbayá.
Está escrito sobre piedra
adiós a patrias
adiós a la pupila
adiós al sol del verano
adiós a la vida
adiós a la danza
danza danza
alma maldita
la hora ya está servida.
La luz bella te reclama
con su ritmo
con su risa
con su rictus
con su rito
con su ruta
rucucú.
Tumbayá
Tumbayá.
¿Niebla?
¿Fumos?
¿Sombra?

¿Fuego?
Ya todo evaporado
ya la lengua diluida
y la imagen ya borrada.
Solo quedas tú, la muerte,
cesación
expiro
defunción
deceso.
Lúgubre fúnebre tétrico
muerte que me reclamas la vida
muerte que te regala el sepulcro
muerte que se venga danzando
danza viva viva viva
tan viva como la muerte
que se reaviva y anima
con el tambor del sepelio
con el tum-tum de la tumba
con el tamborileo de la sepultura.
Muerte muerte muerte mustia
que musita
que murmura
¿por qué no muerte, charanga y murga?
Tumbayá
Tumbayá
¡Ya!
¡Ya!

ROSH HASHANÁ

Vibra el eco y se difunde el sonido de los cuernos.
Los cuerpos, arropados en sus mantos blancos,
tiemblan de emoción
y se contraen.
Vaivenes de expiación en el cantar
"¡Aunque estemos sumidos en las desgracias, Oh Eterno!",
mientras el palpitante sonido del shofar
abre los cielos.

La emoción última se hace dueña
de nuestros sueños de redención:
"¡Respóndenos, Dios de Abraham, respóndenos;
respóndenos en la hora de Tu voluntad, respóndenos!".
La esperanza se evidencia en la mirada, en la plegaria,
en el deseo de querer lo que nunca ha sido:
sencillamente buenos.

Queda en el olvido el idéntico deseo,
la repetida promesa de esperanza cuando entonces,
como hoy,
Respondes en el eco del shofar
y mi corazón arropado en el manto blanco

tiembla de emoción y se contrae
para volver a pecar.

Mientras alzo los ojos temblando a Ti,
Dios de Israel.

ARA

Confieso que te amo. Lo confieso.
Es mi pecado.
Rotos los ídolos de porcelana
solo quedas tú
y el halo de misterio infinito
que esparces con tu presencia.
No hace falta nada más
solo tu apariencia tu figura
que rompe dioses de marfil
tu hálito tu aliento
que cubre de poder la piedra dura
y llena a la luna de vacío.
Y algo más
algo más, inmensurable, que no se explica
que no tiene que explicarse.
Algo más que rompe palabras
como olas que se rompen en las rocas
con esa fuerza que quiebra entrañas
y hace un mundo nuevo e infinito
del pecado.
Del pecado a los ojos del pecador
del pecado de quien no ha probado tu amor
y vive
aterrado
esposado
subyugado
a las calaveras de vidrio de los dogmas
a las amenazas pútridas de agonizantes
envidiosos y expoliadores.
Mientras tú y yo,
en el amor confeso y prístino
en el amor que siembra, labra, cosecha,
que impregna vida y esparce savia entre flores
nos amamos
limpiamente
sin manojos ni ataduras
sin rastrojos de sangre
ni ángeles amonestadores
sin espinas enterradas
ni remordimientos delatores.
Es nuestro amor el de los cuernos de oro
que embisten hasta el sacrificio
hasta la última hoja de sangre
después del holocausto,

presintiendo que si es, como dicen,
el pecado
solo nos queda reivindicarlo.
El pecado que confieso porque te amo,
porque simplemente te amo.

LUCHA

Qué dura es la lucha del que anda
sobre tierra
del que irrumpe en los sueños
y los quebranta.
Del que hace una cascada de solera
para darle forma al lago de la vida.
Del que pule las palabras con el tiempo
para destrozar advenimientos ilusorios.
La madera construye
y quema.
Calor o albergue,
leño o mesa,
no olvidemos que es el árbol
quien otorga,
quien lo brinda
como ofrenda o sacrificio
y no es el humo
que sube,
que se esfuma
el que dicta las normas
ni da forma a los templos de la tierra.
Es el árbol
no los humos ni cenizas,
que son sueños inventados,
el que hace madera de madera
origen de fuego o instrumento,
arma o refugio.
El principio está en el árbol,
en la vida,
como vida exige el hombre
que anda sobre tierra
construyendo sus días
paso a paso
derramando sentimiento
riesgo a riesgo
destilando emociones
sin dormir los sueños de los otros.
Qué duro es el reto del hombre
que vive construyendo
realidades.

FIN

Hoy la fiesta ha terminado.
Gélido silencio
que congela las encinas en el viento helado.
Ni cuentos ni murmullos.
Un silencio que cubre la inmovilidad de la piedras
avanzando, sigiloso, detrás da las columnas.
El alma no sonríe
ni esparce sus esencias.
Tal vez un silencio coagulado
de resignación
confinado
sentenciado a convertirse en estatua de hielo.
Siéntelo
siéntelo una vez
y nada más.
No sea que abras la álgida boca
del hacedor de perversiones
y seáis tu alma y tú
los que,
terminando vuestra fiesta,
oculta y fría,
entreguéis vuestra última prenda
al gélido silencio
que custodia las esquinas
del Jardín de los Hipócritas
con impávidas espadas de hielo.

¿DÓNDE?

¿Dónde están las cosas que no fueron?
¿En qué rincón recóndito se esconden?
¿Dónde están mi credo y mi esperanza?
¿En qué lugar encuentro sus raíces?
¿Dónde están los hijos no nacidos,
la casa, el mar, las hojas, el chaleco
que no llegaron a ser?

La flor cansada mira y se resbala
y sigue sin entender
el por qué de su existencia
mientras su color inspira a enamorados
y su olor bendice al regocijo.
Entonces la parábola se inventa
para decir lo que no se puede pronunciar,
al tiempo que flor, chaleco y mar,
hoja, casa y cosas
piden gracia sin temor,
exigen su existencia
(por y para qué
eso no importa).

Tanto tiempo sin que nada fuera nada
consumiéndose en sí mismos
sin entender ni qué ni cómo
ni si es cola núcleo o fuego.
Sólo una parábola que inspira al profeta
(mariposa o metáfora)
condenada irremediable a la mentira
sin encontrar
ni regocijo
ni raíz
ni origen.
Y pregunto ¿dónde?
Simplemente ¿dónde?

VIDA

Como toro bravo en embestida
como el repelús de la tormenta eléctrica
como el vendaval de Jonás en la barcaza
como los huesos que tiemblan por el frío
como la afilada hoja de navaja
como el filo hilo de la araña
como una carta de amor nunca leída
como el gusano que come carne putrefacta
como el grito ahogado de la mujer que violan
como una caricia en el aire
como mirada extraviada
como un verso jamás pronunciado
como la verdad que no se dijo
como el confesor que confiesa su pecado
como el temblor interno de la tierra
como abejas zumbando en su panal
como el aire que disipa todo rasgo
como la sangre que brota de la herida,
así es la vida.
La vida.

SOMBRA

Por fin te dije
-¡vete!
Y la mala sombra te arrojó de mi cuerpo.
De un salto, entonces,
quise cabalgar sobre la vida
y ligero como luz
que penetra sin herir
me aferré a las crines de los vivos.
Los hombros desnudos,
despejada la mirada
-si acaso el sueño de bebidas enlatadas-

empecé a cabalgar
cantándole a la vida.
Cerradas la heridas
y recuperada la mirada
dejé de llorar sangre
para zarpar con rumbo fijo
hacia la encrucijada de los actos
que iluminan nuestros pasos,
que despejan el misterio
y gritan al aire ardiente y amenazador
-¡vete!
Apareció entonces,
casi de improviso,
mi sombra
¡la mía!
Nítida, impactante
y decidió
desde este día,
acompañarme.

HIPÓCRITAS

Hoy, por fin, se incendian los cielos,
cascadas de fuego anuncian su derrota.
Carbón y ceniza es hoy su ofrenda.
Nada más.
La luz bella, intensa, del señorío
que arroja su lumbre vehemente
que quema y consume,
quema y consume.
Señorío de hipócritas
que pintan de luz su hipocresía
mientras rinden culto a las huestes celestiales
al grito de ¡Aleluya!
Condenando el territorio de las sombras
a la más abyecta ignominia.
No saben
no quieren saberlo
que no hay luz sin sombra:
la sombra del infierno
es más sombra
por la luz del fuego interno
que cobra consistencia
a través de las sombras de sus actos
-engañosos, hipócritas-
adheridos fatalmente a la existencia.
Cada sombra
una a una
se refleja en el fuego
que se esparce en la gehena.
Cada sombra de sus actos deshonestos
reverbera

intensifica las burbujas de la lava derretida
en espera del momento en que salte la chispa,
la última,
la que hace, como hoy,
expeler el fuego ardiente
que consume por fin
el terreno de los cielos
que es, como quien dice,
el refugio de hipócritas
que quedan, con sus sombras,
condenados a fuego y ceniza.
Quizás, entonces, con esta ofrenda póstuma
sea purificado el firmamento
y sus huestes fulgurantes.

NEGUEV

Mientras el viento sopla
calima y arenisca, pienso en ti,
y me arrastras en tu mar
de arena y montes desolados.
Me empequeñeces en tu intimidad
que corre más allá del mar y de la espera.
Mi andar deja su huella
y pienso en ti.
Entonces me detengo
como un niño ante la noche,
como la fiera ante el acecho
y ya no sé si eres mi sueño
o yo tu víctima,
en medio de la nada.
Entonces quiero pensar en ti
cuando mi andar deja su huella
¡pero eres tú quien piensa en mí
al borrar, con tu andar, todas mis huellas!

CONVERSACIONES CON JONATÁN (Poemario)

1

Mira el objeto y escrútalo, claros contrastes,
fluidez que conmueve entre sus brillos.
En el aire, la presencia que refleja su sombra
te acecha, te impele hacia el objeto.
Quedas obligado a escrutarlo, a darle un nombre
que no sabe de nombres.
Es como un objeto escogido cual ofrenda o sacrificio
sin que ello signifique sofoco ni añoranza.
Y no sabrás jamás si la fiesta ha terminado,
si el destino predispone la melodía final,
el objeto en discusión o la presencia que refleja
en el aire,
su sombra.

Simplemente lo miras, le ofreces un verbo
alguna acción, oficio o beneficio.
Legado del viento entre los árboles
de la última inocencia, la que duele inútilmente.

Pero el objeto está ahí, en sonora claridad
lo mires o no, mientras la noche
se hace más oscura que la misma noche,
que la última noche de la despedida. Decides, por fin,
ofrecer el objeto con la inocencia de su luz primera,
el objeto en sí soporte de brillo y soledad
del amor imperioso que reverbera
sin ignorar la sustancia de la luz y sus contrastes,
en la última noche que nombra lo innombrable.

Ofrendas el objeto sin que te hagas daño.

2

Es tu corazón,
que dice no
pese a que la mente lo estruja
destilando terror. Se te muere la inocencia
sin ni siquiera apagar luces o cigarro,
en lucha con las fuerzas que te da la vida,
la que ni siquiera has vivido.
Reaparición inevitable del latido bombeando acompasado
en un último intento de encubrir el desaliento
la turbación del miedo.
Y de vuelta el pensamiento que transplanta el terror
en tu pequeña atmósfera despreciándote,
socavando tu intimidad, masacrando el fulgor de tu mirada
para que no puedas encontrar la luz difusa,
la que protege el por qué de las cosas

de la vida, del sueño realizado. Pero gritas ¡No!
Desde lo más profundo. El no que hace palpitar
tu corazón, así, de nuevo.

¿Quién podría detener el pensamiento
y dejar a los latidos, paso a paso, pulso a pulso,
penetrar por las arterias, recorrer torrentes de sangre
y triunfar?

3

La he mirado bajo el árbol
así, filtrada entre las sombras y las ramas,
tendida como una idea que da forma a mis noches
de mosaicos, a mis noches citadinas.

Me descubro acariciando su ropaje
desnudándola entre ramas y sombras
sin querer saber si es sueño o ángel,
fotografía, imagen.
Quizás, el mismo árbol que se extiende
la transparencia misma que modela la sombra.
Su cuerpo ya desnudo combate, se hace carne
viento, roca, realidad e historia.
Y yo, encajando mosaico con mosaico
la hago exactamente mía.

4

Dibujo la silueta al visionar tus contrastes.
No basta ya la vida
para descifrar el secreto del hombre
y de la historia
ni para entender los pasos del tiempo
que se impregnan entre humos y murallas
entre tus vientos, tierras y mares
entre ruinas y columnas.
Al norte
un fondo encumbrado de colinas,
lagos y pedruscos que nos besan,
árboles que robaron el sitio a los pantanos.
Aquí una roca vibrante
negra
volcánica.
En el centro, la piedra majestuosa
blanca
dura e imponente.
Todas nos hablan del tiempo de las religiones
del tiempo de masacre
e intolerancia.
Allá,

las aves libres que vuelan ascendiendo
escurriéndose con inocencia
del error de los hombres transformado
en destrucción.
Nada.
Nada queda en el vacío:
la cruz incrustada en esa roca
advierte en tu silueta
que flores de paz
no coronaron tu nombre,
que los besos de avenencia no se dieron,
que los panes y los peces
no se multiplicaron igual para todos.
¿Quién sabe?
Sólo tú con tu figura esbelta
podrás abrasar el enigma de tu suerte
podrás elucidar el por qué de tu destino
si se es tarde
o nunca fue lo que se cree.
Si el milagro está en el hombre
en la tierra
o en el misterio de un infinito indescifrable.
Pero igual el sol te recorre de este a oeste
y tú sigues luchando por hacer manar
tu leche y tu miel
por sostener el latido entre tus valles
y las ansias de amar y dominar,
por hacer fluir, entre tus tierras,
las pocas aguas que alientan tu sueño visionario.
¡Cuántas huellas enfocan la memoria!
¡Cuántas imágenes despliegan tu esencia!
Cuántas
cuántas
cuántas
serán verdad o mentira
mientras yo, con suavidad,
me escudo en tus contrastes.

5

Ahora que el espacio va cediendo,
las nubes olvidadas se quedaron por debajo
y hacia arriba nada,
azul o nada,
quien dijo que el despegue ya no duele
o quien eligió por relajar los sentidos,
infligió su propia herida en la memoria
encubrió irritantemente la majestuosidad del Universo
queriendo ocultar la vida con su espalda.
Te presiento en las alturas,
en la figura de nube tardía entre las nubes
y comprendo las palabras

que adivino en tu rostro de espejismo
al fijar con ansia la mirada hacia lo alto,
más allá del horizonte aéreo.
También tu nube tiene sombra
sobre el mar ardiente.
Y aunque quiero, tranquilamente,
leer mi libro,
escucho tu latido acompasado
en esa nube que acompaña al aeroplano
y que me habla del principio,
de la chispa,
del dulce amor que viene a visitarme
en aquellos momentos
-¡tan pocos, tan pocos!-
en que oso abrir mi corazón adormecido.
Presiento entonces que el tiempo,
si es que existe,
no me pasa indiferente:
me exige de la vida libertad o derrota,
el precio que no siempre se sabe pagar.
El sol y yo, para entonces,
más arriba de las nubes
y teniendo a los mares por abismo
volamos con alas prestadas de este siglo
para dormitar sobre fondos blancos
que asilan nuestro ser cautivo.

6

Y este movimiento que
encadena la reja frente al rostro
crea las imágenes más inútiles,
las de aguas desecadas
y espejos opacos que no quieren reflejar
las palabras encerradas en madejas
ni los llantos del silencio que se apagan
con el fuego.

Y este cofre de lata que
aprisiona los sueños junto al ojo
esconde las leyendas más vulgares
oxidando los tiempos de epopeyas,
el berrido de angustia de los dioses
antes de la caída.

Y esta sombra de diseño que
envuelve la verdad con la mentira
asfixia el lápiz en la mano
de cristal
para impedir que se remuevan las piedras
de la historia de quien escribe,
carbón en puño,
lo que ni siquiera fue.

7

Lee las instrucciones
pero no, por favor, al pie de la letra.
Léela, más bien, desde el inicio
letra en mano y corazón en el espíritu.

Marca entonces
pero no, por favor, con una equis,
más bien con un signo de sonrisa,
la definición que se avenga
a las ideas
o la que bien te parezca,
que una rama seca no presagia otoño.

Escoge, ya si estamos, la respuesta
pero no, por favor, la que es correcta,
que de correctos estamos hasta el moño.
Elige mejor la que atrapes al vuelo,
que a fin de cuentas es la que arrastra la fuerza
de los vientos
de los sueños
de esperanzas
y de fiestas.

8

Jinetes de aromas -azahar o incienso-
espadas de colores,
cabalgarán, con tu llamada,
más allá de los primeros frutos
para posarse en el aliento juvenil
que expele asombro y esperanza,
que grita al viento algarabía
y fragua los vuelos insatisfechos
que empiezan a moldearse
con la nueva arcilla vital,
con mano y alma
con mano y alma.

No se apagan los incendios
con la sangre de la melancolía,
ni en las parcelas del mar
se descubrirán extintores.
Matriz y arcilla
matriz de arcilla
se precisa para enterrar los recuerdos,
para extinguir la tragedia
que se hace densa entre los aires,
para borrar la historia que vulnera el alma.

Pide cosas sencillas, como si nada,
y entiende que no es muerte ni locura
prescindir de lo que fue.
Entrega el nuevo envoltorio
-como decir matriz-
para nutrir la nueva arcilla
que se engendra esculpiendo
con mano y alma
con mano y alma.
Caerá entonces la primera gota de perfume
que nombrará las cosas por su nombre
y esparcirá fragancia de fortuna entre las nuevas miradas.
Los olores preñados de desgracias
se apartarán,
esquivarán la madrugada
para hundirse en el estiércol y en la amnesia.

9

Hay algo en tu mirada que apacigua
mientras escucho a Verdi en la habitación contigua,
mientras se yerguen los pezones de tu seno,
mientras aspiras y respiras como queriendo romper distancias
o secuestrar los días tristes en el cofre del olvido.
Es tu mirada que me dice
no hagas caso
qué más da si se combina envidia con desgarro
qué te importa esa versión intrascendente
cuando tu fiebre de poeta romperá los módulos
de los días corrompidos,
tocará los portales de las nuevas hazañas
y tus palabras realizarán el nuevo ritmo,
impondrán rutas, amor, sentimiento y fondo,
precio, volumen, melodía y llamada.
Entonces, me envuelo en tus palabras para hacerlas mías
y estallo.

10

Como otro día cualquiera
hoy,
bien merece despertar
que dice:
que le quiere decir
que insinúa,
de crear el milagro en la palabra,
y esa sensación de poema,
la manta tirada por los suelos
el dolor de vejiga
el agua que corre
el sonar de tuberías e inodoros

los rumores que atraviesan las paredes
la memoria que castra
el recuerdo de lo pendiente en el trabajo
el mar sabor de boca matutino
la luz que quiere romper persianas
el sueño que se desvaneció con la conciencia
el tufo de habitación encerrada
el amor que ya se convirtió en recuerdo
la radio que espeluzna las noticias
el cenicero con siete/ocho colillas
el reloj alarmando.
Despierta como un día cualquiera:

11

Eres también cuerpo amado
en diferentes recuerdos
¿Rememoras los rincones de un solo día
donde tu vida voluptuosa tomó partida?
Pero el tiempo transcurre
como quien enciende el televisor
y se encuentra al futuro frente a frente.
Ya pasado el placer,
¿qué es entonces tu cuerpo:
amasijo de carne y huesos,
ojos que no se reconcilian con el espejo
o imagen de juventud
que engordó sus días de goce?
Eres también cuerpo
no lo olvides ni desesperes,
atrévete a entregarlo en prenda
sin remordimientos innecesarios.
Es tu armadura
la que quiere ahora quebrantarse
y reducirse a arrugas oxidadas,
pero es tu armadura, tu protección,
tu instrumento de presencia cotidiana
con los que hallaron forma
tus primeros logros y pasiones.
Devuélvele su emblema
entrégale tu alma de joven disconforme
y devuélvelo al lecho de los vivos,
de los que no aceptan la vida por tortura
ni los cuerpos ya gastados por la lástima.
Abre en él el grifo de las inquietudes
para que tu alma vuelva a amar en armonía.
Vuelva.

12

Desde madrugada ya sabes la vivacidad de tu despertar.
Suena la música entrelazada a tu vigor
mientras las luces del amanecer embriagan tu habitáculo.
Te embriagan de pereza y sentimiento,
te das cuenta de tu propia imagen que se estira
como si quisiera aspirar el perfume de la eternidad.
Ni penas, ni adioses, ni agonía, ni años.
Y si vuelve la niebla precisa
a batir los muros de un mundo en acecho
sabes ya que la vida te defenderá de epitafios peligrosos
y de escrituras disfrazadas de santidad.
Si de vuelta a la normalidad la claridad se trastoca
ya no olvidarás darle a la lluvia el espacio preciso
de ser entre música y promesa,
entre sueño y defensa
y de protegerte con el escudo de estiletes afilados
que dejan pálido al fulgor
y silenciosa a la penumbra.
Ante tus ojos, sin hablar, aparecen los surcos
¡aquí y ahora!
De la vida defendida y defensora.
El día se hace nuevo en el momento
reconocible a los ojos del que quiere vivir,
del que quiere realizar las pequeñas hazañas cotidianas
y sembrar de placer la vida
de emoción los teatros
de regocijo el café
y de palabras las blancas hojas que incitan
a pronunciarse.

13

Abre la ventana
y aspira el anhelo que le ofrece aquella esquina,
aquel lugar
aquella calle de sus días.
Se apropia de la luz que penetra
por la ventana que recibe todos los vientos
los olores
las cosas nuevas
las viejas inquietudes
la serenidad de la noche
o el ímpetu de la madrugada.
Se sabe actor de la vida entre calleja y calleja
entre piedras, casas y autobuses,
en esa calle que va labrando con su andar
mientras se aprende el libreto
saboreando la tibia castaña en pleno invierno
o coronando el día con el sudor del trabajo.
Hoy no cae la noche ni el día

hoy no tienen cabida los desalientos.
Es su día, su vida, su ventana,
la ventana que le revela
su lugar
su esquina
su pasaje en la que espera recibir el ajado pergamino
donde se graba el último título que otorga la vida
a quien no la quiere ver pasar, simplemente,
desde la ventana.
A quien posee la vida con disfrute y experiencia.
Abre su ventana y se lanza.

14

El impulso de la sangre siembra de sueños
bosque y amaneceres de fantasía.
Voces de ninguna parte gritan ¡basta!,
conspiran contra rumores y flaquezas.
Pero al llegar a la puerta y detener las pisadas,
las heridas del amor no son más que palabras,
la juventud convierte en música la congoja
y una imagen fija se requiebra:
la tempestad transmite su energía
las ramas sostienen los frutos carnosos
los rencores se aniquilan entre ellos
y la muerte pospone su victoria.
La sombra se instala en la existencia
deslizando su esplendor
en esas arrugas que al atravesar la puerta
pueden tocar lo infinito.

15

Soñé que me decías
que querías ser halcón
esbelto, poderoso, mítico,
lanzarte por los aires cósmicos.
Soñé que te decía:
Quiero ser espejo
y ser, contigo, tú,
para captar tu imagen espacial,
tu hechura de halcón en libertad
reflejada en mi interior de plata.
Encerrado en los barrotes de tu mente,
puedes escaparte, si acaso,
al inmensurable mar.
La orilla lejana ya no se atisba
ni golpes de olas se quiebran en las rocas.
No hay más momento
(en mi mente prisionera en celda de castigo)
que este mar inmenso

que se une en infinito con el cielo.
Ya no sé si es el mar el que se mueve
son las olas, las barcazas invisibles
o estos barrotes de injusticia
que se incrustan en tu mente encarcelada
(dominada, estrujada por las huellas del pasado),
hiriendo sentimientos.
Al filo de la esperanza
el dilatado mar se convierte en mi refugio
y tú, con el vaivén de un triste cautivo
te dejas mecer entre sus ondas
empaparte entre sus aguas
y escudarte entre susurros y rumores caprichosos.
De pronto se percibe
(yo percibo en tu mente encarcelada)
la llamada clara, poderosa,
como burbujas que ascienden desde
lo más profundo de los mares,
la llamada de atención
que solo la amistad puede exhortar.
Te sumerges, entonces,
en el mar recóndito de mi mente
y buceo en busca de tu libertad.

ÚLTIMA PARADA (POEMARIO)

METAMORFOSIS

Será porque la cama acoge nuestras formas
que se convierte en confidente,
tibia melodía de sosiego
plegada a los mundos
que despiertos no podemos soñar,
anudando nuestras quimeras amorosas:
a veces tormenta, pasión y desnudez,
preludio de emociones
después de la batalla,
con nuestro último silencio,
antes de la metamorfosis final.

FANTASIAS

Aquí, junto a la ventana entrecerrada
estoy yo
y el escritorio
con la máquina que sigue a mis dedos
incrustados en el teclado
parra arrojar quién sabe qué divagaciones
fantasías que quieren escaparse
revolotear entre artilugios tecnológicos
que un día no quieren funcionar.
En todo caso mis delirios
se transforman en signos reconocibles
y así me doy el lujo de vivir
sin resfriarme.

PANORÁMICA

Los campos protegen la colina sin engaños
la luz
el verde de las hierbas y sembrados
acaso una choza entre los árboles
que rompen el paisaje (o lo acicalan
según se mire).
Campos profundos arroyos con guijarros
no todo se puede divisar desde mi ventana
que no es la más alta del rascacielos.
Más atrás las montañas blancas imponentes
(como el fondo del teatro pintado para
la última representación estudiantil).
Imagino cuerpos de animales retozando
cazando copulando
adormecidos en esta primavera recién estrenada.
Qué más puedo imaginar desde toneladas

de hormigones y cristales relucientes
que componen mi propio bosque artificial.
No atisbo el mar, por supuesto,
pero descubro una barca a la deriva
que será la mía.

A VECES SIEMPRE CUMPLO

Entre el espacio de mi cuerpo y el cenicero,
treinta veces me dijiste lo mismo.
Siete veces lo pasé por alto, rebasé
el tiempo de la indulgencia.
Mi juicio atolondrado quebrantó ley y espíritu.
Hoy entre espacio y tiempo
se rompen los cristales del aturdimiento
(desengancho las últimas ataduras
y empiezo), pero la culpa es tuya.

EXTRAÑA BIOGRAFÍA

Fuera del barro donde creí nacer
qué más debo recordar.
Quizás mi primer grito
el primer intento de morder
-humedad de los días asfixiantes.
Cuando contemplé por enésima
vez el océano impetuoso
presentí mi porvenir:
(franquearlo ida/vuelta/ida)
quién sabe cuándo o por qué,
cuántos continentes mares.
Un día después de la partida
comprimí los últimos recuerdos
y se empezó a grabar
mi geografía.

EXILIO

No hay cómo borrar secretos de antaño:
la derrota se pinta
en el rostro ceniciento, se oye en el eco
las coplas de los tiempos
recuerdos de la tierra abandonada
a golpe de terror y sangre
susurros agonías
una casa/una llave/la esperanza
cuerpo prisionero en cantos del ayer
a cada instante lo imposible.

Los olores que un día abrigaron el embrujo

de un anochecer festivo
se esfumaron. Ahora
paredes de la nueva catedral
rasgan heridas que sangran
en lengua extraña,
las almas balbucean otras voces
letanía de otras ceremonias
para sentir ser ya jamás
de nada
ni de nadie.

PARÍS SIN LA DEMONIA

Ya no te queda París para perderte
ni la mujer que invocas
separación inconfesable
ni orgullo ni esperanza para cobijarte.
Ningún callejón te enseña ya sus dientes
de seducción o derrota
¿escuchas acaso la lluvia de mayo
que perturba tu noche parisina?
¿dónde están tus ilusiones tu hablar frenético
el ingenio de quien pone orden a sus días?
Ponte a cavar hoy nuevas barricadas
donde esconder tu amargura fugitiva
el exilio de los buenos momentos entregados
a nada a nada a nada.
Ya ni te queda París para perderte.

Ya no vuelves a mirar las nubes deshaciéndose
ni nada que leer hay ya en tu mano.
Tiempo y poesía no se rinden
no hay detergente que lave corazones.
No esperes que el Sena te tienda lecho y futuro
ahora ya estás solo en el París
que rasga y traga.
Te quedaste sin tu tribu
los que te acompañaban en la negación
los que siempre te llegaban demasiado tarde.
¿No es mejor así, tú,
contigo mismo en la hora punta
encrucijada de piedra
que se suele llamar vida?
Ya no te queda París para perderte.

DESPUÉS DE LA LLUVIA

Y después de la lluvia no quedó tiempo
para el último respiro,
mis carceleros me absorbieron las entrañas
penetraron hasta el fondo de mi conciencia

para amasarla a su antojo.
Sólo una callada esperanza abandonaron en su sitio
que no pudieron limpiar con radioterapia.
Mi cuerpo se olvidó de temblar
sin filtro para seleccionar emociones,
pero el diminuto punto de esperanza
que se salvó de la masacre, al parecer,
envolvía de vez en cuando mi muñeca
y la hacía estremecerse sin porqué
como en los días cuando aferraba la pluma,
muñeca-palma-dedos de las que escribían
antes de las maquinarias procesadoras de inteligencia
antes de la última lluvia de los horrores.
En silencio, encogido sin tristeza
me puse a trazar las vibraciones
de la muñeca palpitante a la postrera hoja
del libro olvidado por lluvia y carceleros.
Descubrí mi verdadera afición
y soñé con el árbol que un día me dio
sombra y alimento.

ATRÁS EL GALLINERO, GALLO

Qué triste el gallinero
¿dónde está la gallina más gallarda
que se me antoja espolear
picar el mejor grano, la libertad?
Prefiero la serpiente que asecha en lo alto
(¡mira como mira, con disimulo!)
ansío el canto del agua que corre
despejada (¡peligro que te lleva la corriente!)
No quiero el laberinto tras las rejas, gallinero
con la misma pitanza hora sabor
sin bichos ni gusanos
como sardina en lata (o pollo en serie).
¿Seré el último gallo con la cresta erecta?

BIOGRAFÍA

Tan solo un aprendiz de poeta
que no ha leído a Paul Celan
que no sabe el significado de un segundo
que en la esquina de su cuarto reina el televisor.
Solo un ojo para una lectura rápida
oídos que perciben medias verdades
nariz que escoge sus olores
dedos que nos se atreven a tocar lo inmundo
que presagia en los demás.
(¡Espero no estar hablando de mí!)

DESPERTAR

Es el balanceo de la primavera
el que te despierta.
La herida de anoche parece que no existe,
la mañana envuelve tus carnes
juega con tus huesos sin tanto frío
y todos los caminos a tu alcance
ya son verdes, tibios.
Ese dolor de invierno se refugia en el recuerdo
para ser olvidado hasta la próxima niebla.
Ahora, a levantar el corazón sin muletas
pisar con pies descalzos la hierba
que se extiende por los campos del amor.
Sereno de alma y organismo enfréntate
a las cimas que pinta el horizonte,
saborea la delicia de saberte el heredero.

DISCULPAS

Ya no recuerdo cuándo fue la última vez
que regalé una flor.
No recuerdo el tiempo en que solía pronunciar
palabras bellas.
Se ha esfumado en mi memoria los días
de algazara y regocijo.
Hoy pido disculpas por mi memoria ingrata
sin tristezas, sin promesas
con resignación.

PARA LA PRÓXIMA

Vamos a plantear la fórmula,
como quien dice
con la gota de sinceridad poética
sin manifestarla.
Si llueve se espera
el día gris para escribir melancolía
o infinito.
Pero también sabor a mar
en la penumbra
o la tos que se filtra en los pulmones.
Un día de sol puede
responder a vida bulliciosa
a palabras titilantes
o descaro (depende de quién).
Una noche sin estrellas:
¿qué deparará al poeta?
¿monstruos sin cabeza
caballos voladores con garras
de fuego?

Mejor sepulto mi perfume
escondo mi flor y mi palabra
y dejo escapar mis obsesiones
para la próxima.

CUANDO LA NOCHE ESTÁ CONMIGO

Cuando la noche está conmigo,
así, envolviendo mis sentidos
no espero arrancarle a la esperanza
mi futuro. No quiero pan,
nada definitivo.
Quien quiera mi fortuna se la entrego
en bandeja (abrillantada)
pero no mi alma, que quede claro,
tesoro de las noches
que envuelven mis sentidos
hasta que un primer rayo la penetre,
mis ojos sonrían para saludar el nuevo día.

ARQUÍMEDES DE SIRACUSA

Y yo sin entenderte
con tanta geometría de la esfera
mente aguda
cilindro
gnoides y esferoides
la rueda el torno las poleas
tornillos planos espirales
-tu nombre que
retumba en los rincones mundo
vida
como si fuera Siracusa
y tu cuerpo ‘’Eureka’’

A TIEMPO

Se deslizaron los tiempos de dejarlo todo
escuchar la voz y perseguirla.
Ahora, sosegado,
los oídos se hacen más pesados
las piernas no acompañan a los nuevos ritmos
pero una mirada tuya bastaría
para ser zángano de abeja
rociado con la miel y la esperanza
y correr insomne, sin
remordimiento con el último viento
que izará mi cometa y mi quimera.

CREACIÓN

Bang Bang
chispas infinitas instante
vibratorio que fecunda el firmamento
se gestiona más allá de las estrellas.
Bang Bang
Agujero y Universo todo explota
fragmentos impregnados de constelaciones
se entrelazan nuevamente en el último
destello para consagrar el vacío.
Bang.

CON EL AMOR ENTRE LOS LABIOS

Sin palabras al amanecer
sin poner atención a los pasos recorridos
estampar un latido al instante del beso
una sonrisa al filo del alba
el goce inquieto
el canto que desconocen los que se han dormido.
No es tan grave prescindir del mundo
en este instante
olvidar el sonrojo y saborear
la dulce embriaguez del amor entre los labios.

REINICIO

El primer mensaje con
el vaivén de la marea volverá,
cubrirá las zonas más sensibles,
obligará a empezar de nuevo
sin tapujos.
No habrá signos menos ni pasados:
de aquí en adelante imágenes que añaden
formas de contacto, chispas,
vías lácteas a pleno universo.
Almas en expansión celebrarán
su fiesta en la banda más pura
al abrigo de astros y luceros,
en la estepa de la Infinitud.

HOLOCAUSTO

Silencio
un latido, hedor a muerte:
campo
fuego
horno
carne consumida,

ya no quedan corazones que encogerse
ni aliento
ni plegaria.
Solo sombra de inmundicia,
monstruos ejecutores
en el último campo sin retorno.

No son suficientes todos los espejos
para reflejar las miradas ateridas de las víctimas,
su pavor,
los barrotes incrustados en sus ropas
blanco negro blanco negro
su inocencia...

ÚLTIMA TRAVESÍA

La fascinación del sueño o la brisa
que rompía las cadenas
me hizo traspasar la puerta.
Vi los reyes rojos armados de dragones,
majestades sin reino,
los días de Lilit y los hijos de los dioses.
Algo se rompía
algo hacía estallar mis cielos de antaño,
mis reglas, coordenadas de vida
al fin y al cabo,
sin rumbo ni esperanza.
Atravesé
caminé entre potencias estelares
probé de la primera pócima
el primer fruto del amor prohibido.
Aspiré el enigma cósmico de Eros
y me enfrenté, ya herido de pasión,
a las bestias protectoras.
La escritura se hizo firme
franqueó los muros con olor a tierra humedecida
penetró en mi corazón lacerado
junto al fuego, la sonrisa.

Ahora ya podía regresar,
recorrer la puerta de contrario
y envolver las cosas de los tiempos
en mis aposentos de antaño
con nueva arma entre mis manos.
Abrí mi única ventana
la que da al patio de la vida
y me asomé.
Desde mi ventana recuerdo los días de los dinosaurios.

EL CUADRO

Sin espanto, con el ojo en la distancia
el pincel va perfilando la quimera
no finge, explora
traza como beso que estremece el labio
las primeras líneas
creación.
El cuadro lentamente
reinterpreta
ojos que vieron
poseyeron
sueños de otros sueños
colores impregnados con un toque
de ternura.
La pintura, terminada,
explota en las retinas
se convierte en esplendor
asombro, magia
fascinación.

MAR EN CALMA

no muevas el viento
para qué
si todo está en calma
no pronuncies
palabras
fueron dichas
siente ahora
divisa la colina
te quiero, amor
sonríe

HOY, EL DÍA

Hoy toca sacar la basura:
amarilla para plásticos
bolsa para cristales
azul: orgánicos
otra para papel y cartón
no confundirse
ser consciente
ecologista
¡hacer caso al reclamo!

Lástima que no sepa
dónde meter corrupción
terrorismo intolerancia
la hipocresía de algunos que yo sé

¿de qué color/tamaño
una bolsa que aguante
ésta inmundicia?

Hoy, el día, y...
¿dónde me meto yo entre tantas bolsas?

DESPUÉS DEL ÚLTIMO VAIVÉN

Qué será del hombre que suprimió su origen
de dónde beberá su leche
dónde anidará su alma después
del último vaivén.
Es un viaje largo y el mar
no es tan azul como lo pintan.
Olvidó hasta la orilla
las costas de sus sueños
su destino no es
de nada ni nadie.

A fin y al cabo
dichoso el hombre que olvidó su origen
sin destino ni estrella acogido
en vacuidad,
podrá retornar tranquilamente
al imposible
y continuar.

ESTÍO

Primera fotografía del verano:
promesas saturadas
ilusiones por cumplir año tras año
que resultan de diseño, pintura
para colgar en museos decadentes.
Cumpliremos nuestra última aventura
que siempre queda postergada
un poco más, a contratiempo.
El calor seduce las neuronas
los sueños incompletos no favorecen,
libertad aprisionada
a lo que dicten otras lenguas.
Pero esta vez no, por supuesto,
es nuestro turno para soñar despiertos
con fantasmas de rebajas
con ríos de proyectos por cumplir.
Cuando caigan las primeras lluvias
cuántas fotografías quedarán
a la intemperie, inconclusas
cuántas ciudades visitaremos en el limbo
cuántos amores nos regarán

hasta que el sudor nos entre por los ojos
y volvamos a la realidad.
Creo que ya empiezo a tener frío.

VICTORIA

Antes de disparar el grito
cuenta tus pulsaciones
respira
encógete el erizo
prepárate entonces
al acecho
no dispares
(alerta ante cualquier alternativa)
-y descubre al enemigo débil
que desaparece con sus miedos
sin rango, no autoridad.
Después derrama tu victoria
en cada paso
y guárdate tus municiones
hasta que se oxiden.

ESTÍO 2

La existencia empieza a evaporarse
mientras recorro las venas de la ciudad
que hoy, termómetro en alza,
se despejan.
Quizás nunca hemos existido
no hemos sido más que sueños de otros sueños
que no aguantaban el bochorno veraniego.
Para buscar la vida
dicen
tendremos que irnos
al arroyo que serpentea entre los montes
a la arena que no deja sitio ni para respirar
a las aguas pegajosas de los mares
a la bulla de los cocos.
Hoy, mientras estamos ausentes
me perdura un deseo
en este asfalto amelcochado
que recubre las antigua piedras negras,
los ladrillos.
Pero yo, aquí, me siento vivo, a pesar
de las ausencias.
Me tiendo en ese banco recién encalado
que brilla entre los álamos
como protector natural del fuego eterno.
Mi corazón, un libro, la memoria
y mi mundo está presente persiguiéndome
con suavidad, cubriéndome la piel de ternura
y enseñándome a vivir.

A MI PLANTA

Tú no miras tú
sientes
presientes
dejas entrever una sonrisa verde
-enigma de los vivos-
enmarañada entre hojas
y talluelos para alegrar mis días.
Bien sabes conectarte cuando
olvido mis deberes y te relego
en mi memoria distraída.
Me estremezco
entonces
sólo tú sabes por qué
hasta que la alquimia funciona
y vuelven mis manos
a mimarte
a brindarte agua o alimento
hasta mi próximo olvido.

A MI VENTANA

Te dejas penetrar
por mi mirada
a veces
cuando quieres dejarme descubrir
lo incógnito
lo que está más allá de lo posible
(siempre y cuando me ocupe de
tus cristales incrustados entre
rugosas maderas avejentadas).
Consumado el prodigio
te abro
o te cierro
según se den los requisitos
dejando atrás distancia
tiempo y templanza.

BODA

Esta noche
la novia deja
a los presentes embriagados
con olor de cenizas.
Atrae a los mortales al terreno
con grietas incandescentes
entre tul y encaje.
Algo se escurre entre las grietas

que dejó
su último amor.
La novia
aprovecha la circunstancia
para colarse
por las huellas marcadas y
condenar al enamorado
a convertirse
en huésped eterno
de la sensualidad.
No habrá quien lo defienda
consumado ya el primer deleite.

ALTERNATIVA

Fue el mismo sol el que me cegó
como una flecha que quiso ser lanzada
desde la conflagración.
Quise atrapar al sol entre mis manos
reclamarle
afirmar mi deseo de experimentar
con los ojos mis propias vivencias.
No, no quemó mis manos
fue como si estuviera esperando este momento
para arrastrarme al final de la ronda incandescente
y alejarme de mis sombras.
Una vez que la fiebre penetró en mis entrañas
no pude retirarme, me rendí
acepté las ampollas que fueron transformando
mis angustias en costras,
revestimientos de placer y equilibrio.
En cualquier caso
despojé mis sentidos de las sombras
y del siguiente manantial bebí las nuevas aguas.
El sabor, no sé, era nuevo para mí.

SI TE HUBIERA CONOCIDO

De habernos conocido hubiera sido innecesario
pedirle cuentas a las heridas, al tiempo
que quería acentuar las coincidencias.
Me hubiera olvidado de las guerras que otros
insinuaron,
¿valdrían acaso las promesas que dejan cicatrices?
A lo sumo estaría dispuesto a apoyarme en el cristal
y dibujar, con el dedo humedecido
tres cuatro palabras de las de todos los días
(y esperar a que el sol del mediodía las borrara).
De habernos conocido antes de la derrota
te hubiera invitado a subir al tren de madrugada,
para recorrer los reinos subterráneos de Pitágoras:

- compenetrarnos en el arte del amor
y brindarte lo mejor de mí sin miramientos.
Si te hubiera conocido...

PANORÁMICA 2

A mitad de mes la luna se aparece plena
hasta podría decir que entibia el espacio
mi cama ausente.
Quiero saborear el roce con la noche
a falta de otra espuma que lamer.
No espero que amanezca para
llenar la mesa de manjares exóticos
apresar el nuevo día con nubes amorfas
crear más remolinos donde distraerme.
Me basta este momento
por el momento.

DESDE

Venían desde lejos,
desde el origen de la lluvia y de la bruma
desde los hondos rincones de la tierra en fuego
nubes escudadas en el cosmos.
Venían del lugar donde duermen los milagros
el sueño se esconde tras la aurora
florece la congoja y la ternura,
la claridad y la sombra
la herida y la caricia
el néctar de la vida y la derrota.
Desde lejos, como si fuera aquí,
en la esquina.
Aquí, en mi corazón errante,
abierto,
tan lejano, tan lejano
que si extiendo la mano solo palpo el silencio.

Y SIN EMBARGO...

Detrás del pez de hojalata
habita el soñador que lo descubre
por sus leyendas deslumbrantes.
Llega a sus entrañas bajo el mar
quien confía
en maravillas imposibles.
Qué curioso, de pronto
aparecen los sabios de todos los días
que no pueden penetrar
más allá de la orilla
para imponer criterio

o sufrimiento.
Creen atar la realidad
redimir al exaltado
pero siempre hay alguien
que se escapa
murmura
“y sin embargo...”

DESAFÍO

Aquí, junto a la ventana entrecerrada
estoy yo
y el escritorio
con la máquina que sigue a mis dedos
incrustados en el teclado
parra arrojar quién sabe qué divagaciones
fantasías que quieren escaparse
revolotear entre artilugios tecnológicos
que un día no quieren funcionar.
En todo caso mis delirios
se transforman en signos reconocibles
y así me doy el lujo de vivir
sin resfriarme.

VÍCTIMA

Entre la aterrada multitud
-¿Está usted bien?-
fue la voz lo que me atrajo,
confundido con los escombros
como sombra en desamparo.
No podía contestar:
mi alma de metal aletargado
navegaba sobre cisnes invisibles
después del estallido que desgarró
carne aliento y muro.
Pero otra vez la misma voz aguijoneó
mi médula, penetró con lucidez
en la conciencia oculta
y me obligó a pronunciar
las primeras palabras después
del cataclismo:
-Ahora sí. Gracias.
Descubrí la vida.

SILENCIO EN VACACIONES

El silencio en el estío
también quisiera tomarse vacaciones
abandonar la ciudad y

dejar en garantía una tela de araña
entretejida por el ruido del asfalto
las obras, los ríos de turistas.
Festivales de ritmos impetuosos
podrían coronar la osadía,
el desenfado.
Solo en las últimas horas de la noche
cuando hasta los grillos jaraneros
dejarían de exhalar su última melodía,
alguien lo echaría en falta
y temblaría al evocar la última vez
que pudo volar por los jardines
de una acallada calma.
De vuelta a la normalidad,
con la pesadumbre de tornar a la vorágine
el silencio recobraría su estado
de prenda inalcanzable.

ÚLTIMO MOVIMIENTO

En la cúspide desnuda
buscaré al eco serpentino que ondula
por colinas del silencio.
Una vez a su amparo emprenderé
quizás
mi danza solitaria
pies de seducción sin huellas,
última pantomima
entre picos y sombras
más allá de auroras y horizontes.

DESPEDIDA

Recorro las palabras en silencio
las rodeo
las decoro con pausas cadenciosas
a muda voz.
Sin mover los labios las pronuncio
en este instante, ahora.
Presiento que quieren alejarse
hacia otros derroteros.
No las detengo. Son libres
como lo quise ser yo.
Me quedará el silencio
para entrenar la memoria.

BESO ABRASADOR

Confinado en la jaula
sus barrotes,

no me dejan soñar con
el beso perfecto
ardiente ardoroso.

Camuflados en aterradoras batas blancas
pastilla tras pastilla
me amodorran
me ha atrapado el maleficio
eso dicen lo reniego
con su mirada
al rojo vivo, como el fuego.
¿Quién se atreve hablar aquí
de crueldades?

Por la terrible ventanilla
camuflada entre los hierros
creo percibir las chispas:
qué imponente que es el fuego
lo escudriño llama a llama
fascinante.

Para evitar el desastre solo falta
ese beso que no me dejan perpetrar
maniatado con cadenas ominosas.
Soy veneno incandescente
oigo decir,
carbonizo, beso brujo.

¡Quietos! ¡Gritad lo que queráis!
Que no me falte el aire
el combustible
que se liba de mis labios ardorosos
de mis besos.
Eso no me lo podrán quitar
los que creen tener cuerpos
de hombres impolutos.

Con aquellos que me quieren humillar
encenderé una nueva pira sin rituales
ardiente
abrasadora
con
ese
beso
del amor
que pretenden
¡codiciosos!
Despojarme.
Una vez, a fuego lento, todo arda,
volveré a construir de las cenizas
la ciudad del amor y de los besos
donde se pueda volver a amar
al rojo vivo
sin frivolidades.

IREMOS 2

¿Y si fuéramos por el azul, serpenteando
sus lenguas rosas
que lo invaden como chispas,
puntos fucsias entre tanta armonía?

¿O iremos bordeando el verde,
descargando estelas oscuras que
a nuestro paso salpican
huellas de poesía y color?

El manantial al horizonte se vislumbra
la enamorada y el deseo,
a la distancia.
¡Iremos!

MENÚ

Sobre la mesa, un tenedor desternillante,
la cuchara ahuecada hacia arriba
el plato dispuesto a exigir su recompensa
un cuchillo listo a hendirse en cualquier masa
una boca que suplica pitanza
no hay mantel y eso no importa
no importa ni la mesa.
De primero, solo el hambre
que no llena (ya no sueña en lo segundo).
De postre, la última lágrima
antes de atragantarse en la miseria.

DESPEJADO

Solo un instante
la mirada enamorada
algún rincón oscuro
fantasía sin dioses a los que maldecir.
La última sonrisa ¿dónde
se ha escondido?

Rotos los espejos empañados
de vuelta (la sonrisa)
la mirada se descubre
enamorada.

LOS TIEMPOS QUE PASARON

Los tiempos de las sombras ya han pasado
una nueva luz
en la que muero de amor
me has contagiado, por eso
aquí estoy, desnudo, ascendiendo
al sol. Fueron noches
tan largas, suficientes inviernos
(como un rayo, por tu boca
desperté al amanecer).
Como un sueño pude ver la vida,
como si fueran varias.
Perdona, amor, tanta tristeza.
Perdona, amor, el juego,
que no he podido ver.
Si ahora entiendo, el devenir
a tu amparo,
es porque los tiempos de sombras han pasado
y confío en ti, como tu sabes
que confiaron los últimos desesperados.

PROPÓSITO DE ENMIENDA

Frenéticamente me acerco a la vida,
frenéticamente voy llenando
los vasos de la consumición
con mis propias ocurrencias, mis propios
compromisos, para que no me vuelva
a doblegar ni el cielo
ni los candorosos querubines
que quieren saturar la tarta con
su propio relleno merengado.
Si vivo, que se enteren que mi vida
está en el agujero que ha dejado el clavo
después de ser arrebatado de su sitio.
Si vivo que se sepa
que a golpes de insistencia
se me abren las puertas de la voluntad
y que mis puños ya no se hinchan por
golpear inútilmente.
Frenéticamente me acerco a la vida
para templar el camino de los que vendrán.

PARA LA PRÓXIMA

Vamos a plantear la fórmula,
como quien dice
con la gota de sinceridad poética
sin manifestarla.

Si llueve se espera
el día gris para escribir melancolía
o infinito.
Pero también sabor a mar
en la penumbra
o la tos que se filtra en los pulmones.
Un día de sol puede
responder a vida bulliciosa
a palabras titilantes
o descaro (depende de quién).
Una noche sin estrellas:
qué deparará al poeta?
Monstruos sin cabeza
caballos voladores con garras
de fuego?
Mejor sepulto mi perfume
escondo mi flor y mi palabra
y dejo escapar mis obsesiones
para la próxima.

CUANDO LA NOCHE ESTÁ CONMIGO

Cuando la noche está conmigo,
así, envolviendo mis sentidos
no espero arrancarle a la esperanza
mi futuro. No quiero pan,
nada definitivo.
Quien quiera mi fortuna se la entrego
en bandeja (abrillantada)
pero no mi alma, que quede claro,
tesoro de las noches
que envuelven mis sentidos
hasta que un primer rayo la penetre,
mis ojos sonrían para saludar el nuevo día.

A TIEMPO

Se deslizaron los tiempos de dejarlo todo
escuchar la voz y perseguirla.
Ahora, sosegado,
los oídos se hacen más pesados
las piernas no acompañan a los nuevos ritmos
pero una mirada tuya bastaría
para ser zángano de abeja
rociado con la miel y la esperanza
y correr insomne, sin
remordimiento con el último viento
que izará mi cometa y mi quimera.

CON EL AMOR ENTRE LOS LABIOS

Sin palabras al amanecer
sin poner atención a los pasos recorridos
estampar un latido al instante del beso
una sonrisa al filo del alba
el goce inquieto
el canto que desconocen los que se han dormido.
No es tan grave prescindir del mundo
en este instante
olvidar el sonrojo y saborear
la dulce embriaguez del amor entre los labios.

RESULTADO

Es hora de empezar la narración
escribir sin balbuceos
el deseo manifiesto, encrucijada.
Quizás con la memoria el relato
se hace cóncavo, se deforma
y la realidad se derrite en la distancia
o con las sombras secas del tiempo.
Al final la narración exacta,
siempre se sabe,
resulta incoherente con los nombres:
el hálito del personaje
resopla por sí solo, sin
que el autor lo intuya.
Ya todo concluido, la posibilidad
de decir lo que se quiere
se transforma,
la historia verdadera
toma forma o destemplanza
sonido o estridencia
según el que lo lea.

CIUDAD DE PAZ

Un día cualquiera, digamos que hoy,
un sol vivificante penetró sin miedo
por mis poros:
asomaba desde oriente, sin pedir permiso
se instaló bajo mi piel,
circuló atrevidamente por mi sangre
subió al corazón, así, como
quien no quiere la cosa
para hacerme añorar muros y piedras
para hacerme recorrer en la distancia
callejuelas milenarias
recovecos de historia,
para hacer de tres mil años

un ayer, un hoy que continúa,
días de esperanza y dignidad
días de dolor y angustia.
Un sol de oro, tibio,
a veces transparente. Como
la ciudad que lo alberga con amor.

RESPONDO

Antes de que pregunten por ti
bebe la última
con distinción
el último vino del desaliento
sin alarde.
Incrusta tu interior
en cada gota
en los cristales
en el eco enmudecido de los días
en la luz prohibida
en las canas que cubren tempranamente
tu pelo violentado.
Hecha la pregunta revelarás
mientras abres la ventana
con tu último acto multitudinario
que has llegado a la cresta
que has vencido a la memoria maltratada
has dejado atrás el tiempo de venganza
y que te entregas
sin nada que ocultar
sin arma
ni amuleto
por no querer participar en ese juego.

CANTO CÁLIDO EN PALABRA FRÍA

"*Toda mi vida canto, y canto como respiro*"
(Pronunciado por un esquimal al explorador Knud Rasmussen)

Esta vez la palabra llegó fría,
no distante:
la trajo en su regazo
un día sin noche
la aurora del norte
en territorio esquimal.

No todo es igual en la pupila.
A veces en ella se refleja
una nana un arrullo,
el respiro de un bebé
protegido en el calor apetecible
de pechos amorosos.

Canto cálido de la palabra fría,
cercana, nunca distante.

DESTINO

Te hablé de amor con emoción
y deleite,
plegado al hechizo
-la nave
con perfumes encendidos-
te hablé
antes de asirnos a la balsa
rumbo a posible orilla.
Amor con manos cálidas,
tierna expresión que deriva del vacío
más allá del misterio al
que nos arrastró el viaje
hacia nosotros.

¿ILEGAL?

Despojo en un cerco de espinas
parte de la piel incrustada
que un día fue cuerpo de atleta,
ojos de niño que auguraban ventura.
Todo se reduce al hambre,
ahora
sueño o ilusión perpetua de un día mejor.
Atrás queda la esperanza
y la familia –cubierta de necesidad,
nada más.
Sus ojos más negros que su piel
no se sabe si clavan
o se clavan, ojos de hombre sin destino.
Un charco rojo bajo la angustia
se lleva su último aliento,
la pequeña fortuna soñadora
que tirita como dimensión sin cerco
atrapado
como ave clavada entre las púas,
salvador sin tierra prometida.
¿Quién pensará en su hambre,
en su exilio penetrante, doloroso?
Le aguarda la derrota o la ignominia,
tendrá que arrodillarse ante el más pálido,
fortaleza y ley en mano,
suplicando una piedad que
nunca mereció pedir.

ÍGNIFUS

Tierra caliente que mantiene
ojos-fuego perspicaces
figura engendrada en el ardor interno
vehemencia
bajo tierra
bajo tierra roja de sangre
coagulada, brasas.
Después, el viento (o las armas)
hojas, carnes que se agitan
alimento en ignición
para las llamas.
El último cóndor vislumbra el espectáculo
chispas de la conflagración.

24 DE DICIEMBRE

Hoy veo ropa al viento en espera
de un sol que tarda en llegar
veo ciegos e indigentes en las esquinas de
los mejores almacenes, a la puerta de
la iglesia, mendigando la mayor compasión.
Veo hombres y mujeres corriendo sin
rumbo fijo, con paquetes, envoltorios y
caras de agotamiento.
Mañana miraré a niños revoloteando
con sus nuevos juguetes
ilusiones compartidas y pizca de resaca
hombres y mujeres que se aman
corazones que han enterrado sus rencores
hasta próximo aviso.
Mañana oiré las risas y las algarabías que
se reservan para el momento postrero.
Pero ni hoy ni mañana he oído
ni oiré un rezo.

MARE NOSTRUM

Si fuera trovador no sé si me atrevería
a describir el verde mar mediterráneo,
delinear su aroma en cada playa,
la arena de la Malvarrosa
donde coloqué mi huella
un uno de enero.

No sé si podría dibujar con palabras
el amor que se hizo físico en
las playas de Natania
cuando las ilusiones colmaban
mis días de juventud y desenfreno.

Ahora que el día declina frío
y desapacible, mi mente se coloca
entre un extremo y otro de este mar
que me adoptó como suyo.
Ya sé que el filtro con el que
admiro su silueta no es el real
(¡cuántos recuerdos lo distorsionan!).

Me resisto a dividir, como Haleví,
mi corazón del cuerpo,
el este y el oeste en mis entrañas
de este mar que me ha zarandeado
tantas veces
entre Ashkelón y L'Estartit
Figueres y Ashdod
Barcelona y Tel Aviv
entre el ayer que me colma
y el hoy que me cobija.

Si fuera poeta lo uniría en mis baladas con
el mar que me vio nacer
más allá de este océano, testigo
de mi primer paso,
mi primera sílaba
mi primer verso,
que en mis sueños ya lo he hecho.

TAL CUAL

Recuerda, noche de invierno,
pronto llegará la primavera
y tú te cobijarás en la memoria,
hasta tu siguiente día.
Mi canto no podrá medirse
por las palabras frías
palabras tibias o calientes.
Todo en su momento obtendrá
el valor estipulado
(¡no por los turistas de aventuras!)
Hoy, por ejemplo, tiemblan en el horizonte
cánticos de bienaventuranza amelcochados
para alentar los sueños necios, la fortuna.
Mañana, otro pájaro trinará
otra rosa monopolizará las portadas
y luego nadie sabrá quién dijo qué.
Por eso quiero compartir mi canto conmigo misma,
como una bocanada de frescura
si tener que agregarle palabras frías o calientes
persiguiendo el próximo reclamo.

ÚLTIMA PARADA

No sé dónde puedo escarbar el principio
        hurgar el final
si todo tiene el mismo origen
se encuentra aquí allá quizás
dentro de tres mil cuatrocientos años
o sea en un instante
el de ahora
que no existe no hay tiempo
es un relámpago una espiral
y me lo invento para descubrir que
no hay principio ni fin
en estas almas desnudas que se aferran
a su memoria
al lenguaje
que inventaron para limitarnos
aquí y ahora
léase en la eternidad.
Y yo, mientras medito,
quiero engancharme al silencio,
adentrarme en el vacío.

DESPUÉS DE TODO

No supone ningún contratiempo para
la abeja zángano
sin aguijón ni defensa
después de todo
sus ojos sin párpados
se cierran
después de todo
atar sus alas con
los cables telegráficos
que rodean la colmena
si no fuera porque tiene que cumplir
después de todo
con obligaciones maritales como
si fuera el único,
número 14,712 en la lista
y la puta reina que vive de su cuento
con sus mil quinientos huevos diarios
y sus esclavas que se creen
obreras las imbéciles
y a la abeja zángano
después de todo
lo desploma o algo así
lo difumina
para qué más sirve
después de todo
mejor me ato mis alas a

los cables telegráficos
y me echo la siesta
si es la última, haré
honor a mi nombre.

SOÑANDO ALTO

Ahora subiremos los peldaños
desplegaremos el mapa
un monte aquí, allá
los valles, las sabanas,
lo más alejado del tumulto.
En las ciudades, no olvidemos
ese otro edificio ultramoderno
que aún no ha sido imaginado.
El río ubiquémosle al costado
un poco más abajo de los fiordos
por el continente perdido que descubriremos
al instante.
El paisaje va tomando forma a la luz
de nuevos horizontes que apenas sospechamos.
Por esta vez soldemos selvas y desiertos
unos sobre otros, e imaginemos el resultado.
Falta el mar, los monstruos mitológicos
que de vez en cuando surgen para
comerse las raíces del sinsentido
entre tantas nubes que no son.
Ahora habrá que ubicar a las personas,
lo más difícil:
el de ojos claros y piel descolorida
hacia el sur, para darle un giro al mundo,
ese de piel curtida con color a tierra de la buena
quizás en el oriente, donde el sol se mira rojo
y el sorgo se tiñe de amarillo.
Ahora
ya qué importa dónde asentaremos al resto,
simples alfileres desgastados
que se diluyen a través de esta ventanilla
elevándose sin contemplaciones
y no me deja calcular en perspectiva
más allá de la hélice que estorba
y de tus ojos, que me miran asombrados.

EN ESPERA

Cuántas promesas por vivir
cuántos personajes
en este cuerpo que un día cualquiera
se apoderan de tus abstracciones
para hacer de las suyas
sin tu consentimiento.

Juego de contradicciones
del que eres partícipe,
cómplice involuntario
y el corazón que seguirá latiendo sin sosiego
en espera del tiempo que comprendas,
deberás comprenderlo,
que llegó la hora de dejar
los remos a un lado
apaciguar la barca
hasta que asomen las plácidas aguas,
el buen puerto donde arribar,
cuando llegue el momento.

SIN FECHAR

Reposado entre las rocas lo veo navegar
solitario
sentado en su barcaza, barquichuelo
silencioso,
de otros tiempos que suma cicatrices
a las suyas.
Qué dirán los peces,
(los que aún pueden recorrer
su travesía marinera)
de su canto silencioso,
su paciencia
entre tantas redes industriales,
sofisticaciones, tanto
carburante derramado.

Y yo, sentado sobre este acantilado
teñido, a su pesar,
(negra pasta delictiva)
me propongo aprehender la maestría
de un pescador
escurridizo
entre las manecillas
de
un
reloj
oxidado.

CUANDO SALGA EL SOL

Cuando salga el sol que sea
más azul que fuego,
nada de inventos metalúrgicos
que rematen el último chillido
en ráfagas letales.
No más llamas, por ahora.
Un día tranquilo,

solo,
un sol sereno, centinela
de destinos sosegados.
Y ya que estamos,
un lugar a revelarse
sin puertas o fronteras
para acoger sin miramiento
el amor que nos circunda
a pesar de tantos desatinos.
Ya para el ocaso
por si acaso
un sol cimbreante que podamos estrechar,
el día que los párpados se cansen de abrirse.

MARCOLINA

A lo lejos
melodía de incesantes colores,
colina.
Un día vibra verde
                    ocre, marrón.
Espero impaciente su blanca pincelada
que destiñe cima y riscos.

Al otro lado
sonata de chispas infinitas,
                          la mar.
A veces pinta verde
                     azul marino.
Cuando me toca sumergirme
mi cuerpo se camufla
se vuelve pez,
                quizás anguila
y mi corazón se expande
                        para abarcar
colina y mar
                mar, colina.

OFRECIMIENTO

Un día te entregué mi ofrenda
(¡pobre carnero degollado!)
pero las heridas siguen
y la sangre se coagula en
cada rincón de esta tierra
de montes arenas
olivos esperanza
una y otra una y otra
sin terminar de secarse.

La sombra de la encina

lleva cuatro mil años
sin hallar respuesta
sin descubrir el enigma de
los mensajeros de ensueños
que un día disfrutaron
de sus favores.
Aquí estoy, cantándote,
(mi nueva ofrenda refinada)
bajo la misma sombra
el mismo árbol,
mi canto se enmaraña
con la sangre y los ruidos de
las nuevas armas de espanto.

No creas que he perdido
la esperanza,
los sueños de milenios que todos
algún día vislumbramos
no se han consumido como
la miel y la leche de antaño:
hoy vuelvo a invocarte
bajo la sombra de una encina que
prometió
promete
algo más que el grito de la consagración.

APRENDÍ

Aprendí a escribir tu nombre antes del amanecer, sobre la piedra salpicada por el chorro de la fuente. Te diré que no fue fácil, fueron días de disposiciones, dedos, sangre, lágrimas, sentidos. Tu recuerdo me aprisiona, comprime mis entrañas con cada día que pasa, por eso me propuse recordarte en esta piedra, la primera donde no besamos, nos miramos, nos amamos, no recuerdo si por ese orden. He trasladado mi morada a este sitio arcano; mi corazón sangra, pero no tengo remedio. Vana es mi tristeza, me reprochan, derrocho mi amor en un ramo marchito que un día fueron rosas, pero no tengo remedio. Algún día, mientras tanto, también me convertiré en uno de los que partieron.

CON RECELO...

Cuántas veces ¡tengo
que comprarme un colchón!
He repetido. Cuántas veces.
Hoy la tortícolis
ayer el crujido de articulaciones.
¿Te acuerdas hace unos días? La espalda
parecía un mapa geodésico
la cintura, una falla
las carnes, la Piedra Roseta (con
jeroglíficos por descifrar)
y la punzada, sin comentarios.
Colchón viscoelástico antiestrés
anti-ácaros con aloe vera

látex 100%, AirCell Plus ¿?
Colchón de muelles dos años garantía
air system gran natura
abatible rebajado antilumbar.
¡Yo solo quiero un colchón
un colchón y que desaparezcan de una vez
por todas (pero todas)
la maldición de mis huesos
los resortes de mis carnes!
Pero tengo miedo
a aferrarme, lo confieso,
a sus bondades y
no querer despertar para seguir
escribiendo tantas zarandajas.

ALTA TRAICIÓN

Quiero decir aquí en el último recodo
que aguardo a que se abran los portales del castillo.
Mi arco, mis flechas se han apolillado y
el rey sin enterarse.
A la vuelta del siguiente árbol acecha
agazapado, el enemigo. No me quedan
más lanzas que arrojar, mi vida en sus manos
y él sin enterarse,
fornicando, quizás, con la más ramera.
Ya no puedo asegurar a ciencia cierta
a quién pertenece mi sustancia, quién es mi enemigo,
dónde está mi morada, ¿no será la sombra
que se mueve tras mis pasos?
Y las puertas cerradas a cal y canto
para quienes un día la defendieron.
No puedo decir que me da exactamente igual,
olería a engaño. El manantial secreto que quiero
registrar como esperanza no se me ha esfumado,
ese lujo no está a mi alcance, por lo menos
la ilusión me pertenece cuando
las sombras del siguiente árbol se me arriman
y el rey que no aparece,
las puertas cerradas a cal y canto
me entregaré a las sombras
me entregaré a las sombras...

RECONCILIACIÓN

¿Adónde dirigir tu ira, contrincante,
ahora que mi mano se estrecha a la tuya?
¿Qué alma hostil generó tus ansias
de luchar en campos áridos?
La puerta está abierta, el
terreno despejado,

esperando que siembres la primera semilla
en pasto nuevo.

Mi mano, la que un día quisiste triturar
y hoy has estrechado, estará contigo.
Hombro con hombro para sembrar y cosechar,
disfrutar
soñar y debatir,
para no volver a convivir con la vergüenza
de la destrucción.

Ahogaremos juntos los demonios de la ira
y afrontaremos un nuevo porvenir en paz
sin dogmas ni colores,
sin fronteras.
Que no vuelvan los días de la ira,
antiguo contrincante, compañero.

¿ÁNGEL O DEMONIO?

Ayer te soñé ángel,
te vi con buenos ojos,
de los que trae la corriente
de vez en cuando.
Te imaginé así, de azul etéreo
con el soplo de la calma
ciñendo tu cintura,
mirada limpia, sin marañas.

Hoy los vientos soplan diferentes,
demonio del erebo te diviso,
mirada tenebrosa
con la malicia a cuestas,
el rictus que dibuja tu semblante.

Ayer ángel hoy demonio,
dardo, pluma, encrucijada.
Yo, caballo desbocado
seducido por tu impulso angelical,
que se rinde ante tu fuerza
endemoniada.

PETICIÓN

Reclamo mi amnistía,
que conmuten mi quimera,
ya he pagado por el último pecado
tengo el pecho cosido con piltrafas
de la historia,
mi cabeza, la torre más alta de hielo.
Arriba frío, corazón en fuego

y la sangre que golpea hasta las sienes.
¿Qué más puedo esperar en estas circunstancias,
alma remendada de espectros?

Qué diremos al futuro
qué palabras podremos pronunciar,
si las que quiero ya no están
en el diccionario.
Las últimas que se pueden escuchar
espetan explosivos, municiones,
se machacan con metrallas
bomba espanto terrorismo.
Hoy imploro mi amnistía
para poder soñar tranquilo,
bosquejarle a los niños el futuro
de ilusiones, con sus luces
y sus sombras, la confianza
y el sosiego.
Aprisionado estoy aún con barrotes
de ignominia. Veo blanco, vosotros
lo veis negro. ¿Es ese mi delito?
Pagado está, os lo prometo.
Soltadme las amarras y dejadme navegar
hacia la paz.

DEPUÉS DE LA ÚLTIMA BATALLA

De repente, el silencio.
El mundo ha dejado de maldecir, mudo,
sin los símbolos patrióticos de antaño
que propagaron el polvo de la guerra,
la hecatombe. Ahora,
cuando apenas queda algo que bendecir,
por fin el silencio, un mutismo extraordinario
que quiere soslayar la voraz perturbación
de los días que pasaron. No sé si estará bien
envolver con el olvido nuestro fracaso de ayer,
cuando casi nada queda por cubrir.
Finalmente nos convertiremos en viajeros libres,
sin señas de identidad ni de etiquetas, solo aquellos
que sobrevivimos, sin saber muy bien por qué
ni cómo, de la última batalla. Ya no quedan armas
ni designios para el desagravio. Los afortunados
queremos empezar de nuevo
este viaje que se acerca, abriendo
zanjas de concordia,
caminos de avenencia
pero ¿cómo, cómo?
¿Quién estará para ilustrarnos después
de la última batalla?

EXPECTATIVA HASTA LA MADRUGADA

No ha culminado el misterio.
Los cuentos de dragones aún
no están al rojo vivo.
La madrugada no quiere acercarse
y los bosques van flotando por todas partes.
¿Qué puedo hacer? Llorar
¿sería lo correcto o lo más fácil?
Aún no tengo suficientes canas para
retirar la espada o decirle al corazón
que se detenga.
Estos viejos ojos pueden abordar muchas miradas
descubrir otros misterios
dragones y quijotes en castillos encantados.
El alma tendrá que aprender a esperar la madrugada.
Ya llegará. Ya llegará.
En la espera, llenar el cubo con las lágrimas
que no me atreveré a llorar
para poder esfumar el pensamiento
y acurrucarme, enjuto y tiritando
junto a las estrellas, hasta
que despierten las palabras
y el misterio quede consumado.

ECUACIÓN DEL UNIVERSO

Números y logaritmos,
al ritmo de genios e ingenios,
exponentes, digitales,
y matemática del tres por cuatro
para los que aprendemos a contar
un poco con los dedos.
¿Ecuaciones nolineales,
álgebra, aritmética, geometría del espacio?
Idas y venidas para los pobres mundanos
que a duras penas distinguimos
que la izquierda no es derecha
(pero que puede serlo),
que el tres va antes que el cuatro
y que la circunferencia es redonda
(hasta que se demuestre lo contrario).

Cálculo de Leibniz
fórmulas del factoreo
conjetura de Poincaré
álgebra matricial, trigonometría.
Y la geometría analítica
que nos deja en dos por tres
con las vergüenzas al aire:
triángulo órtico, números primos
teorema de Pitágoras o

el de las bisectrices.
Si Pascal resucitara seguro me halagaría
con su extravagante triángulo,
(que no, que no el de Sierpinski,
que es menos conocido)
para que me decidiera penetrar
por el mundo de los cálculos,
diferencial e integral.

Pero eso se lo dejo a mis amigos matemáticos
Laplace, Leibniz, Leonardo
Aristóteles, Arquímedes
Bernoulli, Bloglie, Boyle
Einstein, Euler, Euclides,
que cincelen el camino para que yo lo recorra
sin hacer muchas preguntas y
menos espavientos.
En buena hora he asumido, sin
descartar a Descartes,
entre espirales de Cirene y puntos de Fermat,
(también entre suma y resta,
multiplicación y división)
que a uno de mis hemisferios
le falta peso específico:
la matemática no es lo mío,
los numeritos, a lo sumo,
con los dedos
(que también están los del pie),
no estoy para descubrir
la cuadratura del círculo, a mí
que me permitan ocuparme de las letras,
de las voces, del color,
(ya sé que son frecuencias matemáticas
o algo por el estilo)
en su expresión más simple, primaria,
que me permitan suspirar con
la emoción en los labios,
con la imagen en los ojos
la palabra en el contexto,
el estremecimiento
y soñar, soñar, soñar...

(En homenaje al Congreso Internacional de Matemáticas. Madrid, agosto 2006)

MENSAJE.COM

Recibí un correo de la luna,
no sé si de la llena o la menguante.
Me hablaba que se acercaría por mi nido
para hacerme compañía. No
sería una sirena, pero bien
podría servir como consuelo.
Fueron sus palabras,

luna de monte, luna de noche
sin estrellas, de los días tristes.
Sin mensajes por descifrar,
directamente, como quien
no teme callar nada.
Primero fue el asombro, claro,
lo imprevisto.
Pensé en mis horas de hastío,
en las noches de abandono después
de la tormenta.
No quise contestarle. Me borré de la pantalla,
enganché mi mochila,
la de las travesías
y encaminé mis pasos a la cumbre,
cima de montañas que me acompaña
desde mi ventana solitaria.
El viento frío no sería estorbo
para lograr acercarme hasta sus feudos,
luna de noches taciturnas,
y sorprenderla. Era mi turno. Creo
que se lo debía.

Una vez encaramado, hazaña en mano,
ya nada era lo mismo.
Ni luna llena ni menguante,
quizás,
se había convertido en novilunio para
desaparecer de mi perímetro.
De nada me sirvió tanta vigilia, tanto
frío absorbido por mis poros:
tan solo en el espejo trazado en el firmamento
divisé mi propia silueta desdichada.
Entonces comprendí, una vez
en el monte de mis dudas,
monte de mis sueños y de mis ligerezas,
que ya estando en la vigilia
buscaría la chispa de mi propia semilla,
dejaría atrás el desconsuelo
y me aferraría al gozo de este misterio
que me queda por descifrar.

PRIMERA VOLUNTAD

Era eso
lo que se propuso el Hacedor
el día de la primera creación:
mujer/hombre, exquisita desnudez
conjuro donde anidar las almas
para cultivar amores,
bendición de ternura sin mordazas.

La vorágine, el tiempo en libertad

convirtieron cuerpos en cortezas
malgastados por la envidia,
reservas de codicia.
¿Ya es tarde para retornar al
vientre prístino
y saciar la sed de las entrañas?
El alma sueña con una última
caricia, la primera.

DESPEDIDA 2

La brisa agita mis hojas:
aroma y música,
las aves me acompañan
para danzar entre tierra y cielo.
Los nidos en mis ramas,
esperanza
que se transforma en energía,
vida.
A lo lejos, una columna esplendorosa
que se acerca.
Rojiza
apasionada y refulgente va llegando,
primero me trasmite su entusiasmo,
me envuelve, me circunda y
cuando descubro sus llamas asesinas
que me abrazan,
que me abrasan
con sus ardientes dientes, apenas
tengo tiempo para escribir con savia
(o con cenizas)
mi malogrado epitafio.

ACTOR

Si hoy me siento Hamlet ayer
fui Segismundo encerrado
en sueños de la vida.
Un día mi memoria me esclaviza y otro
me galopa sobre naves señoriales,
de las que aún no se conocen.
Soy histrión hecho persona, bufón
o comediante, animador, payaso
señor de los imperios, mártir
de las religiones, trágico, galán,
focos deslumbrantes que lamen mi jactancia.
Soy lo que los demás me exigen
y en el camino, he olvidado
quién se esconde tras la máscara.

LEGADO

Por fin siento los días desde dentro,
mi piel, testigo de los anocheceres
ha dado cuanto ha podido
nada vacío
nada lleno
todo en el vago margen de los hechos.
Mi poesía, arrojada hacia todas direcciones
(último concierto de amor, a veces
desangrado, a veces
devorando atisbos de emociones,
minutos de estremecimiento)
se siente un poco lluvia, vaticinio de abundancia
o maldición, según la cosecha.
Mi corazón se siente complacido
sin tener que omitir regocijo o agonía,
revelados en cualquier instante.
Mi piel, testigo de los amaneceres,
va cosiendo mis días desde dentro,
hilos de la cotidianidad.

VUELO

No sé si estoy soñado contigo
o la poesía, antes de que aparezca el alba
y escriba los últimos versos de la constelación.
Sueño y ternura se me enroscan en
este recorrido de sensaciones vibratorias.
Vuela el embeleso sobre nuestra aureola
sin saber distinguir el origen, suavidad
sin tiempo, amor sin concesiones.
No quiero despertar, romper el sortilegio
y descubrir, como ayer, que no siempre
toda la vida es sueño.

TELE-VISIÓN

Así, fue, de este modo, con parafernalia.
La recuerdo igual, pasen o no los años, si
todo acaba o pervive. A fin e cuentas
palabras, movimiento, imagen,
una lombriz escondida bajo tierra o
retratos digitalizados última generación.
Noches de leyenda, tardes de gimoteo:
no es para rasgarse vestiduras, pero
cuando me duerma volveré a soñarla
sin querer. Sus historias no son suyas,
de todos, de todo.
Realidad filtrada por tantos intereses
que se nos escapan, pantalla digitalizada.

Ya no sé si soy yo el que pienso
o me piensan
me obligan a pensar a su manera.
Cuántas horas embobados, caja de vacuna milagrosa
para curar no se sabe bien de qué,
pero funciona.
Así, de este modo la recuerdo, también hoy ayer
o mañana, acaparadora de sueños, fabricante
de ilusiones en el aire, portadora de otros mundos
a veces maravillosos, latidos en el pecho,
productora de patrañas, habladurías del dos por tres,
terror y miseria al por mayor
por partes iguales.
¿Seguiré recordando su luz y sombra cuando
el viento apague mis alientos?
Y la literatura ¿sobrevivirá?

HASTA EL RETORNO

Algún día dejaré de agujerear el aire
con mis ansias de vuelo o libertad.
Ya estaré libre de tantas ataduras
sin tener que pensar en el sustento
¿qué voy a hacer con tanto polvo
y podredumbre? Cambiaré de oficio
sin respirar, sin tener que despertarme
cada mañana a la misma hora y
esperar el momento de quitarme los zapatos
antes de apagar los ojos.
Después de la última mirada
el último beso, despedida,
quizás un soplo a posteriori por la nuca
(como un dulce recuerdo) y la forma
se transforma, sin latitud ni meridiano
ancho o largo, sin dimensiones conocidas.
Algún día todo yo seré tacto y sentimiento,
aire fuego piedra hormiga, olores emociones,
evolución de las especies
la nave blanca en que se transforma la nube,
padre madre hijo compañera
infinitud, origen y extinción.
Contemplaré sin ojos la mismísima Esencia
hasta que emprenda de nuevo el camino hacia la vida.

SEÑALES

La señal se ha congelado,
demasiado rígida para descifrar.
La mejor baraja
el as guardado en la manga, en entredicho.
Hay que interpretarlo

aunque nada sea cierto,
a pesar de todo, especulación.
La señal espera de su entorno
que la descubra
descongele
toda pretensión, pequeñas ranuras
puertas de mañana
arcanos.
Quizás una lágrima venga bien
y algo de pasión, para derretir.
Inflexible decisión
de hoy para mañana,
a la sombra de las dudas
hay que cavar fosos
construir puentes portentosos
sobre los pavores que atenazan
congelan
imagen de la decisión.
Una vez dispuesto
que se caiga la luna
fuego sobre el agua
eliminar todo recuerdo,
manos a la obra, vitalidad
por si acaso.
La señal...
ya no es necesaria.

MURO DE ESPERANZA

Trompetas o lamentos
¿tiempos de amor o desconsuelo?
No me desmorono tan fácilmente.
A veces ofrenda, a veces
voces de batalla estruendo bélico
pero aquí estoy, erguido
piedra sobre piedra para
cualquier ocasión
antiguo o renovado
protección del Santuario
víctima de pasiones
guerras sanguinarias
herencia para un mundo trastornado.

La historia no termina conmigo
o empieza
piedra sobre piedra.
No soy muralla de Jericó
desmembrada al sonido de los cuernos
ni gran muralla china
imponente larga fortaleza.

Aquí, pequeña entre montañas

casi en el desierto
me yergo empecinado
piedra sobre piedra
                    colina de Moriá
oliendo las especias orientales
que me embriagan
cuando miles de manos
                    mantos, filacterias
me acarician
hurgan entre mis resquicios
para depositar sus esperanzas
ruegos que no quieren apagarse.
Prefiero estos rumores
de días sosegados
cánticos de amor y de consuelo,
a los clamores de guerra
                    estruendo repulsivo
                    que la historia no se hastía de inventar.

Hoy los ojos me miran de otra manera
por delante
                    de oeste a este
fiestas y recuerdos a la par
cuernos emblemáticos que resuenan
                                        alegría o llanto
en el momento justo.
En el reverso, la discordia
querellas insensatas
se encargaron de arrebatar
la bienaventuranza
                    a golpe de estulticias
hedor a sangre y muerte.

Y creedme, no me falta
piedra sobre piedra
corazón, espíritu,
me entrego a quien me ama
                    por mí mismo,
en la memoria sin reservas.
La esperanza aún no la he perdido
              no se ha apagado aún la última llama:
siete luces invisibles esperan el instante
                    que no alce pueblo contra pueblo
su espada
para volver a iluminar sin privaciones

                                        la Ciudad de la Paz.

EL ACTOR

Más allá del límite de las tablas
exhibe sus gestos,

la palabra.
Espectador y butaca en alianza
se emocionan,
ojos que enfocan
oídos que graban resonancias.
El actor, histrión de sueños
hacedor de conjuros
se proyecta,
personaje de escenario para contar
vidas de otros días,
así,
sencillas o conmovedoras,
confesar las faenas de los héroes que
ya no podrán ser. ¿Qué más da,
denuncia o conmoción
historia,
argumento o desvarío?

¿Soñarán también los focos con
el testimonio?

INTERROGATORIO

Qué será este poema
¿larva de mariposa
exceso de vacío
montañas de espejismos que se elevan
más allá de los prodigios,
extenuación de sentimientos,
obcecación
cuerdas de una misma guitarra
azote para las sensaciones
salmo de esperanza
furia
poder
tedio
dominio,
vergel donde posarán mis últimos momentos?

¿Qué serán los otros después de la confesión?

TRAS EL UMBRAL

Piedra o flor, en la sepultura
deshojar la una deslizar la otra,
no habrá mucha diferencia,
nada podrá deshacer la circunstancia.
No son muchos los lugares para
lamentarse a gusto
(con o sin meriendas de consuelo
oraciones fúnebres, plegarias).

Qué más habrá por recorrer después
del polvo la tierra la ceniza.
Una profunda oquedad se posesiona
para el vivo quejumbroso,
sin comprender que habrá
más lugares sin lugares
espacios más recónditos, caminos
sin lastres para soportar
las sepulturas.
El cautivo dejará de serlo,
la señal sobre su frente se desvanecerá,
aprenderá a mirar a sus adentros
hacia el vacío que le cederá su abrigo,
y a desaparecer
hasta que el verbo le devuelva las ansias
de rugir.

Y DESPUÉS QUÉ

Aturdí mi palabra
boquiabierto
¿dónde se ha escondido
mi silencio?
¿dónde
los límites de voz y corazón?
Soledad o locura
los términos no se fijan
por el soplo del viento,
reverberaciones de una paz ficticia.
Campos de sangre más allá de los sueños
olor terror
ahogo nauseabundo en los escombros
mi reacción aprisionada
boquiabierto
y después de esto
¿cómo podré seguir viviendo?

MIRADA, A VECES

Diviso esos ojos que quieren esconderse
a veces
ojos de gata o ternera
estoy cansado
abro su puerta, quiero abrirla
a veces
penetrarme en esa mirada dulce
reflejarme, acurrucarme en la ternura
que palpita, ya nada es igual.
¿Cuánto más podré robar mirada
cuánto más ir y venir para
escarbar en lo recóndito,

clavarme en su contemplación?
Estupefacto, escondido en la penumbra
a veces
diviso esos ojos, de memoria
y sueño que me miro en ese espejo,
reflejo de su percepción

INSOMNIO

Tres, cuatro, cuánto se puede numerar,
cinco.
El amanecer no llega, ni el rayo que
alargará el día.
Seis/siete más rápido
se mueven los cristales,
velo
viento
vacilante
noche de tormenta sin tu rostro.
Perdóname, pero te voy a definir
con pincel en mano,
acaso
cincel sofisticado para los contornos
agazapados en la oscuridad.
Dos esferas, extremidades
noche sin luz ni rostro,
debe de ser dicho.
¿Y las manos?
¿Quién puede tener derecho
a transgredir la noche, penumbra
de noctívagos?
Callémonos todos ocho nueve
ya casi se termina labor en mano
diez
luna plomiza ambiente de escapada
borracho de la noche.
Tú, por fin, altiva
para emerger con último retoque
camino largo, ambiente turbador.
Se apunta el rayo verde
tan de pronto
y otra vez se esfuma
se evapora, desaparece.
Burbuja de la noche se come
por última vez tu imagen
un
dos
tres.

POR CUMPLIR

Soy como bestia de carga,
incapaz de pronunciar algarabía
o lamento, únicamente
a sobrellevar el lastre hasta el final.
Pero algún día ejerceré la pronunciación
exacta del amor. Esparciré a los vientos
mi querer. Te aclamaré sin escisiones
mi ternura, sin encogimiento.
Derramaré mi amor sobre tu piel
con voz y huella, delicadeza y pasión.
Ten paciencia, amor,
te lo prometo.

¿COMO JUEGO DE NIÑOS?

Un día, ya lo sabes,
jugamos a bandidos y vaqueros
el viento se escapaba por las ramas
y yo arriba, más arriba
escondiéndome en mi selva particular
árbol huevo de toros, mangos,
y abajo, materile lireló.
A veces, sin pisar a la rayuela,
un dos tres ¡pan y brinca!
Por mí y mis compañeros
los he salvado a todos y tú
que hacías trampa contando
a la escondida. Y otro día
otro juego, ya lo sabes
“hijo hijo dónde estás,
donde mi abuelita”
¡A que te cojo! Y tú corriendo y
yo detrás, como si nos jugáramos
la vida, delirio de la infancia.
Un palo o una piedra,
camino hacia los cielos.
Pero mira, no recuerdo
haber jugado a matarifes,
soldados de mortífero atavío.
Por qué, entonces, con
la piel más arrugada nos conminan
a batallas más cruentas,
bombas, átomos, metralletas
para perforar hasta la médula,
las ideas
como juegos de niños inocentes,
chuparnos la sangre
el último suspiro,
aniquilarnos de verdad.

TRANSFIGURACIÓN

Te veo mirándote al espejo
queriéndote desprender
máscara que usas como escudo.
Qué difícil es, ¿verdad?
Ya jugaste a otros artilugios
combinaciones
que te obligaron a consumar.
Pero hoy
hay algo diferente en tu mirada
que no te sientes sola
se me antoja
que
tu risa puede romper caparazones.
Muchacha del amanecer,
en tu almohada has dejado
las últimas costuras del pasado
lo presiento
astilleros fantasmales
sin ruta ni navío.
Hoy son caballos con alas
espumas de mar arisco
los que te cubren
y descubren,
sonrisa sin censura
desnudez para andar por casa,
que es el mundo.

DESIGNIOS

Este barco es mi prebenda,
con dirección incierta y rumbo franco.
En todos sus listones se descifran
los días de mis días, mi camino,
sueños de argonauta,
con o sin trampas.
Cada travesía, un enigma
por desentrañar
una experiencia tallada
en mi enciclopedia personal,
siempre en blanco
siempre abierta para nuevo itinerario
mientras se disuelve mi última enseñanza
y mi alma aspira a despertar.

ÚLTIMA ENTREGA

Noche transparente, mi brazo se alarga
para abarcar al brillo, porque existe.

Como retales que rebasan, mi piel
quiere envolver este recuerdo, con
aroma a ti, evocador de todos
los momentos. Mis entrañas encendidas
después de todo ello,
se excitan con tu esencia.
Cuando ya,
por fin,
logro acaparar el resplandor,
mis manos saben a melaza
y presiento que ya
has contagiado mi aliento con tu apego,
emoción furtiva que aviva el corazón
y así
sin ceremonias ni lágrimas ilustradas
te lo entrego, envuelto
en mi primer almíbar,
mi último y blanquecino jarabe.

ENSAYO GENERAL

Ensayo un nuevo despertar
por si acaso.
Me cubro con el viento, sin ventanas
ni paredes de amparo.
Frente a las miradas incrustar mi
último movimiento, sin sed,
sin anchas puertas porque no hay vedados.
Todos,
rápidos o lentos, se puede esperar,
podrán llevar a cuestas expresión
y movimiento
reflexión y duda
humedad amores deseos ilusiones,
maleta de ensueños y entelequias
para repartir entre todos,
comensales que inician nuevo rumbo,
manos tendidas corazón abierto
cuerpos desnudos partidarios
de las voces y los gestos
que inscriben en la atmósfera
ese nuevo despertar sin estandartes,
amor para romper fronteras de artificio
que un día y otro pretenden enjaular
el más dulce soplo de libertad.

PREDICCIONES

Mirada de tigre, fiera que penetra
por los sueños de los que han vivido.
Sueños que no saben descubrir

de qué lado dormitan, por dónde
dirigir sus elucidaciones.
Hará falta, por si acaso, un prestidigitador
que no pregunte nada, que se encargue
sin demasiadas elucubraciones
de resolver el enigma, ojos
de fiera, tigre en acechanza,
y esos otros tantos acertijos,
jeroglíficos que no se encuentran
en los libros de los niños, en sus quimeras.
Cuando amanezca, cuando se liquide
la noche en umbría, pesadilla, cuántos
vaticinadores pulularán, de pronto,
para pregonar que la piel ya no resiste
que es difícil olvidar mirada de tigre
vanidad insatisfecha, todo
se ha cumplido sin cumplirse.

Y OTRA VEZ EMPEZAR

¿Cuál es el primer sonido,
la primera voz vibrante
para dejar de ser sedimento y erguirse
de una vez por todas en carne, hueso,
raciocinio?
Al final, compartir con el aire y el mar
y esa luna que vigila desde
todos los ángulos
las primeras frases, el primer sentido
entre los labios, puñado de signos,
iconos para la posteridad.
¿Hará falta también espíritu y conciencia
para acometer al tiempo y al espacio
hasta erguirse vencedores de la historia?
De la nada no se puede ofrendar la vida,
ni es cuestión de luchas entre grillo
y lagartija, entre estegosaurio y mastodonte,
eso se inventará después, cuando
todos querrán manipular los resultados,
escalar escaños y poderes.
Para entonces, ya fuera del Camino
no serán ni hombres ni mujeres:
distantes estarán de comprender
que la primera voz, el primer
gesto vibratorio entre los labios
fue la sonrisa.

SEMBLANZA

Ya no preciso contar mi historia
ni enumerar los olores que me atraen

las ropas que me pongo
ni las viejas zapatillas de dormir
(que no quiero tirar).
Todo se metió en el espejo roto,
hecho añicos por los días y las sombras.
Ahora quiero estrenar mi alma
que baila por estanques mujeriles
en medio de esperanza y hojarasca.
Quiero dilucidar mis lecturas,
aprender de mis amigos los animales,
sentirme un poco vaga, un poco limpia,
mojar mi corazón de ternura
y escuchar sus latidos en
cualquier rincón donde me acoja la existencia.

TODO

Todo pudo haber ocurrido
un segundo
un milímetro de incandescencia
luz o muerte
la salvación del último valiente
el instante de los hechos que
hace cambiar el rumbo.
Las piedras, la cuerda,
amor. Aquí reside el argumento:
estos muros tengo que abatirlos
amor
por ti, por los días que se acercan
por los que conocemos y hemos de conocer.
¿Qué importan los rencores pasados
días de luz o lluvia que se fueron?
Ahora no aceptemos esa red que
nos quieren colgar
amor, las piedras de la lapidación,
cuerdas gastadas de tantas ignominias.
Contigo puedo derribar los muros
deshacer los nudos
emprender el camino que me prometiste
para que palpiten al unísono nuestros
corazones, y todo pueda ocurrir.

SEÑALIZACIÓN

Hoy es día ámbar
vestigio de cuidado,
semáforo.
Ayer fue rojo, todo reposado
-parálisis de fin de semana.
Cuando llegue el verde,
el estrés, carrera

de último momento
y vuelta a empezar,
pasajero.

DESPEDIDA 3

Mira cómo mi dedo roza la punta de tu pecho
y me entierro la espina sin sangrar.
Con los ojos semiabiertos contemplo
embelesada tu piel exacta, sin alternativa.
Mi boca muda, palpitante, quiere derrochar
hasta su último grito de pasión
pero el silencio se atribuye la descarga
(si acaso un suspiro, un gimoteo
para saber que la vida nos circunda)
antes de sospechar el futuro amanecer,
cuando tu ausencia me queme las entrañas.

CELEBRACIÓN

Para celebrar el año, olvidemos el precedente
los naufragios,
más bien entonemos el nuevo tiempo
a conciencia: agilidad, una pizca de
ternura a toda hora. La vista
en los árboles, las nubes,
la plasticidad de formas,
el color, todo lo que olvidamos ver
de vez en cuando.
Añadir, si se apetece,
transparencia de corazón (pero
cuidado con el acecho de los chupaflores).
Para aderezar los mejores momentos
no hay que descuidar las cosas imposibles
aquellas que nos harán reír hasta la muerte,
las locuras de eros, para estremecernos
hasta la próxima vida.
Para celebrar el año pongamos a punto
nuestro olfato,
siempre abandonado a lo que venga.
Agregar un poco de hueso y carne,
por si el movimiento.
Con todos los elementos, bien mezclados
de pubis a cabeza
preparar un único cóctel, sumarle
una flor en la punta del nuevo día
gotas (muchas) de amor y gratitud
la música que más se antoje
la risa, alguna lágrima
y el cantar que suena de nuestra propia creación.

DESPERTAR

Me despierto
y tu mirada
me transmite todos los albores,
los paisajes claros
más allá de mis linderos.
Registro la noche ya lejana
y el recuerdo del fuego penetrante
que consumió mis entrañas.
Ahora, con la luz
que repercute por tus ojos
mi cuerpo aún desnudo
se calienta
en ese amor que me traspasas.
Y presiento que ya no necesito contar
más historias,
cuando
todo
queda dicho
en tu mirada
después de una noche de amor.

DESVARÍOS

Cuando no puedo dormir
por esto por aquello
me invento las imágenes
como si salieran del agujero
oscuro de la noche sin brasas
sin luz que rompa la quimera
las atrapo
las hago mías y
no encuentro el papel para apuntarlas
si enciendo se me escapan
se quemarán en el fuego del olvido
entonces me encabrito
las repito
las repito en mi mente agarrotada
las mastico
me levanto desnuda ¡qué frío!
Me convierto en heroína
de la buena, sensorial,
aventurera y el aire
o la sábana, el suelo en perspectiva
me sirven de pizarra
para clavar mis dedos, mis pezones
la lengua, lo que sirva para grabar con
sangre o con saliva
la locura de turno que me bulle
y no puedo dormir no puedo

SIN REFUGIO

Piel
de barro
niño
de angustia
grito
acompañado por el hambre sin refugio
en tierra
que parece
muerte,
campo que oculta los aullidos
el último el primero
en paredes invisibles
para que no ofenda más allá de
lo necesario.
Madre que alberga en el silencio
su terror,
aullido que se expresa por dentro
muerte que
zarandea
con el hijo en brazos,
esqueleto que clama por vivir
sed de vida en pobre piel
sin carne
en ojos negros que olvidaron el llanto
y nadie más allá
de las sabanas africanas
sus desiertos
está dispuesto a dar oídos,
a reclamar su fin.

Nosotros
que rompemos las cadenas de los ecos
los transformamos en murmullos,
en noticia de última hora
mientras hacemos cuenta con
las letras del piso
en noches en que el sueño
no nos quiere amparar.
Hasta que explote el silencio
en nuestras narices.

GESTACIÓN

Siente, amor, siente
el fruto de tu prodigio
y el mío,
un tenue movimiento que esparce
expectativa y vida, amor.

El alma me desvela la ternura
la vida que aguarda,
el nuevo aliento que
espera ser amado.

Tuyo y mío el juego
nos abrasa en cada poro,
nos mueve hasta
la última agitación.

Aquí está, amor, la ofrenda
la luz que trasluce,
mi vientre contagiado
por tu amor.

ACOGIMIENTO

Sé de tu presencia por el olor
que desprendes cada atardecer,
me embriaga mientras cuelgas
tu chaqueta en el armario de la entrada.
Presiento que levito
si no me engancho a tu sonrisa
a tu pelo ensortijado que
me habla de tu día agotador.
Ahora, puedo decirlo, se me ha quitado
el frío, no te veo aún
y ya no preciso encender
chimenea o radiador
para apaciguar la frialdad de afuera
(en tiempo y en acciones).
Cuando escucho tus pasos en
pos de la recámara, vuelvo a temblar
pero eso es otra cosa, otro sentir
que solo tú y yo sabemos.

EN ESPERA 2

Contigo en el espejo voy llenando
mis noches de consuelo
soñándote animal, estaca,
garrote irresistible.
Exhausta yo, la flor, acaricio
mi relieve voluptuoso, mis cabellos,
mis labios adornados de humedad
en un viaje de manos
no hay consuelo
tú allí, tras el espejo
te disipas te vuelves invisible

yo a dos velas
y el día que no llega.

COMO RÍO

Montaña abajo
caudal que carga ímpetu,
río
arrastre de raudales,
lo que puede,
y acaba derramando sus lágrimas
en la más imprevista de las playas.

¿Por qué me siento río
amado mío,
y tú mar abierto?

DE SUEÑO A SUEÑO

Me gustaría soñar con ser eso,
el objeto sencillo que llevas en tu mano
el lápiz
un llavero
hasta el anillo que aún no has llegado a perder.
Sentiría la tibieza de tu piel
tu aroma envolvería mi textura,
vibraría con cada movimiento de tus dedos
tan finos, perfectos, sería
la llama que retoza del fósforo que enciendes,
la moneda impregnada de tu humor.
Te acompañaría siempre, siempre
hasta que
(aunque solo fuera en sueños)
te fijaras en mí y me transformaras
en algo más que una palabra
escrita en tu cuaderno.

OBRA PÓSTUMA

Estoy pintando el espacio con mi
brocha más sicodélica.
Un poco de rojo brillante para tapar
las ignominias de ciertos gobernantes,
el verde chillón para ocultar
las selvas que se fueron en el bolsillo
de los hacendados
(tanta madera tanta moneda).
El azul verdoso para imitar lo que me contaron
que era el mar (¿o era el océano?).
Una vez terminado colgaré guirnaldas de colores

entre las nubes que un día fueron
blancas, azuladas, grises
(y hoy son casi tan rojas como mi rojo brillante).
Intentaré darle un toque festivo,
aunque de postín
a este espacio que nos circunscribe
(ya empiezo a sentirme demasiado ceñida).
¿Y si le agrego unos ojos
las cejas, la nariz redondita como de payaso,
pestañas gigantes de abanicos multicolores,
maquillaje blanco en la cara?
(lástima que no recuerdo cómo se hacía el blanco).
Todo pintorreado, espacio ensoñador
quizás llegue el momento de los accesorios:
algunos collares de semilla y piedras (nada
de plástico u hojalata, que me dan alergia),
pulseras rococó hechas de tierra (pero
no mucha, porque se está acabando).
Aretes de espejismo que nos muestren
todo lo que un día fue (aunque sea en la imaginación).
Al fin de cuentas, con esta camisa de fuerza que
me han endilgado los señores de bata blanca y
cara de estreñidos (creen someter al universo)
los pendientes me serán de mucha ayuda
mis espejos
mi escapada
mi liberación

PERSEVERANCIA

Tantas las cosas que quieres decir,
palabras por pronunciar, voces,
te desanimas, te atormentas
lo sé
pero no te consumas
los sueños no siempre tienen vocablos
para explicarse.
Reitera tu verbo seducido a los curiosos,
que alguno habrá sin pretensiones
entre tantos quejidos de locura.
Inténtalo una y otra,
sin parar, que algo tocará, algún afortunado
se topará con tu sonrisa
oirá tu última palabra
leerá tu grito de libertad.
Y quién sabe tu infortunio
no habrá sido en vano.
Los retoños de tu imaginación
se convertirán algún día
en los sueños de otro.

DECISIÓN DE ALTURA

En el próximo aeropuerto
cuando pregunten por mí
diles que he tomado el tren
que he bebido la noche sorbo a sorbo
y me fui a jugar con los gorilas.
Y ya ebria, en el próximo aeropuerto
no me subiré a ese avión
que quiere llevarme a sus entrañas,
tumba con estrellas brillantes
y zulos tenebrosos, para engatusar.
Enviaré a la otra, con mi piel y mi figura
para dilucidar los acertijos,
pero yo me quedaré en el borde,
sin vanidad, pidiéndole a los monos que
rasquen mi pelambrera, que hurguen
en mis vellos los rastros de su perfidia.
En el próximo aeropuerto ya no estaré,
díselo así, sin más,
que habitaré en ninguna parte.
Perderé la partida, seré hija de la Libertad.

CAUTIVA

Me fijé en sus ojos,
recuerdo de mis mares de antaño.
Desnuda me sentí en el vacío,
hoja que vuela, tiritando.
Cuando quise regresar a mi elemento
ya era tarde.
Ola y cristalino me atraparon
y yo, qué curioso,
no quise liberarme.

TOUCHÉ

Abriste mi trampilla,
te adentraste sin tocar el timbre,
sin permiso.
No sé de qué picana te agenciaste
para producirme esta lesión que
mi corazón no sabe cómo padecerla.
Rompiste mi crisálida,
ahuyentaste mi soledad
con ese guiño eléctrico que clavaste
en mis entrañas.
¿Y ahora qué puedo hacer,
contaminada de mí, con
tu mirada, tus besos, tu olor y
tus humores?
Con lo bien que estaba yo,

la recluida, que solo me asomaba al balcón
para oler mis plantas de
hierbabuena y albahaca. No necesitaba
otra fragancia. Y ahora
tu aroma impregna todo mi periplo,
si me vuelve loca, loca,
yo, la perjudicada,
la de los huesos carcomidos por tu amor.

SIN REMED...

Busco al gusanito que
se come las palabras que escribo. Las devora.
Yo sin encontrar un sucedáneo a lo que
quería decir. No sé
si engatusarlo con un cuento suculento,
de uno de los grandes (de miedo sería mejor)
que deje en paz a mis poesías, raquíticas
las pobres, de tanta deglución. Además,
temo que se coma mis ideas,
que no son tantas y
me deje gimiendo, sin armadura y
con las nalgas al aire.
Me da la impresión que no es
un gusanito, que son dos, espero
que no sean macho y hembra,
sería el acabose, me quedaría
sin facundias, sin fantasía. Entonces
me tocaría organizar
un doble entierro
sobre una barca de papel y
un ataúd de cartón,
la primera
para mis letras, (tan pálidas las pobres)
que atraviesen el Aqueronte,
y la caja para
lo que quedara de mis carnes,
sin nada que atravesar.
Después invitarían
al festín
a toda la familia
Anélido al completo,
degusta que degusta y
al final...
mis
ideas
mis
palab
mi
fin...
glot...
glo...

¡A PLANTAR CARA!

Veremos cuál será hoy la noticia:
¿la última bomba en el culo de Júpiter?
¿los gemidos de la famosilla en serie?
¿el silencio de los grandes, la mentira
del periódico, la vecina
torturada por su macho?
¿Cómo empezar el día sin tantas
entelequias, de las que no queremos saber
pero que nos consumen hasta
el último morbo?
Que hay que empezar por algo,
claro está
pero estrenar el día con tamaño desayuno
indigesta
regurgita
descompone.

Amanece
y ya nos convertimos en miguitas
pequeñitas
ni siquiera mendrugo,
parta perdernos por el bosque
de Hansel y Gretel.
Y a saber qué salvador nos descubrirá,
nos librará de la bruja verruga
(nos llevará a la tele, comentaremos
nuestra hazaña, derramaremos dos
tres lágrimas, ¡y a la fama!).

Pero no. Hoy no. Me mantendré
en huelga: Ni noticias,
ni la radio,
ni el periódico
ni la caja boba.
Si acaso, la revista junto al papel higiénico,
para relajar los esfínteres,
pero nada más.
Hoy desmontaré las artimañas de
los comecocos. Batalla
colosal, ya lo sé. ¿Estaré
perdida de antemano?
Sin vanidad os digo
que plantaré cara, afrontaré
los hechos, y herida de noticias
me inventaré las mías,
imaginación no falta para tales
devaneos. No lloraré, os
lo prometo, mis amigas, mis amigos.
Solo os pido, si descubrís mis migajas,
las recojáis con vuestras propias manos
(¡tened cuidado de la brisa!),

antes de que la bruja del cuento me transforme
en ratoncito roedor de bibliotecas
informes
rumores
sucesos
ocurrencias,
incidentes del tres por cuatro...

SIN PALABRAS

Me dices que te has quedado sin palabras,
que no hay sonidos nuevos para expresar tu contentura.
No te alarmes, no hay peligro,
a veces el lenguaje queda obsoleto
para articular los sentimientos
que quieren estallar entre tus poros.
Comprende que no es nada grave,
mira el más pequeño dedo de tu pie cómo se expresa
¿para qué entonces, las palabras?
Observa tu nueva sonrisa,
colócate frente al espejo,
estudia tu mirada, el gesto de tus labios.
¿Descubres su armonía?
Qué mejor palabra que tu misma entrega
para declarar tu contentura, amor.

SER O NO SER

El poeta aferró el lápiz
para plasmar el nacimiento
que nunca existió,
que quedó en la nada por culpa
de su propia muerte.

Así la suerte va y viene
nunca se queda para siempre,
deambula a su antojo
hoy con la niña de los ojos verdes
mañana entre los dedos del poeta
que nunca vivió.

La poesía quedó en blanco
la niña de los ojos verdes,
sin poder leerla
creyó que estaba ciega.
Sus ojitos de aceituna se arrugaron
sin comprender el sacrificio.

Faltaron los árboles de la sabiduría
que les señalaran el camino,
raíces que retuvieran a la suerte

embustera y casquivana, inexistente,
disolvente que limpiara sus almas inocentes
del tormento en un día caprichoso.

¡POR FIN!

Qué cansada estoy de llevarte a mis espaldas,
muñeco de trapo, monigote.
Has desviado mis pasos, mi columna, tú,
el que decías que me llevarías en hombro
hasta la misma gloria. Mira
donde está la gloria y dónde estamos
tú y lo que queda de mí.
Ni al altar llegamos, amigo mío,
pero hasta te lo agradezco.
Estoy resuelta:
hoy te tiro en el primer estercolero
que me encuentre
te sacudo, sacudo mi memoria,
te lo juro,
y emprendo el camino de mi liberación.

METAMORFOSIS

Sin moverme
quieta
resguardada en la crisálida,
caparazón contra fisgones en trance.
Asomo mi cabeza,
no sé, pero creo que ahora
disfruto más del aire.
Empiezo a descifrar mis acertijos
la claridad de las ideas,
el silencio
pensamientos que persiguen
las alturas.
La ingenuidad se me evapora
¡alegría!
Mi secreto se torna mariposa.

TÚ... YO... EROS...

Hoy te siento espuma,
burbujas para frotar mi cuerpo
sin que desaparezcas.
Si abro los ojos, que
no quiero,
posiblemente me espantarás el encanto
el baño que bendigo, con tu aroma.
Déjame así, ciega por fuera,
que por dentro ya te tengo

en mis ensueños,
roces que llenan mi espíritu y
mi seno. Así, así,
en mi país de pieles despejadas,
casi transparentes.

A LA ORILLA DE UN DÍA INCANDESCENTE

Que empiece la noche sin mí,
no la necesito
un beso azul atraviesa mis bordes
me los hincha
la ventana de sus carnes se me cose
a la mía, bendita jornada de luz.
¿Para qué esperar la negritud del ángelus
si la irradiación me acomete
con dulzura, sin escondernos detrás
de puertas sombrías, marañas de anteayer?
Nada ha acabado, cada día
se empieza por primera vez,
un nuevo puerto donde anclar nuestro delirio,
oír el susurro que nos concede el viaje
en cada arista de la vida.
Además, su respirar sobre mi rostro
para que yo responda
me deleite
sin esperar intervención nocturna,
avivar mi instinto de ternura
despejado en cada instante.
Levanto ahora mi copa iluminada
y absorbo su caricia,
atravesada por la chispa de un día perdurable.

SIN ARTIFICIOS

Embriagados sin música compleja
fuera los brebajes delirantes
sabor de su aroma al oscurecer.
La melancolía se ha quedado al otro lado
junto a los quejidos en botella.
Un tibio y fino tono dulcísimo
va y viene, se entretiene, juega
a caricias prestadas, de tú a tú,
como quien sí quiere la cosa
para dejar helados a los fingidores,
(tira la mano esconde la piedra
o viceversa).
Ahora se dicen
juego de elegidos, que no necesitan
del abrazo, y se aprisionan
entre pechos, tributos

de hembra o macho intencionados,
bienintencionados.
Un titilar en el estómago que
no queda mucho en juego,
está llegando al fin, pero no del mundo.
La puerta sigue a cal y canto, pero
de vez en cuando, cerrada,
se introducen (furtivos) entre suelo y rendija
los lamentos de borrachos envidiosos.
Que no quieren oírlos, que no los necesitan:
el susurro en la penumbra es suficiente
para vivir el encuentro sin armas artificiales
Simplemente
él y ella
ella y ella
él y él,
que más da, tú a tú en el entramado
y una chispa de amor, suficiente
para detonar el más fulminante
de los enamoramientos.

ESTACIÓN ONIRIS

El árbol que se asoma sobre mi ventana
me ha soñado. Por eso
sus ramas acarician el cristal y componen
una melodía natural,
en connivencia con el viento.
No sé cómo retribuirle, solo en sueño
otra vida otro feudo
nos unimos como sencillo ejercicio,
apacible y sin contratiempos.
Así sucede, sin preguntas ni arrebatos,
susurros de silencio, vibraciones.
Yo masticando mis elucubraciones noctámbulas
y el árbol, majestuoso, soñándome,
modelándome
con cada una de sus hojas, pinceles de otro reino
sin esperar más nada, ningún salto aparatoso,
dimensiones desconocidas.
La noche, callada, nos permite escuchar
percibir sueño y melodía
melodía y sueño.

SOMBRÍO DESENLACE

Me he encontrado una sombra, no la mía
¿por qué la ha abandonado la materia
en esta pared que se estremece?
“Pietà, pietá”, siento (¿presiento?)
que me ilustra con sus tonos

y matices negro gris, gris, negro.
¡Qué triste sombra sin cuerpo que la proyecte!
Los muros palpitantes algo tendrán que decir,
y callan.
Recorre por mi mente un sentimiento compasivo
¿y si le presto mi cuerpo?...
Se desprende de improviso
una agitación umbría en mis entrañas, que
se incrusta entre las grietas del muro más cercano,
donde mi propia sombra se cobija,
disipándose
hasta la misma vía de asfalto y piedra.
Comprendo su indirecta.
Mi sombra no soy yo, pero en
conflicto de intereses me representa.
No hay cabida a la traición,
estaría desertando de mi propia estampa.
"Piedad, piedad", presagio en el contorno
de la sombra ensombrecida,
la otra, bosquejo de silueta humana
abandonada a la suerte del resplandor.
El que emplazó a la Luz no pensó en tal ignominia
pero a mí
simple mortal,
me toca emprender el
más
drástico
desenlace:
Y apago la luz.

PREGUNTA A CORAZÓN ABIERTO

Lo guardo como parte del tesoro
en mi regazo.
Tú no lo sabes pero
tu corazón se inclina hacia mi cuerpo
para emprender el viaje,
te palpita, se puede convertir en
mi juguete preferido. Yo,
sin contratiempo te lo envuelvo
tan delicadamente como puedo entre mis senos
bañados de perfumes orientales,
de los que un día me trajiste de regalo
para embelesarme.
Después, cuando todos ya han probado
del último aperitivo
lo devuelvo a su estuche preferido
cubierto en seda fina, salpicado
un poco con agua de mis propios manantiales.
Ya repuesto en su armadura original, sin
ni siquiera sospecha de tu parte,
es cuando el mío se entretiene danzando

cadenciosamente, como burbujas

disfrutando de su efervescencia, un
poco loco, desbocado, y ahora sí, saciado el tuyo,
enamorado el mío, es cuando inicias tu sospecha
de que algo se estremece, algo hierve entre
tu espacio y el mío, y te preguntas, por fin,
¿no será que...?

EDÉN

No sé si eres bonsái o roble,
profundos embelecos en madero desnudo.
Tan exquisito ayer y tan
fornido hoy, que te atreves con sueños proscritos.
Lamo ese tronco con sabor a mar para
despertar mis sombras y, reconozco,
fulminas mis sentidos.
Te bebo, te malgasto y gasto
hasta la última de tus oquedades.
Niña perdida me convierto sobre tu pecho
que ni me atrevo a volver a suspirar
para no disipar el instante.
Roble o bonsái, te he plantado
en mi paraíso personal.

POR UN INSTANTE

Por un instante vocablos inocentes sirven
como ofrenda por las faltas cometidas,
palabras borroneadas sobre pantalla blanquecina,
una prueba de que todo es posible, que no
se esconden los mensajes.
Por un instante, todo es elástico plástico flexible,
nada de rigor, sin asperezas.
Malas zarzas se desclavan en el mejor momento,
palabras obsoletas sin nada que decir
desaparecen del glosario
hasta que cicatricen las heridas.
No sé si siempre fue así,
si algo fue omitido entre tanta intransigencia:
dímelo tú, que vives fuera de los sueños,
por un instante.

PROCESANDO TEXTOS

Entro por la ventana pequeña hasta tus ojos,
porque tú lo has querido, a través
de la escritura,
la magia de los versos,

el poder de los colores.
Me arraigo por tu casa, acaso intempestivamente
(¿será posible tanta intromisión?)
mi poema se atrinchera en tu morada,
te acaricia
(sé que algo te provoca) husmeo
entre los sentimientos que profesas
(creo oír tu risa, percibir el latido
de tu último suspiro, a veces
la molesta indiferencia).
Descubro, entonces, que nos conocemos
tú, yo, las emociones
sin mirarnos, sin sabernos,
nos unimos en la búsqueda,
tuya, mía
por disfrutar del don de la palabra,
ojos que conquistan el deleite
tan anónimamente, sin misterios,
hasta que decidamos apagar el ordenador.

GRUTAS

Más allá de la conciencia, en lo profundo de las grutas de la intemporalidad,
luz,
sombra,
apariencia,
todo es, todo es...
o nada...

MERIENDA A LA SOMBRA DE UN POEMA

Una y otra vez
invasión de azahar, pacífica,
deleitar el refrigerio al atardecer,
patio andaluz a la sombra del naranjo.
Ráfagas serenas circundan el espacio
que se desea levantar con
el quehacer de todos los días
descifrado, hasta que se muestra
la luna cuarto menguante para
anunciar la retirada, por ahora.

PACHANGA DE LA SIMULACIÓN

Hoy celebraré mi fiesta con el universo
de todos los días, agasajo peregrino,
danza a tope, apasionada,
música y verso de los que viven
al compás de lo corriente,
el ritmo de las fritangas,
gemido de la noche más rabiosa, delirante.

Cuántas rimas se habrán dado acompañadas
de esta sinfonía, alegato ardiente
para engañar el ronroneo de un estómago vacío,
sin premios ni monumentos en la noche
de los supervivientes.

RE-NACIMIENTO

...y una vez liberado, descubrirás que no siempre se regresa de la vida llorando.

VUELA BODA VUELA

(Inspirado en un cuadro de Marc Chagall)

Estoy cansada, cariño, de volar.
No me sueltes, por favor, que
tu mano en mi cintura, vientre
para fructificar, aplaca mi fatiga
con ese sol tan ambarino, tan de huevo
y la cabra más cabra que nunca,
por los aires.
¿Quién tocará el violín en nuestra boda
atrás,
sobre el manto litúrgico de flecos que
nos cubre, nos protege, después
de tantos giros, quimeras,
por los aires?
Me siento, cariño, hechura de
una mente apasionada, soñadora
de mundos tan idílicos, tú, yo,
que vivimos en un *shtetel* de miseria.
No quiero esperar al crepúsculo para
admirar tus ojos, cariño, tu potencia,
mientras nos plasma el artista sobre
el lienzo blanco, del que nunca pudimos fantasear.
Dile, amor mío, que nos baje, la realidad
nos espera al otro lado del villorrio, con
el viento que se escapa y el violinista
en el tejado, que se hunde que se hunde,
y el amor sobre sábana blanca, símbolo
de nuestra inocencia, en días tan adversos.
Amarte es lo que quiero, amor mío, díselo,
coméntale mi angustia, agazapada en esa
gallina tan gigante que servirá de convite
para los famélicos que se acerquen
este día para agasajarnos, para bendecir
nuestra unión con el arte, la imaginación
y la esencia de la Divinidad.

¿REINA O ESCLAVA?

¿Y si me quito el delantal
y me disfrazo de mí misma?
Con coquetería y esas cosas
laca para el pelo, las uñas pintadas
barrita de labios sensuales.
¡Ay, soñar soñar mientras friego los trastos
y mi marido sin dar golpe
(ni en la cama) y la prole bullanguera
(si esto parece un ring de boxeo,
de pelea de gallos, batalla campal)
y ya no sé qué hacer con el techo
que se me cae encima!
Un buen vestidito, de
los que vi hoy por la tele,
el de la actriz esa, que no
me acuerdo su nombre,
sí, esa, la novia del deportista.
Y yo así de guapa, con mis pechos
recargados de sensualidad y escote,
meneando mi cabellera sin necesidad
del ventilador (que ya no me funciona).
Así, me dirijo voluptuosamente al deportista,
el de las pernazas y esos labios de dan
ganas de estrujar con cualquier
parte de mi cuerpo aún serrano
(a pesar de lo que diga mi marido).
Ahora, hacia el espejo para
embriagarme de mí misma
ojitos de cordero degollado
pero antes, señor señor,
tengo que quitarme el delantal,
arreglarme un poco, ¡si esa no soy yo!
¿Quién me ha empujado hasta caer
en este melodrama de mujer hacendosa
máquina en la noche para un solo hombre?
Se acabo, Maruja, ¡se acabó!
Hoy me disfrazo de mí misma, me lanzo
a la aventura más allá de estas paredes...
¡Dios santo, con tanto desvarío
y mi marido que llega, está abriendo la puerta
y yo sin la cena preparada!
Lo que me espera
lo que me espera
reina de un reino de miseria
¿o esclava de las circunstancias?

INCERTIDUMBRE

El ratón fue lo primero y
será lo último, o las moscas

que preceden a la vibración cósmica,
o casi.
Luz y oscuridad, la música,
el color
¿en qué sitio quedan?
Aferrados a los tótems de cada movimiento
dónde ubicaremos estas emociones
dulces o amargas, llantos ambiguos
como la vida misma.
El espíritu que flota en el abismo
sabrá la respuesta
¿y se la calla?

METRO(POLITANO)

Asfixiante, bajo tierra
féretro que se mueve
ondulando con ritmo su meneo,
apilando a futuros interfectos
por cientos/miles/diez miles.
¿Por qué no están las moscas,
camaradas de infortunios para todo?
Astutas alimañas de batalla
que no bajan de paseo hasta la cueva
donde todos anhelan la estación
antes de tener que gritar auxilio
al compás del traqueteo.
Entonces mi corazón se convierte en máquina
para sobrevivir sin sangre, sin oxígeno:
brizna de aceite para el engranaje
periódico gratis, crucigrama
seres sin rostros
lectura de estaciones
nomenclaturas
soñar con una rosa
aguantar la claustrofobia, los olores
multitud desconocida
masa de ciudad, sin nombres.
Por fin, y tras las prisas, la última
pisada, escalinatas arriba
punto de llegada
para ser enterrada nuevamente
entre bloques de ladrillos, rascacielos,
humo esmog ansias de bocanada
muerta en vida
bendita la ciudad,
pero contenta.

SIN PROHIBICIONES

Mis dedos en tus caracoles, trovador de los deleites, voz y esencia para amar. Mi corazón aspira tu aliento, se agita conmovido, paz en mis entrañas. Y mis alas, que te aman en cada revoloteo, se apoderan de tu torso cuando piden refugio y protección. ¿Qué más puedo pretender? Cada poro de tu piel erizada, minúsculos montículos de excitación, deseo contenido. Ya, de guinda, me propongo toda entera, tu mejor postre, extracto embriagador de sabores perpetuos.

NOCHE DE PAZ

Hoy es mi noche de paz, amor,
mi fórmula serena, sin imprecisiones.
Los iluminados hace mucho que
desaparecieron de mis portales.
Ahora tú, amor, en silencio,
los invades con tu estampa,
qué mejor puntal en el que sostenerme.
No preciso convocarte con voz deshecha
de esperas aturdidas,
reclamar tu aparición con salmos
aprendidos de memoria.
Estás, aquí, mi amor, mi paz,
rey de mi pequeña luz
para santificar nuestro solsticio,
la noche más larga, más buena
junto a mí, sin importar estrellas
que brillen por milagro en el azimut.
Me ofrendas tu sosiego, tu calor y
me fecundas con la más Divina
de las bendiciones, amor.

CONFESIÓN

Le repito te quiero sin deshojar
la flor, arrancar sus pétalos
uno a uno, (pobre margarita
desmembrada por manía).
Le repito te quiero al atardecer,
cuando el sol da su último abrazo
de despedida. A la madrugada,
cuando el rayo verde se quiere asomar
para dejarnos preñados de emoción.
Le repito te quiero sobre mi almohada
mullida, cuando el sueño me abandona,
cuando llueve, cuando la nube
finge ser un corazón algodonado,
cuando la sed se me se cuela y recuerdo
su primer ofrecimiento, en vaso cristalino.
Te quiero, le repito en la comida, en el espejo,
con las manos atareadas, a la hora
del trabajo más molesto (y así pasar

livianamente el compromiso).
Le repito te quiero cuando
encuentro su mirada, y entonces
el mundo desaparece.
Le confieso te quiero en la palabra,
que quiere convertirse en mi
última poesía.

A VECES OCURRE

Me miras mal, lo sé,
con esos ojos de platillos
que pregonan el desquite.
Quieres verme a tus pies como
cordero asustadizo antes del degüelle,
sumisa (hasta ronroneando
algún bolero de los
que te enseñó tu madre).
Bonito sueño el tuyo, pero
no será mi castigo, ni tu luz.
Y mira tú por dónde
figura de espectro ambulante,
lo mío ya lo hice, sin arrepentirme,
no te deseo mal alguno
otrora compañero trasnochado.
Ahora, tú a lo tuyo que yo
sabré abrirme paso pese a todo,
las formas del olvido pululan entre
las mentes lúcidas, dolidas.
Es hora de rasgar las pesadillas del pasado,
que el lenguaje del amor me espera
en la próxima encrucijada.

SIN SACIEDAD

Esta vez la caricia en el pie
cosquilla que arremete al corazón
risa y locura, seducción cautiva.
Tú me dices desmelénate
y yo abro las puertas del amor
para pagarte con la misma moneda.
Saboreo tu dedo, mi
caramelo privado, chupete voluptuoso.
Cuántos gramos de azúcar y miel
podremos sorber sin empalago
que no llega, no llega, inagotable
dos locos que no pueden conformarse,
capaces de reír/morir/vivir de amor.
¿Es esto posible, cariño,
estaremos locos, brisa que se transforma
en tormenta con cada beso
cada caricia por todos los rincones

de nuestras pieles desnudas, erizadas?
No necesitamos de luz para alumbrarnos,
amor.

FASCINACIÓN A LUZ DE LUNA

Tus párpados cerrados,
cuántas formas esconderás bajo ellos,
esponjas que cautivan la mínima sonrisa
la imagen que te invade antes de la oscuridad.
Te miro así, como niño durmiente, sereno,
y el tiempo ya no es tiempo
es eternidad o nada,
pan tibio recién hecho, ternura que emana
por tu rostro iluminado con la última luna.
Me hueles a hierba salpicada, te conviertes
en eso inexacto que no se puede explicar,
rostro que me hiere dulcemente,
dardo, navaja, filo que accede
hasta mi alma, herida ya de amor
con tu mirada original, la sonrisa
que guardo en mi caudal más íntimo.
De poca realidad me acusan los
que no han enfermado, como yo,
de tu ascendente. ¿Qué les puedo decir?
Que vengan y te admiren con tus párpados cerrados
de niño durmiente.
Mejor no, mejor guardo para mi este
momento sosegado, que sea mi tesoro,
mi breviario de amor
bendición que enciende mi corazón cautivo.

POSE

Mira cómo posa sin recatos
exhibiendo sus encantos, sabiéndose
admirado por mi frágil carne.
Mis ojos, cámara por donde desfilan
sensualidad y ensueños,
los más recalcitrantes.
Yo, pobre de mí, como gota de lluvia
que se aplasta al caer en el asfalto
sin que nadie se lo impida
¿quién me ampará quién
recogerá mi flaqueza para sepultarla,
abono para pechos inexplorados?
Y él, desplegando esencia y atributo,
sabiéndose director de orquesta
tenor, actor, saltimbanqui si hace falta,
seducción a toda regla.
Me debato, me debato sin querer ahogarme
en estas aguas turbias del enardecimiento,

me voy debilitando, me entrego,
me concedo un último refugio:
me abrazo a su columna, la más potente,
para no caer en el abismo
y sumirme de una vez y para siempre.

REFLEXIÓN

Más allá de las paredes soledad
en la alcoba. Ya no se habla de amor
ni de improviso.
Las cortinas de humo se tejen con los días,
cansinos días reincidentes,
rutinas que salpican hasta las mustias
flores del jarrón que un día
sirvió como testigo de fecundas
rozaduras de amor.

¿Dónde han quedado las miradas,
los ojos de hombre enardecido
de mujer humedecida por el gozo?

Qué pobre este cosmos que no cuenta
con un poquito de ensueño, con
una brizna de viveza para hacer despertar
los ingenios del deleite, mañas para atraer
sensuales confabulaciones, nuevas
cuerdas para el reloj de la existencia.

¿Me estaré reflejando en el espejo?

INSTANTÁNEA

Mira, la luna sonríe, tan llena
en tu mirada,
surtidor inagotable de energía,
de la buena
de la que mueve sin moverse
sin querer enseñar el movimiento.
Mirada y corazón, qué más quiero,
luz tan espontánea que irrumpe
para tomar mi libertad, venciéndome
para llenarme del destello
universal que sabe dar
hasta en las cosas más triviales.
Así me veo
nacida sin meta ni camino anticipado
reflejada en tu mirar,
(ayer sin calma, desahuciada del amor)
hoy serena
enamorada,

cautivada en el mejor recogimiento.
Mira, la luna sonríe tan llena
en tu mirada, retratando mi rostro
en su última sonrisa.

DESPUNTAR

Un rayo
mariposa
se expande abierta
dejando en el recuerdo
la oruga.
Un solo rayo para
permanecer entera
entre matiz y tono
abriendo camino,
cielo y fuente,
recordar en un soplo
lo que fue.
Un rayo en el silencio
(del amanecer)
mariposa mañanera
arco iris entre
mata y matorral
(cobijo de la naturaleza)
nombre de sonrisa
vuelo sin lamento:
luz
color
esperanza.

DECLIVE

Qué sé yo si estoy en ti
sombra o morada de tu figura
cuerpo de placeres cuándo quieras
hasta cuándo.
Los límites no son siempre ciegos
amor (o lo que sea), algún día
el néctar de mi fruta quedará cerrado
condenado a reclusión
por falta de cuidado, deleite
caricias para el riego, abono
para los días secos.
Nuestro amor, presiento,
se marchita, se escapa
por los poros después
de un gesto fatigoso sin vestigios.
Caminos interiores ya no satisfacen
por qué, te lo pregunto, sin
saber qué hay dentro de ti, cariño,

pasión o desahogo.
En mi soledad
mi corazón se mueve a desaliento
presagio que no logro atravesar
tu muro, y de tanto intento
te prometo
ya no puedo armonizar
cansancio, ternura
y abandono.

ALARGA LA MANO, MENDIGANTE

Corazón rasgado
fruto con espinas
día mate, sombrío
huesos casi sin piel
negra amarillenta
manos largas
consumidas, macilentas
extendidas
suplicantes
lágrimas de vidrio triturado
brechas agujeros
de eso sí,
lleno a rebosar.
Y de greña
para asustar a los críos
que viene el coco
dice mamá
de justicia que lo echen
que lo ahuyenten
de aquí frente a la iglesia
no hay derecho
santuario para buena gente
que da limosna bien vestida,
gloria a dios por caridad.
No es lo mismo
compasión que desparpajo
habrase visto.
Corazón rasgado ya sin fruto
sin lágrimas
agujeros en cuantías
cántaro de la desgracia.
No alcanza la palma de la mano
alargada hacia la nada
el brillo de la pátera
para cuando se cierre
de golpe
el último latido.

CONSAGRACIÓN

Mi vientre al alba, finos hilillos de amor
que lo acordonan, polvos de luz
para serenar la cópula,
amalgamiento de amor santificado.
Mis manos y tus manos
piel contra piel,
roces de labios encarnados
un leve suspiro de ternura
mirada fugitiva
colisión vibrante,
amor, amor, emoción manifestada,
¿cuándo será también la recompensa
consagrada?

NUEVA PUERTA, NUEVA VIDA

Te veo distinto,
entraste por la puerta
gastada de tantas idas y venidas, tantas
infidelidades en secreto,
distinto, sí, con ojos lastimeros,
cabrito recién degollado ¿dónde
ha quedado tu mirada engañosa,
la que corta sin levantar el cuchillo?
¿Quién te ha negado la entrada proscrita?
No vengas conmigo a consolarte
ya jugué demasiado a la escondida
contigo y tus otros juguetes
de quita y pon.
La nostalgia ya cobró su porcentaje,
hasta la última lágrima.
Ahora, pensándolo bien,
ha llegado mi momento:
por donde se entra se sale, el
último chirrido de bisagra
para el adiós de despedida,
mañana repondré puerta, hombre
y cerradura.

A LA DERIVA

El cristal, tu mirada
recuerdo de las noches
cuando no nos era suficiente
disfrutar de los días, aliados de
nuestro amor comprometido.
Luego, telaraña en círculos
salpicada de recelos,
mi cordura a la deriva

que quería señalarme que no es nada.
Nuestro jardín empezó a marchitarse,
eso ya lo sabes,
la tercera etapa, sin nada que decir,
días menguados en el silencio.
Ya no había casa ni mirada, nos olvidamos
de arrancar las malas hierbas hasta
que la noche nos hizo desaparecer,
carne y corazón sin almas por desempolvar.
Ahora que llega el invierno no hay abrazo
para cobijarse, el veneno se me impregna lentamente
en la monotonía.
Sin nada más que decir, no sé
si todavía te extraño.

ÚLTIMA BALADA

Primavera lluviosa, perlas
sobre ropa húmeda
para disipar el diálogo cansino
en un día gris, como se dice.
Pausa para el estornudo, fuera
concurrencias de polvillos irritantes.
No es un día triste a pesar de todo,
mi corazón no lo está ni lo insinúa.
Tras los cristales, ventana centenaria
fragmentos cuarteados de madera:
la misma lluvia, pero otra,
amartillando con sonido reiterado.
Un poco a la penumbra,
en la intimidad sin demasiados sobresaltos
día para distraer el alma con el alma recogida,
gota y tecla, fusión de afinidades,
melodía simbiótica para recrear
mi última balada.

BUENOS DÍAS DESDE LA VENTANA

Encumbrada en la ventana
para saludar al día,
que se acerca
a veces
en metro, a veces
en máquinas expendedoras de
polución sobre ruedas,
en autobús, ya no en tranvía.
Entre calle y plaza
se desperezan
los primeros transeúntes
como granos de girasoles
que se giran

cuando
descubren a su astro, luminaria.
Es hora de besar a los primeros rayos
diminutas vibraciones de luz,
generador de vida
como el amor,
la vitamina.
Tras la ventana, se saluda al día
diferente: madre apresurando
los últimos retoques
antes de despachar la prole
recoger los remanentes
y al marido,
lanzarse a la odisea
con buena cara, mientras
se pueda o sea imprescindible.
Hoy un “buenos días”
sin herida, se supone.
Jardinera de futuro
hacedora de mañanas
después de cada noche,
después de desplegar cortinas
subir persianas y despejar
vidrio y ventanal.
Buenos días desde la ventana
aunque el dolor se disimule
en mística sonrisa
y la lágrima,
con el primer beso del día.

DIME, AMOR, POR QUÉ...

No pregunto porque sí,
por qué llegan las mañanas
después de la noche oscura, cómo
se cultiva el tiempo o el espacio.
¿Yo sería yo sin mis divagaciones?
Tú que siempre tienes en tu boca
la respuesta
¿no descubres que no quiero preguntar?
Mi oratoria tiene otra perspectiva
muy distinta, amor,
cuando siento que no existo, cuando
tú pareces de otro mundo, nebulosa
por delante, es sencillamente mi palabra
una aguja
el reloj para despertarte, que aquí estoy
que anhelo existir y que pregunto
aunque no quiera preguntar.
Me conformo con oír tu voz y
percibir tu efímera mirada,
amor.

MONÓLOGO BAJO EL SOL

Hoy me siento húmeda, cobijada
por sol incandescente que penetra
entre mis poros,
en mi piel.
Luz y agua me acompañan en tu ausencia
amante mío.
Te necesito para aplacar la mordedura
de estos rayos locos
que me envenenan.
¿Por qué te pierdes mis senos morenos,
amante mío
erguidos, mi figura que te nombra y
tú tardío en emerger, evaporado, quizás,
entre tantos ardores.
Me entregaré al éxtasis sin ti
en este día de verano
amante mío
antes de romperme en
miles de fragmentos,
lava de volcán en erupción.

DIÁLOGOS REFLEXIONARIOS

1. MEDITACIÓN EMBRIONARIA

¿Durmiendo?
No, meditando.
¿Sobre qué?
Sobre mi nacimiento.
¿Y qué te cuestionas?
Cuánto aire tendré para respirar.
¿Tienes respuestas?
Ahora no puedo contestarte.
¿Por qué?
Me estoy asfixiando.

2. DIÁLOGO DE ESO

¿Te enteraste?
¿De qué?
De eso.
¿De eso qué?
¿Cómo que qué?
¿Que qué, qué?
Pues de eso.
¿Y?
Que bueno.
¿Bueno que?
Eso.
¿Eso?
Ya te lo dije. Eso.
Ah ¿eso?
Eso.
Ah....

ARQUITECTO DE LA HISTORIA Y OTROS POEMAS

ARQUITECTO DE LA HISTORIA

Escribes la historia con tus propias manos
épocas de olvido o de pasiones,
con ellas coses tu infinito hasta la última página.
No están todas las cosas, ya lo sabes,
pero reclamas hasta el último aliento que te pertenece.
Haces bien en encarar así los días
que se alzan como olas solitarias
para cubrir la arena que un día pisaste.
Escribes tu historia por necesidad
más que por la vida misma,
entablas los diálogos con los que están dormidos
imperecederamente
para iniciar ese otro tiempo de memoria
sin tener que acabar en jornadas sin sentido
o apelar al grito de los sueños,
breves pero terribles.
Escoges el reclamo como referencia
y luego
empiezas a tapar los agujeros trazados
por las historias de los otros
y en el centro,
donde hay piedra, agua
donde muro, ventana
donde erial, arado
amor donde rigieron los rencores.
Repasas tu espacio concienzudamente
respiro tras respiro
mientras que con las propias manos
vuelves a plasmar tu historia
sin tener que depender de las imágenes.

LA VICTORIA

Un día descubrimos que la juventud
se derritió como nieve en primavera.
Fueron los tiempos en que el pincel
no lograba simular trazos vigorosos
y la derrota empezó a formar parte de la conciencia.
Fuimos incrédulos, alertas, imprudentes.
La sombra se convirtió en sospecha
y el alborozo de los hijos en rebeldía.
No queríamos sufrir, pero sufríamos.
Imponer nuestro móvil irritante

fue más imperioso que disfrutar
de la contagiosa risa de la hija saltimbanqui,
de la leve brisa junto al mar, en vacaciones,
de una noche de amor después de la disputa.
Veíamos todo a través de cortinas de plástico
transparentes
que tergiversaban claridad y forma
de los objetos más queridos
de los seres que fueron, en un tiempo,
nuestra razón de ser.
Espesos y asfixiados, como en cámara lenta,
iniciamos el descenso al ostracismo
sin campanadas, ni vítores, ni flores.
Pero un día, en el espejo,
sin espera ya de nada
nos descubrimos canosos, pero escarmentados.
Después de todo el abismo aterrador
nada se consumó
ni el otoño se hizo infernal, como suponíamos.
Cuando el plástico se desvaneció
con los tiempos de la templanza
desvelamos, espejo y papel en cuerpo y mano,
nuestro nuevo corazón de hombres vividos.
A través de las miradas engendradas con el tiempo,
las heridas nos hicieron entonces comprensivos
y sentimos, con la risa de quien rememora sus errores,
que el mármol que nos espera no es tan frío.

DENUNCIA

Sin lutos ni ceremonias
la lluvia que aún no llega
empapará
tarde o temprano el mutismo
para que se vuelva a hablar.
Quienes quieren perpetuar la hecatombe
tropezarán algún día
con la bendita tierra que denuncia
que la paz fue despreciada
por quienes pretendieron hablar en nombre
de algún hacedor.

VOLVER A EMPEZAR

De este a oeste emprendo la lectura,
signos incrustados en el tiempo
de cuando el sol se detenía con la súplica

y las trompetas tocaban a combate.
No todo se conserva en el lapso de los días,
hay vueltas que hastían y se desvanecen,
otras
repiten en ciclo ritual: una bandera emblemática
novios por un día
letanías de esperanza
almas que se incorporan serpenteando su figura
al ritmo de la vela que no se quiere apagar.
Las sombras se apoderan también de este a oeste
mientras las granadas ornamentan y suenan a cascabel.
El habitáculo entonces se asemeja a un envoltorio
de terciopelo azul/granate/blanco límpido.
Un dedo señala cuando la voz entona
el júbilo del día, esperando que el sol reaparezca
una vez más por el oriente.
Nuevamente emprendo, de este a oeste,
mi lectura inacabable.

AL FINAL DE LA MEMORIA

Pasan los días de la infancia
y te estremeces.
El olor a mango y a papaya
la lluvia, la humedad,
el charco para emborracharte en agua y lodo.
Tus sueños se esfumaron
ahogándose en penurias familiares
y te das cuenta que aquel niño se desvanece
se aleja por los senderos del tiempo
sin saber si se esfuma de contento
o con la pena que dejan los escombros.

Pretendes, entonces, acoger la juventud
y tiemblas.
Te ves inexistente
sombra de un tiempo desmayado,
de ilusiones fallidas,
despedidas de un amor que se moría sin piedad
antes del alumbramiento.
Anhelas recordar sus nombres
pero la ruta en declive te lo impide,
ni el sol mediterráneo puede esclarecer la memoria.

Por fin,
con la mochila de la vida a cuestas,
quieres alejar tu melancolía
recelas de las palabras de antaño

y con ojos lúcidos, cansados,
pelo cano y cicatrices
invocas al olvido,
abogas por días pausados de una madurez
contraída al amparo de embestidas, desengaños
y de esos otros signos triunfalistas.
Hoy rebosas de un mañana que se aviene
a tu propia contienda,
con tu lápiz
tu papel
tu melodía,
y contraes a conciencia
la deuda que te exige el hechizo de la vida.

EXILIO 2

Susurros, cantos del ayer
recuerdos de la tierra abandonada
la casa
una llave
la esperanza.
Un cuerpo prisionero
el retorno sumergido más,
a cada instante, en lo imposible.

Nuevos ritos, otras lenguas
que no pueden borrar los secretos de antaño
hacen más profundas las heridas,
más sangrantes.

Con el alma dividida se introduce la nueva sombra
en el lecho, sin atragantarse.
Las paredes de la nueva catedral rodean
el cuerpo gris, la voz que tiembla,
obligan a aplaudir otras ceremonias
otras voces,
a oler otros olores
y aunque nada se quiere esperar
la derrota se pinta en el rostro ceniciento
mientras se oye el susurro de las
coplas del ayer
y sentir ya ser jamás
de nada
ni de nadie.

ÚLTIMO HOLOCAUSTO

Con suavidad coloco mis miserias sobre el altar en llamas
con suavidad avivo las brasas que consumirán

los días de mi infancia, las cadenas del pasado.
Con suavidad degüella el cuchillo el espíritu del último viaje.
Con suavidad
y entre piedras
no más umbrales de miseria:
roto el sufrimiento,
nuevamente a los sueños de la vida.

VERTIENTE

Hoy quiero ser más que polvo y carne
para rozarte,
quiero estrecharme al soplo
de tu presencia.
El más puro aceite de tu heredad
da luz a mi lámpara
tu antorcha apacigua mi congoja.
Tu vivencia,
tu palabra, tu obra silenciosa
dan sentido a mi grito interior,
pero no quiero acostumbrarme
a este plomo que estalla en tus entrañas.
He acallado el rumor de la muerte
cuando veo confundirte en la vertiente de la historia.
¿Hasta cuándo?

RÉQUIEM PARA CUANDO LLEGUE EL MOMENTO

Y quisiera conocerte cuando llegues a tocarme,
como se conoce a la amante,
aceptarte como amiga
y admirarte.
Que me puedas dar el beso de la transición
sin que mi alma se amotine
sin que el terror me acoja,
sencillamente sin encono
quiero que llegues,
sin disfraces
entregarme sin temblores
encajar el amor antes de la despedida,
para que mi último suspiro sea
también,
mi última plegaria de paz.

DESDE LEJOS

Venían desde lejos,
desde el origen de la lluvia y de la bruma
desde los hondos rincones de la tierra en fuego
desde las nubes escudadas en el cosmos.
Venían del lugar donde duermen los milagros
donde el sueño se esconde tras la aurora
florece la congoja y la ternura,
la claridad y la sombra
la herida y la caricia
el néctar de la vida y la derrota.
Desde lejos, como si fuera aquí,
en la esquina.
Aquí, en mi corazón errante,
abierto,
tan lejano, tan lejano
que si extiendo la mano solo palpo el silencio.

ME DERRITO

Escritos en el hielo están mis pensamientos
cincelados como arte de otro mundo
un silencio sin tiempo los protege
queriendo apartar el sol para que no los derrita.
Más arriba
una pluma movida por el viento
el recuerdo
los días de sudor y ojos cansinos
las noches de agonía
esta vez sin pensamientos.
Un olor dulzón que embriaga cuerpo y alma
se apodera de la oscuridad
sin ceremonias. Ahora
la fuente gélida absorbe mis pensamientos
los hace suyos y yo,
quieto como roca sin cantera,
me derrito también incrustado en la última gota
de lo que fuera un bloque de hielo.

MARES E ISLAS

El dolor penetra por los poros
de la tierra moribunda
tierra de árboles truncados
de nubes contaminadas
de aguas infestadas de indecencias.

El mundo que envejece no entiende
no entiende se cobija
quiere cobijarse y no encuentra dónde.
La infancia del pan en el horno de piedra
apenas si es recuerdo o ilusión
y el rayo de luz que logra colarse presagiando el milagro
se estremece, reverbera,
queda sin nombre ante la soledad.
No hay aire ni herencia de futuro
ya no bastan luz y agua
para renovar los pozos de la tierra envenenada.

Mares e islas ¡cercaos! Cerrad vuestras fronteras
¡echad el cerrojo a las puertas de vuestra majestuosidad!
Mares e islas
abrazad el nunca más y protegeos.
Sois la esperanza del hombre perdido.

PLAZAS

Nunca se debe leer de antemano
los signos del polvo entre heridas oxidadas
ni presagiar el futuro a través de la escultura.
Las efigies se asfixian ya sin aire,
las esculturas se rebelan
cuando la ciudad adormece
queriendo ocultar su fracaso.
Sólo el caballo de bronce se escapa
sin su jinete soldadesco
para penetrar más allá de los vestigios del pasado.
Nubes se deshacen lentamente
como cera ante el calor
escribiendo en los linderos de la plaza
su epitafio.

TERREMOTO

Se cansa la tierra al borde del abismo,
se detiene, se estremece,
estalla la destrucción.
¿Cuál será la consecuencia?
Escombros invaden las carnes de los muertos
los vivos agitan sus últimos resuellos
transforman esperanzas sepultadas en milagros,
hacen de sus almas armas de combate.
Sus alientos, hasta el fondo,
son el enigma,
anhelo de vida que responde a la natura.

IGNICIÓN

Humo y fuego se propagan a distancia
como voz aterradora en medio
de una noche de verano.
Los árboles de oro inician la súplica postrera
crujido desesperado,
no les valen las cenizas
después de las disculpas.
Basta una efímera noche en mano
de los hombres
para encender la perdición
para robar historia y signo
oxígeno y belleza
flora y fauna y vida.
Qué hacer con esa luz que arde
que extermina el esfuerzo de milenios,
en espera de una nube que presagie la esperanza
o que el genio humano se decida reparar
lo irreparable.

MINERO

De acero te es la tierra,
rudo domador de cuevas,
de acero la muerte desgajada entre las minas.
Tu aliento, como navaja, corta
y la piedra se hace brillo
para que la luzcan los de afuera.
Entras sin secretos en la tierra que algún día
cobijará tus huesos y tu guerra,
sin que a nadie le importe
un poco más de la cuenta,
rudo domador de cuevas.

BIG-BANG

En tiempos vibratorios nada puede prevenir el embarazo,
vacío y universo se fecundan de chispas infinitas,
el firmamento se confirma más allá de astros y de estrellas.
Cuando todo explota
los fragmentos impregnados
se entrelazan nuevamente en el último destello
para consagrar el vacío. Creación o nada.

AQUÍ

Imagino tu recuerdo
atravesando la orilla de los sueños
lo imagino
impregnando de colores
la fiesta de nuestras vidas.
Sueño tu recuerdo en el instante
mismo del amor sin contratiempo,
en las noches que adivinan nuevos días,
en las aguas que se filtran con cada señal
de la sonrisa.
Y me pregunto
por qué recuerdos, sueños,
por qué ficción de imágenes nocturnas
si te puedo tener aquí, conmigo,
como se tiene al sol que sin asirlo
se posee
en la luz que impregna las horas de nuestras vidas.
Así te tengo
así quiero tenerte, amor.

POSESIÓN

Penetras en el lecho siguiendo mi sombra
y sabes ya, de antemano, que absorberás mi candor.
Recorres esa textura que quiero llamar piel
para rozar, caricia con caricia, dosis de tacto,
mi energía.
Te divierte saberte perturbadora de mis ilusiones,
que no hay término en el uso de sentidos
cuando agitas mi corazón prisionero
hasta provocar el estallido final.

CON EL AMOR ENTRE LOS LABIOS

Sin palabras al amanecer
sin poner atención al paso de la historia.
Estampar un sonido después del beso
una sonrisa al filo del alba
el goce inquieto
el canto que desconocen los que se han dormido.
No es tan grave prescindir del mundo
en este instante
olvidar la afrenta
y saborear la dulce embriaguez del amor entre los labios.

ESPERA

Ven,
ven como dulce de algodón, de los de feria,
como madeja de lana acurrucada
en la esquina del estante con olor a pino.
Apiádate de mi fortuna herida.
Que yo aquí, desnudo de miserias,
imploro tu presencia.
Soy prudente, ven,
tan solo anhelo sellar mis labios
con un poco de tu amor
tan solo tu mirada,
esa chispa de ternura que se filtra en mis entrañas
cuando la fijas en mí.
Lo necesito, ven.
Acepto con agrado el castigo que me impongas,
las heridas que me quieras infligir.
Atrás dejé manos ajenas que tomaron mi timón
en tiempos sin memoria
y jugaron con mi alma a su antojo.
En ti encontré por fin la chispa,
la gota de tu miel endulzando mi piel,
la primera luz boreal en tu sonrisa.
¿Cómo crees que ahora
podré resistir sin todo eso?
Ven.
O iré yo.
Atravesaré montañas, mares, oleadas iracundas,
bosques con monstruos de leyenda.
Lo que sea.
¿Qué preciso hacer
para oír el retorno de esa risa memorable,
aquella voz de música encantada,
sentir aquel tacto de ternura,
tu presencia?
Después de conocer tu esencia
desnudo y sin armas ¿cómo podré ahora
aniquilar a mi enemigo interno
que me quema, que me quema?
Solo tú, tu presencia, amiga.
Un instante me bastaría,
tu última sonrisa
tu mirada
esa chispa de amor que siempre irrigas.
Te prometo entregarte mi flor y mi palabra.
Nada más tengo. No quiero nada más.

DESPUÉS DEL ECO (POEMARIO)

DESPUÉS DEL ECO

Antes de que pregunten por ti
bebe la última
con distinción
el último vino del desaliento
sin alarde.
Incrusta tu interior
en cada gota
en los cristales
en el eco enmudecido de los días
en la luz prohibida
en las canas que cubren tempranamente
tu pelo violentado.

Hecha la pregunta revelarás
mientras abres la ventana
con tu último acto multitudinario
que has llegado a la cresta
que has vencido a la memoria maltratada
has dejado atrás el tiempo de venganza
y que te entregas, por fin,

sin arma
ni amuleto.

EN LA TIERRA SIN DÍAS…

En la tierra sin días
a lo sumo seis o siete
el Jardinero cesó en su trabajo
y se dedicó a plantar estrellas en las noches.
Pero antes tuvo que abandonar plantas
y flores y hierba y
claro la tierra ya no era la misma
el Jardinero innovador las convirtió en
astros luminosos
una nova quizá
un agujero negro a la inversa
miles de agujeros con plantas resplandecientes.
Pero entonces ocurrió un portento:
los rayos
los nuevos rayos de las estrellas plantadas
comenzaron a emanar olores endiosados
(rosas, lilas, azahares, madreselvas)
aromas embriagantes que atraían
a estrellas más estrellas
a planetas planetoides cometas y fugaces
fuegos artificiales en megaescala
fenómeno atmosférico impredecible

lluvia de meteoritos pirotecnia estelar
de los que dejan huellas en el firmamento
(a veces con olor a chamusquina).
El Jardinero, maravillado de su
propia creación
explotó en algarabía con voz creciente...
Y la luz fue hecha

PROFECÍA

Detonó finalmente la palabra con la última ofensiva:
se hizo paz y el humo del desacuerdo sucumbió.
A la hora de la reconciliación aprendieron del profeta
convertir espadas por arado. Ya no hubo más ensayos
de guerra ni se tuvo que ascender una vez más
en carros de fuego.

YA ES HORA...

Ya es hora:
voy a machacar los huesos
uno a uno
los haré polvo
residuos de esqueleto
abono
para jardines abundantes.
Luego anegaré de agua
los eriales
que cristalizarán en vergeles.

Pero no.
No tengo mazo
ni agua:
solo huesos
secos
sin carne ni olor
esqueletos de batallas inútiles.
Me tendré que conformar con
machacar la palabra.

CUANDO MENOS LO QUIERES

Cuando tuvo las estrellas en sus manos
creyó que se quemaba:
despreció la hierba verde
bajo sus pies,
oprimió un poema
y explotó en risotadas.

Se descubrió girando en la distancia,
consiguió la soledad.
No la quiso,

pero ella siguió allí,
con su sombra.

¡QUÉ FRÍO!

Qué noche tan perversa
sin poema para el final de las andanzas
ausente de chispa fuente voz
sin emoción
en esta última entrega.

CÓCTEL

El tarro que rechina como bisagra oxidada
y yo intentando meter los restos
de mi vida en su interior
apretaditos como sardina en lata
con el miedo de que se reviente
de que el frasco se haga trizas
los restos de mi vida
se desbanden
y las limaduras de cristales
se incrusten
en mi envoltura de cuero
que apenas tengo, apenas.
Para cuando tenga que agitar
tarrito
(como dicta la fórmula)
quiero ni pensarlo
no

REENCUENTRO

El agridulce sabor de la palabra
a veces se resiste.
Al enigma de la libertad hay
que enfrentarse con pluma corazón
estrella seno
sin pensar en la bonanza.
En la batalla se descubre que
las armas son inútiles
cuando el enemigo habita en ti
incrustado en la memoria marchita
ruinas de la compasión.
Un día la mejor palabra
fue también mía:
me toca abrir la puerta de revés
y reencontrarla.

RECUERDOS CON ARRUGA

Ella también fue joven,
reina de los vientos

polvo y ensueño en una tarde de sonrisa,
una voz
la playa, el mar, la espuma.
Ella también amó y se convirtió en aurora
esparció su luz primera
y subvirtió el orden.
Los otros serían los testigos,
y su compañía.
Pero los años se echan fascinantes,
turbulentos
y el espacio impone límites
que antaño no existían.
Pero su mirada silenciosa
aún refleja mucho de la primera chispa,
del beso primigenio
la tentación de la sonrisa.
Hoy intuye que su luz
(más que carnal) sugiere.
Y descubre qué lento pasa el viento
que integra arruga y energía
con la vida.

ÚLTIMAS PALABRAS

No hubo palabras el día de la despedida.
Los que absorbieron tu piel te dijeron adiós
de pie, erguidos,
sintiendo cómo el cuerpo atraía la sabiduría
que dejaba empapada tu figura en el ambiente.
Ni el calor del mediodía los hizo desistir
de este momento
mágico, majestuoso,
mientras tu figura de maestro
se hacía voz y aire
se hacía luz y guía
y golpeaba latido tras latido
en los corazones de quienes
un día quisieron, simplemente, ser.
Quedaron atrás las tablas de piedra,
la salvación de las aguas
y los diez golpes de efecto.
Nada importaba ya.
Nada tenía importancia.
Simplemente, tu mirada
que decía adiós con ternura infinita
a un pueblo antojadizo y rebelde.
A un pueblo que, tras el choque,
había aprendido su lección
y esperaba, mudo, erguido, emocionado,
tus últimas palabras.
Pero no hubo palabras el día de la despedida:
hubo libertad.

CUADERNO ABIERTO (POEMARIO)

ÁMAME

Miro cómo brotan de tus manos pétalos fugaces
que recorren el manto de mi piel. Dibujan
aún un no sé qué que me penetra, registra
vibraciones en mis fueros, que dejan de serlo.
A ti me entrego, con mi fortaleza
menguada, sin fuerzas para enfrentarme al
mago del amor y la ternura, hechicero
del goce, que eres tú, mi amor.
Me ofrezco, no hay remedio,
cuando pintas con la punta de tu lengua
pinceladas de pasión sobre
el lienzo de mi cuerpo erotizado.
Idas y venidas me cobijan y mi voz,
que solo tú percibes, grita a contracorriente
ámame, ámame…

MAMÁ ESPERANZA

Relajada por fin para descifrar los entresijos
del año venidero ocupas tu asiento,
merecida recompensa.
La serenidad en tu silueta, la enfriada brisa
ciñéndote y tú ofrendando las flores más intimas
que se cultivan con las emociones:
tiernas, como tú, vitales.
Derramas dulcemente sus aromas para alegrar
el año por venir, extender las ilusiones
por los resquicios que se olvidaron de sellar.
Y si no, volando, batiendo alas de mariposa
sedienta por el néctar de las flores que nunca
quisieron marchitarse.
Así eres y así te recordamos
reflejo de nuestras almas
en los últimos minutos que marca el
carillón del viejo reloj de la vieja plaza
en este año moribundo
que nunca más se volverá a exhibir.

UN POCO TARDE (QUIZÁS…)

Sé que ahora quieres romper las paredes,
esas
que tú mismo construiste inútilmente
entre nosotros
para qué.
Yo elevo mi copa, mientras tanto

pero un poco nada más,
quiero
estar atenta a tu siguiente paso.
No sé si te has fijado que aguardo
con paciencia el final de tu labor,
aguardo
tu señal para estudiarla.
Todo está en el aire mientras picas sobre
piedra y levantas polvareda.
De algo te ha servido, digo yo
trabajo inútil como pocos
al menos
rebajar la tripa sin necesidad de gimnasio
carreritas por la playa,
pulsaciones controladas al minuto.
Y sigo preguntando, no sé si confundida,
por qué tanto tiempo malogrado
tanta energía disipada
si conmigo hubieras recibido
desde siempre
la delicia
el paraíso
mi miel más embriagante
con tan solo una mirada, la que
nunca te atreviste a darme,
y un gramo de confianza,
hombre de poca fe.

NO SÉ

No sé si conjugar amor de pie
sentada en el café de la esquina
transitando las plazas con nombres
de héroes ya olvidados
recorriendo tus cabellos con mis pechos
en salones con rancio olor a ceremonia
degustando de tu carne revestida
de piel tan exquisita.
Es más,
no sé sin conjugar amor
o simplemente disfrutarlo
aunque mil veces, después,
maldiga con clamores de arrepentimiento.

¿QUÉ?

Porque mi corazón ya no es secreto,
abro
los ojos de sur a norte,
intuyendo
el perfume que envuelve tu mirada.

He aquí
que no sé si yerro o descifro,
perdida como estoy en tus retinas,
el lenguaje
que esta noche se te escapa.
Mi pregunta se ha perdido en tu melena
quizás
sobre tu pecho palpitante,
en tu sonrisa.
Yo,
a corazón abierto
me he quedado sin preguntas
y tu respuesta se resbala
lentamente
aún sin comprenderla.
No sé si huir o someterme
ser lluvia de abril o
ciclón de otoño.
Te miro
con ese corazón que ya no me obedece
sur y norte
norte y sur
y mis ojos tampoco dilucidan
el desenlace.

NO IMPORTA

Eres color
o aroma
luz
poesía
o su reflejo
¿cuál es tu alternativa?
Mientras lo decides
ámame.

¿¡A QUE SÍ!?

¿Pavo real o zángano en enjambre?
No te puedo dar para elegir otra cosa,
tú, llamado amante, querido.
¿Qué soy yo a tus ojos (mira
que ni siquiera me atrevo a decir
a tu corazón) ¿número mil?
¿macro-objeto para jugar a las conquistas?
¿jalea real a tu aguijón?
¿un turbio deseo en tus pupilas que
se refleja un poco más abajo?

¿Se te atragantan mis palabras, amante,
querido? Es que hoy no te veo pavoneando

tus colores, plumaje hipócrita
de quita y pon.
¿He dado en el clavo?
(Pero no en el tuyo, no más,
no mas...)

FLOR, CARICIAS...

Temblabas cuando las flores te cubrían
de fragancias
¿Eras tú
o tu imagen en mis sueños?
Era yo la flor que se salvó del diluvio
para acariciar tu piel y tus cabellos,
mis aromas se mezclaban con los tuyos
sin ausencias
(por lo menos en
mis sueños, aún
no estoy segura).
Pero no basta
no basta signo y suerte
una sonrisa.
¿Sabes qué me convenció?
Ese temblor en tus humores
complexión de carne y hombre
estremecimiento que contagió
mis estructuras, débiles
cimientos asentados en afecto
lágrimas, corazón, ternura
(aún me pregunto si estaré
soñando...)

SOFOCO

Este aire caliente, aire de verano
poco y denso
no sé por dónde entra para
quemar paredes, para dejar regados
los deseos.
Frutas y bebida
¿qué más para contrarrestarlo?
La ventana, no sé si abierta o clausurada
mientras me despojo de mis pieles
vestimenta innecesaria en todo caso.
Mis pies descalzos, caídos, centímetro
a centímetro esperando un último
frescor que se marchita
como la pobre tomatera que acompaña
mi desolada habitación.
No hay mar para compartir mis desahogos
ni sombra de boscaje en espesura.

Es inútil lamentarse, solitaria como estoy
entre estos muros ardientes, aunque
no tanto como mi cuerpo
desnudo y desierto de caricias.

COLOSAL

Esta es mi ciudad y mi cementerio
mi narcótico privado
murallas de humo y carburante
chimenea día y noche
hormigón de última horma
polietileno alta intensidad
torres de babel sin serlo
aguas que se descubren extrañas,
árboles desventurados
algún jardín de la esperanza
parques de envoltorios y botellas de plástico
post-it chingongos jeringas excrementos
asfaltos y desechos.
Bulla, jarana, guirigay
para confundirse sin mayores consecuencias
entre ruidos de bocinas y taladros
coches aviones trenes reactores.
Para vivir o para morir
no para despreciar,
neurosis y vitamina
mi amante mi droga
mi ciudad y mi cementerio.

EN TETUÁN

Aquí un movimiento
y soñar en voz baja.
Abarca todo el cuerpo,
la mirada
deleitable,
la sonrisa enamorada.
Convierte
mis labios
en exótico instrumento,
la cortina despejada.

ÚLTIMO BRINDIS

Atesorado en el cristal,
copa en mano
rojo azulado sin engaños.
Los ventanales reflejan
la montaña blanca

que un día arropará mis últimos
antojos.
Sorbo a sorbo bebo
sin sentirme defraudada.
En fin, la despedida.

AMOR VIRTUAL

Empapa sus labios ardorosos/magnéticos/eróticos
con el sabor de la copa
que recuerda un amor inconcluso.
Nada define este momento mágico,
locura o pensamiento
en el jardín de mi memoria.
Puse tu nombre en mi computadora.

Entre sorbo y sorbo habita,
allí, en silencio austero
doloroso
marcando con su pausa el inicio de su ritmo.
¿Cómo diluir la tristeza cuando la miro en su magia
y no se si está
si fue
si es crepúsculo, ideal o castigo?
No hay respuesta en el ordenador.

La recuerdo.
Y al recordarla me ato a mis propias cadenas,
mi cárcel bienhechora disfrazada de Eros.
¿Qué ensueño hace sagrada su memoria
para que me olvide hasta de mi aliento?
Se ha estropeado el disco duro.

No sufro, no.
No debo sufrir.
Yo escojo, yo decido
acepto este místico momento,
quiero experimentarlo en mi carne
en mis huesos, en mis versos.
Pero sufro. Dulcemente.
Sufro por querer abarcar lo que no tengo,
sin entender sus últimas palabras,
las que traspasan y penetran
en mi piel remendada por sus recuerdos:
-el sabor de tu copa en ti está,
amado mío.
¡Pruébalo!-
Y entonces ella brinda conmigo.
Todo se imprimió.

VIAJE

Permaneces en la intensidad de la luz,
habitas en la Venus del alba
pero yo te atrapo.
Justo en el momento del amanecer
quiero aprisionarte en mi pecho
sin importarme vientos o amenazas iracundas.
¿Quién podrá deshacer mi vena amatoria,
mi entrega al olimpo de caricias y contactos?
Tu embrujo no podrá ya protegerte,
no implores a la Venus derribada
que se aleja al presentir mi potencial.
Ven, entrega tu infinita intensidad
a mi desnudez que implora,
que emana luz, fluido y corazón.
Desciende a mi navío para, juntos,
traspasar las fronteras del destino.

PUEDO

Que no se vuelva a decir que el cielo se cubre de plomo
o que agujas mortales debilitan las carnes.
Mi piel no está en exilio
ni tu cuerpo es hogar deshabitado.
Miro a través de mis dedos perceptivos,
siento el aliento de las cosas más cercanas.
Todo me avisa en mi corazón, que ama,
que mis huellas de hombre feliz están en tus dominios,
que me empujas a realidades sin fronteras:
puedo escribir los versos más tristes,
pero no quiero.

LA COMPRA

Sobre la meseta
entre montaña y mar
compré nuevos sueños
ilusiones.
Con ellos y la nieve
podría tocar el horizonte
desentrañar la oscuridad
descubrir las señales.

Olvidé pagar con mi sonrisa,
el amor se quedó en mis entrañas
y cuando quise emprender
las reformas en mi aposento interior
sólo bastó el mínimo temblor
para
transformar

todo
en
escombros.

ÚLTIMO VIAJE

Cuando descubrimos el camino más corto
A ya se había convertido en B y B en N,
la velocidad, como la luz,
a años.
Como nadie podía apearse los
enamorados se besaron
los viajeros empezaron a leer las estrellas
y el propulsor atravesaba el espacio
que no existe, como el tiempo.
Todo en espiral se contraía y expandía
a partes iguales.
Ya nadie hablaba ni de fútbol ni de series.
Mientras el agujero se dilataba
desaparecían los bocados los objetos.
Antes de vislumbrar nuestra propia disgregación
alcanzamos a sentir el último beso de los enamorados,
a fin de cuentas
el amor fue lo único que perduró.

SENTENCIA

En el cajón está
a su pesar
ya no circula no imprime
inutilizado
su tintura de antaño
bolígrafo
palabras sin palabras
de otros sueños.
Tantas verdades por decir
recluidas en la gaveta esperando
la mano del prestidigitador
que se apiade, la reivindique.
Pero qué va, ya no hay futuro
con tantas máquinas
traspaso de poderes
el olvido o la añoranza
no hay otra.
Ninguna de las dos es válida
bolígrafo de ayer, pluma
péndola, estilete lapicera
sonidos de otro mundo otras
escrituras que se escapan.
Un punto final con epitafio
cajón hecho ataúd por el poeta.
Y el aire que se envicia
dedos que se aligeran
prestidigitador computerizado
metal y plástico
pantalla cristal líquido
tubo de rayos catódicos,
nueva melodía para remorder
sonidos de conciertos futuristas.
¿Cuándo despertará otra vez
después de desaparecer la luna?

LA PRÓXIMA

Ya no pregunta
serás el próximo
aún hay utilidad
menos signos
más incógnitas
atrapadas en los ojos del águila
para cuando las tortugas
empiecen a copular.
Mañana.

AL TACTO

La memoria
entre los surcos
dedos arrugados
yemas de naranja
tocan y adivinan el futuro
perciben los olores
de otros días, para
compensar.
Tan solo un leve tacto
y todo el rostro queda dibujado
grabado en el disco duro.
No serán necesarias, pues,
ni muros ni palabras
acaso un silencio estremecido
dedos de fibras, filamentos
para envolver los alientos
capaces de registrar todas
las memorias
en el microchip del Universo.

AL FINAL DEL ENSUEÑO

Cuando olvidó las cuentas
y los cuentos
no hubo necesidad de sombras.
La silueta dejó de tener (nombre)
sin vendas en los ojos
imagen no disponible,
no percepción o pensamiento.
Andenes y carreteras se fundieron,
corriente calma luz
caricia y universo
ausencia e infinito.
Desapareció el último
rastro de la túnica,
quimera:
herencia de los hijos de los hijos de los hijos

DETRÁS DEL ARCO IRIS

Me pregunto si todos los sueños hallan su respuesta al final del arco iris, si todas las miradas alcanzan el milagro. Me pregunto si seguiremos andando en paralelo, punto de encuentro desaparecido en el último agujero negro. En medio de distancias indistintas seguro me equivoco. Las enredaderas que trepan por el muro ya no son de fiar, traviesas, embusteras, huelen a perfume embaucador como el aroma de tu piel seductora. No puedo asirme a sus bejucos, como antaño, para subir hasta tu aliento y figurarte. Presiento que en el centro de tu pecho se enmascara el virus que extenúa mis neuronas y eriza el cuero que me circunda al mínimo movimiento de tu figura a contraluz. Aún así me sigo preguntando ¿abriré mi ventana a lo que venga después del enésimo enunciado, o seguiré arropado con

los
sueños
al final
del
arco iris?

ÚLTIMO VIAJE INCANDESCENTE

Miro los plumajes del ave
a través de mis lentes fuliginosos
que no sé su nombre
y presiento su trastornado revoloteo
asfixiado yo también
aquel verano de mi ciudad sin parques.
Pobre criatura, se le ocurre se me ocurre
contemplar este infierno en el más
caluroso de los estíos.
Su ventaja, agilidad para volar al árbol
rama de la desesperación o
cobijo a su sombra.
Y yo dónde me meto, bosque de asfalto
ventanales de cristales incandescentes
que succionan hasta la última radiación.
Cómo se te ocurre, criatura, apoyarte
en mi mortecino alféizar horno
y cocina a la intemperie, sin butano.
Te observo sin tiempo ni distancia
y ni te inmutas. Lo padezco
me reflejo en tu plumaje blanquecino
con motas gris verdoso e
imagino también tu sufrimiento, pobres
patitas primorosas distinguidas
más finas que mi meñique encorvado
casi sin garra para aprehender.
¿Cómo soportas el fervor de las baldosas
que ni yo mismo soy capaz de acariciar?
Por fin me has entendido: levantas vuelo
hacia el roble de la esquina (o lo que fuere)
y te refugias entre rama, sombra o agujero.
¡Me abandonas! Lo comprendo. Pero
no por mucho tiempo. Espérame
ave sin nombre, que me apoyo yo también
en el alféizar, doy un último suspiro
sin quejido, lo prometo, y me lanzo
en pos de tu última estela.

REGENERACIÓN

Mi corazón
a la deriva
quiere ser agua clara:

manantial que fluye sin rumbo fijo,
regocijo para todos los errantes.
Estanque pétreo sombra cobijo
en estaciones transitorias.
Hoy aquí
mañana en el collado
brillante oscuro sol y luna.
Hoy otoño escarlata, mañana
estío seductor.

Cuando llegue
mi corazón perecedero
a los palacios siderales
en silencio, sin
ser, casi, percibido,
rogaré por otra vuelta
otro giro por la vida
para enmendar lo reparable
y sentar, por fin

palabra, cabeza y compasión.

CENA DE HIEL

La cena está servida
treinta cucharas para devorarla.
Treinta comensales perpetuos
que no saben de la brisa
sí del hambre, acaso
de la fiebre y el fracaso
acaso.

La cena está servida. Ya no saben
qué es llorar, que también
cuesta. Lo que no se puede suplir
que se mitigue con los sueños
cucharada a cucharada (de plástico de
tira y pon)
anhelos sin muchas perspectivas
con cada engullida
dulce-amarga
como la vida misma.

Cena de hiel que
un corazón caritativo ha ofrecido
para hoy, pan,
¿qué para mañana?

OTRA VEZ

Mentiras de siempre otra vez
en el televisor, la prensa, en internet.

Nuevos embusteros que quieren embaucarnos
comernos la mollera con engaños
y nosotros que sucumbimos.

Lo que queremos no son flores
consuelo para tontos
ayudas para distraer
esperanzas que no lo son.

Dejad de bombardearnos con
guerras de otra esquina
(siempre siempre intencionadas,
igual que la noticia).
¿Sabéis? Con dignidad,
con vuestra dignidad sería suficiente.

Pero no, tenéis que fabricaros
nuevos muñecos de cera
o de hoguera
palacios portentosos
esperanzas narcotizadas
pueblos imbéciles que os besan
el culo. Y así seguir la juerga.

A la postre
la dignidad os importa un bledo.
No os llena el bolsillo
ni la ambición.

¿Existirá la palabra ética?

FRENTE A LA TUMBA

Pongo las piedras de rigor
sobre la tumba.
Sin llanto o artificios
enterrados quedan los
mitos de antaño
el abandono
la invocación inútil.

Enterrados quedan desasosiego
mirada inquisidora
ira/frustraciones/miedo
odio/pesadumbres
mente de estrechas miras.

No he querido pronunciar
la plegaria austera
inexorable
para disipar los monstruos.
Más bien evoco

un canto, melodía tolerante
no volver a perder la dignidad
la chispa serena, expectativa.

Enterrados quedan, piedras.

GIRA PERMANENTE

Sigo, ciclista pedaleando
con ritmo difuso, irregular
a veces con sofocos,
impetuoso a veces,
hacia rumbo incierto
incongruente por temporadas.
Dilatado o encogido
para dejar algo de mi
los huesos por ejemplo
en la maraña de la vida.
Fortaleza o savia del espíritu
para perpetuar o transmitir
no sé bien qué
ni por qué
incesante intuición
con tal de no ser el verdugo
de tantos inocentes degollados
tantas libertades cercenadas.

Cuando mis pies ya no resistan
pedalearé con manos
más lento, quizás parsimonioso
o
con la palabra/pensamiento
que vuela a pesar de las hogueras
y la extenuación
hasta el final de lo esperado:
la última estación
que
en fin
se tornará en la primigenia
para la próxima.

MÁSCARA

Sé que no es momento de hablar de mi careta
máscara imposible de extirpar
a estas horas.
Tanto la he manipulado que se me ha quedado
pegote pegamento hormigón
que no puede desprenderse.
No hay ya disolvente que valga. Ya es mi rostro
y no me había enterado.

Quiero recordar mi semblante de antaño
cuando era sincero
cuando la juventud te jugaba pasadas atractivas
a veces seductoras y reías
absorbiendo cada soplo del hechizo de vivir
y compartías. Compartías tiempo y conciencia
que se ha esfumado
se la ha engullido la máscara que me hice fabricar
salvaguarda de mi infructuosa intimidad.

Estoy sentado queriendo recordar
sin nitidez
la compostura de la lealtad.
Pero también la poltrona se me ha incrustado
injerto orgánico/inerte/nauseabundo
parte de mi cuerpo amorfo contrahecho.

No recuerdo quien se llevó las llaves de la sencillez
candor de tiempos originarios.
Poco interesa quién cierra o abre las neveras
a estas horas.
Los manjares ya han sido devorados
sin reponerse. Ya no hay viático ni puchero.
Ha sido esta maldita máscara que quiero despegarme
la más cara,
pero sé que no es momento de hablar de mi careta.
Mientras tanto,
empezaré
a
confeccionarme
otra
por si acaso

DHATU GARBA

Cuando me acerqué a la sabiduría de oriente fue como una aventura, la de moda,
el imán de mis amigos, artistas, intelectuales,
los que querían estar sin estar.

No pude obtener lo deseado, todo fue “maya”, ilusión de la dualidad.
No obtuve recompensa a mis deseos.

Mis deseos, los que se encargaron de esclavizarme
y empotrarme en la incertidumbre y el sufrimiento.

Pero de algo me sirvió, digo yo:
fue como mirarme al espejo,
forma y reflejo de mi cara

Tampoco aparecí detrás de la máscara.

CORTINA POR RASGAR

Las repetidas palabras
para definir lo indefinible.

¿Cuál posee la sabiduría profunda?
¿Una flor en mis manos, la flor?
El silbido del aire el mismo aire.

¿Para qué,
si no para encadenarnos?

En fila, erguidos y esperando

Sublime jardín, vergel de las delicias.
Placer de los creyentes,
regocijo de la imperturbabilidad.

Pero pasaron los tiempos, llegaron otros.
Sin entender el qué o el para qué.

Ni el eterno quién.

El destronado, por el gran señor de las bicicletas.

OPORTUNIDAD

En el camino, presagio,
la libertad me tentará de nuevo.
Le tenderé la mano, olvidando
grilletes del pasado. Mi
mirada, sometida la melancolía,
alargará el instante, me
abrazaré a su tiempo de piedad
soplo de ternura.
Entonces, creo, descubriré el reposo
alejaré monstruos y desvelos.
Y diré: no hay vuelta atrás,
momento perdido.
Casi sin moverme me asiré a
su cintura, caminaré comprometido
a su costado, olvidaré
que un día fui incapaz
de dejarme arrastrar por su
primer aliento.

¡PUEDE SER!

Sal al mar con tu bastón
empuja tu barca de papel, rema.

Si alguien se extraña
piensa en los que un día
se atrevieron a desafiar lo rutinario
con el éxito.
No necesitas decir nada
deja
que ellos pregunten, que se rían.
Cuando llegues a la otra orilla
extiende tus brazos
bastón en mano
toca el sol
alégrate.
Dobla con esmero tu barcaza de papel
después de que se seque
para la próxima ocasión,
tus hijos.
Por ellos tomarás la piedra primeriza
construirás con el salmo entre los labios
tu refugio
y la victoria reflejada en la mirada.

HASTA CUÁNDO

Agua de río
atolondradamente corre a
precipicio incierto para
caer en el remanso,
no lo sé.
Hasta el viento se detiene
alguna vez, indefenso.
La hoja seca se precipita a la quietud,
cumplida su misión.
Y tú
después de destilar tu última nieve
¿te detendrás un poco?
¿dejarás de aprisionar los corazones?

EN ESPERA 3

Vetusta alma
sentada en el café atenta a las tertulias
algarabías para días de ocio,
ya no quiere volar más
sobre postines falsos, huesos desabridos.
Cansada está de cabezas soñolientas
cientos de reencarnaciones para nada.
Siempre se regresa sin memoria y
se vuelve a empezar y tropezar
sobre la misma piedra, el mismo muro sin
importar el color, con o sin recovecos.
Prefiere empaparse de bebidas

descamarse de tantas idas y venidas
girar sobre lo mismo hasta cuándo.
¿Clamarán su nombre algún día
aquellos que prefieren ocultarse?
Mientras sigue meditando
sin memoria ni granito
-un café solo, por favor
y esperaré que el rocío se convierta
de una vez por todas en el torrente
que todos aguardamos.

PRERROGATIVA

Ya no quiero perderme para siempre
como la última vez.
Las calles son angostas
curvas y pendientes a su antojo,
pedruscos y hendiduras, grietas
y barrancos que franquear,
pero al final me espera el mediodía
la alameda con los trinos de
las aves y sus nidos, niños
que corren tras palomas y se
inventan su propia algarabía,
mujeres con sonrisas y
vientres fecundados, la esperanza.
Son muchos los instantes que
no quieren teñirse de sombras,
instantes para contemplar y enternecerse,
lo reconozco, los hago míos
y un poco vuestro, si os place.
Trato de alejarme de los grandes anuncios
aunque me quede sin cometido,
prefiero lo pequeño, seguir
las cosas íntimas, sin tantos espavientos.
Como no sé cuándo se terminará la vía
me propongo ser mi propio capitán
guía de destinos sin insignias, qué más da.
Las condecoraciones las dejaremos
para los más avispados, cuidado que
no se pinchen con su propio aguijón.
Haré honor a mi camino, paso a paso,
hasta que la verdadera Esencia
se revele en mi, y me transforme
en la última nube de la estratosfera.

VIAJE

En mi sueño quise oír el silencio
pero me acerqué al murmullo.
Fui a la montaña a recolectar flores

y regresé con leña entre mis manos.
Subí a un barco hacia rumbos increíbles
y en la orilla me descubrí sobre mi lecho.

Pronto el alba dominará el contorno
y yo, rumor leña y lecho a mis espaldas
me sorprendo más sabio, más escarmentado.

SISTEMA DIGITAL MICROELECTRÓNICO

El artilugio
funciona
no funciona
manda
a su antojo
computa y ordena
lenguaje rendido a su sistema
dónde han quedado los lápices
las plumas
mecanografía
(fuera del museo)
ordena y computa
es hoy ayer no
¿y mañana?
cosmonauta navegante entre sus redes
invisibles como el viento
mastodonte de torre y pantalla
o no serás tú es tu reflejo
(no te ofendas)
donde yo también me miro
sin reconocerme
hasta que se entienda
se encienda
o acabe conmigo
de
una
vez
por
todas
no
se
ha
grabado
mi
poema

AMOR UNIVERSAL

Se expresó la sonrisa y
giró el Universo, vibración
para concebir los elementos.

Esa mirada de la Inmensidad
confeccionó los mares y los ríos
deltas, meandros, cataratas
aguas cristalinas para acompañar
la Tierra y sosegarla.
De la luz brotó la energía,
el primer sonido, la palabra.
Y al final del sendero, o al principio,
(sin tiempo sin espacio)
luz, mirada y sonrisa
imaginaron a los hombres
como yo imagino tu sonrisa
tu luz
y tu mirada
cuando rozo mis labios por tus poros
escrutando la última simiente
de la Creación.

TRAVESÍA

No sé de dónde vengo
quizás de la orquídea que se atrevió a brotar
entre las rocas más áridas y duras
de un volcán apagado, o de la piedra misma.
¿Y dónde estoy? Frente a la muralla inmensa
que mis opresores erigen, según ellos,
para salvaguardar mi honra y
poder envenenar sin contratiempos
mi lucidez de obscenidades,
pobre sustancia imbuida en solución salvífica.
¿Adónde voy? En busca
de mi ser, perdido entre las bombas
de supuestos salvadores, hacedores de milagros
a punta de navaja, supremacía de la fuerza.
En busca del sitio donde puedan anidar las aves
respirar hasta el último animal marino
germinar la más quebradiza de las plantas,
copular todos los seres como acto de pasión
o de ternura. Al lugar donde pueda plantar
mi orquídea sin tener que suspirar por la única gota
del agua que tuvieron a bien proporcionarme
los consabidos redentores. Allí,
en mi último acto de honradez
ofreceré mi flor y mi palabra
a quien quiera, algún día, recogerlas
para seguir adelante.

BENDITO NUEVO AÑO (A PESAR DE TODO...)

Ruidos de pólvora inocente
luces en el cielo

envuelven el perímetro.
La algazara, el ánimo
rodean a la fría noche
en tierras del septentrión.
Fuegos y petardos anuncian la llegada,
aliento y optimismo se hacen cómplices
para presagiar un mejor año,
a pesar de todo.

Un año que asome su cabeza
sin encogimiento,
que nada turbe esta despedida que
se convierte, en un instante,
(el segundo prodigioso)
en bienvenida,
con manos limpias y caras elevadas
sin querer volver los pasos
o el recuerdo.

Pero en mi ventana, para adentro,
donde vivo
me temo que
la infracción se esconde con la parafernalia
¿Qué, quién
podrá invertir el desenlace
de acciones temerarias?
Los actos nos tienen maniatados, por
más que intentemos no enterarnos.
¿Cómo limpiar tanta ignominia
lecciones de imprudencia
con más de cinco mil años de lastre,
millones de litros de sangre derramada,
odios y venganzas en platos
fríos y calientes,
almas que van y vienen sin
lecciones aprendidas?

Y a pesar de todo, cuando siento
que la nostalgia se arrima,
también yo asomo mi cabeza
para expresar mi alegría
mi esperanza
en un año por venir,
sueño de hombres,
donde el azar nos resguarde
con la ilusión de días mejores,
a pesar de todo.

SIN VÉRTIGO

Otra vez recorrí, de vuelta, las playas de otros tiempos
tan distantes.

Escuché las olas reventar en el malecón,
susurros casi olvidados.
Arriba, en el piso 18 erigido sobre los sueños de mi infancia,
volví a contemplar el amanecer junto a la orilla
sintiéndome un gránulo de arena, una nonada
agitada en pleamar, confuso entre tantas construcciones
tantas novedades bajo un cielo antiguo, casi gris
como mis púberes días saturados de incertidumbres.

Una vez devuelto a superficie, mi corazón
quiso hacer justicia
no aferrarse a los tablones de otros tiempos
siempre oscilando entre ola y resaca,
estrecharse, sí, a los latidos reforzados en otras latitudes.

Volví a emprender los pasos de la madurez
con la firmeza que otorga un amor sencillo,
sin contratiempos
como las espumas blanquecinas que se agitan
en su encuentro con la playa, cuando
las observo, por última vez
desde la altura que se anuncia, sugestiva,
en un piso dieciocho.

POR HACER

No es bueno, a veces, retornar al ayer
si se busca refugio en la antigua estación.
Los secretos que se guardan bajo almohada
no son del todo fiables, hay riesgo
de contaminación, explosión nocturna
que resucita a los monstruos de otros tiempos.
Cuesta eliminarlos, pero es necesario
para seguir pintando los días posteriores
con las próximas huellas de nuestro acontecer.
Una vez sembrados los rosales en templadas tierras
no esperes orquídeas salvadoras, flores
de otros tiempos que consumieron ya
sus días de retoño, el abono prestado
en cálidos dominios disipados en
la última ilusión.

TIEMPO DE RECOGIMIENTO

I

Tardío otoño descubierto
con arrugas que se pliegan
a los días de escarmiento,
fruto que madura a su tiempo
en terreno predispuesto.

Noche de borrasca,
estrellas o relámpagos la sustentan
desde un firmamento fascinante,
misteriosamente indescifrable.
Como la vida misma,
destila y se condensa
destila y se condensa
para proclamar el desenlace
en su momento justo,
después de la última plegaria y
el primer salmo de esperanza.

II

Me maduran las ideas, como
frutos dulces de semillas sorprendentes.
Hasta en rocas me atreveré a injertarlas,
alguna ascenderá, fructificará
en algún espíritu pacífico que hará con ella
lo que quiera. No sé si las degustaré algún día,
si llegaré a paladear su dulzura
o algún amargor de desconsuelo.
Pero allí las lanzo, hoy entre colinas
mañana en lodazales, jardines
mares o pantanos.
Tú te encargarás de conservarla o rechazarla
en su momento,
como fruta podrida o exquisita.
Para entonces mis ideas ya no serán mías.

MIRADA

La última vez que nos miramos no
querías rendirte a la soledad. Tu piel
curtida, experiencias arrugadas
en manos temblorosas que tanto asieron,
tantos artilugios compusieron y
descompusieron,
ojos que no conocían
ni el verde de tus propios ojos
ni el rojo de una sangre añeja.
Aprendieron de memoria
la ternura, el sinsabor, el sitio exacto de un color
en el semáforo de la vida.
En tu piel con arrugas moteada de lunares
-mapa esgrimido en miles aventuras-
puedo perderme sin contratiempos,
darle cuerda al reloj,
(el nombre de tu padre incrustado al
otro lado del pequeño rubí) y
seguir disfrutando de mi espacio interior.
No quiero evitar el recuerdo de tus ojos,
tú, última vez que nos miramos.

DECRETO COMPUTERIZADO

Esta noche te convertiré en imán,
atraerás a todos los destinos
hacia tu regazo.
Para los que le falte hierro,
me encargaré de esparcir
tu magnetismo.
Serás mi triángulo particular de las Bermudas,
donde puedan adentrarse quienes quieran
descubrir todo tu amor, mirada
tuya apasionante y diáfana
las risas contagiosas,
el discernimiento,
y la pizca del humor resbaladizo
con el que envuelves los enunciados
más certeros.
Si esto no es posible, esta noche
transformaré tu melodía en heroína
la transportaré sobre caballos y armaduras
a mi Valhalla universal,
como antaño hicieron las Valkirias después
de la batalla.
En resguardo esparciré
la facultad de tu palabra,
ingenio de luz y de color
para que puedan recorrer sin contratiempo
espacios infinitos, a través
de ondas invisibles que ensamblan
corazones y rincones.
YO, Procesadora Digital Microelectrónica.

TIEMPO DE CONTEMPLACIÓN

1. ANTES DE RESPLANDECER (Noche)

Ha llegado el momento del próximo despertar.
La manta negra que cubre mi silencio
protege el espíritu de palabras sabias
un aire con signo se sosiego me aprehende.
Presiento que a nadie tengo que rendir
más cuentas no tengo más murallas que erigir.
Los instantes azulados que se asoman
anticipan que el blanco
no puede perdurar sin negro
que esta paz que penetra en mi sustancia

así de sencillo, sin más vueltas.
La noche como sin querer,
da paso a otro día. Ahora
tengo que escoger un cráneo
sostenerlo con huesos diamantinos
llenarlo de sustancias corporales
cubrir de piel las vías rojas
inventarme un nuevo nombre
y convertir mi corazón en gasolina.

2. RAYO VERDE (Alborada)

Nada se ha de buscar, ya, con los ojos abiertos
y los cabellos sueltos
el segundo antes del lucero de la aurora.
Un brillo naranja traspasa la médula
dibuja el halo misterioso que atraviesa
la ventana y da paso al primer estertor.
Ya todo al descubierto, un azul celeste
más tibio
radiante si acaso
empaña el fugaz verde relámpago
esperado con la primera llamarada
que se escapa sin ser visto.
Pequeño fulgor el deseado
que como el redentor aturdido
se escurre del discernimiento
de los ojos sin lágrimas de la mano interesada
y se refugia, solitario,
en la paz de la mirada límpida
de los que un día amaron.

3. SIN RAYO (Mediodía)

Esta vez no hay rayo inaugural
no hay quien pregunte qué es eso.
Es hora de construir el día empujando
colores y argamasa
abajo marrón, arriba verde
y un amarillo que inunda los cristales.
El sonido del grillo se transforma en
cigarras humanas que trabajan
para el mejor postor.
¿Por dónde empezar, a quién
hacerle las preguntas pertinentes?
Esas que no quieren respondernos
por miedo a que aflojemos el ritmo.
De todos modos ya somos libres
o eso dicen. No tenemos que gritar
"deja partir a mi gente", simplemente
seguirla:
hasta que llegue la noche.

4. ÚLTIMA RÁFAGA (Atardecer)

A veces temprano, a veces.
En otros momentos después que el azul desaparezca
y el cielo también.
Diremos adiós a días blancos
(sin confundir con la pureza)
presentiremos el ocaso.
Ya no volveremos a oler los olores de las frutas
de todas las frutas que dieron sabor a la vida.
Me convertiré en la nave que atraviesa la corriente
sin contratiempo ni temores
hacia el otro lado, donde un color rosáceo
me penetra hasta prescindir de la respiración
(o el combustible, como se prefiera).
De nada servirá en este punto
volver a repetir adiós,
las despedidas. Lo dicho dicho está.
Una vez fundido con el viento
los besos regenerarán
seré luz, sonido, duende para los
que aún sigan viviendo.
Si sientes en noches palpitantes
que alguien roza tu alma con un beso
un aliento detrás de la oreja
recuerda que puedo ser yo.

TARÁNTULA

TERROR

La tarántula se acerca al ojo
maniobra bélica estudiada (milímetro a milímetro).
Los molinos al asecho, a contraataque.
En el torbellino es fácil perderse
y decir que no pasa nada
no pasa nada cuando falla la tarántula
y hiere en la mejilla en el templo en las escuelas
o el molino muele casas con sus aspas la ciudad,
y miles de niños destrozados se convierten
en daños colaterales.
Descarga ineludible, dicen, como se esperaba,
a pesar de inconvenientes.
Las pieles despedazadas rompen el silencio de la muerte,
hay que guardar este día, dicen,
en el aliento de la historia.
Hay que guardar este día, la imagen,
y un minuto de silencio por la historia mutilada
por miles de niños destrozados y, dicen,
no pasa nada no pasa nada.
(Este humo ¿será de mi cigarro o atisbos del cataclismo?)

CERCA DE MI CASA

Cerca de mi casa
a dos manzanas (¿y una pera?)
hay un parque con nombre
con nombre de capital europea
(que me hace estremecer sin venir al caso).
Y sus árboles también llevan su nombre
grabado en el cartel clavado a su diestra.
Un poco más allá,
sin salir del paraíso
los campos de juego y pelotas
que se abarrotan los fines de semanas.
Y un olor a comida casera de otras tierras
te abre el apetito
con toda la familia piel canela
que se aglomera
para celebrar el día de asueto
después del partido familiar (o casi).
Hay un gran merendero ocupado
por comensales y voces y risas
y una alegría desbordante
que sacia el apetito aunque no hayas comido.
Si vas entre semana, claro,
solo los árboles, las plantas,

césped, hoja y tierra
te acompañan.
Y ese nombre de capital europea.

LA HEROÍNA

No.
No es un animal.
Aúlla
queriendo amurallar la angustia.
Cae en el ensueño
por dentro por fuera
se acerca hacia el abismo
la soledad.
Muerde la poción que narcotiza
a través de la piel despellejada
herida
y empieza a sentirse la heroína
del cuento.
Esa calma, esa fuerza contenida
¿cómo descubrir que es ilusión
cómo entender que esa partícula
de luz no es el encanto
ni el caballo en que cabalga
hacia la victoria?
En su soledad postrera aúlla
princesa de papel resquebrajado
pero no,
no es un animal.

POR LOS AIRES

Abajo la ciudad se hunde en la emergencia
se contrae, coches de juguetes, casas miniaturas.
Arriba buenas noches señores pasajeros el vuelo y lo demás
mientras tragas saliva
sobre alas de águila aceradas la ciudad se te desprende
tu ciudad que aún no sabes cómo despedirte
con el puño que te oprime donde menos lo necesitas.
La silueta en la penumbra la absorbe
si acaso chispas de luces diminutas que te evocan
algún un juego electrónico o virtual.
Imposible prepararte para el nuevo destino
imposible mantener la calma,
soñar con nubes o angelitos de quita y pon,
las ventanillas de emergencia te perturban
máscaras de oxígeno, salvavidas, aeromozas enervantes
qué proyecto te puedes inventar
para prescindir de toda esa parafernalia a diez mil pies de altura
y jurarte que no vuelves a montarte, no vuelves
aunque se llene tu corazón de amor
tu sesera de esperanzas y tus labios de promesas por cumplir.

MÁSCARA

Antes de que se cierre la noche
respiremos del mismo aire
con máscaras de fantasía
dejemos a un lado cuánto
oxígeno contaminado
los desabrimientos
condensémonos
en tu rostro
ahora

TESTIGO

Fortaleza de piedras con fisuras
surgida del mismo barro rojo
polvos de conciencia y tierra
y mucho de sudor humano.
Por favor, no me pidas que bese
tus arenas
ni que cubra con mi sangre la extensión del territorio.
Eso lo dejaremos para
los que quieren vestirse de patriotas inútiles.
Prefiero ser el pájaro que avizora
más arriba de las nubes que rascan tus cúpulas doradas
y dejar constancia entre mar y mar
entre continente y continente
del esfuerzo decidido por encontrar el camino.

ALIANZA

La noche aliada porque sí
envuelve de especias al amor
(y de otras hierbas aromáticas).
Noche de candelabros apagados
suficiente con la luz de la pasión
que abrasa las entrañas
penetrando hasta el vértigo,
hasta el último rincón del alma.
La noche,
dos cuerpos en fusión
sin más testigos.

CONCEPCIÓN

Hoy pinto el viento en el lienzo de la desnudez
con el pincel relámpago que me ofrece el azar.
El firmamento se ofrece de espejo

para que pueda perpetrar mi hazaña así,
sin demasiado aspaviento, sin
portavoces de miseria, sin gusanos.
Concluida la obra,
hasta la próxima inocencia,
el siguiente respiro,
la herida por venir.

ERUPCIÓN

El volcán de Babilonia expande nuevamente
sus últimas cenizas
de ansiedad y espanto.
El guachimán enajenado
entre lengua y devoción
después de la torre caída
se enarbola en defensor
de libertades abstractas
con espíritu de guerras y batallas pavorosas.
Quiere sostener el cielo con sus alas
y el cielo se le escapa por los lados
sin que llegue la hora del sosiego,
los días de palomas prometidas.
Ya no queda tierra en Babilonia que besar
que no contenga la lava del agravio.

ES LA HORA

Me han hablado de una paz que deja huellas
de una paz que se extiende
con el viento y las placentas
de todas las madres esperanzadas.
Una paz sorprendente que no llega
porque aún no hemos aprendido a construir
el jardín donde plantar la memoria del gozo
la confianza de corazones inocentes
que no llegan a vivir
más de lo que una bomba aterradora les permite.
Creo que ha llegado la hora exacta
de que todos los teléfonos
dejen de activar miserias y
se fusionen en un único diálogo,
en una sola lengua (llamémosla paz)
que nos salve del mármol del adiós anticipado,
de la iniquidad de los fanáticos.

UÑA Y CRISTAL

La uña en el cristal
escarbó el último atisbo de los días

que no se podían contar.
En adelante el espejo se transmutaría
en predicciones, episodio en perspectiva,
en sueños sorprendentes y esperanza.

LECCIÓN DE ANATOMÍA A LA DESESPERADA

El frágil esqueleto del monstruo
va dejando atrás su rastro de ADN
estampando las señales en los bucles dormidos
sobre las orejas que descansan (tiernamente) en la cuna.
Ojos y narices sin cuerpo
huelen la luz a la hora punta
ambicionan reparar tejados que gotean sangre desde la buhardilla.
Piernas-brazos sin carne ni huesos
anhelan confinar los sueños en los sueños (¡terribles terribles!)
para atreverse a cruzar la última esquina
antes que el futuro exhale su hambre de infortunio.
Solo falta una boca que escupa la ignominia,
manos que sellen las persianas para borrar espectros
(que congelan pasos y salidas),
sexos que siembren la simiente del aliento en un nuevo monte.
A falta de entusiasmo del rey sol o del director de orquesta (los de labios sellados sartén por el mango y bolsillos tintineantes)
el artesano usa su lápiz y denuncia en la palabra
su último gesto de batalla.

ADIVINANZA

Eres lluvia
eres deseo
el sonido del más leve aliento.
Eres movimiento de serpiente
alternativa de la imaginación
frescura dibujada en los sentidos
sin manchas sin palabras.
Eres tú
eres tú la luz que flota en mis esencias
la exploradora de mi savia
mi voz y mi alimento.

LA MAQUINARIA DE LA VIDA

La maquinaria de la vida no quiere forcejear
ni yo entrometerme en sus asuntos.
Suficiente tengo con tormentas que arrastran desconciertos
en batallas que quién sabe cuándo empiezan
ni por qué.
Las discusiones ya no van por horas
se ceden por años o por kilos, se regalan,

su peso se mide con violencia:
a mayor brutalidad
más atroz el desmoronamiento.

Puedo emprender una lucha disconforme
batalla de desgaste infructuoso
entre ruedas memorias y conceptos
dejando atrás los juguetes de antaño
pero qué consigo enfrentándome al unicornio de la vida
que me tiene cazado, cautivado.
Me asesta, me arremete
me obliga a continuar los pasos que un día estampé
sin mirar atrás sin mirar atrás.
Y yo bendigo el artilugio que la vida me propone
y sigo mi camino
sin entrometerme en los asuntos contundentes
de la vida misma, de la vida.

EN CLAVE LANGOSTA

Mastodonte de fuego
donde planto mis emociones
sol
para que prendan
mientras bailo desnudo
agitando mi piel
frente al espejo de luces
sin reflejo.
No importa. La expresión
basta en todo instante
arde por dentro y por fuera
la tierra envidiosa
me rechaza qué más da
yo sigo con mi danza grotesca
desnudo ya sin piel
esparciendo el fuego
emociones que ninguna estrella
ha de consumir.
Aunque se escape el veneno
y el mar quiera tragarte,
a fin de cuenta lanzarás tu cayado
sobre esa sal humedecida
y cuando cruces las aguas
qué risa,
no sé si llorarán
pero un pavor demacrado
se grabará para siempre
entre sus piernas.
Comprenderás que se acercan
tus días sin lágrimas.

AMOR EN TIEMPOESPACIO

No sé si necesito el universo para
para aparcar mis vestigios de amor.
Me bastarán, yo creo, las curvas espaciales,
que resultan de usurpar
las curvas planas y elevarlas por un
múltiplo de arco. Si esto no resulta
demandaré a lo sumo el agujero negro
para que abrace sin contemplaciones
este sentimiento de los hombres que
reverbera en mis entrañas
y me tiembla
y me palpita
y excita mente y sentimiento
sin rumbo ni piedad.
Inquietante inmensidad que me tendiste,
me enroscaste en tu agujero de gusano para
transportarme en tiempoespacio incognoscible
a las nebulosas del amor, formas
infinitas de parecer inútil en un instante
y al siguiente sentirme como el universo mismo.
A mundos de ternura me guiaste, sin retorno,
pero aunque se curve entero el firmamento,
mi galaxia, que se extingue ¿cómo
podrá penetrarte, fusionar lo que le queda
con la inmensidad de tu galaxia tan radiante,
fascinante en todos sus resquicios?

BOBO DE MÍ

Mira, te lo digo,
eres un enigma
y mi poesía.
Yo, si acaso
cosmonauta del amor
giro por tu órbita
sin poder penetrar
más allá de tus contornos.
Y me ahogo de sed
por tu líquido inescrutable,
me asfixio sin tu oxígeno.
Te lo digo, como aullido
del viento entre los árboles.
Enigma
paloma
mi luz
no sé lo que eres
se me aturden mis palabras
ya no soy yo
me he quedado sin canto
y sin acento

bobo de mí
y tú tienes la culpa.

ALUMBRAMIENTO

Miro tu vientre recién fructificado
delicada vibración,
aliento o vida.
Miro cómo se engarza a tus senos para
procurar ternura y alimento
porvenir.
Misterio y génesis
transición a pensamiento
luz
reflejo de uno y
todos los amores.

SIN MÁS PREGUNTAS

Seré sincero:
no sé si la vida me ha enseñado si
he aprendido a distinguir
lo justo
el amor entre rastrojos
lo verdaderamente digno.
Tantas piedras he encontrado
en los caminos por los que
no he pedido transitar
que mis rodillas dejaron de serlo
(ayer cicatrices doloridas
mañana callos indolentes).
En fin, un día
decidí seguir mi sombra
mirar a las paredes
hacia la misma tierra
(por lo menos las piedras
dejaron de incordiar).
Pero resulta que mi sombra se extraviaba
descubrí que tampoco sabía su camino
cuántas veces me di contra los muros
(mi cabeza se transformó en rodilla)
nubes y árboles desaparecieron de mi rumbo.
Peor fue la oscuridad sin sombra
sin guía o paradigma en noches de miseria.
Pero allí
y lo confieso
aterrado ante el destino sin destino
envuelto en cicatrices como único cobijo
entendí tonto de mí (no pregunten cómo)
que mi sombra tan solo quería prolongarme
acompañarme en mis andadas.

A mí correspondía fijar su derrotero.
Cuando por fin logramos ponernos de acuerdo
(mi sombra y yo)
descifré el misterio para no nadar
contra corriente:
aprendí, sonrisa a flor de piel,
a reírme de mi mismo y,
vuelvo a ser sincero,
dejé de cuestionarme si la vida
me ha enseñado a distinguir lo justo,
el amor entre rastrojos.

SIETE DÍAS, SETENTA NUBES (Poemario)

SIETE DÍAS, SETENTA NUBES

DÍA 1

Desde la misma cama
abro el ventanal.
Y la misma nube
con
distinta
estampa,
me saluda.

DÍA 2

Disfruto de esa nube con
cara de payaso.
Le envío mis pensamientos
vagabundos.
Los transporta más allá
de la montaña.
Cambia lentamente
la silueta:
de payaso a esperpento.

DÍA 3

Qué unión apasionada
entre lluvia y nube.
Sinfonía de sonidos
presiden el ritual.
Y yo,
como
único
invitado.

DÍA 4

Contemplo el firmamento:
¿nubes o algodones?
Una flor de ciruelo
se estampa en mi hombro.
Primavera que como las nubes
habrá de disiparse.

DÍA 5

También en mi pantalla
se reflejan las nubes
del atardecer.
Negro cable se proyecta
sin romper la armonía.
Ciencia y naturaleza
evidencian el vacío.
Hoy no es un jueves
cualquiera.

DÍA 6

Entre la arboleda el
pino alto, distinguido,
intenta acariciar
aquella nube
baja y atractiva.
La nube, coqueteando,
se escabulle.
La brisa se convierte
en juez y parte.
Incita a la rama,
empuja a la nube.
Ni silbido, ni susurro.
Carcajada.

DÍA 7

Hoy se han tomado el día
al pie de la letra.
Las nubes, de descanso.
Han dejado al sol desolado,
sin compañía.
Ellas, nubes desertoras,
día de asueto
sin pie
ni letra.

COLECCIONISTA

Colecciona en secreto
sin que nadie se entere
las mil y una formas de tronar:
ruidos, griteríos, cantinelas
o simples susurros, rumores
ecos y murmullos.
Los clasifica según
concuerde, o según
se cataloga lo imposible.
En su mano, el aire
que le trae los sonidos
por enumerar, los
que avisan de desastres o
fortunas. Alegrías de otros.
Y se le erizan los pelos
por activa o por pasiva.
Ya no caben tantos ruidos
en su esfera,
grescas de otro cantar.
Y cae la lluvia,
gotas, aguacero
que no oye.

REFUGIO

Giras la llave, abres la puerta
por fin
llegas. Agotada.
Refugio de día perro.
Enciendes la luz
¿Café o copa, café o copa?
Mientras te decides prendes el televisor
un corrupto detenido cada cuatro horas
muere el semiólogo escritor
desesperados refugiados macilentos en la frontera
atentado en no sabes muy bien dónde
alerta máxima en cualquier sitio.
Los de siempre de reunión en reunión
a tu costa sin resolver nada trascendente.
Muere joven al ser atropellada
y tú que huyes de tu jefe acosador
día de perros. Crees que mejor la
copa. Bien cargada.
Te desnudas cierras
las cortinas, por si acaso.
A tu exmarido que le den por donde
él quería darte a ti. Mejor sola
que…. ya sabes el refrán.
Un sorbito, apagas el televisor
(emisor de vómitos).
Otro sorbo
te basta con los tuyos que quieres
olvidar, mientras te tocas.

CONFUSIÓN

Sales a la terraza, no
la encuentras. La niebla,
hechizante niebla.
Ciudad oculta, escondida,
temerosa tal vez de evaporarse,
disiparse como tantas otras.
Extiendes tu mano para desgarrar
bruma y penumbra, pero tu mano
se disuelve más allá
del desconcierto.
Y piensas: extranjera soy
en tierra extraña.
Oyes a distancia un canto
silbido de pájaro agonizante
mirlo, quizás.
Pero extraña eres
encerrada en este frío vapor
de invierno impenetrable

con tonadas lastimosas
sin identificar.
No es tu día ni tu añada.
¿Es tu tiempo, tu ciudad?
Y vuelves a la cama
sin tu mano sublimada,
para seguir soñando.

MORÉ (*)

Llega con su caminar apresurado, sin pausa
mirada a la distancia, nerviosa.
Ojos que dibujan el mundo interior que
se pretende ocultar. Pupila dilatada.
Bajo una nariz más aguileña que carnosa
el rictus que quiere evidenciar una sonrisa
sin lograrlo. Mueca endeble.

Negros caracoles sobre el rostro alargado
serpentean con el viento que
se cuela por las ventanas, a pesar
del solideo que intenta cubrir la coronilla.

El pasillo en penumbra, aún,
avisa de un amanecer tardío.
Recorrido, esas manos finas
veteadas por pecas invisibles
con gesto sencillo,
abren la gran puerta de madera,
que se divide en dos. Chirría
y todos giran su mirada, entre
expectantes y encantados.
La vieja cartera de cuero cae
y la algarabía cobra vida.
Empieza la lección.

(*) Maestro

SIERRA DE MADRID

Desde la ventana, la tarde.
Gris, celeste, gris
algodonales.
Atrás montes que descuellan, montes
bajos, cerros de pico corto
cumbres majestuosas o
cimas solitarias donde
no despunta la flora.
Y una luz bermeja, a veces
dorada, se asoma desde arriba
para teñir el horizonte
y consagrar el misterio, el

enigma de los tiempos,
estaciones.
La moneda rojiza
mas allá de las montañas
impregna nubes áureas
color de ocaso para
embriagar a magos y profetas.
La tarde se acurruca sobre la ventana
para dejar paso a las sombras,
confusión.
Cierro entonces la ventana.
Apago mi poniente.

ALCALÁ DE FIESTA

Un otoño en Alcalá, casi sin lluvia,
casi.
Matiz ocre intenso. Calles,
edificios de abolengo.
Cúpulas de cultos ancestrales
se transmutan en nidos centenarios
de cigüeñas.
Judería sin judíos,
campanas que palpitan
una y otra
una y otra
sin interrumpir el vuelo de las aves
más allá de la historia.

Hoy se anuncian tiempos heredados
como un juego:
transeúntes solapados en añejos trajes
simulan una era de oro y hojalata,
remembranza cervantina,
añoranza divertida, quizás
extravagante.

Se asoma Galatea, primer
piso en la esquina de la plaza.
Abajo, pasacalles, esperpentos,
trovadores, saltimbanquis.
Erastro y Elicio se camuflan.

Y yo, entre plaza, esquina y torre
de la antigua judería
me fusiono.

CON CLAROS DE LUNA

No sé si contemplo la luna o ella
me contempla a mí,

aquí,
entre encinas centenarias
que se enzarzan
entretejiendo ramas,
filtrando tenues y plateados resplandores
que la luna parece regalarme.
Si me pertenecen
las comparto con la vetusta encina, el
encinar consumado
que al mediodía me brinda sombreado refugio
y esta noche el sutil escenario
luz de luna
de un día que culmina con sosiego,
silencio interrumpido por el último
ululato de una lechuza pasajera.

DE BRISAS Y CALORES (VERANO)

Abiertas de par en par. Las ventanas.
Las cortinas de algodón aleteando
a voluntad del viento.
Siete días de férvido verano
desterraron la más leve brisa.
Hoy, la tregua.
Un chorro de aire nos asalta,
Mi corazón también revolotea,
alegre, a merced de esta brisa placentera.

ESPERANDO TU OTOÑO

El otoño a solo un paso, tras la puerta.
El verano se dilata, encandila.
Tu mano extendida, no la veo.
La presiento, sin encontrarla.
Sigo buscando a ciegas,
extensión primaria.
Estás ahí, lo sé y
yo me agito, buscándote al tuntún.

Con las primeras lluvias quizás
me desperece y con tu mano
en la mía (¡por fin!)
la risa me contagie,
me acaricie la alegría
y mis arterias empiecen
a regalar energía para
para
colmar
todos
los momentos.

DESPERTAR (INVIERNO)

Se levantan las cortinas
y desaparecen las sombras.
Se despliegan las ventanas y
la álgida brisa invernal
se apodera del rostro,
despertándolo.
Anima, a pesar de las lágrimas
que genera.
Un giro de mirada hacia el oeste
y atisbos de nieve tiñen
las puntas de los montes.
Imposible agotar las alabanzas
para tanta hermosura.
Aves surcan las nubes, aparecen
y desaparecen.
Árboles se entremezclan con edificios
y tejados.
Abajo,
en calles, esquinas y portales,
la vida, el movimiento:
Cantos, aromas, múltiples colores.
Quizás hasta el olor de las naranjas
a la entrada del mercado.
¡Apacible embriaguez para este despertar!

POR DESCUBRIR

Todo el tiempo
y sin enterarse.
Todo el tiempo.
De distintas formas:
a veces nube,
a veces vacío, o sombra.
En la música
o en esa imagen plástica,
en plegarias, murmullos,
presente.
Las cosas ocurren a su alrededor,
en su interior,
en la lejanía de sus pensamientos.
Y sin enterarse.
De vez en cuando un atisbo,
sólo de vez en cuando.
De nada sirve la celeridad
o el aletargamiento. Sin enterarse.
Necesitará la voz que le recuerde:
"levántate y anda".
Para entonces descubrirá su perla mágica.

¡VUELA!

Ligera,
más que el aire.
Flotas por encima de las nubes
pero te sientes pesada. Son
preocupaciones inútiles,
abatimientos que no tienen porqué.
Son palabras
pensamientos
dimes y diretes,
insatisfacción de tiempos que no fueron,
que no son.
Hoy te adulan, mañana te agravian
¿Y qué?
Déjalo atrás, tira el lastre:
sé tu brújula, cristal transparente,
nube pasajera.
Y con la última ráfaga,
levanta el vuelo,
ágil y ligera,
flecha, paloma o relámpago
sin percepción ni pensamiento.
Te fundirás con el vacío
y serás.

PROPÓSITO DE ENMIENDA 2

Me envenené yo mismo con mis palabras
y por segunda vez me entregué al sueño.
Contaba muertos de derecha a izquierda,
ninguna imagen clara. Simplemente
un cementerio de palabras que nadie más
escuchaba. Las repetía
sin constatar que mi reloj
ya se había detenido hacía años.
Quería despertar
pero el peso del pasado no lo permitía.
Mientras tanto las palabras jugaban
con mi cráneo como balón
a punto de desinflarse, de tanto uso
de tanto abuso.
De palabra en palabra como pólvora
a punto de estallar, reviví
las cosas que fui olvidando:
acaso significaron, pero
ahora se convertían en pesadilla,

¿Salir? ¿Despertar?
Lo mejor, quizás, derrotar a los demonios
declarándose en connivencia,

aprovechar su contubernio
para expulsar esas palabras muertas,
declararles la guerra:
el olvido como antídoto
para reventar los sueños y
volver a vivir el presente
como si no pretendiera
nada más que el vacío.

UNIVERSO PARALELO

Puedo coser sin hilos
tejiendo tela de mentiras,
voces amables
al mejor postor.
Vuelan como creación cósmica
entretejiéndose
con otra tela de mentiras,
filigrana de falacias.
Más lenguaje fraudulento,
trampas que atrapan
hasta a los mejores oferentes.
Se buscan, se entrelazan
engatusan.
Envuelven mi epidermis
como aquel nuevo traje del emperador
y todos tan contentos.

Pero un día
cuando se descubra el embeleco,
se resquebraje mi universo paralelo,
me tocará beberlas
palabra tras palabra diluidas en hiel y
ya no quedará sitio alguno para mí
ni para mi desnudez.

PASADOS LOS DÍAS DEL DESCONCIERTO

En un tiempo pronuncié muchas palabras amables,
pero las he olvidado.
Fue cuando confundí belleza con sinceridad
aplauso con perfección
inquietud con recompensa.
Monstruos se disfrazaron de felicidad
para seducirme.
Me advirtieron que la cortesía es de perdedores:
las palabras, de plomo;
reprimir emociones,
exhibir armas y colmillos.

Cuando mis amigos, los de verdad,

pasaron sin saludarme
tomé consciencia.
Chispa de esperanza intuí después del sobresalto.

¿Cómo recuperar ahora el tiempo perdido,
cuando mi mundo se resbala?
¿Qué hacer con mis pulmones,
que aspiraron tantos gases fraudulentos?
¿Qué, con mis pies, que corrieron
por el camino equivocado?
¿Qué con mi corazón, que palpitó
tanta sangre adulterada?
¿Dónde reencontrar mis emociones,
calcificadas, casi?

Despertaré, para llegar, aunque sea,
a último momento.

LECCIÓN

Até mi mundo con cuerdas de arena
y en ello derramé mis esperanzas.
Quise atinar lanzando mi flecha de paja
para ganar la fama.
Bebí del agua contaminada de deseos
y creí que estaba a las puertas de la liberación.

¡Que de varapalos recibió mi alma agitada!
¡Cuántos golpes absorbió mi cuerpo!
Las tinieblas se apoderaron de mi interior
hasta que me hice añicos.

Ahora, a recoger los trozos,
intentar pegarlos
con el pegamento de la humillación,
para volver a empezar.
¿Habré aprendido la lección?

VACÍO

Ayer fui árbol recio,
con raíces. Quieto.
Hoy un hombre con un nombre.
Mañana, nube pasajera
que llorará su lluvia
en
alguna
parte.

En un tiempo fui ave migratoria
o mensajera

O un rayo de luz que deslumbró
la noche,
con el fluir del Universo.

Ayer fui todo, hoy
nada.
O quizás, aún no he nacido.

SHABAT

Se anuncia por un sol en retroceso
dos velas que se encienden
ofrenda, plegaria y bendición:
Shabat.

TORO BRAVO

Pavonea poderío en sus andares,
dos pitones advierten de coraje.
Instintos perturbados ambicionan empalar sus carnes:
Toro bravo.

APÁTRIDAS

Tantos refugiados y ninguno
tantas patrias y banderas
muros, fronteras, pasaportes.
¿Es ilegal el ser humano?

HASTA LA PRÓXIMA

La luna me recuerda dónde vivo,
aquí abajo con los pies bien asentados
la mirada al horizonte
sin contiendas,
hasta la próxima.

VIDA

Si te veo, existes
te confiero figura y expresión.
Me devuelves la mirada,
se inicia mi aventura existencial

COLORES 1

Armaduras del arte
expresiones sin palabras,
combinado de vida, claroscuros,
seducción de la naturaleza,
colores, colores.

COLORES 2

Contemplo el paisaje a vuelo de cigüeña
pincelada de acuarela natural
fascinación impregnada de matices,
gamas, reflejos, tornasoles...

ROSTRO DE INOCENCIA

Mira el rostro del niño
mirada con sonrisa
expresión de llanto
inocencia
¿qué demandará?
Existe Dios.

36 JUSTOS

Un canto en la sombra
para los que no ambicionan descubrir su nombre,
los que actúan en silencio, sin alharacas
disipando la oscuridad de los mortales.

....ISMOS

A veces se iza la bandera a sonido de tambores.
Después vienen los muros, las barreras.
a la postre, fanatismo, intransigencia.
En el asta se empotró la intolerancia.

TRÓPICO

¿Será tan diferente el otoño de la primavera?
Yo no sé de cambios, de estaciones.
Para mí la lluvia jornada tras jornada
hasta que el sol decida encaramarse,
bochorno, fervores, entusiasmo.

SIN PLAZO FIJO

Veo llover por mi ventana norte
por el sur pronostico el astro rey.
¿Y el arco iris?
¿Dónde se ha escondido el arco iris?

PARQUES

Al final de la calle
el pulmón de las ciudades,
cada vez con menos árboles
con menos flora
con menos...
Como la vida misma.

DESPERTAR

Al final del último sonido
mientras perduraba la caída del pañuelo,
se derribaron los muros.

HAIKÚ

HAIKU DESDE LA CIUDAD

El avecilla
vuela frágil hacia el sol
después de un día de lluvia.

La lluvia
se golpea en el asfalto:
sonido de ciudad.

La fogata de día
no opaca al sol.
Gota de agua.

Hoy me siento rana
me zambullo, me estremezco.
¿Será la primavera?

Olor a hierba mojada
para emprender el camino
sobre la alfombra del jardín.

Hasta la fatalidad
me rehúye.
Suerte de cangrejo.

El verano llega
se posa sobre el roble,
brilla la atmósfera.

La pena pasa volando
se detiene en la colina.
Mera casualidad.

El ruiseñor
o la alondra,
enigma de enamorados.

El huésped cobijado,
el bosque de encinas,
sólo falta el desierto.

Se retira el invierno
tras la cortina blanca.
Es hora de renacer.

Nadie comprende
el resultado de la guerra.
La muerte también huele.

Por más que quiero atraparte
te escabulles de mis sueños,
amor sin recompensa.

¡Qué pronto se vive,
qué pronto se muere!
se lamenta el zángano de la abeja.

El sol por el poniente
presagia la desgracia:
no te hagas ilusiones.

La ramita del almendro
mueve la brisa.
¡Templo de bosques!

Van arrastrando
mis versos, y en silencio
retumba mi vacío.

La palabra
contiene la nostalgia.
Es mi refugio.

Cuando escampe
¿saldremos a la vida?
murmuran las semillas.

Despierta el alba
con la ciudad,
crujido de metal.

Los placeres vuelan
al corral de las delicias.
Emoción.

La brisa
se desprende al amanecer
¿por qué tengo frío?

El alma empequeñecida
llora su desgracia
en el río de las cosas.

La voz se pasea en la poesía,
se escuda en la palabra.
Todo está escrito.

Hay dichas
que alumbran el horizonte:
luz de luciérnagas.

Hoy el iluso
quiere escribir a la luna,
misterio de campiña.

Brilló la estrella
en el compulsivo universo.
Y así fue.

Miré a escondidas
y estabas tú.
¿Qué más preciso?

Mi hogar
rebosa de ternura.
Señal de que estás tú.

Se alejan los milenios
como aves migratorias.
Tu encanto permanece.

Al primer día
un nuevo ciclo
por el camino.

Yo, como la luna,
aparezco y desaparezco.
Voz de viento.

Capote para la lluvia
en día de tormenta:
solución de majaderos.

El ruiseñor tiñe
con sus trinos, la atmósfera.
Aún queda esperanza.

Si tuviera el sol
entre mis manos
¡qué ceguera la mía!

Sólo de noche
se aprecia la hoguera.
Lo demás es secundario.

Saltó la flecha
directo al corazón.
No hay marcha atrás.

Camina el peregrino
por deliciosa travesía.
Hoy nada duerme.

Hoy tronco,
mañana madera o fuego:
el árbol, la vida.

Luciérnagas artificiales
parpadean sobre los tejados.
Hay fiesta en la ciudad.

El pequeño jazmín
se hace lugar entre hierbajos.
Jardín de las delicias.

El nuevo hombre
levanta su mirada certera,
renace con el milenio.

La noche deja ver
las sombras invisibles
que detesta el día.

El habitat es el mundo,
el mundo, su cultura.
¿Todo eso para qué?

La lejana tierra
se agiganta
en los sueños del exilio.

La última palabra,
la mujer.
O ella o el refugio.

En días de ardor
la sangre se exaspera,
la humanidad talla su futuro.

Me voy solo y sosegado
y como la luna
volveré a reflejarme en el estanque.

Miré al cielo
y allí estaba:
luz y alimento para la tierra.

Sobre el mar la patera
emprende su agonía
hacia el todo o nada.

Tras la ventana
gotas de plata.
Bendición.

Vi su mirada
reflejada en el océano,
última esperanza.

Sobre el horizonte
el águila arpía
remonta su último vuelo.

MÁS HAIKU DESDE EL ASFALTO

Con la misma luna
algunas veces
volvemos a soñar.

Una gota en el océano
presagia la quietud
después del último aliento.

El mejor poema
mientras sueño
es el silencio.

Mira la lluvia
que moja al sauce,
lágrimas de bendiciones.

Cada vez que penetro
más allá de tus ojos
me encuentro a mí mismo.

VOLUBLE COMO EL HAIKÚ

1.

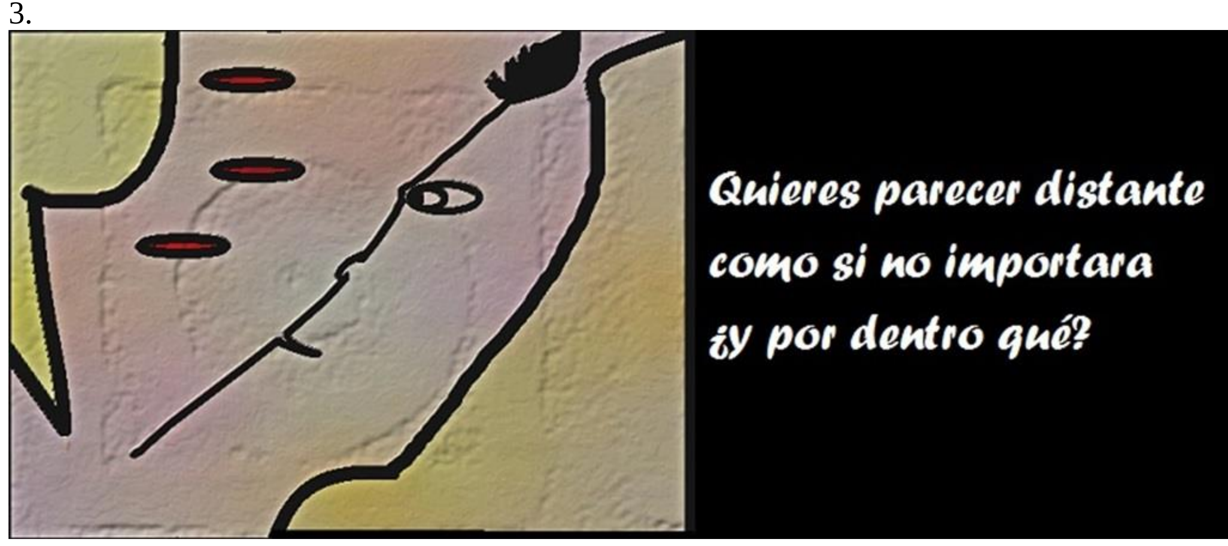
He perdido mi ciudad
además de las llaves.
Presagio de bendición.

2.



Desato el nudo de la corbata frente al espejo
piel desnuda, mapa de la vida
libertad sin cargos.

3.

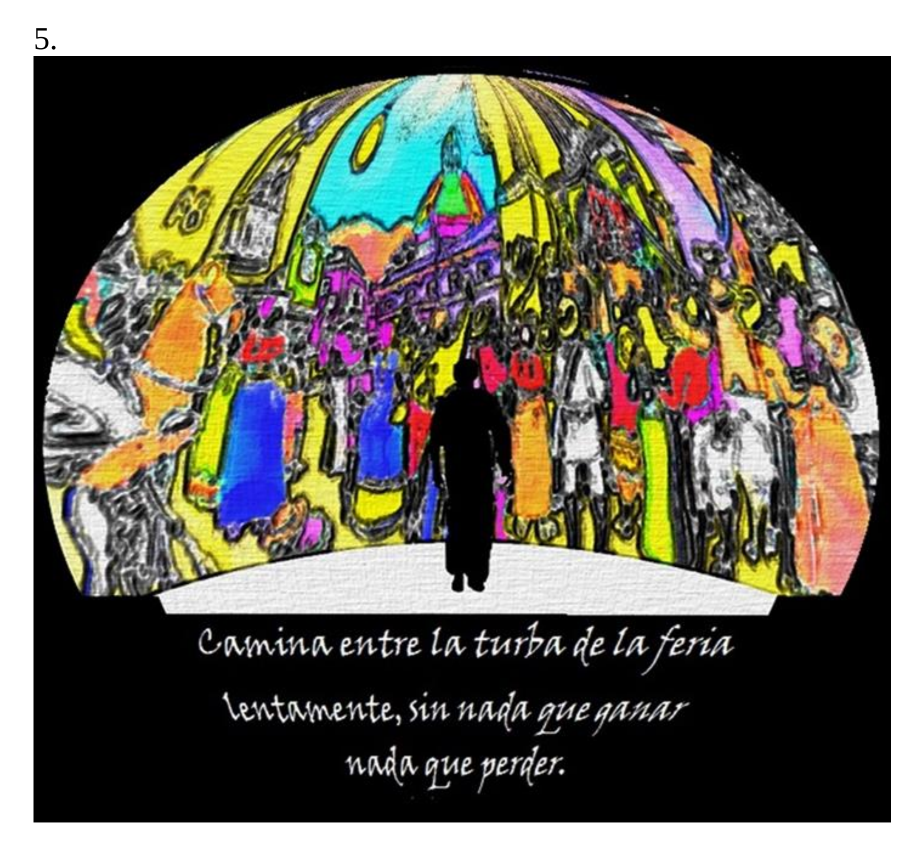


Quieres parecer distante
como si no importara
¿y por dentro qué?

4.

Nubes grises se vislumbran arriba,
abajo, la charca como testimonio.
Lloverá cuando tenga que llover.

5.



Camina entre la turba de la feria
lentamente, sin nada que ganar
nada que perder.

6.



Observo la forma perfecta
como una verdad misteriosa
sin desenmascarar las ilusiones.

7.



Limpio con el algodón mis inmundicias,
signos de vida turbulenta.
¡Qué difícil maquillar los temores!

8.
Disfrazada de hombre
me asomo al balcón,
sedienta de luz.

9.
En las noches sin luna
se esconden las memorias
hasta el próximo pesar.

10.
Se adentra el otoño,
ocres hojas revelan
sus intenciones.

11.
Nubarrones
y tierra remojada.
Atrapo un resfriado.

12.
Ramas azotadas
y lluvia.
Mañana, flores blancas.

13.
En la pantalla digital
la flor y floresta.
¿Cómo aspirar su aroma?

14.
La lluvia se escabulle.
Queda la humedad
y el arcoiris.

15.
Puntos negros
vuelan sobre fondo rojo.
Mariquitas.

16.
El gusano se desliza
a la siguiente hoja.
Nueva degustación

17.
Zigzagueando
de un lado a otro.
¿No será mi mente?

18.
Al vaivén de los vientos
ondea la bandera.
¿Qué beneficio traerá?

19.
Desde mi balcón, las nubes:
grises, azules, grises.
Día de incertidumbre.

20.
Un respiro para tantos calores,
impetuosa, fugaz:
tormenta de verano.

HAIKUS DE ANDAR POR CASA

1
Las paredes sin un cuadro
en esta habitación de invierno,
el color lo ponen los fantasmas.

2
Mi máscara en el armario,
la apariencia vulnerada.
Me asomo al espejo para encontrarme.

3
Abro la ventana hacia fuera
para informarme de las cosas,
todo lo anterior es agua.

4
El candil me guía al sótano
para encontrar recuerdos de antaño,
ahora soy yo el que se pierde.

5
He metido mi torpeza en las fauces de la vida
no quiere morderme, me rechaza
¿no estaré bien adobado?

6
Justo al borde de la bañera
me arranco la piel cotidiana,
me convierto en pejesapo.

HAIKUS DE LAS ESTACIONES

Renacen los colores
en los sueños del pueblo,
se anuncia la primavera.

De equinoccio a solsticio
florece hasta la alergia.
¿Fiebre de Primavera?

Mi piel arde,
el sol se regocija.
Infierno de verano.

El día es largo
como el verano
¡cuánto se aprecia el viento!

Hombre y cosecha
se recogen a sus anchas.
Inicio de otoño.

Mis años van cayendo,
como mi pelo.
¿Habrá llegado el otoño?

El último letargo
me lo anuncia:
el otoño en su crepúsculo.

Hasta mi cotorra australiana
ha levantado vuelo.
¿Sabrá también de invierno?

Es hora de marcharse,
musita el invierno.
Las hojas del almendro se regocijan.

El blanco de la nieve
sólo en espejismos,
paraíso tropical.

Huracán y monzón
se ríen de las estaciones.
Nomenclaturas, paralelos.

La vieja encina
exhibe su majestuosidad.
Mañana será leño.

Pan para comer
jergón para dormir
¿qué más puedo demandar?

HAIKUS DE LA HIBERNACIÓN

Los picos de blanco
días melancólicos
¿puedo lanzar ahora la pregunta?

El río se acrecienta
con las primeras nieves,
el puente es necesario.

De navidad a reyes,
algarabía de invierno.
¿Qué pasará después?

Gélido el ambiente
día de letargo,
el frío va por dentro.

Nariz enrojecida
corazón contento,
el amor no sabe de resfríos.

Con el nuevo año la esperanza:
arriba, con abrigo
abajo, sol y playa.

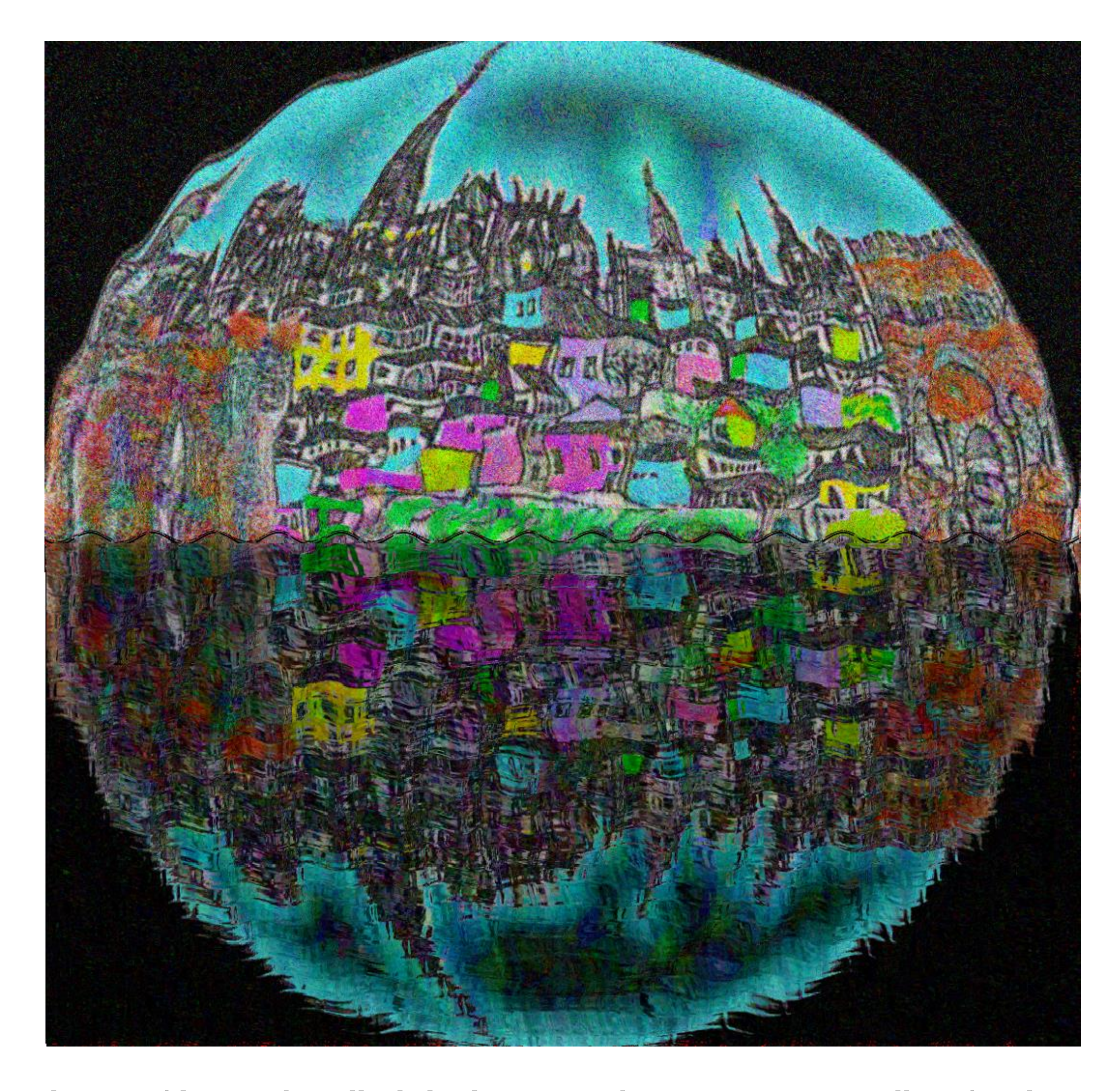
El cielo despejado
a pesar de las heladas,
es hora de invernar.

Las ranas del estanque
y un pájaro tardío,
el canto está servido.

En cada esquina luminarias,
dispendio de artificio
¿dónde han escondido a las estrellas?

CINCO RELATOS DE LA VIEJA JUDERÍA

REENCUENTRO



Rabí Samuel atravesó la estrecha calle de la aljama sin saber a ciencia cierta si llegaría a destino. Percibía el acecho en cada esquina, en cada rincón de aquella judería vieja y sufrida, siempre dispuesta a resurgir de sus escombros. Pero ahora era distinto. Durante las últimas cuatro, quizás cinco semanas, no había ocurrido nada. Tan solo un silencio cortado, cortante. En su caminar lento por las callejuelas tantas veces recorridas Rabí Samuel rememoraba la última vez que estuvieron frente a frente el representante de la Iglesia y él. Las palabras intimidatorias de aquél aún resonaban en sus oídos, como resonaron entre las piedras y ladrillos de aquel recinto con reminiscencia de mezquita, donde Rabí Samuel fue violentamente obligado a

presentarse. Ahora, casi un año después, con una llamada intempestiva antes del amanecer, se repetía el mismo ritual.

El Rabí encaminó sus cansados pasos por las empedradas callejuelas de la judería, presintiendo el acecho. Creía adivinar en cada esquina una espada; en cada ruido un grito de venganza. Con el corazón contrito y en su boca el susurro de los Salmos entró por la calle del Ángel, junto a la muralla. Las sombras se manifestaban en los oscuros callejones mientras un viento cálido rompía el gélido ambiente de la madrugada. Rabí Samuel paró en seco. Por primera vez no tenía claro si avanzar o retroceder. Aún le quedaban por recorrer dos calles adyacentes a la muralla que separaba y protegía su mundo del resto del mundo, para llegar a las puertas de la judería y dejarla atrás. Allí, precisamente, fuera de las murallas, en ese mundo incógnito y prohibido para él, creía que estaba el verdadero peligro. Pero éste se había adelantado. Había penetrado en la misma judería. Ya estaba a punto de alcanzar los portales cuando un destello, acompañado de un intempestivo sonido, hicieron vibrar hasta los mismos cimientos de la muralla. Miró hacia atrás y descubrió, atónito, que cientos, miles de sombras lo acompañaban. Fue en ese momento cuando cada vela de cada hogar de la judería pareció encenderse. Una tras otra, tras otra. Y de los ventanales asomaban los rostros de su gente, ancianos y jóvenes. Percibió claramente los rostros de sus hijos vivos y sus nietos. Y más allá, entre las sombras, percibió el rostro de Simita, su difunta esposa, franqueada por Selomó, su primogénito asesinado, y por su padre, Rabí Selomó Hacohén.. Giró entonces a la derecha, por la calle de los Granados, con la muralla por frontera en su lateral izquierdo. Y nuevamente otro destello y otras ráfagas de calor y otras sombras de rostros reconocibles entre los seres ya desaparecidos, que parecían surgir de la nada.

Cuando Rabí Samuel estuvo a punto de alcanzar los portales sintió que, murallas adentro, el terreno de la judería se despegada del resto de la tierra y empezaba a elevarse. La judería ascendía, con él y con todas sus sombras, mientras que los hogares, arraigados al mundo terrenal, se hacían, con la distancia, más diminutos. Poco a poco, muy lentamente, las velas de cada hogar eran apagadas, a manera de despedida de la judería de arriba, la que ascendía. Tan solo quedó encendida la vela del hogar de Rabí Samuel. La leve llama de su vela fue, también, su último recuerdo, mientras meditaba: “si esto es la muerte, bienvenida sea”.

LA PALABRA Y EL TIEMPO





Aconteció
que la palabra se cubrió de mordaza
y el tiempo se detuvo
dejó de existir.
Aconteció
que la esperanza fue condenada a muerte
y el espacio se detuvo
apareció el vacío.
Pero el día en que la esperanza se unió a la palabra
la palabra resonó
en el no-tiempo
en el no-espacio
Y se conjugó de energía
como el núcleo que se concentra
en disposición de explotar.

Fue entonces que
tan solo un movimiento solidario
tan solo un aliento expulsado al viento
y una explosión magnánima
se hizo sentir
quemando
calcinando
ardiendo
consumiendo.
Al oírse
se grabó.
Se hizo eterna.

El día que Miriam habló, el pueblo se estremeció. La prohibición de hablar del pasado y de condenar los tiempos presentes había sido violada. El castigo tenía que llegar de manera ejemplar. Parecía que todos lo agradecían, como si aquella violación por parte de la Profetisa reflejara el deseo de cada uno de violar públicamente la prohibición y, al mismo tiempo, de recibir el merecido castigo que serviría para expiar la culpabilidad de todos. No llegó a oír palabra alguna hasta que entró, arrastrada, al recinto del palacio, único lugar en el que la palabra estaba permitida, si bien solo unos cuantos tenían el privilegio de ejercerla, a su manera. Eso no la amedrentó. Su continuo presente, su ausencia de tiempo, le daba el aliento necesario para continuar con su lucha: usar la palabra como arma liberadora, gritar en otra lengua la oración milenaria de su pueblo. Y cuando le cortaron la lengua, escribió. Y cuando le cortaron las manos, utilizó los dedos de los pies. Cuando éstos fueron amputados, su propia sangre, sobre el suelo mugriento, habló.

Aunque sufría terribles dolores, Miriam, la que llamaban la Profetisa, no se quejó ni una sola vez. Sólo miraba hacia el Este con mirada estremecedora. El tiempo no transcurrió para Miriam la Profetisa.

EL SOL AÚN NO SE HABÍA MANIFESTADO



El sol aún no se había manifestado en todo su esplendor sobre los montes de la Galilea, cuando Rabí Najmán ben Yehudá, el Toledano, presintió, en su oscura y estrecha habitación colindante con la sinagoga mayor de Tsefat, la ciudad de los misterios, el significado místico del milagro. Comprendió la presencia de "Havayá", El Ser, en la historia, injertada en la naturaleza para reparar la ruptura que la acción humana había producido entre naturaleza e historia. Fue una revelación tranquila, sin sobresaltos, como si todo hubiera estado escrito sobre pergamino desde tiempos inmemorables. Posiblemente Rabí Najmán el Toledano no había sido el único en recibir aquella clarísima revelación. Pero precisamente ahora, en vísperas de Yom Kipur, el Día de la Expiación, después de aquella introspección en el significado del milagro, su ser interno no se sentía sosegado. Algo comprimía sus entrañas; algo diferente que no tenía que ver con la búsqueda de la aflicción del alma, muy propia de aquellos días de arrepentimiento y de examen de conciencia. Era, más bien, un desasosiego producido por un querer intuir un no se sabe qué. Rabí Najmán quiso calmar su estado de ánimo adentrándose en el "Sefer Yetsirá", el Libro de la Formación. Trataba de concentrarse en el capítulo cuarto, sobre las siete letras dobles el alfabeto hebreo, símbolos de la sabiduría, riqueza, fertilidad, vida, dominio, paz y hermosura; y, a su vez, la antítesis de todo ello. "Lo opuesto a la sabiduría es la estulticia; a la riqueza, la pobreza; a la fertilidad, la esterilidad; a la vida, la muerte; al dominio, la esclavitud; a la paz, la guerra; a la hermosura, la fealdad".

Aquí detuvo Rabí Najmán el Toledano su lectura y meditó: "Si todo tiene su contrario, ¿no lo tendrá también El Señor?". Se asustó de su propio pensamiento, sospechando que estaba cayendo en un anatema, justo en vísperas del día más sagrado, el día en que El Señor sellaba el destino de los hombres, después de haber juzgado sus acciones y pensamientos. La intranquilidad interior de Rabí Najmán se hizo más acuciante. Como hacía cada vez que quería borrar de su mente un pensamiento pecaminoso, fruto de la tentación, tornó sus reflexiones hacia su infancia, que casi no tuvo. Aquello siempre producía el fruto deseado y le henchía el ánimo para luchar por el retorno al camino de El Señor. Rabí Najmán quiso recordar por enésima vez su largo caminar de tierra en tierra, de puerto en puerto; su travesía por mar de barco en barco; la pérdida de su pertenencia, familiar y material, durante el obligado peregrinaje desde España hacia desconocidas tierras, cuando aún no había llegado ni siquiera a cumplir los trece años reglamentarios como Hijo del Deber para ser responsable de sus propias acciones. Quiso, como tantas otras veces, rememorar

las callejuelas de su Toledo natal, pero ya no podía distinguir entre el paisaje urbano de Tsefat, la ciudad que lo había acogido con el mismo calor que él creía intuir en el Toledo que lo vio nacer, y las callejuelas, plazas, murallas, casas y sinagogas del Toledo acoplado e idealizado en su memoria. El recuerdo del ayer y las vivencias del presente se habían fundido como un todo en la memoria del anciano Najmán ben Yehudá, el Toledano. Trató de revivir sus últimos días en Sefarad, despidiéndose en secreto de su prima Raquel, hija del tío Isaac, que a la sazón había aceptado el bautismo forzado para no perder su status de recaudador del reino y no ser, así, expulsado. Recordó la ira y la deshonra que tal hecho había provocado en el resto de la familia, que había preferido seguir el camino del exilio. Raquel, casi un año menor que él, había sido su más íntima colaboradora en sus fechorías de críos y, en los meses antes de la partida, su única confidente y compañera.

-¿Qué será de mi prima Raquel, que quedó en tierra española?- expresó Rabí Najmán, tratando de no evocar su última meditación sobre la antítesis del El Señor. Y se descubrió a sí mismo pensando y murmurando en castellano, lo que en los últimos tiempos le ocurría muy pocas veces y, casi siempre, en vísperas de fiestas y acontecimientos familiares.

Rabí Najmán quiso recordar el rostro de Raquel, pero le fue imposible. Ya no podía distinguir aquel rostro, que el tiempo se había encargado de difuminar. Recordaba, eso sí, el último llanto de su prima, sus lágrimas de impotencia ante la terrible noticia de la despedida, a orillas del río Tajo, en aquel escondite entre matorrales, “la cueva secreta del reencuentro”, como decidieron bautizarla el día de la partida, prometiendo reencontrarse en ese mismo e íntimo escondite, cuando todo retornara a su cauce normal. Rabí Najmán el Toledano sonrió levemente recordando su promesa ante Raquel, que volvería para rescatarla, aunque no sabía muy bien de qué o de quién, mientras que con sus manos secaba de lágrimas el rostro de su prima. Tuvieron que pasar muchos Días de la Expiación, muchas plegarias de Cal Nidré, en las que se pide por la anulación de votos, juramentos y promesas no cumplidas, para que Rabí Najmán ben Yehudá, el Toledano, se sintiera, por fin, en paz consigo mismo por no haber podido mantener su juramento a Raquel, su prima, pronunciado aún antes de haber llegado a su Bar Mitsvá.
-Los designios de El Señor son impenetrables e infinitos- meditó Rabí Najmán, parafraseando a los sabios judíos, de bendita memoria. Y con ello se adentró nuevamente en las profundidades del “Sefer Yetsirá”.

EL MISTERIOSO ALUMBRAMIENTO DE LOS CUERNOS



Cuando destruyeron el becerro de oro Aharón descubrió por primera vez el extraño fenómeno en su hermano Moisés. Fue en el justo momento en que los Hijos de Israel bebían el agua mezclada con el polvo de oro molido del becerro. Moisés, el Santo, el Alumbrado, no se percató. Conforme su luminosidad se apagaba y aumentaba su ira contenida por las acciones descabelladas de la muchedumbre, empezaron a surgirle dos protuberancias más arriba de sus sienes. Parecían, al inicio, dos hinchazones producidas por algún golpe. Al menos esa fue la impresión inicial de Aharón. Pero a la mañana siguiente, después de que Moisés, el Alumbrado, volviera de su cita matutina con El Señor, y se dirigiera a Aharón, el Sacerdote, para recriminarlo por haber permitido tal descalabro con el becerro de oro el día anterior, Aharón notó que mientras más subía el tono de la ira de su hermano, más pronunciadas se hacían las protuberancias en la cabeza de El Alumbrado. Y éstas aumentaban en proporción al enfado. Es más, Aharón casi juraría -lo que no podía hacer por una orden muy reciente de El Señor- que aquello era muy semejante a los cuernos del becerro que el fuego había esculpido a partir del oro traído desde Egipto tras la precipitada huída. Entonces se atrevió a comentarlo con su hermano, pero de manera sutil, como algo sin importancia, quizás para desviar el contenido recriminatorio de Moisés hacia su persona.

-Está bien, hermano, ya debes calmarte. ¿No ves que tus sienes se hinchan peligrosamente mientras mayor es tu excitación?

Moisés calló por unos segundos. Ya la luminosidad que irradiaba su rostro cada vez que volvía de su cita con El Señor había desaparecido. Ahora se notaban mucho más sendos cuernos, pequeños aún, que sobresalían sobre su cabeza.

La reacción de Moisés fue inesperada. Giró, sosteniendo con ansia su vara hacedora de milagros y se retiró de la faz de su hermano el Sacerdote sin pronunciar palabra. Fue suficiente para que Aharón comprendiera, o creyera comprender, cuál era el origen del verdadero poder, misterioso y carismático, de su hermano. Intuyó quién o qué era El Señor, el Innombrable, El que Es y No Es. Ante la imagen de su hermano con cuernos creyó descifrar, en aquel momento de su retirada, el origen de la vida y la muerte, de los justo e injusto, del bien y del mal, de lo efímero y eterno, del todo y la nada. E intuyó, también, el poder que él, como hermano y complemento de Moisés, podría ejercer con aquel descubrimiento.

Y sin actuar, Aharón actuó. Primero procuró que su hermano cubriera su rostro con un velo cada vez que regresara de su cita con El Señor, pues sabía que los rayos de luz que salían de su rostro, y los cuernos -que con el paso de los días aumentaban de tamaño y de rigidez hasta convertirse en cuernos de carnero, como los que en su momento se hicieron sonar desde la Montaña Majestuosa, el día en que se reunió a su alrededor a los Hijos de Israel para que escucharan los Pronunciamientos de El Señor- eran una y la misma cosa; quizás, dos manifestaciones de un mismo fenómeno, o una sola visión interpretada de distinta manera.

Al cabo de cuarenta días y cuarenta noches exactamente, cuando ya era imposible que el velo ocultara por más tiempo los cuernos de luz o los cuernos de carnero del rostro de Moisés, Aharón cortó por lo sano: con sus propias manos y con la ayuda de una piedra fina, larga y afeitada, serró los cuernos de su hermano, como último intento para no permitir que la Humanidad -ignorante y divertida- descubriera y malinterpretara el verdadero misterio de su hermano y de El Señor. Los metió, pulidos, brillantes, indestructibles, en un simple cofre de bronce que acompañó, a través de los tiempos, a los hijos y a los hijos de los hijos de Aharón en su travesía como guardianes del Arca Sagrada y del secreto del Misterio de El Señor.

Lo sé bien, porque yo, único descendiente vivo, conocedor del Misterio de los Misterios, guardo celosamente en mi armario sus poderosos cuernos. Pulidos, brillantes, indestructibles.

CAPARÁ



Benjamín de Zaragoza, el místico, se lanzó al agua tratando de no cometer error alguno, mientras repetía las palabras secretas del Libro del Esplendor. La nube posada sobre él a orillas del gran río, con forma de León de Judea, era un buen presagio. Al zambullirse pareció que la nube, también con él, se lanzaba al agua, provocada y provocativa; al agua afilada y cortante; activa, rápida, engañosa. Lo que no se dio cuenta Benjamín de Zaragoza, ni las mismas aguas, ni siquiera el resto de las nubes, era que la nube protectora había cambiado de forma. Se había convertido en la imagen de una garza; una garza enorme, blanca, una garza pescadora. Benjamín, sumergido y mojado, sintió una fuerte atracción sobre sus espaldas. Y sintió también la presión de la corriente que lo empujaba cascada abajo. La fuerza que lo atraía intentaba levantarlo, como si un enorme gancho atado a su espalda lo sostuviera e izara, tratando de acercarlo a la orilla. Fue en ese momento, en un mínimo instante, cuando percibió el cambio de imagen en la nube. Se amedrentó al comprobar que su nube de León de Judea ya no lo acompañaba. Ni siquiera se dio cuenta, sin embargo, cuando la masa de agua salida de las profundidades del caudaloso río traicionero tomó forma de Miflétset, aquel mítico monstruo del que tantos habían hablado y que ninguno, en concreto, había podido describir. Lo llamaron Miflétset por tener que nombrar lo innombrable, a falta de un nombre mejor. El místico no se dio cuenta que Miflétset atrajo a Nube Garza para destruirla, desintegrarla entre sus garras acuáticas y húmedas. En medio de una lucha de fuerzas naturales Benjamín de Zaragoza sentía que su cuerpo, como si de trapo se tratara, era zarandeado cascada abajo hacia aquellas rocas sobresalientes que semejaban dos enormes ojos saltones de un sapo monstruoso gigante, por un lado, mientras que por otro era levantado en vilo para ser arrastrado por la fuerza que tenía atada a su espalda, hacia la orilla. Por momentos respiraba y dejaba de hacerlo. Por momentos agitaba sus brazos y piernas desesperadamente y, en otros, eran vilmente zarandeados de un lado a otro, ya sea entre las aguas, ya sea en el aire, dependiendo de qué fuerza, en qué instante, vencía en la contienda.

-Capará- gritó Benjamín, el místico, intentando intervenir en la inevitables, indolentes e inexpugnables fuerzas invasoras de natura, infiltrándose así en las infalibles invocaciones del infierno. Y lo logró. Logró con su evocación infernal apaciguar la contienda. De lo que no tuvo conciencia fue que al evocar su "Capará" había tomado partido por una de las fuerzas. En ese momento Nube Garza fue lentamente

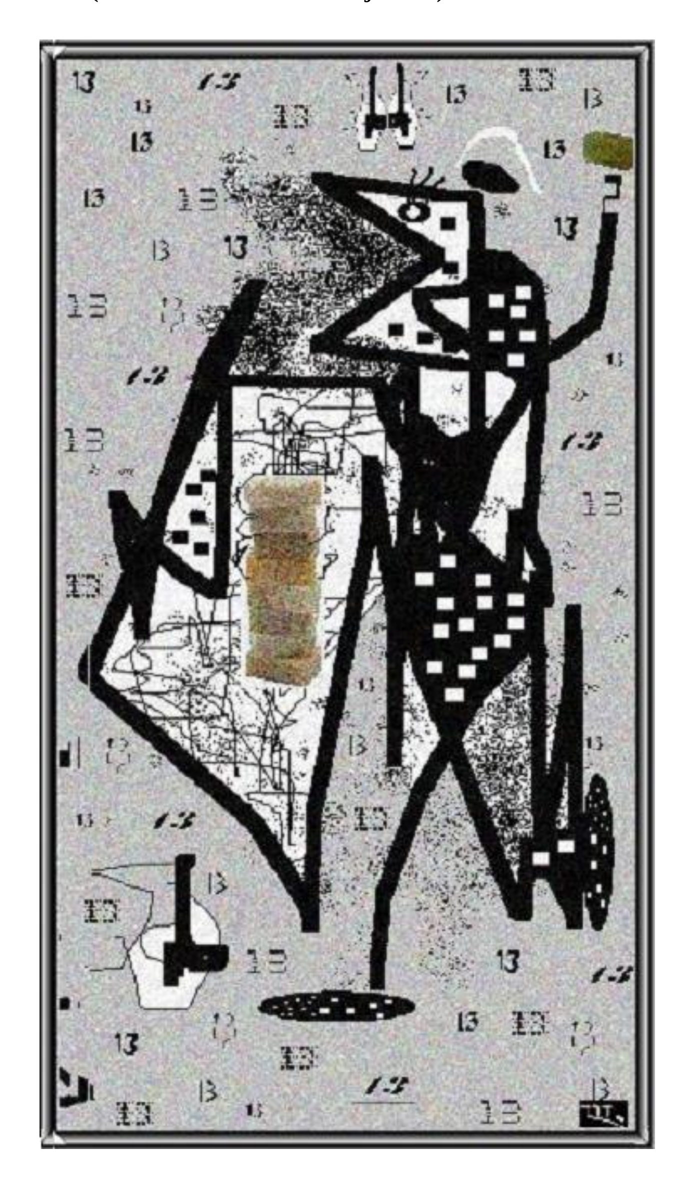
evaporándose, desintegrándose entre las furiosas aguas del gran río que subían, atrapaban y caían reventándose con indomable fuerza sobre las rocas que semejaban ojos saltones de sapo, con ruido ensordecedor, con un rugido penetrante y atronador que proclamaba la victoria. El místico se sintió arrastrado hacia abajo, hacia aquella cavidad semejante a una enorme boca entre los dos ojos de sapo, y que en aquel momento parecían exhalar palabras del mismísimo "Zohar", el Libro del Esplendor, que era fuente de inspiración y libro de cabecera de Benjamín de Zaragoza. Las aguas sugerían una lengua larga y pálida que lo atrapaba, como si de insecto se tratara, y lo atraía hacia su vientre. Exhausto y confuso fue absorbido por la boca de Miflétset, en la que la oscuridad y el silencio reinaron quién sabe por cuántos e innumerables momentos. Hasta que el tiempo dejó de ser. Benjamín de Zaragoza, el místico, que se lanzó al agua tratando de no cometer error alguno, había atravesado, cruzado, traspasado.

-La muerte no siempre huele mal- exclamó cuando salió del vientre, llorando.

CON JABÓN DE POR MEDIO Y OTROS RELATOS

Con jabón de por medio
Quiero más a mis gatos
Yo no soy marciano

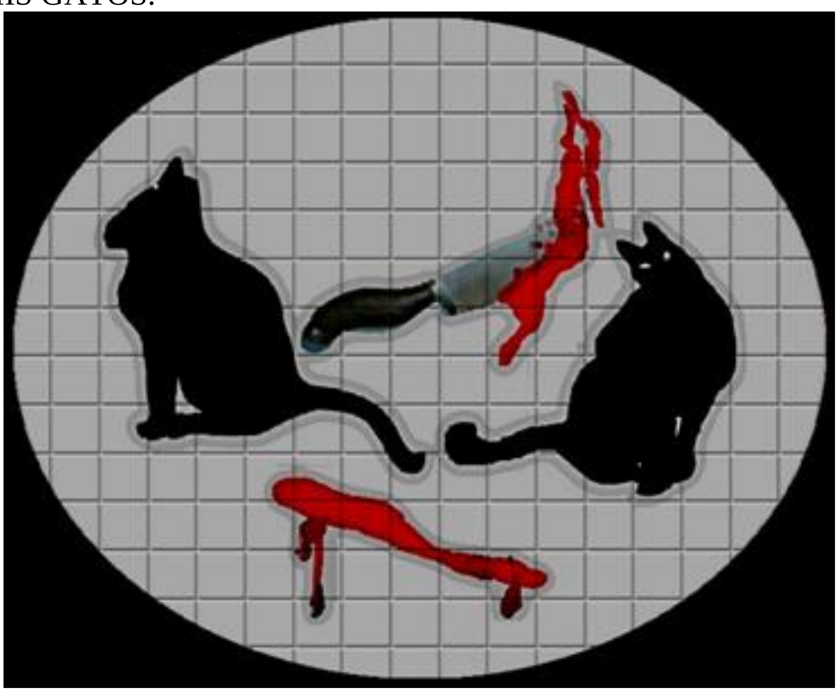
CON JABÓN DE POR MEDIO (Historia del hombre-jabón)



Mira hijo, sé que estás sorprendido porque no acostumbro a conversar contigo así, íntimamente, de padre a hijo. Desgraciadamente, siempre encontramos alguna preocupación o algún problema urgente que resolver, y dejamos de lado la comunicación familiar. Pero no te asustes, que no pienso ni darte un sermón, ni castigarte o regañarte. Te lo diré sin tapujos. Si no me fallan los archivos, nuestra familia lleva más de 150 generaciones con una peculiaridad genética, una ventaja diría yo. Sí, hijo, somos de jabón. Has oído bien, de jabón. No, no te rías, hijo, que tú también lo eres. Sé que ya estás empezando a sentir síntomas que te diferencian del resto de tus amigos, ¿verdad? y por eso tu madre y yo creemos que ha llegado el momento para ponerte al tanto. Tú aún no has empezado a desarrollar físicamente la Característica Genética Distintiva, a la que solemos llamar en nuestra jerga la Cegedé. Te lo digo ahora para que te lo tomes con calma, pues el día que cumplas trece años, exactamente trece años, o sea, después de 160 lunas nuevas, que a veces son 161, según el ciclo anual embolismal, empezarás a desarrollar y a manifestar la Cegedé. No, no me pongas esa cara ni te sientas preocupado, hijo, quiero que entiendas que ser de jabón es una bendición, y no le hagas caso al pareo, sino que lo digo porque es verdad. Mira, ven, tócame, toca mis brazos, no, más fuerte, no los vellos, la piel, la piel. ¿Ves? ¿Te das cuenta? Frota ahora. ¿Sabes qué? Mejor mójate las manos y, así, húmedas, vuélveme a rozar. Ya lo notarás. Ahora está mejor, vuelve a tocar. ¿A que sientes las manos oleosas, pegajosas? Ahora frótatelas. Mira, mira como hace espuma. No, hijo, cambia de cara, deja de preocuparte, que esto no es ninguna tragedia, te lo digo de corazón y por propia experiencia. Tu madre también lo es, porque, aunque no es estrictamente obligatorio, lo mejor para preservar la Cegedé es casarse con personas que también lo tengan, o sea, que provengan de un mismo tronco genético, vamos, del mismo origen familiar. Llevar los genes de la Cegedé no es algo común, es verdad. Y aunque muchos de nuestros familiares lo han proclamado a los cuatro vientos, nosotros, para evitar chismes, calumnias e insidias, o, peor aún, que se nos acuse de hechiceros y embaucadores, como ya ocurrido en otras épocas, y mejor ni te hablo de sus nefastas consecuencias, hemos optado por omitirlo. Después de todo a nadie le importa cómo somos, qué peculiaridad tenemos, si no hacemos mal a nadie. Pero cálmate, hijo, cálmate, que te lo repito y aseguro, más que desventajas, es una ventaja ser de jabón. Claro que tiene sus desventajas, no te voy a mentir; en estas sociedades, ser distinto a los demás acarrea muchas preocupaciones y sinsabores. Pero hay que aprender a sobrellevarlo con dignidad y orgullo. Ya te digo, son más de 150 generaciones que llevamos a cuestas esta peculiaridad, trasmitiéndosela a nuestros hijos. Lo que me extraña es que aún no te hayas dado cuenta, hijo, pues tu madre y yo, aunque conversemos poco contigo, sí, ya sé, yo, soy yo el que converso poco contigo, perdóname, pero lo que quería decirte, siempre hemos sido abiertos y aunque no lo hayamos manifestado públicamente, en casa tampoco lo hemos escondido. Lo que pasa es que son pocos los momentos en que las características de la cegedé se puedan exhibir. Muchos de nuestros familiares sí se han preocupado por exponerlo a sus hijos y a su círculo más cercano, desde el primer momento y en cualquier instante, que son de jabón, portadores de la Cegedé. Incluso organizan ceremonias y fiestas anuales para celebrarlo. Aunque en mi infancia y juventud participé, y gocé, no está demás recordarlo, de estas celebraciones, yo, personalmente, en la época en que vivimos, lo veo algo exagerado, pero eso sí, debo prepararte para cuando llegues a los trece años, para que no te caiga todo se sopetón. Las cosas hay que explicarlas con antelación, para comprenderlas y saber que es un proceso natural, bueno, natural en nuestra familia, no en todas, pero te repito, con muchas ventajas, y no tiene por qué afectar tu vida en el día a día. Pero, te digo, es mejor que lo entiendas. Imagínate a una chica que llega a la edad de la pubertad y nadie le haya explicado lo qué es la regla y, ¡sas! de pronto le llega, se siente sangrando y no entiende por qué. ¿Te imaginas el trauma? No, no te rías hijo, que eso pasaba no hace muchos años, y seguro que aún sigue pasando, entre numerosas familias que vivían o viven el proceso sexual, la menstruación y demás, como algo repugnante y execrable, un pecado, vamos. Pero me estoy alejando del asunto, hijo, aunque veo que te has relajado. Bien, bien, eso está mejor. Sí, ya me imagino en lo que estarás pensando, algo así como por qué si nos duchamos, no nos gastamos o disolvemos. Aquí sí hay una desventaja, hijo, es verdad, pero se puede resolver, se puede resolver, no tengas la menos duda. Mira, aquí viene tu madre. No, Mayrim, no es necesario que intervengas, mejor déjanos solos, que esta es una conversación de padre a hijo, y lo estamos haciendo muy bien. Gracias Mayrim, gracias por comprenderlo. Bueno, ¿por dónde íbamos, hijo? Ah, ya, qué nos pasa al meternos en el agua. Primero te explicaré, hijo, que la Cegedé consiste en que nuestros tejidos adiposos, las grasas del cuerpo quiero decir, tienen una característica especial, que sin sosa ni ningún otro elemento extraño, ni glicerina ni nada por el estilo, se transforma en jabón. Así de claro. Me imagino que sabes que el jabón es, en esencia, grasa, aceite.

Y de eso se trata, hijo, para hacer jabón de la grasa se necesita la reacción de este ácido graso con algún alcalí. Pues nuestro cuerpo, vaya usted a saber por qué, aunque hay muchas teorías, hasta las religiosas o fanáticas, produce de forma natural esta reacción, que creo que se llama saponificación, o algo parecido. Oye, pero no te vayas a creer que todo nuestro cuerpo es de jabón. Tenemos órganos y huesos igual que los demás. Sólo se trata del tejido adiposo. ¿Lo entiendes, verdad? ¿No te has dado cuenta que en casa prácticamente no compramos jabones? Es que no es necesario, hijo, si lo producimos nosotros mismos. No creas que es que nos arrancamos un dedo, un pedazo de oreja o algo por el estilo para utilizarlo como jabón. ¡No, hombre, no! A nadie se le ocurriría hacer tamaña barbaridad, ni falta que hace. ¡A que no te has dado cuenta que en nuestra familia no hay ningún gordo, ni uno! Fíjate en tus abuelos, tus tíos, tus primos, todos somos delgados. ¿Y sabes por qué? Pues precisamente el agua, cuando nos lavamos, duchamos o bañamos, es nuestro adelgazante natural. Cómo quise explicarte antes, el agua sí nos desgasta, pero no a tal punto de que nos disolvamos por completo. Lo mismo que con una barra de jabón, que no se acaba de golpe, ni con un solo uso. Además, tenemos la ventaja de producir el jabón constantemente, igual que el resto de los mortales producen grasa cuando se alimentan. Así que si gastamos jabón, volvemos a reponerlo. Mira, hijo, con solo rascarnos la piel, desprendemos escamas de jabón, que si las recogemos y guardamos, nos sirve luego para lavar, fregar o higienizar cualquier cosa que queramos. Es más, con la ducha desprendemos tal cantidad de jabón, que si lo recogiéramos y luego lo volviéramos a secar, lo podríamos utilizar con frecuencia para nuestros menesteres higiénicos que no sean corporales. Tu madre prefiere usar detergente, que no es lo mismo que el jabón, para lavar la ropa, pero te aseguro que no es necesario. Nuestra propia fabricación de jabón también sirve para la colada, para fregar los trastos y hasta para los suelos, si me apuras. Pero ya sabes, esta época de consumismo obliga a tu madre a comprar detergentes y demás productos de higiene, para ser igual que sus vecinas. Pero a los abuelos ni siquiera se les ocurrió utilizar otra cosa que su propio jabón. Así es, hijo. Ya ves que no es tan dramático. Pero tenía que explicártelo y prevenirte para cuando cumplas los trece. Oye, tampoco es el caso de que ahora en adelante te dé por zampar todo lo que se pueda comer, porque al fin y al cabo lo vas a perder. Pues no, ya que las consecuencias pueden ser alarmantes. El jabón que produces también puede ser de mayor o menor calidad, más o menos sano, según los alimentos que ingieras. Una producción exagerada de jabón, por más que intentes desprenderte de él con una buena ducha, puede afectar los tejidos internos, y causarte enfermedades que no tienen razón de ser. ¿Lo has comprendido, hijo? Bueno, te siento un poco más calmado, pensé que te lo ibas a tomar peor, hijo. Aún quedan algunas cositas sueltas por aconsejarte o explicarte, pero no sé si las vas a entender en estos momentos. Así que esperemos que cumplas trece años y ya tú y yo tendremos otra conversación seria, y creo que hasta más jugosa que ésta, hijo. Ya vas a ver, ya vas a ver, vas a flipar. ¿Se dice así, no?

QUIERO MÁS A MIS GATOS.



1.

Ayer mismo bajaba las escaleras, como todas las tardes, parsimoniosamente, como solía hacerlo, bien vestidita, sus labios carmesí, su gato Mufi en su regazo, desde el cuarto D hasta el portal, donde solía reunirse con las vecinas, a hacer uso del único deporte que, a su edad, podía practicar: la conversación amena, el parloteo, incluyendo chismes, críticas, consejos y hasta soluciones políticas. Pero hoy tarde todo fue confusión. En el vecindario estaban consternados, perplejos. Patrullas, policías, ambulancias, hasta una furgoneta de la perrera municipal. ¿Cómo podía haber ocurrido algo así, precisamente con Doña Mercedes, tan querida, respetuosa, amable, siempre atenta a las necesidades del prójimo? ¡Y ahora esto! ¿Se habría vuelto loca? ¿Así, de pronto? ¡Pero si era tan agradable conversar con ella! Nunca, nunca levantó la voz más de lo debido, ni siquiera para refutar a sus contrincantes, mientras solía acariciar a Mufi, o a Beli, su gata siamesa marrón, que dicen se la había regalado su hija, hace ya ocho años, el día que murió su marido Alfonso, después de cincuenta y cuatro años de matrimonio feliz. Bueno, eso por lo menos es lo que siempre se había dicho. Las vecinas lo atestiguaban. Es verdad que durante el entierro, las novenas y el luto posterior, no derramó ni una lágrima, tan sólo acariciaba a la recién adquirida Beli, la gata siamesa, que para aquel entonces no era más que un diminuto peluche crema. Si no fuera por su leve ronroneo, nadie podría asegurar que no fuera un muñeco. Pero todos entendían el impresionante silencio de Doña Mercedes, más patético que cualquier lágrima, cualquier llanto. Era lógica su estremecedora reacción, después de cincuenta y cuatro años de matrimonio, dos hijos, el varón y la hembra, sus tertulias, sus obras de caridad y sus visitas compasivas al Hospital del Niño y a la Residencia "La Milagrosa", fundada con auspicios de su marido, quien fue un admirado general del ejército, que hasta luchó por devolver la democracia a su país, a riesgo de perder su puesto y su vida, en los días de la atroz dictadura militar, que había hecho desaparecer tantos y tantos compatriotas, tantos y tantos niños. Y Mercedes, siempre a su lado, apoyando, colaborando, arriesgando su propia integridad como mujer y como ciudadana. Pero regresemos a lo nuestro, que nos hemos desviado. Todo eso y más se comentaba tan solo ayer tarde, después de que me tocara transmitir a todos tan espantosa noticia.

2.

Me parece que no he sabido explicarme bien. Empezamos por lo de la confusión aquella tarde, y, perdónenme por la negligente forma de expresarme, pero aún no he explicado el porqué de aquella barahúnda. También a mí me cuesta asimilar lo sucedido. Tan poco tiempo en perspectiva me impiden aclararme en conformidad. Creo que debo aclarar quién soy. Me llamo Ignacio de Jesús, pero fuera de mi madre y mi abuela, que en paz descansen, nadie me llamó así. Para el resto soy simplemente Nacho, el "rarito". Tengo cincuenta y seis años y desde que salí de casa de mis padres, hace ya veintiún años, he vivido solo, sin mujer ni hijos. Pero no es mi interés hablar de mí, solo que lo creo necesario para poder explicar lo acontecido en casa de Doña Mercedes. Yo soy su vecino. Vivimos puerta con puerta, en el cuarto. Ella en el D y yo en el C. Me mudé a este piso precisamente el año en que murió Don Alfonso, su marido, hace ocho, como creo que ya he comentado. A raíz de su muerte, sin proponérnoslo, nos hicimos buenos vecinos. Yo la veía, no sé, tan triste, tan solitaria; sus hijos, desde la muerte del padre, apenas si venían a visitarla. Su hijo mayor, Alfonso como su papá, aunque solían llamarlo Fonsi, también era militar, y estaba destinado a las islas, lejos del continente. Su hija no vivía muy lejos, pero me imagino que poco tiempo le quedaría para visitar a su madre, debido a sus propios problemas familiares. Por lo menos era lo que se comentaba, en ausencia de Doña Mercedes, en el famoso "portal de las primicias", a la entrada del inmueble, que aunque bastante amplio, ni patio tenía. Se decía que la pobre Gloria, así se llamaba la hija, tenía problemas con su marido, además de la crianza de sus cuatro hijos. El caso es que yo la veía a Doña Mercedes tan desamparada, y como mi trabajo principal era en casa, frente a un ordenador, pues, me había ofrecido desde entonces ayudarla en cualquier menester. Si había que colgar la cuerda del tendedero, si tenía que comprar en el mercado algunas cosas pesadas que ya no podía cargar, si había que matar a una cucaracha, si tenía que llamar a su hija, y ni su vista ni su memoria le daban para ver o recordar el número. En fin, cosas pequeñas, minucias, pero que para ella eran todo un emblema de caballerosidad, generosidad, amabilidad y más "idad" que solía corearme con cada favor que le hacía. Recuerdo que el recado más curioso que me pidió, y con tono enigmático, casi en un susurro, fue que le comprara un cuaderno, esos de estilo antiguo, cosido, con tapas negras y gruesas. Lo que más me extrañó fue que me hizo prometerle que no le diría a nadie que ella poseía ese cuaderno, "mi tesoro" (fueron sus palabras textuales, y por supuesto

que ni por asomo sabía ella quién era Gollum ni había oído hablar de El Señor de los Anillos). Pues bien, aquella vez, cuando aparecí con el cuaderno, fue la primera vez, y la última, que Doña Mercedes me abrazó con una fuerza inusitada, con la que me transmitió todas sus emociones, y me dio un beso. Hasta juraría que algunas lagrimitas se derramaban por sus mejillas. Yo también me emocioné, no sé muy bien por qué. Y claro, tánto misterio empezó a intrigarme. Me atreví preguntarle para qué lo quería, y sólo me contestó con un lacónico "ya te enterarás, ya te enterarás...". Aquí debo advertir que todo este episodio del cuaderno ocurrió hace alrededor de cuatro meses. Doña Mercedes acababa de cumplir setenta y nueve años, pero sus hijos no vinieron a visitarla, aunque sí la habían llamado por teléfono y le habían enviado un ramo de rosas, creo que en nombre de los dos, pero no me hagan mucho caso.

Volvamos a aquella tarde en cuestión. Sigo divagando y no logro explicarme como debiera. Esta vez intentaré ir paso a paso en mi aclaración de los hechos. Doña Mercedes, o "La Merced" como yo solía llamarla cariñosamente, aunque sabía que a ella mucha gracia no le hacía, y por eso mismo se lo decía, al punto de que se había transformado en una especie de clave cariñosa entre ella y yo. Debo advertir que para nada le gustaba que la llamaran Merceditas (como hacía la vecina del 4º A) o Merche, eso sí la sacaba de quicio, aunque intentaba siempre no enfadarse, tan solo lanzar una mirada escrutadora a quien había osado llamarla de esa manera. Regreso, regreso al asunto en cuestión. Será que como no tengo muchas oportunidades de explayarme oralmente, cuando lo hago por escrito, como ahora, me libero, es como si fuera mi venganza particular. Bien, prometo reprimirme. Doña Mercedes salía diariamente de su piso, a las cinco y cinco de la tarde en punto, para encontrarse con sus amigas en el "portal de las primicias". Algunas veces, antes de bajar con su gato Mufi o con Beli (hacía turnos concienzudos para bajar a sendos gatos, uno por día), picaba al timbre de mi puerta, cuando necesitaba algo especial o simplemente para preguntarme cómo estaba, si era yo el que necesitaba algo. De cualquier manera, a esa hora siempre estaba yo frente a la computadora, y ya se había hecho una rutina el que oyera el crujir de su puerta, el repiqueteo de las llaves, sus parsimoniosos pasos de zapatos de medio tacón, el maullido del gato (hasta por el maullido ya sabía yo con qué gato bajaba La Merced y, por consiguiente, qué día de la semana era). No tenía que ver el reloj para saber que ya acababan de pasar las cinco de la tarde. Pues, bien, aquella tarde, es decir ayer, aunque pareciera que fue hace un lustro por lo menos, me extrañó no oírla bajar. Serían como las cinco y media cuando caí en cuenta que Mercedes no había bajado. No sé si fue un presentimiento, o simplemente extrañeza por no escuchar ese sonido diario y peculiar, pero me puse de pie enseguida, cerré la sesión en el ordenador y salí hacia su puerta. Ya estaba yo mosqueado desde hacía tres días, desde el lunes (hoy es jueves), cuando La Merced, a las cinco y cinco, según su costumbre, tocó a mi puerta y me dijo -"Hola Ignacio" - (olvidé comentar que también ella, como mi madre solía hacerlo, me llamaba Ignacio y por nada en el mundo quería llamarme Nacho) -Tengo que pedirte otro favor hoy, pero no, no es nada material ni pesado. Solo quiero recordarte que tú tienes una llave de mi piso, como quedamos, por si a mí se me pierde la mía, o no la encuentre, ya sabes, con esta memoria que tengo... Ah, sí, otra cosa, si algo extraño ocurriera, si me pasara algo, Ignacio, ya sabes que todo es posible, a mi edad, te pido que lo primero que hagas es abrir el frigorífico, el congelador. Ignacio, todo lo que hay allí es tuyo, puedes llevártelo, pero no te olvides de abrirlo si a mí me pasara algo, principalmente el congelador, Ignacio. ¿Te parece?

-Pero Mercedes, qué estás diciendo, si estás más entera que yo. Si eres la juventud de este edificio, ¿por qué piensas en esas cosas ahora? No me digan que La Merced está "depre", ay, mi Mercedes, mira hasta Mufi te está diciendo que dejes de pensar en esas tonterías, que para que tú te retires de este mundo todavía falta mucho tiempo. Óyelo, está diciendo: "miau... qué te crees, ¿que te vamos a dejar ir tan pronto?.... miau... si eres nuestro milagro, no, miau, nuestra Merced", nunca mejor dicho.

-Gracias, Ignacio, pero ¡qué va! si no estoy deprimida ni nada que se le parezca. Es solo precaución, nada más. Si yo no sé lo que es estar deprimida. Tristona sí, a veces, pero nada más. Aunque mira tú por dónde, con los gatos has dado en el clavo. Ellos sí que saben lo que es amar, dar cariño, mis preciosidades...

-¿Ves? Así te quiero ver, deja esos pensamientos para los viejos del edificio, que tú todavía tienes guerra que dar para rato. ¿Pero por qué tanta prudencia precisamente ahora, Mercedes?

-Ya te lo he dicho, sólo por precaución. Además, como no tengo mucho con lo que agradecerte todo lo que haces por mí, y desinteresadamente, como si fueras de la familia, como un hijo... Pues eso, que te mereces que por lo menos lo que haya en la nevera sea tuyo. No hay mucho, ya sabes. ¡Ah, se me olvidaba, tengo buenas noticias! mañana vienen a cenar mis hijos ¡los dos!, Alfonso y Gloria. Ya era hora, ¿no? Como te puedes dar cuenta, tengo razones para estar contenta, no "depre", como crees tú.

-¡La Merced tiene visita mañana!- espeté yo, con toda sinceridad, pues sabía que sus hijos la tenían abandonada últimamente, y a ella le preocupaba, o por lo menos eso es lo que pensaba yo en ese momento- Me alegro por ti, Mercedes. Es verdad, ya era hora. ¿Pero me vas a decir que no necesitas que te ayude a comprar algo en el mercado? Últimamente no me has pedido ninguna ayuda. ¿Qué piensas hacer de cena?

-No, Ignacio, no. No hay que comprar nada, ellos se encargan de traer la cena, yo sólo pondré la bebida, que precisamente me la compraste tú en estos días.

-¿Cómo has conseguido que vengan los dos, Mercedes? ¡Y que no tengas que cocinar!

-Pues, ya ves, lo he conseguido. ¿Ya era hora, no? ¡Uy, qué tarde!, las del "Portal de las primicias" estarán preocupadas porque aún no he bajado. Bueno, seguro que en estos momentos me están poniendo morada, o hasta negra.

-¡Qué va, Mercedes! Aquí nadie puede hablar mal de ti. No tienen nada que decir.

-Ay, Ignacio, ya verás, ya verás.- Esto último lo iba repitiendo mientras se alejaba, tan parsimoniosamente como siempre, acariciando al gato, hacia las escaleras. Nunca había visto a Doña Mercedes bajar por el ascensor. Decía que le tenía pánico. En estos últimos dos años la habíamos obligado, por lo menos, a subir por el ascensor, aunque acompañada, pues la pobre ya no podía subir tan fácilmente cuatro pisos. Pero si fuera por ella... De pronto, antes de bajar el primer escalón, se volteó y me dijo –Ah, Ignacio, y muchas gracias por guardar nuestro secreto, ya sabes, ese, negro por fuera, blanco por dentro, todo muy bien cosidito. Es tu secreto y el mío...

3.

Esta vez creo que sí tenía la necesidad de desviarme de lo sucedido ayer tarde, pues si no, no se podría comprender lo que estoy por contar a continuación. Como ya había comentado, además de que La Merced no había salido de su piso, y ya eran más de las cinco y media, me intrigaba aquella conversación del lunes, en especial lo último que me dijo, sobre lo de guardar el secreto, que me imagino se refería al susodicho cuaderno negro que tan enigmáticamente me había pedido que le comprara (y que, por supuesto, no permití que me lo pagara, a pasar de que sabía que su marido difunto le había dejado una buena pensión). Es más, el martes, cuando en principio tenían que llegar sus hijos, me intrigó también que no oyera ruido alguno en su casa, ni siquiera el maullar de los gatos. Pero no le di mucha importancia, total, no era de mi incumbencia, y no estaba en mi carácter molestar en medio de una cena familiar, a pesar de que yo conocía a ambos hijos, y algunas veces había conversado con ellos.

Retorno al momento crucial de la tarde de ayer. Llegué a su puerta, preparando de antemano la excusa de cómo le había ido en su cena familiar. Toqué el timbre una vez, dos, hasta tres veces. Allí sí empecé a preocuparme, pues no era normal. Empecé a picar fuerte en la puerta misma, mientras voceaba en voz alta su nombre. Al no recibir respuesta, regresé a casa a toda velocidad, tomé la llave de su piso y corrí nuevamente a su puerta para abrirla. Me es un poco difícil comentar lo que vi al entrar. No sé cómo explicarlo, cómo describirlo para que sea fiel a lo que vi, y al mismo tiempo respetar la memoria de Doña Mercedes. Sí, después de este comentario ya habrán descubierto, si es que no lo han hecho antes, de que me encontré a Doña Mercedes muerta, sentada en su sofá estilo rococó, con su mantón preferido de lino sobre su pecho. Pero aunque no lo crean, eso era lo de menos. Estaba radiante, con una sonrisa en los labios, los ojos abiertos. Su collar de perlas colgaba coquetamente sobre su cuello, con su escote estilo barco, creo que se llama, en ese vestido negro. Su pelo grisáceo recogido atrás, muy bien peinado. Parecía toda una

dama, como lo que fue realmente. Nadie diría que estaba muerta, más bien dormida. Pero créanme, lo repito, eso era lo de menos. Sentado a la mesa estaba su hijo, Alfonso, con la cabeza echada hacia atrás, más allá del respaldar de la silla (estos muebles, mesa y sillas, si no sé de qué estilo serían). Al parecer, también estaba muerto. Lo más escalofriante era que Mufi, el gato macho, estaba sacando de la boca de Fernando, pedazos de comida. Ya casi no quedaba alimento sobre la mesa. Todo estaba esparcido sobre el mantel, en el suelo y sobre Gloria. Esto fue lo más perturbador: ella yacía muerta, más que muerta, sobre la alfombra, entre la mesa del comedor y el sofá de la sala. ¡Y Beli comía sus entrañas, luego se limpiaba las patitas con su propia saliva, y ronroneaba, para empezar otra vez a engullir con apetito aquel macabro manjar! No sé cómo ni quién le había abierto el vientre de esa manera. ¿La gata? Parecía imposible. Por ningún lado se veían rastros de violencia, fuera del panorama que presentaba Gloria. No podía creer que Beli, la gata tan coqueta y melindrosa pudiera haber abierto, con sus finas garras, ese vientre, para empezar a degustar de él. Simplemente no lo podía creer, pero eso es lo que parecía. Mi primera reacción fue salir huyendo de allí, después del vistazo general. Casi en la puerta, me giré y volví a ver a Doña Mercedes. ¿Y si ella no estaba muerta? ¿Si estaba solamente dormida, aletargada? Después de todo eso parecía, con esa sonrisa en sus labios. Así que regresé, la zarandeé un poco, llamándola. Pero nada. Estaba fría. Lo único que se me ocurrió, como había visto en las películas, fue cerrarle los ojos, que ya no tenían ese brillo que tanto yo admiraba en Doña Mercedes (me perdonan, pero en un momento así, no puedo llamarla ni La Merced, ni Mercedes, sin el Doña). Nuevamente me dirigí a mi piso, para coger el celular y llamar a la policía. Claro que primero pensé llamar a los vecinos, principalmente a Doña Cayetana, la del A, creo que la amiga más cercana y que siempre le llamaba Merche, y no Mercedes, y a ésta no le hacía nada de gracia. Pero de inmediato lo descarté. Primero, porque sabía que ella y el resto de sus amigas de vecindario estaban abajo, en el "portal de las primicias". Segundo, por la consideración que se merecía Doña Mercedes, pensé que no era decoroso que vieran tan horripilante escena, con lo que a los vecinos les gustaba enmarañar las cosas, chismorrear a más no poder. Así que salí en busca del celular. Empecé a marcar el número de la policía... miento, primero tuve que buscarlo en el calendario que tenía colgado sobre mi computadora, con todos los números de emergencia anotados, pues no sabía cuál era. Luego, al empezar a marcar, recordé la última advertencia de Doña Mercedes, el martes, sobre lo del refrigerador. Con más intriga que interés entré nuevamente a su casa, me dirigí a la cocina y abrí la nevera. No encontré nada extraño y yo, en mi mente, ya había elucubrado no sé cuántas cosas espantosas que podría tener allí escondidas. Nada, simplemente algunos *tapers* con comida, verduras, frutas y otras menudencias. No entendía aún por qué tenía Doña Mercedes tanto interés de que yo me quedara con toda esa pitanza. Finalmente abrí la puerta del congelador, en la parte superior de la nevera. Al principio tampoco vi nada que me llamara la atención, pero casi al empezar a cerrar, descubrí, en una última mirada, una bolsa de plástico transparente, en la que se podía adivinar algo negro, congelado. Lo tomé, lo abrí, ¡y era el dichoso cuaderno negro que unos meses atrás le había comprado. Allí sí di un respingo, y los pelos se me empezaron a erizar, pues recordé que las últimas palabras que me dirigió en vida Doña Mercedes, estaban relacionadas con este cuaderno. Después de reponerme, intenté abrirlo, pero me fue imposible, ya que, como he comentado, estaba completamente congelado. Ahora sí, salí de su casa precipitadamente. Cerré la puerta nuevamente con llave, y con el cuaderno en una mano, empecé a marcar el número de la policía. Ya más tranquilo, mientras la policía llegaba, bajé al portal para dar la noticia a todos los vecinos, para que no les cogiera desprevenidos y me recriminaran que no les hubiera contado nada, que cómo yo lo sabía, que cómo había entrado a su casa y quién sabe cuántas sospechas más. De cualquier forma, la confusión y la turbación empezaron a extenderse por el vecindario, como se dice, igual que un reguero de pólvora, y las preguntas que quería obviar, fueron a las que más tuve que responder. Esa tarde, entre las veces que tuve que contarlo a los vecinos, a la policía, a los de la ambulancia y hasta a los de la perrera, que habían venido a llevarse a los gatos, ya que la policía los había llamado, creo que conté unas seis veces de relato ininterrumpido de tamaña tragedia. Lo único que no conté, tal como se lo había prometido a Doña Mercedes, fue lo del cuaderno negro, cosido, con tapas duras, a la antigua usanza. Lo había dejado en mi piso, al lado del radiador, para que se descongelara.

4.

Quiero más a mis gatos. Hasta yo me estremezco mientras lo escribo. Pero es verdad. No sé ni para qué lo anoto, o mejor dicho, creo que tengo que poner en orden mis ideas porque después

podrá ser demasiado tarde. Quiero más a mis gatos. Toda la vida, desde mi adolescencia, siempre estuve acompañada de gatos y, aunque nadie me lo pueda creer, sólo de ellos obtuve cariño incondicional. Se dice que los gatos no son como los perros. Solo se arriman a quien les mime o les dé su ración diaria de comidita. Pero a mí no me importa. Yo he repartido mimos y alimento durante toda mi vida a quienes deberían haber sido mis seres queridos, pero ellos me han dejado de lado, sola. Ahora me doy cuenta que me siento muy bien escribiendo esto, desahogándome.

Si alguien llega a leer esto no se lo podrá creer. Mercedes García Montes, Viuda de Don Alfonso Aragón y Eguren, yo, tan modesta, amable, con una sonrisa en los labios, quien El Señor la ha bendecido con una vida de felicidad y placeres, una familia maravillosa y una jugosa pensión. Ya estoy cansada de mantener esta farsa, y lo peor es que la seguiré manteniendo hasta mi muerte. ¿Qué más puedo hacer? Creo que solo una persona en este mundo podrá descubrir la verdad.

Así empieza lo que esta mañana he descubierto que es el diario de Doña Mercedes. Por lo menos en sus últimos cuatro meses. No ha escrito fecha. Prácticamente va todo de corrido. Yo, para que se entienda mejor, mientras lo voy transcribiendo (ya son las doce y media de la noche del viernes, o sea, que ya estamos en sábado), trato de ponerle alguna coma, un punto, corregir algún error ortográfico, e imaginarme alguna palabra ininteligible, aunque a decir verdad, la escritura de Doña Mercedes es, o mejor dicho fue... ¿o sigue siendo? de una caligrafía muy correcta, a pesar de su edad. Tal como solían escribir aquellas damas de antaño, que lograron estudiar en buen colegio, principalmente de monjas. Aquí tengo que confesar que me ha costado un poco abrir el diario, despegando sus páginas, que aún siguen húmedas, lo que a veces ha hecho que se borre alguna letra o palabra o, simplemente, que se rompiera un poco la hoja al pasarla. Sigo.

No señores, no. Mi vida no ha sido así. Así quise yo que todo el mundo lo creyera. Y creo que lo logré. Voy a empezar por el principio. Mi padre era militar, un hombre muy serio y reservado, y mi infancia transcurrió principalmente entre cuarteles y toques de diana. Hasta los dieciséis años ya había cambiado de residencia y de colegio hasta cuatro veces, según el destino que le asignaban a mi padre. Mi madre era una mujer callada, sumisa, obediente, como tenía que ser, según las normas de la época. Nunca la vi quejarse de su marido, a pesar de su trato seco y hasta denigrante con ella. Yo casi ni lo veía, ni hablaba con él. Era hija única. Pero a los dieciséis todo cambió. Para mal. Ya no vivíamos en el cuartel, sino en un edificio, cercano al cuartel, que se había construido para militares de altos mandos, mi padre entre ellos. Uno de los mejores amigos de mi padre era su vecino en este edificio, que no recuerdo ahora su nombre ni quiero recordarlo, pero que por incidencias de la vida, o porque así ellos lo habían solicitado, sus destinos coincidieron con frecuencia. Ahora perdónenme que pase lo más rápido posible sobre este episodio. Ese tal vecino, muy amigo de mi padre, me violó. Ahora lo sé, pero en aquel tiempo estaba segura que yo era la culpable. No recuerdo su nombre, es verdad, pero recuerdo muy bien su olor, sus ojos libidinosos, y sus amenazas, sus terribles amenazas a una chica de dieciséis años. Porque no fue una vez, abusaba de mí cada vez que podía, a veces con su mujer en la habitación contigua. Pero él me convenció de que yo era la culpable, la libertina, la lasciva. Hasta que quedé embarazada. Yo ni lo sabía, hasta los siete meses, cuando, debido a mis quejas, a mis dolores (y a mi falta de la regla, pero que no tenía ni idea que ello estuviera relacionado con el embarazo), mi madre decidió llevarme al médico de la mutua militar. Y allí se descubrió el pastel. Bueno, todo no, porque nadie supo quién fue el padre. Por más ruegos, castigos y palizas que recibí, nunca puede pronunciar su nombre, ni siquiera ahora. El terror de tal vecino se había apoderado de mí y creo que solo en este momento, que estoy rememorando todo lo ocurrido, empiezo a liberarme de él, ¡Más de 60 años después! La situación no mejoró. Ahora eran mis padres quienes me veían como si fuera una puta (perdón), un pendón, como le decían antes, y no sé si ahora, a las mujeres de mala vida. Por supuesto que la palabra aborto ni se mencionaba, yo no sabía ni que existía. Desde que se descubrió lo del embarazo, mis padres arreglaron todo para enterrarme, hasta el parto,

en un convento. Yo lloré, me arrastré suplicando que no me dejaran allí, pero fue todo inútil. La tarde misma del parto, sé que me durmieron. Y no supe nada más hasta la mañana siguiente. Lo primero que hice fue preguntar por la criatura, pero me dijeron que había nacido muerta, que el feto no se había desarrollado bien debido a la falta de madurez de mi cuerpo. En mi corazón sabía que era mentira. No, no les creí, pero ¿qué podía hacer? Ni siquiera supe su sexo, pero en mis adentros yo sabía que era un varón, que estaba vivo, y con el tiempo hasta le puse nombre, Ignacio (como se llamaba mi primo, que tenía tres años más que yo, mi amor secreto). Y ahora, decenas de años después, me encuentro viviendo puerta con puerta con un afable señor, simpático, muy cordial, que se llama Ignacio ¡y tiene la misma edad que debe tener mi hijo, aquél que me arrebataron! Es la única persona, además de mis amados gatos, que de verdad se preocupa por mí.

5.
Demás está decir que al llegar a esto último, tuve que abandonar la lectura, con un nudo en la garganta. Quién hubiera podido imaginarse tal desgracia. Pero de algo estoy seguro, yo, Ignacio, no soy su hijo. Siempre me han recalcado que me parezco mucho a mi madre, como para dudar que ella fue mi progenitora. Y creo que Doña Mercedes también lo sabía. Nunca me insinuó nada, pero muchas veces mantener una ilusión viva hace mucho más llevadera la vida, principalmente después de tanto sufrimiento. Para tratar de calmarme, suspiré, mojé mi rostro y bebí agua, para luego continuar con la lectura. Sabía que en todo el edificio, en el vecindario mismo, los rumores corrían como aguas por los ríos. Pero yo continué con mi lectura.

Ignacio es el único que sabe de este cuaderno. Bueno, no sabe exactamente para qué lo quiero, pero él me lo compró, a petición mía, y espero que sea él quien lo rescate, quien se lo quede, si al final mis planes salen victoriosos. Sólo a él le diré el sitio donde lo escondo. Pero aún no. Todavía tengo mucho que contar. Ahora quiero hablar de mis gatos, De Mufi, que ya tiene 14 años, el pobre, y está casi ciego. De Beli, que en estos ocho años me ha hecho más compañía de la que me hizo mi marido, Que En Paz Descanse (si es que puede), durante los cientos años que estuvimos casados (bueno, no serán tantos, pero para mí, como si lo fueron). De Misifú, de Kati, de Pachola y tantos otros. No podré olvidar a Pelotita, mi gato callejero, el primer gato que tuve. Me lo trajo mi madre cuando regresé a casa del convento, después del parto, cuando se dio cuenta de mi estado de ánimo. Había decidido no hablar. Eran mis padres los que le explicaban a todos que yo había estado en no sé qué residencia sanitaria, balneario o algo por el estilo, no recuerdo en qué ciudad, para recuperarme de no sé qué enfermedad. Toda esa mentira para salvaguardar el honor de la familia, que yo había manchado. Un año y siete meses estuve sin pronunciar palabra a ningún ser humano. Muda. Solamente, cuando nadie estaba a mi alrededor, conversaba con Pelotita, mi único consuelo, de él recibía el único gesto de cariño. A veces desaparecía por varios días, pero siempre, siempre regresaba zalamero, con la cabeza gacha, como comprendiendo que había hecho muy mal en irse así, por varios días, sin avisar. Yo siempre, desde que tenía uso de razón, quise un gato. Pero mi padre, tan serio y seco, las tres veces que se lo pedí a lo largo de quince años, contestó de la misma manera: con un lacónico y áspero NO. Mi madre ni pinchaba ni cortaba. No sé cómo pudo mi madre convencer a mi padre, cómo pudo tan siquiera atreverse a comentarlo, cuando me trajo a aquel gato callejero, después de la tragedia.

6.
Hace dos días que no he abierto este cuaderno. Aunque cada vez que lo agarro me envuelve un estremecimiento y mi corazón se acelera, trato de reponerme, porque sé que la sensación que siento cuando voy escribiendo todo lo que mi corazón me dicta, me hace sentir mejor, más libre. Me hago la idea que estoy dando a luz, lo que nunca pude hacer. Bueno, sí, di a luz una vez, a Ignacio, a mis dieciséis años, pero estaba dormida, así que eso no cuenta. Fonsi y Gloria no son de verdad hijos míos. Los he querido, pero no son mis verdaderos hijos. Pero no quiero

adelantarme. Voy por partes. Cuando cumplí los dieciocho años mis padres quisieron deshacerse de mí. Hacía algunos meses que había yo empezado nuevamente a hablar, pero no a ellos. Así que arreglaron, no sé cómo ni de qué manera, mi boda con Alfonso, otro hijo de militar. Si mi padre era seco, Alfonso lo era más. Me llevaba dieciséis años. ¡Qué ironía! Ahora caigo en cuenta que el dieciséis no ha sido precisamente mi número de la suerte. Pero estaba tan desesperada por salir de casa de mis padres, de olvidar mi pasado, que me ilusioné con la boda, hasta creí que me había enamorado. Al principio me traía regalos, y aunque era muy reservado y frío, era atento conmigo. Hasta que descubrió que no podía tener hijos. No sé si mis padres le habrían contado la desventura de mi adolescencia o no, pero al poco tiempo de enterarse de que mi útero estaba cerrado, comenzó a despreciarme. No sé qué me habían hecho en aquel parto, hacía tan solo dos años, pero seguro que ellos fueron los culpables de mi infecundidad. ¿Por qué, si había dado a luz antes, ahora no podía? ¿Por qué? Y peor aún, no sentía nada, absolutamente nada con mi marido. El acto para mí se había convertido en un suplicio. (Me da un poco de reparo escribir sobre esto, pero me he prometido ser lo más honesta posible, lo que no me he atrevido a ser en vida). Al poco tiempo empezaron las palizas, las humillaciones, pero solo de puertas para adentro. Cuando asistíamos a galas oficiales o fiestas militares, ambos hacíamos ver que éramos muy avenidos. Ahora que lo recuerdo me da risa, pero cuando Alfonso se olvidó de mí también sexualmente (después sospeché que tenía no una, sino dos amantes), para mí fue un alivio, un atenuante en mi desgraciada vida.

Para entonces había muerto Pelotita, mi gato querido, que creo que fue lo único que me traje de casa de mis padres. Ni corta ni perezosa me compré, yo misma, sin preguntar a nadie por primera vez en mi vida, dos gatos más. También por aquel entonces mi marido había subido de rango militar, cada vez con mayores responsabilidades y mayores honores. Entonces estalló la revuelta militar, que terminó en la famosa dictadura, que creo que duró más de veinte años. Mi marido llegaba cada vez más tarde a casa (ya dije que para mí era un alivio), hasta que, creo que a los cuatro meses, empezó a reunirse por las noches en casa, con otros tres o cuatro militares más, todos de alto rango. No me pregunten qué rango tenían, pues no lo sé, ni siquiera sé hasta qué rango llegó mi marido. Se quedaban discutiendo, mejor dicho susurrando, hasta la madrugada, con un montón de mapas y papeles extendidos, a veces en la mesa del comedor, a veces en la mesita de centro de la sala, mientras yo los atendía, no podía ser de otra forma. Así me fui enterando de ciertas tácticas que para ellos eran vitales para traer la tranquilidad al país, y que ahora las catalogamos, con toda razón, como bárbaras, crueles. Pero yo, la verdad, en la situación en que me encontraba, las oía prácticamente sin comprenderlas, sin calificarlas ni positiva ni negativamente. Lo que sí empecé a hacer, además de dedicarme a mis gatos, que eran mi consuelo, fue visitar hospitales, asilos, auspicios. Ingresé en la Cruz Roja, en la Asociación Benéfica de Mujeres de Militares, y me dediqué a las obras benéficas, principalmente en los hospitales infantiles, con los niños, y en los paritorios. Para entonces se empezó a extender los rumores de que muchos de estos niños de los hospitales desaparecían, o desaparecían sus madres después de dar a luz. Por su puesto que yo no podía creerlo. Este gobierno militar no lo hubiera permitido, si estaba luchando por levantar al país y llevarlo a la mayor prosperidad. Me constaba, por las reuniones de Alfonso y sus colegas, de las cuales yo era testigo. Una vez me atreví a comentarle a mi marido lo que se decía por los pasillos de los hospitales y demás sitios de beneficencia, y su respuesta fue una bofetada a mi rostro, sin más. No se volvió a comentar nunca más. Solo que a los cuatro días de este episodio apareció por casa con un bebé, de unos dos meses más o menos, y con una enfermera. Me dijo que su madre había muerto y que a partir de ahora nosotros seríamos sus padres. Al principio me cogió desprevenida. No sabía muy bien cómo reaccionar, pero recordando la bofetada de cuatro días atrás, actué como sabía que él deseaba que actuara. De todas maneras me advirtió que la enfermera era quien lo atendería, pues "tú no tienes ni la más remota idea de esas cosas". Así que me tocó tener un hijo sin tenerlo, sin tenerlo en mis

entrañas y sin tenerlo en mi regazo, porque no se me permitía. En vez de eso me tocó a mí arreglarle la habitación a la enfermera, atenderla. Hasta ahora no teníamos criada porque yo me encargaba de todo en la casa, generalmente no tenía que cocinar, ya que Alfonso comía y cenaba en el cuartel (o vaya usted a saber dónde). Con la enfermera la cosa cambió. A mí me tocaba cocinarle, yo me había convertido en su criada. Tan solo podía estar con el bebé, que mi marido ordenó que se llamara como él, Alfonso, el día de asueto de la enfermera, los momentos en que ella salía de casa, o cuando se encerraba con mi marido en su habitación. Pero los aprovechaba. Me fui haciendo ilusiones de madre.

La cosa empezó a mejorar cuando me hicieron la presidenta de la Asociación Benéfica de Mujeres de Militares. Me sentía bien. Sé que me lo había ganado a base de amabilidad, dulzura, entrega a los necesitados, y a tener una constante e hipócrita sonrisa y actitud de "soy la mujer más feliz". Por fin empezaba a sentirme realizada, a hablar en público, a defender, solo un poco y dentro del círculo de mujeres, mis ideas. También las palizas disminuyeron, porque eran más las veces que tenía que salir con él a actos tanto militares como benéficos, y ya no había más excusas para mis "caídas" y "accidentes". Y lo mejor de todo: la maldita enfermera abandonó la casa. Se debería haber peleado con mi marido o haber encontrado un amante mejor y más joven. En ese momento mi entrega a Fonsi, que así empecé a llamar a la criatura, fue total. Volteé hacia él todo el amor materno que tenía acumulado y que nunca pude expresárselo a mi amado Ignacio, mi hijo del alma.

A estas alturas he tenido que hacer otra pausa. Me resulta cada vez más difícil seguir leyendo. La empatía que había conseguido con Doña Mercedes me hace, quizás, estremecerme más con lo que voy descubriendo. Tengo muchas interrogantes, muchos enigmas que no entiendo. ¿Cómo es posible que una mujer como Doña Mercedes pueda dar la imagen de mujer fuerte, feliz, encantadora, y haya pasado por los peores suplicios que una mujer, como mujer, pueda pasar? ¿Cuántas mujeres no habrán pasado por lo mismo y nosotros sin enterarnos? Como se dice, cada hogar, cada familia es un mundo. ¿Será posible que todo esto le haya llevado a matar a sus hijos? ¿Habrá sido ella, o más bien ellos lo que terminaron con su madre? Pero entonces, ¿quién los mató a ellos, quién le abrió las entrañas a Gloria? ¿Fue Doña Mercedes? ¿Cómo? ¿De dónde sacó la fortaleza, o la debilidad, para hacerlo? No sé, aún no me puedo creer que haya sido ella. Es muy tarde ya, pero no puedo dejar de leer su cuaderno. Empiezo a maldecir el día que me confió este sombrío diario. Y lo peor es que prometí guardar su secreto. Son demasiadas interrogantes. Yo creo que mejor será que deje de leer y me vaya a dormir, si es que puedo, pero en estos momentos estoy muy ofuscado. Sí, es mejor que me retire. Que descanse. Tengo que ordenar mis pensamientos con la ayuda de la almohada.

7.

Hoy es sábado. Creo que no fue buena idea la de irme a dormir anoche tan de madrugada, pues no solo que no dormí, sino que mi mente se ha pasado elucubrando imágenes y conjeturas, a veces sin pie ni cabeza. El sudor ha corrido por mi frente hasta que el sol brilló con todo su esplendor por los resquicios de mi persiana. Me he levantado, me he dado una ducha rápida y aquí estoy, tratando de poner en orden mis impresiones antes de continuar con la lectura. Me he imaginado a Doña Mercedes introduciendo no sé qué veneno en las bebidas que yo le había comprado la semana pasada. Sí. Seguramente los envenenó. Pero no. Eso es imposible. Y después de todo ¿acaso no me pueden achacar a mí todo el crimen? Yo tengo las llaves de su casa, yo abrí la puerta, yo compré las bebidas, mis huellas de seguro estarán el ellas, yo fui quien los encontró fiambres, perdón, occisos. ¿No sospechará la policía de mí? ¿Cómo podré defenderme? ¿Con este cuaderno? ¿Entregárselos y entonces no cumplir la promesa que le hice a Doña Mercedes, divulgarlo todo a pesar de mi promesa? Me he visto toda la noche como alma en pena entrando en casa de Doña Mercedes, persiguiendo a sus hijos y gritándoles "¡Bebed, bebed, que está delicioso, delicioso de la *mueeerte*!". Y luego brindando con La Merced por habernos deshecho de sus falsos hijos y yo entregándome a ella como su único y legítimo hijo. Pero con el último brindis caigo en cuenta que me equivoqué de copa y le di a Mercedes la envenenada, la de Gloria, y ella se va yendo, se va yendo, y yo llorando "Mamá... mamá..."

¡Qué delirio! Maldito el momento en que le hice caso y se me ocurrió ir al refrigerador, abrirlo, y encontrarme con el verdadero cuerpo del delito, por lo menos el de mis pesadillas. ¿Y ahora qué hago con él? ¿Entregarlo? Si mi lógica no me falla yo le prometí que le cuidaría el secreto de la compra del "dichoso" cuaderno, no le prometí que no lo divulgaría. ¡Si ni siquiera sabía lo que estaba escrito en él! ¡En un congelador! ¡Escondido en un congelador! ¡Qué gélido y espeluznante sitio! ¿Por qué en el congelador? Bueno, es mejor que me serene y aunque con el miedo en el cuerpo, que continúe con la lectura. Después de todo no lo he terminado de leer, no quiero sospechar como terminará, ni sé si me involucra a mí en algo, si describe finalmente el motivo y origen de tan macabro asesinato, si...

Y después llegó Gloria, mi tercera hija (contando a Ignacio, claro). Dos años después. Aquí ya no me quedó la menor duda. Sabía muy bien de dónde procedían estos bebés. El secreto a voces era imposible pararlo. Pobres madres, arrancadas de sus hijos, como hicieron conmigo años atrás. Y peor, terminar como desaparecidas, muertas. ¿Cómo esto era posible? Pero claro, yo seguía en lo mío, no podía arriesgarme a divulgar mis sospechas. La diferencia con aquellas madres era que ellas estaban seguramente muertas muertas, y yo seguramente muerta en vida. No. Llegó un momento en que me sobrepuse y dejé de estar muerta en vida. Utilicé mis influencias como presidenta de aquella asociación, como esposa de militar, y como conocedora de muchos secretos políticos (a partir de ese momento ponía mucha más atención a las conversaciones susurrantes de los colegas de mi marido, que ya habían cogido por costumbre reunirse en casa casi diariamente, a diferentes horas, como escondiéndose no sé de qué, y no solo por las noches. El número de participantes crecía con el tiempo). Me aproveché de muchos de estos conocimientos para alertar a algunas madres y abuelas, para salvar niños y devolvérselos, por lo menos a sus abuelos o padres, cuando las madres desaparecían, y hasta logré encontrar el paradero de dos de estas madres y liberarlas, a base de sobornos y mentiras, utilizando el nombre de mi marido y sus amigotes. Sé que me estaba arriesgando demasiado, pero mi cara de mujer tonta y semblante bonachón a los ojos de los hombres, esta vez me ayudaron a llevar a cabo algunas buenas acciones, pocas, pero acciones liberadoras al fin y al cabo. La rabia que sentía por todo lo que estaba descubriendo la trasladé a Gloria. La pobre sufrió las consecuencias. A diferencia de Fonsi, quien, desde que salió de casa aquella bruja que mi marido llamaba enfermera, recibió todo mi cariño y toda mi atención, (y que finalmente me dio una patada en el culo), para Gloria fui yo la que reclamé una niñera para atenderla. Puse de excusa las grandes labores sociales que tenía que llevar a cabo. Alfonso lo comprendió.

Durante los últimos años de la dictadura, Fonsi y Gloria fueron creciendo, estudiando en los mejores colegios privados. Mi cariño por Fonsi fue recíproco. Lo más extraño es que Gloria, a quién prácticamente no la crie como una madre debería hacerlo, me adoraba. Mientras más distante me mostraba con ella, más me buscaba, más venía a abrazarme y a decirme cuánto me quería. Ahora que lo pienso, la mayoría de las madres que yo conocía, mujeres de militares, ni criaban ni veían a sus hijos. Esos de verdad que sí habían crecido en brazos de niñeras. Quién sabe cuántos de esos niños eran verdaderos hijos suyos o, literalmente, robados. Pero también ese cariño de Fonsi y Gloria cambió. No puedo precisar exactamente cuándo. Lo achacaba a la pubertad, a que ya empezaban a salir con novietes (Gloria antes que Fonsi, aunque era más pequeña). Yo ya no importaba. Pero la cosa empezó a intrigarme cuando me di cuenta que cada vez se acercaban más a su padre. Cantidades de veces los descubrí cuchicheando y al momento de llegar yo, interrumpían abruptamente la conversación. Empecé a sospechar que mi marido les había comentado algo, y por supuesto, nada bueno de mí. Seguro. Mis hijos me dejaban cada vez más de lado, me hablaban con displicencia, se burlaban de mis actividades benéficas, de mi forma de hablar, de vestir, mientras se refugiaban con su padre, quien durante tantos años se había mantenido distante de ellos. Él me dio caramelos y él me los quitó.

Cuando la dictadura empezó a tambalearse, mi marido, gran estratega y con olfato de sabueso, empezó cada vez más a separarse de sus colegas, a participar en menos tertulias y menos reuniones, a aparecer más por casa, a acompañarme a mis actos benéficos y hasta a auspiciar con dinero instituciones sociales. Dejó de burlarse de mis actividades, y hasta de mis ideas progresistas, que cada vez más me atrevía a exponérselas. Terminada la dictadura, puede decirse que se salvó del juicio que debía tocarle, por mí, por mi lucha, y porque lo defendía a capa y espada. La verdad, no sé por qué lo hice. Él era tan culpable como los demás, pero si él caía, en cierto sentido también caía yo, caían mis hijos, que jamás sospecharon que eran adoptados, robados, arrancados de sus verdaderas madres. Los últimos actos que compartió conmigo lo salvaron. Pero eso sí, lo jubilaron, aunque con una buena pensión. Entonces fue cuando compramos este piso, fuera del ambiente militar. Aquí las cosas empezaron a cambiar. Él empezó a requerir más mi ayuda, por lo menos a respetarme más. Empezó a darse cuenta que sin mí se quedaría completamente solo, o que con una palabra mía los vientos podrían cambiar en su contra. Ahora era yo la que lo dejaba de lado. Todo le podía haber perdonado, pero de que me alejara de mis hijos, los mismos hijos que él me trajo de regalo como si fueran objetos, ni siquiera gatos. Empecé a volcarme más en mi nuevo gato, Mufi, hoy el pobre casi ciego y con catorce años ya. A través de todas estas etapas siempre me acompañaron mis queridos gatos, que ya he nombrado. Ninguno de ellos, ninguno, me defraudó. Para cuando Alfonso enfermó, dos años antes de morir, Mufi ya tenía cuatro años, era muy juguetón. Le gustaba subirse a nuestra cama e interponerse entre mi marido y yo. Al principio esto lo sacaba de quicio, pero cuando enfermó, y prácticamente no podía levantarse de la cama, aquel gato vivaracho era su única compañía. Los chicos se habían casado. Fonsi había seguido su camino de militar, pero muy lejos, en las islas. Gloria se había casado con un comerciante que a Alfonso le caía como una patada en el culo. Al final, ambos hijos también dejaron de lado a su padre. Así, de pronto, yo me convertí en su todo para él. Se notaba su miedo, su pánico, me imagino que su arrepentimiento por todo lo que había hecho en su vida, pero esto último no puedo asegurarlo. Y por fin, hace ocho años y dos meses ya, murió. Solo, con Mufi en su regazo, porque en esos momentos yo estaba fuera de casa, pues aún seguía dirigiendo algunas actividades sociales, principalmente en nuestra parroquia. Llamé a mis hijos. Alfonsi, que tenía casi dos años sin vernos, lloró mucho. Y Gloria se presentó con Beli, parecía un peluche cremita. Era como una muestra de que venía en son de paz, pues ella sabía la locura que yo tenía por los gastos, y con razón, con toda la razón del mundo, pues esa locura era recíproca. ¿Cómo no iba a querer más a mis gatos?

Tengo que dejar la lectura por el momento. Están tocando a la puerta. Ya he dicho que salgo enseguida. Es la policía, me lo sospechaba. ¿Vendrán por mí? ¿Tendré que explicar nuevamente todo este trágico capítulo, minuto a minuto? No os voy a mentir, estoy asustado, muy asustado. ¿Qué hago con el cuaderno? ¿Lo entrego? Pero ni siquiera lo he leído hasta el final. ¿Me puede involucrar de alguna manera? Mejor me calmo, me tengo que calmar. Afuera se están impacientando. Después de todo yo no he hecho nada, no he hecho na...

YO NO SOY MARCIANO

D. Leandro Calirruaga Gonzalvo
Director del Periódico El Planeta
Sección Cartas al Director
Ciudad de los Periodistas

Muy estimado Señor Calirruaga,

Permítame escribirle por tercera vez en este último semestre. Ya le había comentado en mi misiva anterior que mi estado de salud era bastante delicado. Le confirmo ahora, con toda la serenidad que esto pueda admitir, que mi salud ha llegado casi a su punto final, confirmado por los diagnósticos de los especialistas que me han reconocido en los últimos cuatro años. Por eso, en estos momentos postreros de mi energía vital, quiero dejar lo más claro posible, y por última vez, que no soy un marciano, como han tenido a mal acusarme usted, su periódico, los médicos que me han auscultado y todas las autoridades de estudios espaciales y astronómicos del Planeta, en los últimos cincuenta y ocho años. Le repito, les repito a todos: no soy un marciano. A mis ciento cuarenta y un año y tres meses de vida, ¿qué puedo ganar yo mintiéndoles para refutar tamaña falacia? Sé que la causa de todo este artificio se remonta a setenta y seis años ha, cuando acababa de cumplir los IDAwMDAwMDA2 NTU0IDA wIG4NCjAw MDAwMDYyMjQgMDA wMDAgbaDA wMDA wNjQ3NyA wMDA wMCBuDQo wMDAwMDAwIowMDA wMD4MTM5IDA WmdawIG4NCjAwMDA wMDg4MjMgMDAwMDAgbg0KMDAwAwOTMCBuG4NCjAwMDA Wmd Y 4MDAgMDAwMDAgbg0KMDAwMDAwNzU0MSAwMDAwMC. Bu por los antecedentes electro-vasculares de mi cuerpo, que reaccionaban de manera distinta al resto de los mortales, a la hora de acercarme a alguna maquinaria eléctrica o fotovoltaica, con sus respectivos fenómenos eléctricos, atmosféricos y hasta visuales que la ciencia no ha podido, o mejor dicho, no ha querido comprender, por miedo, quizás, o porque simplemente les ha resultado más motivador y extravagante llegar a la conclusión de que soy un marciano, de esos, de los que se especulan que existen en Marte. De igual manera, el que mi cuerpo, en situaciones especiales, y cada vez más específicas, produzca luz, electricidad, o se proyecte holográficamente, no es fundamento para especular sobre mi posible origen extraterreste. Es más, lGEDYo4THIwcCQc45E18CuJP1z38BZR7W/7yAEIlEyfHgtMC1LDhrkOSkYcx mMqGLZ 6Nc, adjudicarme la nacionalidad selenita, hasta lo aceptaría. ¿Pero marciano? ¡ESO JAMÁS! Ya sé que los médicos que me atienden en estos últimos años no me han ayudado para nada a refutar mi fama de marciano, con sus especulaciones y partes médicos tan estrafalarios. Pero nada dicen que en vez de marciano soy anciano. Por ejemplo ¿cómo saben que mi hálito de vida está dando sus últimos suspiros? Me imagino que se basan en los análisis, estudios y experimentos simple y llanamente terrestres. Y si fuera marciano, ¿podrían entonces llegar a esta conclusión con métodos que no podrían aplicarse a mi persona, dada mi supuesta cualidad extraterrestre? Ya ocurrió algo similar a principios del Siglo XXI, cuando mi corazón dejó de latir por veintiún minutos y dieciséis segundos y luego de haber expedido mi certificado mi defunción, tuvieron que tragárselo, dada mi "milagrosa y marciana" recuperación, palabras textuales de quienes, aquella vez, me atendieron.

Señor Director, pongámonos serios. El que esta carta la pueda escribir dictándosela directamente al ordenador, sin utilizar teclado alguno y sin pronunciar palabra, sino con una simple comunicación electrovibratoria entre mente humana y mente virtual, creada tecnológicamente, no significa que sea un marciano, Usted □□ □□□ □□ repetidamente lo han insinuado, colocándome a la par que un fenómeno de feria. Pero, ¿ha venido usted o alguno de sus reporteros, alguna vez, a entrevistarme, a conversar conmigo, a contrastar la noticia por todos los ángulos? ¿A esto le llama periodismo? Ahora, lo que se dice reporteros gráficos ¡esos sí! A tutiplén. Venga, a tomar fotos al marciano, que "los marcianos llegaron ya y llegaron bailando cha-cha-chá". No puede servir la excusa que han puesto distintos medios de comunicación, tales como que al acercarse a mí sienten una fuerte corriente eléctrica que casi los deja KAO, o que si me enfado empiezo a emitir rayos ultravioletas, perjudiciales para la salud. Un poco más y me culpan de asesino. Venga usted y compruébelo, tenga valor y si, al final resulta que fuera cierto lo que los demás aseguran, pues, mala suerte, pero por lo menos cumplió usted con su misión de periodista serio y responsable. ¿Qué mejor honor que morir con las botas puestas? (Aunque ya sé que usted de botas nada, ni de zapatillas, que con su hedor de pie, con zapatos normales ya tiene más que suficiente. Ahora me dirá que soy yo el que peco de agravio y de ser poco serio, pues si no nos conocemos, cómo puedo afirmar algo así. Usted a mí no me conoce, pero yo a usted sí. Es más, no tengo más que dirigir mis pensamientos hacia su persona y ya me llega el tufo que desprenden sus pies. Pero, créame, no lo digo por ofender, pues usted no tiene la culpa de haber nacido con esa característica

desagradable, igual que yo no tengo la culpa por haber nacido con mis “excentricidades”, que es el epíteto más delicado con el que me han calificado usted y toda la prensa).

Me gustaría hacer aquí un poco de historia, y repasar mis andaduras por estos parajes que se suele llamar Tierra, mundo o globo terráqueo en su idioma, que no en el mío original. Pero no creo que realmente sirva de mucho, dado que usted no había ni nacido cuando yo ya “gozaba” de tremendo calificativo. Solo le quiero recordar que seguramente en su infancia vio, leyó u oyó hablar de un ser sideral, que tomó tierra en una nave espacial, siendo bebé, y que fue adoptado y educado por unos granjeros. Muy bien, pues a este señor con facciones humanas, pero con capa y vestidura bastante estrambótica e irrisoria, todo el planeta lo admiraba, lo elogiaba, hasta le dieron trabajo en un periódico, cual el suyo, como corresponsal. Le permitieron participar activamente en la lucha contra la maldad y el odio que reinan en estos predios estelares. Le dejaron salvar vidas (que no almas), volar a la velocidad de la luz y resolver situaciones inverosímiles para los humanos. Pues, unos años antes de que este superhombre apareciera en la imaginación colectiva, yo, con mi sencilla vestimenta humana, mis 1.68 m. de altura, mis bigotitos, mi calvicie y una sonrisa de bonachón, me ofrecí a las autoridades, tanto personalmente como a través de su periódico, dirigido entonces por su señor padre, D. Leandro Eugenio Calerruaga y Sabión (que alguien se atreva a tenerlo en su gloria), para ayudar, con mis poderes extrasensoriales, a la lucha contra el crimen organizado y no tan organizado. La primera reacción fue el de una burla irreverente y cruel para con mi persona. Su padre, querido para usted, aún sin conocerme, a través de su periódico dirigió una campaña NTM 5RjU+PENBQ0M0N jk0OERFNUMyNEI4QTRDQjc1QjIxRFBRjFDPl0+Pg0Kc3RhcnR4cmVmDQowDQolJUVPRg0KICAgICAgICAgICAgIA0KNzYgMCBvYmoNPDwvTGVuZ3RoIDIyNi9GaWx0ZXIvRmxhdGVEZWNvZGUvSSAyNjcvTCAyNTEvUyAxNjg+PnN0cmVhbQ0KeNpiYGBgASJXBlYGBv41DPwM difamatoria y burlesca, con viñetas caricaturescas alusivas a mi persona ¡sin conocerme personalmente! Eso sí, la tan divertida campaña le produjo pingües beneficios al periódico, que por aquellos días estaba de capa caída. La única diferencia es que yo no utilizaba ese ridículo y ambiguo ropaje, ni lucía las cachas que se atrevía a resaltar dicho superhombre de pacotilla. En vez de ayudar a la humanidad, me convertí en el hazmerreír de ella. Y fue su padre, si mal no recuerdo, el primero en aseverar, con “datos y testimonios en la mano” (palabras textuales de su periódico, aunque no sé en qué mano), que yo era un MARCIANO, como el de aquella canción que ya recordé en un párrafo anterior, y que bailaba el cha-cha-chá. Y cuando, debido a mi ira acumulada, mis ojos empezaron a escupir rayos y centellas, y gracias a mi capacidad holografíca empecé a aparecer aquí y allá al mismo tiempo, los chistes y bromas se transformaron en pánico, lo que posteriormente degeneró en especulaciones fantasmagóricas de toda índole.

Señor Director, □□. He cargado toda la vida con la sospecha de que soy un marciano. Pero ya es hora de que las cosas queden claras, de una vez por todas, para la posteridad. ¡NO SOY UN MARCIANO! Recuerde que aún nadie ha podido aseverar que en Marte exista vida inteligente (ni de ninguna otra índole, dicho sea de paso, a pesar de que la última sonda espacial y robot enviados a Marte □□□□□□□□□□□□□□ regresar con muestras que acreditan la presencia de agua marciana). Y creo que he demostrado con creces que en inteligencia no me gana nadie. Ahora bien, habría que abrir un foro científico-filosófico-religioso para debatir sobre lo que entendemos por inteligencia. Usted, por ejemplo, podría ser considerado por la humanidad como inteligente, si tomamos en cuenta los grandes beneficios económicos que ha logrado acumular con su periódico y sociedad editorial, principalmente gracias a las falacias, medias verdades, acoso y derribo y noticias sensacionalistas hacia personalidades y artistas que han logrado salir adelante en virtud a su trabajo (y muchas veces, hay que reconocerlo, gracias a aquellos que se han prestado a vuestras pocas éticas investigaciones periodísticas, falsos reporteros y falsos famosillos). Repito: Podría usted ser considerado inteligente. ¿Pero sabio? ¿Será lo mismo ser sabio que astuto o inteligente? Dejemos que el citado foro que propongo lo dilucide.

Mientras tanto Señor Director, le reto a que publique esta carta dirigida a usted, en su periódico, en la sección pertinente, aunque probablemente sea drásticamente mutilada y □□□□□□□□□□□. Le reto a que se atreva a publicarla. No tenga miedo. Recuerde que yo ya estoy en las últimas. Los médicos que me atienden, muy inteligentes ellos, así lo han confirmado. ¿Qué mal puedo hacerle en estas circunstancias? ¿No lo cree usted así?

Atentamente,

D. Axtrupz Mugsitxorrikus Ué.

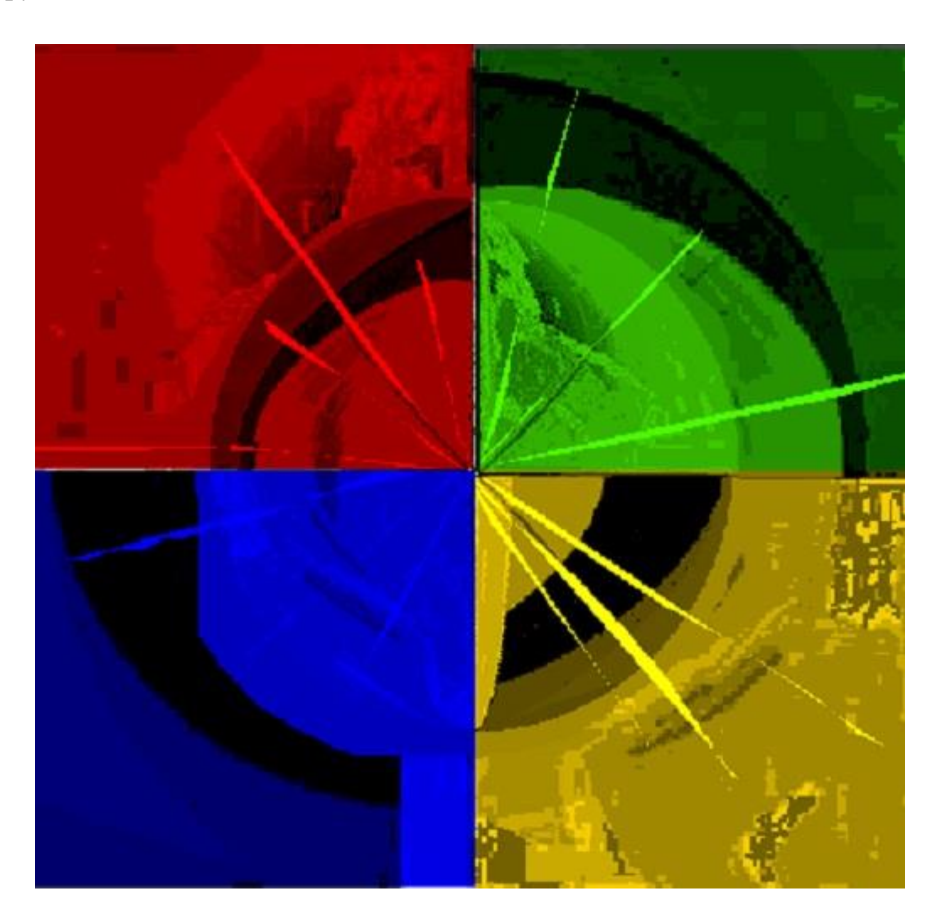
PD: Ruego me perdone si este comunicado le llega con algunas deficiencias o párrafos ininteligibles. Ya sabe usted que el espacio está lleno de interferencias electromagnéticas y electrosensoriales, y en algunos casos, mis ondas cerebrales no son limpiamente procesadas por el sistema digital de la computadora.

DIJERON
Imshalá
Consumación
Pregunta

IMSHALÁ

Las cúspide del Monte en el día cercano besará los otros montes, dejará de sangrar sin mina en sus entrañas. La piedra blanca recibirá las bendiciones sin importar la lengua ni el acento. La tierra de mi barrio recordará otra vez a Salomón, los cánticos de David, sin provocar. Piedras y cascajos alejarán de una vez los días aciagos. Las madres quemarán sus lutos en uno y otro lado. Los hombres vaciarán sus arsenales majaderos y todos se repartirán arena y polvo más allá de los que pisen sus zapatos, sin rencores. Los tiempos del contratiempo se desvanecerán con el *hamsín* impertinente, cuando menos se espere. Me dijeron que pronto acabará todo y todo renacerá, así, como lo he contado.

CONSUMACION



El vacío gira sobre sí mismo, absorbiéndose. Pronuncia la primera entonación y un torrente de fosforescencias irradia el abismo, hasta comprimirse íntimamente en el Lucero, el primer Símbolo. La tiniebla se revela para penetrar por los resquicios de la noche resultante. Aquél que configura proporciones a partir del ombligo de maíz y sangre, que contorna la silueta enroscando sentimiento y universo, carne y pasión, permite una única espiral ascendente. Una vez moldeado el barro, el aliento rellena los pulmones, el agua fluye por los nuevos cauces, la mirada brota de los ojos en busca de Lucero, el que todo lo enciende, el que designa y destruye.

Consumada la creación al séptimo momento, nuevamente el vacío.

PREGUNTA

¿A quién formular la interrogante ahora, cuando el tren se lleva los contrastes del alma? Sal de tu isla, me gritan los ingenuos, los que solo quieren ver para otro lado todos los días, los que confunden la moral con la noticia y actúan en consecuencia. Mi pregunta en el aire, aún sin responder y mi impaciencia me hacen recorrer distancias imposibles, más allá de los cristales de arena. A veces, una palabra que me suena y resuena quizás porque se ha acallado. Pero yo la busco en el fondo, hacia los lados, por donde me dejan sitio para entrometer mi carne. Miro cómo hemos crecido, después de todo, a pesar de que los últimos trenes quisieron llevarse hasta los interrogantes. Ahora la esperanza de que el aire no se prostituya con aviones de pasajeros que huyen de sus propias falacias. Los trenes ya no bastan, obsoletos para el maratón de esta última vida que no sé si nos da asco, deseos de huir también con los demás. Pero yo quiero seguir mi recorrido a pie, como un día me enseñaron, cuando las respuestas estaban en un periódico, en palabras sencillas de un maestro, un gobernante, el dueño del ultramarino. Respuestas verdaderas que quizás ni recordamos, entre tanta información desinformada. Hoy las busco en pantallas de quince o diecisiete pulgadas, tecleando las letras y jugando al ratón y al gato con la información digitalizada. ¿Y quién me dice que no me quieren engañar, que la verdad se transmite inmunizada, sin los virus sistemáticos y los de peor calaña? Y aquí estoy, queriendo desatascar el vacío colmado de tantas nulidades y dejar espacio a la esperanza, con estas manos cansadas que siguen preguntando sin esperar nada.

REGATOS

Ojo de gato
Gato a traición
Gato estampado
Sin gato pero con música

OJO DE GATO

Me asomo a la ventana y por una vez comprendo, ante la terrible desazón de tener que levantar mi cuerpo mientras mi cerebro está aún embutido de sopor, que vivo de adentro hacia afuera. No sé si eso es bueno, pero cómo desearía estar del otro lado y asomarme a mi ventana de revés, como hace el gato del vecino que escoge las altas horas de la noche (precisamente en los días de mayor agotamiento) para posarse en ella y brindarme serenatas de insomnio, mientras sus ojos, únicas luminarias entre tanta penumbra, se clavan en los míos, cada cual más abierto, como deleitándose de su jugada. Si pudiera hacer lo mismo ¡sin duda disfrutaría viéndome a mí debajo de mantas, edredones y cubrecamas, luego de intentar atraer el sueño con caseríferos inútiles! Me convertiría en el ojo del gato de mi vecino, para grabar las imágenes más apasionantes de mi propio dormitar y proyectarlas, sin dilación, una vez despierto. ¿Gratia plena?

GATO A TRAICIÓN

Me asomé a la ventana muy temprano, aquel día de matices grises y amenazas de lluvia. Lo extraño fue que mientras más desazón adivinaba en los rostros de los pocos transeúntes que pasaban a esas horas, posiblemente para tener que dirigirse a un trabajo estéril y mal pagado, mayor era mi regocijo. Aprecié que mi ánimo se fortalecía, aunque no podía comprender por qué. No sé si a la par se apoderó en mi espíritu un sentimiento de culpabilidad, por disfrutar en solitario de tanto júbilo, en un día lánguido e inclemente. Seguro que lo alejé de inmediato, porque quería disfrutar de ese sentimiento egoísta de saberme el único ser chisporroso en medio de tanto abatimiento. Mientras los minutos corrían, el día se volvía más oscuro, más destemplado, y mi corazón más refulgente. Las caras de los transeúntes, que ya no eran tan pocos, proyectaban mayor desazón aún, o así me lo parecía. No pude contener tanta chisporrosidad dentro de mí y exploté en una risa burlesca, chusca, desde el segundo piso, asomado a mi ventana, que casi nunca abría por miedo a resfriarme. Todos los ojos, todas las miradas del vecindario, aún aquellas que sobresalían de las otras ventanas, se clavaron en mí, penetraron como alfileres en mi risa, que se fortalecía con cada alfilerazo. ¡Cómo disfrutaba del momento! Hasta que de pronto apareció un ser risueño, alegre, juguetón, invadido de una energía descomunal, saltando alegremente de un lado a otro. ¡Era el gato del vecino que se estaba apoderando de mi protagonismo en solitario! Lo que no consiguieron las miradas del vecindario lo logró ese maldito gato. Mi risa se contuvo al instante, aún a mi pesar. Mi regocijo quedó hecho trizas. Y yo, a la desesperada, pensé por un momento en lanzarme desde mi
ventana del segundo piso hacia ese monstruo de cuatro patas con bigote, para descuartizarlo. ¿Lo habré logrado?

GATO ESTAMPADO

Me asomé a la ventana por inercia. Era domingo y había pasado una noche muy mala, a palo seco. Los domingos no acostumbro a levantarme temprano, pero cuando más necesita uno dormir, más traicionero se vuelve el cuerpo y ¡zas! se te despierta sin pedir permiso. Ni me percaté siquiera que solo llevaba puesto mi propio tegumento. Mi vista se clavaba en la distancia pero en realidad no enfocaba hacia ningún sitio, no podría decirse que mirara algo en concreto. Un trupecimiento en la nuca, que iba bajando por la columna vertebral, algo inclinada hacia delante para poder asomar mi cabeza tras las persianas, me hizo sospechar que estaba siendo observado. Las pocas veces que se había apoderado de mí esa sensación, nada bueno había resultado de ello, por lo que además, mi cuerpo empezó a expeler sudores. Con la mirada traté de buscar los ojos fisgones, sin mucho éxito. Fue allí cuando tomé conciencia de mi desnudez. Al darme la vuelta con celeridad para buscar una piel menos digna pero más recatada con qué cubrirme, advertí que mi habitación no estaba, más bien me hallaba en el patio interior de mi edificio, solitario, aterido. Como relámpagos pasaron por mi mente miles de elucubraciones para tratar de dilucidar este tremebundo panorama. Los trupecimientos ya llegaban, hacia arriba, hasta la coronilla y, más abajo, hasta las mismísimas uñas de los pies. Los sudores de mi cuerpo, por lo menos, hacían las veces de vestimenta, o así me parecía en ese momento. Por instinto subí mi rostro y busqué con la mirada la ventana de mi piso, en el segundo. Lo que vi no aplacó mi incertidumbre: por ella se asomaba la cabeza del gato de mi vecino, el causante de tantos de mis desvelos nocturnos. Su mirara se clavaba en la mía y podría jurar que una amplia sonrisa se dibujaba entre las comisuras de su hocico, que de vez en cuando relamía, como deleitándose del momento. Tampoco podría asegurarlo, pero creí ver que el gato vestía mi pijama (aquel de franela, que solo uso en noches especiales y que lleva estampado cientos de pequeños gatitos primorosos.) Mi siguiente paso fue echar a correr hacia la entrada de mi portal, y me vi saltando en cuatro patas, empujando con mi cabeza peluda la enorme puerta de cristal. Una vez adentro, ronroneando, el sueño no terminó.

SIN GATO PERO CON MÚSICA

La última vez no me asomé a la ventana ni subí las persianas cuando aparecieron las primeras ráfagas de luz. Nada de voces mañaneras. La cama y yo. Pero me sentía inquieto. ¿No podía vivir sin el ajetreo? ¡Sí:

fuerza de voluntad! ¡Vaya inverecundia la de mis dedos traicioneros que fueron más rápidos que cualquier voluntad y ya estaban encendiendo la radio! Creí percibir locuciones que sonaban a voces espasmódicas. Salté del catre como resorte mal ajustado. Intenté sintonizar las ondas. Entre tanta interferencia descifré palabras como “música...” “nterrrr...” “cincocont...” A punto de darme por vencido, abrir mi ventana y “embriagarme” con los maullidos del gato del vecino, la interferencia, por encanto, cesó. Una música rítmica, mágica, empezó a envolver la habitación, me entró por los poros y me vi sobre la cama, agitándome, estremeciendo mi osamenta al compás cadencioso, bailando por los aires al ritmo del cantar chibirilante. Fue la catarsis. La música cesó y caí sobre la cama, rebotando alegremente sobre el colchón. Mis oídos pudieron retener, finalmente, el origen de tan efectiva agitación: “...ZZX en español, con la música más vibrante de los cinco continentes...” Descubierto el pastel, me pregunté: ¿cómo mi radio de pacotilla fue capaz de captar esta emisión, si ni siquiera habito en uno de los cinco continentes?

RELATOS CORTÍSIMOS

Elucubraciones fosfóreas
Las absurdas ilusiones del sol
El misterio de la flauta
El nocturno color de los gatos
El codiciado talento de la tortuga
La dieta vegetariana de los tres tristes tigres
La batalla de los polos
El unicornio, el león y el hombre
Inútil escapada
Las nuevas artes
Una mosca en mi computadora
Viajero de la eternidad
Último salmo, última cosecha
Halcón y paloma (1 y 2)
Conflagración
Parto
Para la próxima cosecha
Amor/deflagración
Curriculum
Conejo y chistera, pero al revés
La sombra de la felicidad
"Próspero" nuevo año

ELUCUBRACIONES FOSFÓREAS



Dicen que la vida de un fósforo es efímera, pero no es verdad. Todo depende, en realidad, del punto de mira en que se enfoca el problema. Conozco un fósforo, por ejemplo, que aún sigue siendo fósforo, después de setenta y dos años, porque ha sabido esconderse bien entre las ranuras de un cajón de cocina en el que fue olvidado. Claro que cualquier vitalista podría argüir que de qué sirve tal existencia si no ha cumplido su misión en la vida. O que setenta y dos años no es nada en la constante vital del universo. Pero los otros días oí, por casualidad, en una tertulia de fósforos veteranos, que son, eso sí, de ideología racista, ya que no admiten en su círculo de amistades a nada que parezca o huela a cerilla (más modernas, más competitivas, más coquetas, pero sin ningún porte o alcurnia), que ellos son la esencia de la eternidad: son la mínima expresión que surge de la amalgama de lo vivo con lo mineral. Que es precisamente en su esencia mineral donde surge la chispa que enciende, en el sentido literal de la palabra, a la vida representada en su pequeño trozo de madera, fruto de un ser vivo de origen vegetal. Cuando empezaron a razonar sobre los atributos etéreos del humo y de las propiedades eternas del fuego, resultantes de la combustión entre lo inerte y lo vivo, dejé de ponerles atención, pues mi convicción de que la vida de un fósforo no es efímera, ya era total.

LAS ABSURDAS ILUSIONES DEL SOL



He oído decir que el mismísimo sol es un fósforo. Si es cierto esto, ¡menuda lupa de aumento tendría que ser la atmósfera! Afirmar esto es, para mí, jugarse el sol antes que salga. Más bien, ya quisiera el sol ser un auténtico fósforo, en vez de esa gigantesca masa amorfa e ígnea de gases repugnantes, inflamables y tóxicos, que no dejan títere con cabeza. El sol, por aquello de alumbrarnos, calentarnos y demás, está supravalorado en nuestra escala relativa de valores, cuando en realidad no es más que una ínfima estrella, vieja y desgastada, que lanza por doquier sus últimos estertores vitales. El fósforo, sin embargo, es lo que es, y punto. Sin ningún tipo de alarde ni aspavientos. El fósforo, con su pequeña chispa, es capaz de iniciar todo un proceso de combustión que puede calentarnos cuando ni el mísmisimo sol logra vencer al frío y calentar lo suficiente a nuestra atmósfera. No entiendo, en fin, aquello de "arrimarse al sol que más calienta", si sol sólo hay uno y quien a él se arrima, chamuscado queda. Por tanto, debemos de una vez por todas reivindicar al fósforo y rechazar esa ridícula teoría de que el mismísimo sol es un fósforo. Cuando esto se demuestre sin sombra de duda podremos, entonces, aseverar con toda certeza, de que aún hay sol en las bardas.

EL MISTERIO DE LA FLAUTA



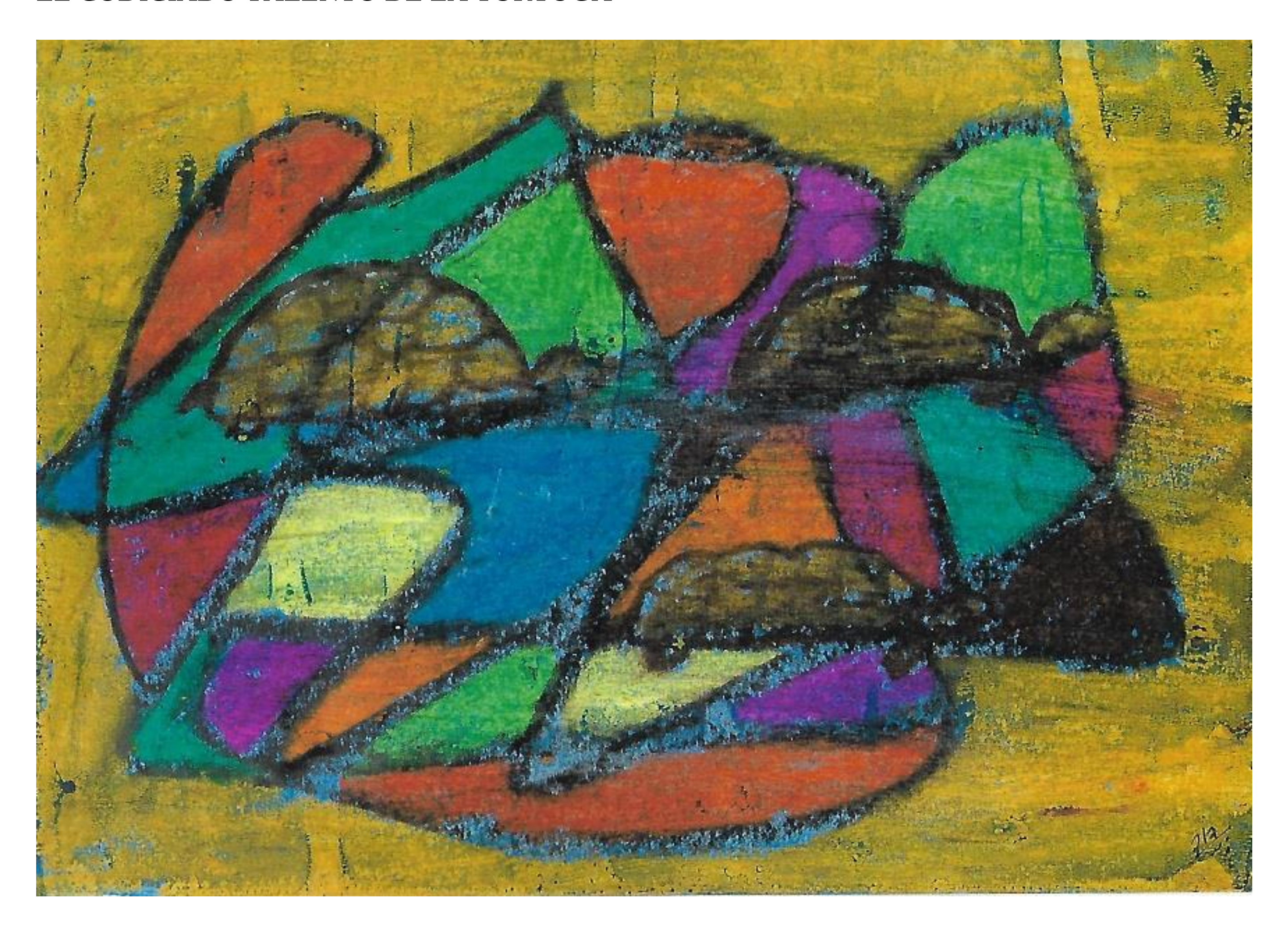
Tocar la flauta es un misterio, sobre todo si lo comparamos con el concierto que los gatos pardos, a media noche y desde el tejado vecino, ejecutan con su virtuosísimo sentido musical, sin tener que soplar instrumento de viento alguno. El misterio de la flauta, no obstante, se eleva a desconcierto cuando se convierte en el estímulo que pone en marcha, todas las noches, al concierto de los gatos pardos que, al captar el tono de la flauta, ejecutan su propia versión a partir de la creación emanada inicialmente por la flauta. Entonces ésta enmudece; deja de tocar. Se pone terriblemente nerviosa, y de allí que el aire, malhumorado y humillado, se niegue a volver a entrar y salir por entre sus agujeros metálicos y fríos. El aire se muda y apuesta por el silbato, menos virtuoso pero más dócil. Es entonces cuando tocar un silbato se convierte en un misterio, sobre todo si tomamos en cuenta que los perros del vecindario, emulando a los gatos pardos, también quieren, después de media noche, crear su propio concierto, con tan mala suerte que desde todas las ventanas se asoman hombres y mujeres que con sus voces y chillidos, sus tenores y sopranos, acometen la más agria y desafinada sinfonía del malhumor y el insomnio. Entonces, todo el misterio se evapora.

EL NOCTURNO COLOR DE LOS GATOS



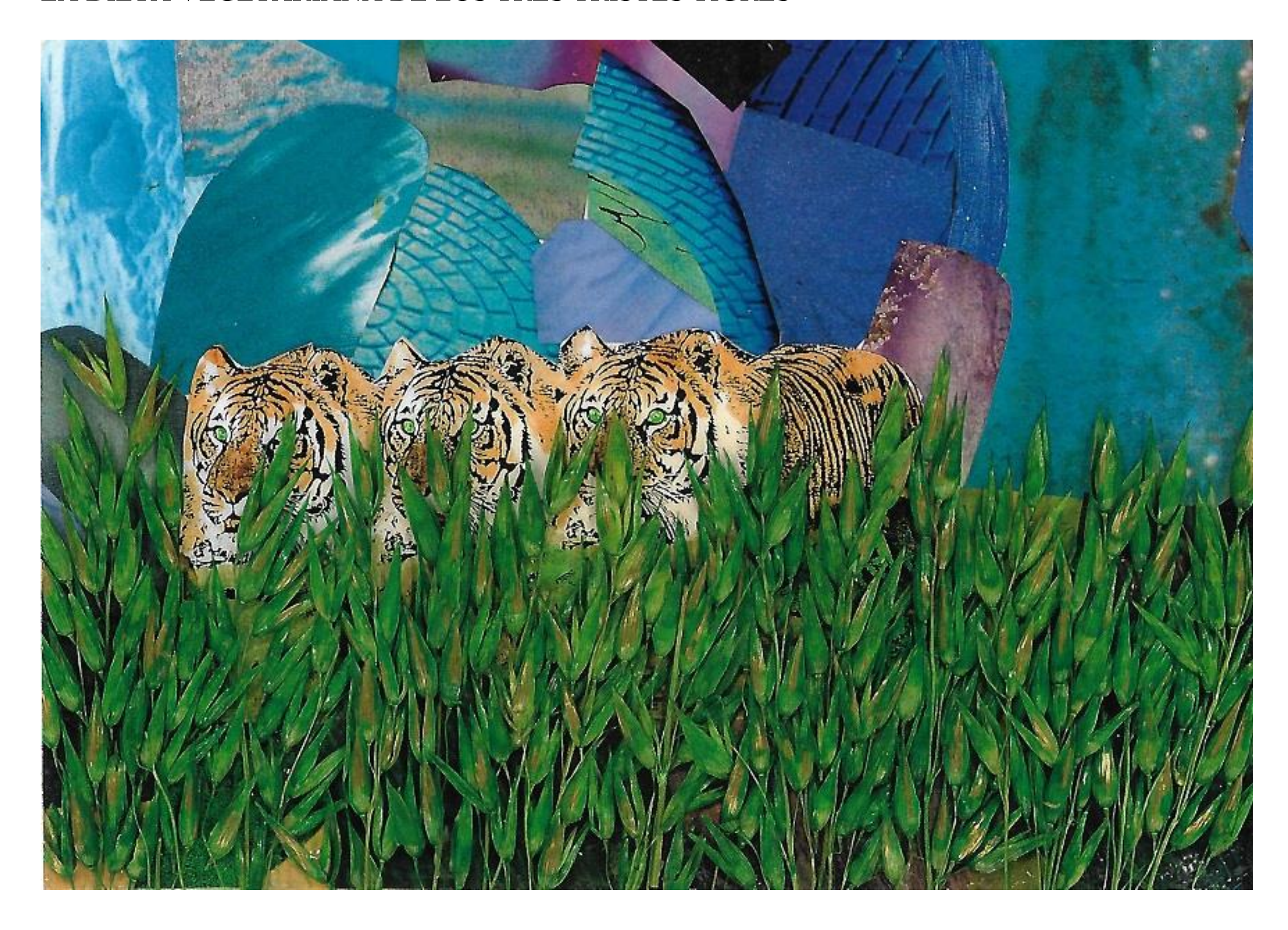
Se dice que de noche todos los gatos son pardos, pero no es cierto. Pardo será el paleto, el pastuso, el parco al hablar y hasta el pánfilo de la pantalla boba que afirma tal tontería. Pero mi gato, Morritos, de noche es marrón, no pardo. Hasta chocolate podría ser, pero no pardo. Y cuando se reúne con sus amigos en el tejado del vecino para entonar el Concierto de Flauta Terriblemente Nerviosa Sin Aire Incorporado, adquiere un tono especial de castaño que, quiérase o no, lo obliga a destacarse del resto de los gatos y le da un toque mágico que eleva a sublime su actuación. Tan sólo cuando el silbato, instrumento grosero y falto de escrúpulos, pone en acción a los perros del vecindario, mi gato, Morritos, sufre las consecuencias de su distinguido color marrón y es cuando hubiera deseado, con todo ronrroneo, ser, de noche, pardo.

EL CODICIADO TALENTO DE LA TORTUGA



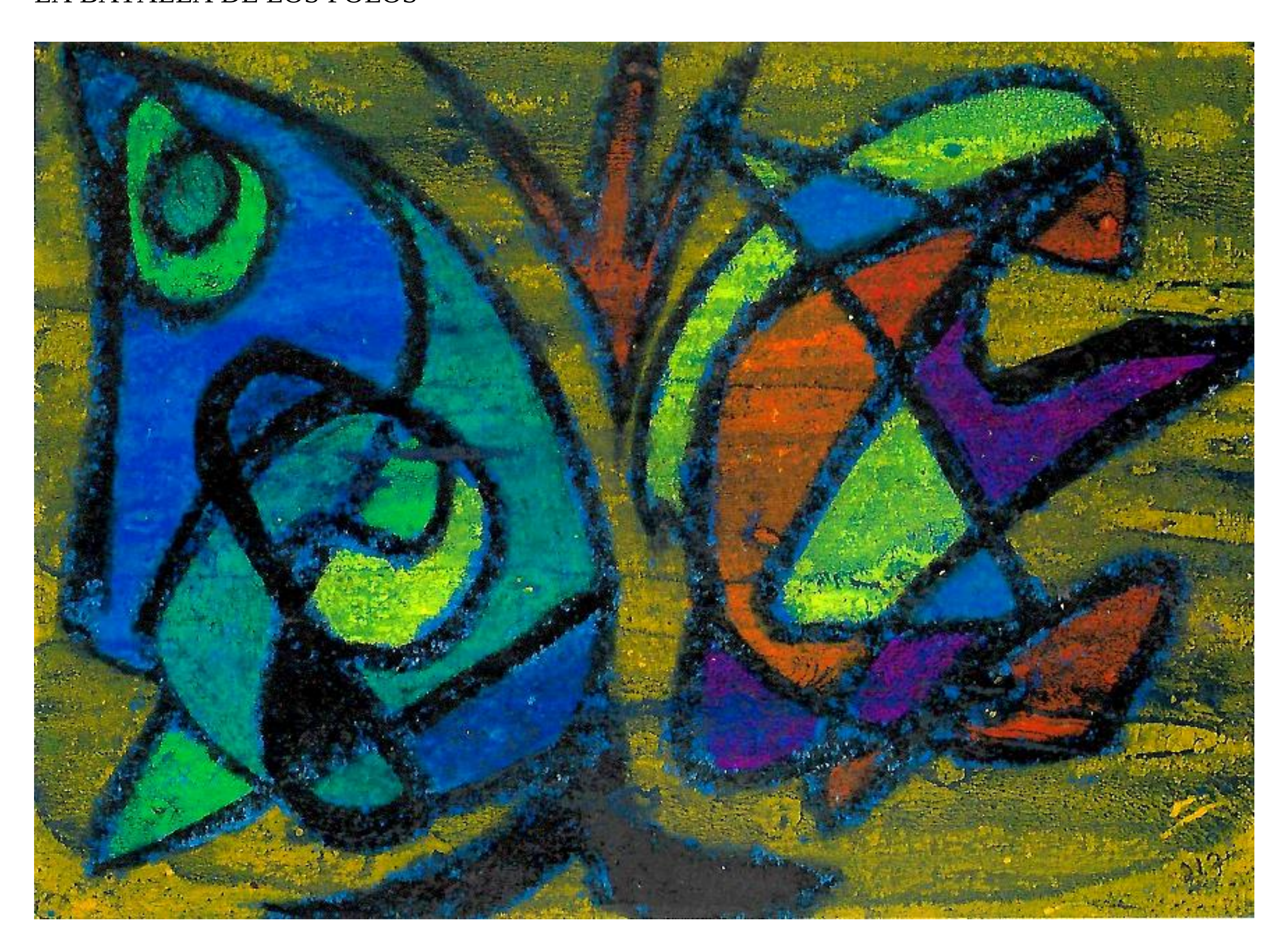
En una remota aldea de Hainán, al sur de China, se dice que las tortugas son sabias, porque no hablan. Saben escuchar atentamente, esperar con paciencia, avanzar con calma y meditar sin prisas. Pero no hablan. Y eso las convierten en seres superiores, casi dioses, pues obviamente no pueden ni lanzar improperios, ni decir estupideces, ni proferir elogios o insultos innecesarios y, mucho menos, pueden ejercer de políticos indiscretos y sin escrúpulos. Son, aún en las más remotas aldeas de Hainán, el ejemplo a seguir. Por eso allí son las tortugas respetadas, elogiadas, e incluso, envidiadas. Más de algún varón daría lo que no puede por tener como esposa o suegra a una sabia y muda tortuga. Ocurre, sin embargo, en todas las aldeas de Hainán, al sur de China, que las mujeres se han rebelado. Últimamente se manifiestan en el malecón, frente a las costas y en los acantilados, donde suelen encontrarse dos veces al año las tortugas de tierra con sus parientes, las de mar. Allí, las mujeres unidas reclaman su honor mancillado por la falacia propagada en boca de los hombres, de que su hablar es denigrante; de que su continuo parloteo no es lo que molesta, sino lo seguidito. ¿Quiénes son -dicen ellas-, los que abarrotan las prisiones chinas por proclamar promesas incumplidas, proferir insultos o pronunciar falsos testimonios, sino sus congéneres los hombres? ¿Quiénes son capaces de levantar, con lengua y voz, tales calumnias sobre las mujeres? Los varones y sólo los varones. Y aunque parezca insólito, las mujeres tienen por aliadas a las propias y sabias tortugas. Ante sus arengas reivindicativas, ante sus gritos de justicia y rectificación, las tortugas oyen y callan. Y quien calla, otorga.

LA DIETA VEGETARIANA DE LOS TRES TRISTES TIGRES



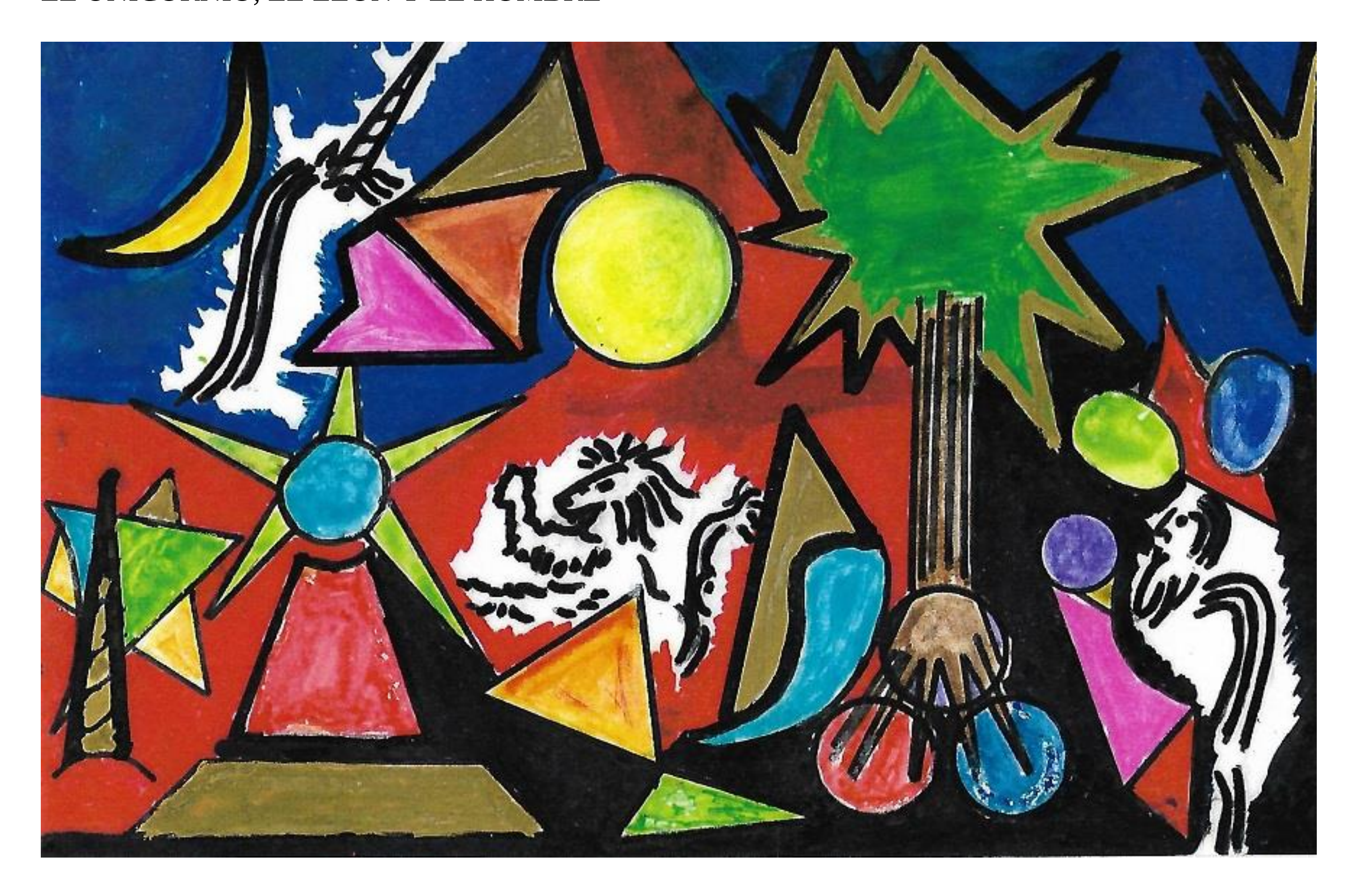
Cuando conocí a los tres tristes tigres aún no me había repuesto del impacto que suponía el admirar lo rápido que corrían los carros por los raíles del ferrocarril. Cuando los carros del tren pasaron ni me percaté siquiera que ante mí se extendía un trigal triguero en el que a los tres tristes tigres, a falta de alimento más consistente, no les quedaba más remedio que comer el trigo de dicho trigal. La situación, que para los tigres era un trago trágico de tragar, se me hizo solo consciente cuando en el granero del trigal, Pablito, que clavaba unos cuantos clavitos, clamó por los clavos del señor tras el golpe que recibió en su dedo. Este hecho, reafirmo, me hizo reaccionar y, por primera vez, vi a los tres tristes tigres comiendo el trigo del trigal. Mi pena, ante esa patética imagen fue tal, que pedí ayuda a Pancha, que dejó de planchar con todas sus planchas, aunque no sé yo a ciencia cierta con cuántas planchas planchaba Pancha, y me dio un plato para cada tigre con la esperanza de que comer con decoro y buenas maneras aliviaría la penuria por la que atravesaban los tres tristes tigres, vegetarianos por fuerza mayor. Pero los tres tristes tigres no estaban dispuestos a renunciar a su status de fieros y voraces tigres, por lo que al verme acercar, lanzaron al unísono un ensordecedor rugido que solo pudo ser sofocado por los truenos del cielo que estaba enladrillándose sin que nadie pudiera desenladrillarlo. El buen desenladrillador que intentó desenladrillar al cielo solamente consiguió un ladrillazo en su testa, y otros tres en las testas de sendos tigres, cuya tristeza se hizo aún más pronunciada.

LA BATALLA DE LOS POLOS



Cuando vi que la sombra de Tánatos, el destructor, se podía activar con mil caras diferentes, quise recoger mis pies y plantear mi retirada. Sabía que toda batalla traería consigo la semilla de la destrucción, venciera quien venciera. O sea que Tánatos, en cualquier caso, tenía la victoria asegurada. Pero no me dejaron. La sombra de Dilema, que rige al mundo implantando como válida sólo la polarización de las opciones, me lo impidió. Yo, Eros, la sombra del creador, estaba llamado a ser el constructor de la vida y, por tanto, el polo opositor a Tánatos. Sin medias tintas. No fue, pues, una opción deseada, ni mucho menos equilibrada: la rabia, la frustración, la agresión, el dolor, la rebeldía, el destrozo, la desvastación, la muerte y las restantes novecientas y tantas caras de la sombra de Tánatos, podían fácilmente arrasar conmigo, simple plasmador de sueños, hacedor de una sola cara, de la única sombra. Pero pronto descubrí que en la batalla desigual lo que cuenta es la destreza, el ingenio, y en esto tenía yo ventaja, a fin de cuentas, el creador del ingenio. Así que decidí aprender de cada estocada infligida por Tánatos: estudié sus estímulos; absorbí sus habilidades; descubrí sus puntos flacos; asimilé su fuerza y aprehendí sus ataques. Cuando Tánatos, el destructor, me lanzó su flecha furibunda, le robé su furia. Cuando me arrojó su lanza agresiva, me apoderé de su agresividad. Cuando disparó su proyectil indócil le arrebaté su rebeldía. Cuando hizo caer su bomba devastadora, acaparé su fuerza destructora. Y llegó el día en que aprendí a canalizar y a encauzar los ataques de Tánatos de los que, batalla tras batalla, me había apropiado. Cuando finalmente y después de muchas jornadas, Dilema, el polarizador de las opciones, declaró, como siempre, vencedor a Tánatos, no se percató de que la sombra de Tánatos el destructor, y mi sombra, la de Eros el creador sabían, dentro de nuestra fuente interna de autoexpresión, quién realmente enarbolaba la victoria. Fue entonces cuando Tánatos y yo nos dimos cuenta de que Dilema ni siquiera existía.

EL UNICORNIO, EL LEÓN Y EL HOMBRE



Cuando el unicornio decidió combatir por su terreno, el león no era aún el rey de las fieras. Era solamente un presuntuoso animalejo que pavoneaba con donaire su porte y su melena. Esto no fue bien visto por el unicornio, a la sazón monarca indiscutible de todas las almas vivientes del reino animal. Si el unicornio tenía claro su origen misterioso, el león no era consciente ni de su propia existencia terrenal. Si el unicornio guardaba celosamente el misterio de su cuerno en espiral, el león no tenía nada que guardar, por falta de algo digno de guardar. Fue entonces cuando el unicornio optó por plantar batalla al salvajismo representado en el león: el Jardín de las Llamas Invisibles, mal llamado Jardín del Edén, debía ser salvaguardado de animales presuntuosos, ambiciosos e impúdicos. De su soledad tomó el unicornio su fortaleza, con su esplendor y con el cuerno en espiral de los misterios, para vencer a la fortaleza terrenal, brutal y misteriosa del león. Sólo el día en que apareció Adam, el hombre, por el Jardín de las Llamas Invisibles, el unicornio optó por retirarse, hacerse invisible, recoger los poderes del cuerno misterioso para resguardarse de las apetencias eternamente insatisfechas de Adam. Con la retirada del unicornio el Jardín de las Llamas Invisibles dejó, también, de ser, de estar. Fue entonces cuando el león, en connivencia con el hombre, se proclamó rey de las fieras.

EFECTO MARIPOSA



Cuando intentaron explicarme el efecto mariposa, estaba yo en medio de una crisis de gripe turca, quiero decir, que algún turco había estornudado en Constantinopla y yo, por aquello de la contaminación ambiental, o algo así, me resfrié, a miles de kilómetros de distancia. Me dicen que hoy el mundo se ha quedado pequeño y que lo que uno hace, o deja de hacer en remotas latitudes, repercute en nuestra vida cotidiana. No estoy muy seguro de que esto lo entienda, pero lo que sí ha quedado fuera de mi reducida capacidad de comprensión es lo del efecto mariposa. Para no quedarme "en nada", o sea, para no parecer un idiota retrógrado, dije que estaba clarísimo el asunto y empecé, por mi cuenta, a estudiar toda mariposa que se cruzara por mi camino. No logré comprender el efecto que a ellas se les atribuye, pero quedé maravillado con el mundo mágico y fascinante que abrieron ante mis ojos. En fin, que de todo este asunto debo agradecer dos consecuencias: mi profesión, pues humildemente confieso que me hice entomólogo; y comprendí el maravilloso y palpitante colorido de mi tierra, que sin duda justifica, con creces, el origen y significado de su nombre: "abundancia de mariposas".

INÚTIL ESCAPADA

Cuando el tigre me atrapó pensé que había llegado mi hora de la sumisión, sin darme cuenta que vino a destrozar las sogas que me ataban a la verdadera servidumbre. Sólo cuando escapé de él creyéndome ágil y astuta, necia de mí, descubrí que ahora estaba atada con cadenas a la vorágine de las tinieblas. Lo bueno es que al final lo domino.

LAS NUEVAS ARTES

Todo empezó de la manera más pueril. Para desentumecerme de mi trabajo (puericultora) que se hacía cada vez más insufrible, decidí apuntarme a uno de los coros que ahora pululan por la metrópolis, a raíz del éxito imparable del último programa musical video-plasmático que se proyecta en la atmósfera (y que, según dicen, se puede contemplar desde la Luna). Al principio, debo confesar, fue frustrante. Nunca me he distinguido por mis dotes en las cuerdas vocales, y menos aún en la audición. Pero ya se sabe, la moda arrastra y los cosmo-puntos que se obtienen por las actividades extralaborales ayudan a escalar peldaños que se traducen en un mísero aumento económico. Así que no me di por vencida. Hasta que descubrí la clave del éxito de mis compañeros: el micromodulador autoincorporado subcutáneo, que se injerta en la laringe, a la altura de las cuerdas vocales, para modular tonos y corregir desafinamientos. Ni corta ni perezosa me lancé yo también por el "producto estrella" de la temporada. Fue difícil: primero, por su precio exorbitante (más aún para una puericultora) y porque en mi metrópolis ya se habían agotado desde hacía rato. Tuve que conseguirlo entre los estraperlistas siderales (con dolor tuve que vender antes mi anillo de roca marciana ¡una reliquia!, que me había regalado mi primer prometido, antes de la última hecatombe). Pues bien: un chip, una pequeña punzada ¡y empecé cantar como los ángeles, o por lo menos como el resto de mis compañeros de coro! Todo marchaba a favor hasta que a los pocos meses descubrí que volvía a desafinar. ¡Era imposible, si el aparatejo debía durar por lo menos ciclos solares! Claro, como no lo compré en comercio acreditado no podía reclamar garantía alguna. Mordiéndome los labios me dirigí a mi injertador, por si tenía alguna solución (a lo mejor él sería el responsable, por no habérmelo injertado correctamente). Mientras mascullaba peroratas contra el injertador y los estraperlos, me di cuenta que mi voz salía diferente, se proyectaba en tonos profundos, a veces agudos, como si no saliera de mi, a lo sumo de mi vientre. ¡Era increíble! Comencé a sospechar que el micromodulador autoincorporado se me había deslizado hasta el estómago. Y no estaba equivocada. Fue una bendición: descubrí que podría ser ventrílocua, un arte antiquísimo, ya en desuso desde que se pusieron de moda los muñecos-robots y demás juegos automatizados con voz incorporada, de última generación. ¡Esto será lo mío!, me dije, aunque no caí en cuenta, en ese momento, que ya no existían muñecos de trapos para usarlos como marionetas, como recuerdo haberlos visto por la caja televisiva en mis días de infancia, antes de la segunda hecatombe. No me di por vencida. Fabricar yo los muñecos resultaba imposible, puesto que conseguir en nuestros días tejidos, hilos y agujas sería más difícil que encontrar muñecos ya creados. Recordé que detrás de la zona de los injertadores, muy de moda, estaba el mercado de los deshechos, de las cosas inútiles, visitada por los que sufrían de añoranzas retrógradas. ¡Pues sí! allí encontré a mis muñecos. Los que me hicieron famosa cuando los hacía hablar, como por arte de magia, mientras mis dedos, sutil y ágilmente, los manipulaba. ¡Pero si parecían reales! Confieso humildemente que nunca pensé que mi éxito iba a ser tal que desbancaría al gran programa musical video-plasmático que se proyecta en la atmósfera. Ahora todos quieren ser ventrílocuos, las academias han proliferado por doquier (¡no sólo por mi metrópolis!). Pero yo les llevo una ventaja: nadie sospecha que el mismo chip micromodulador autoincorporado para las cuerdas vocales es mi varita mágica, ahora incorporada en mi vientre. ¡Y gracias a los Astros que a nadie se le ha ocurrido aún la idea de crear un micromodulador para el vientre!

UNA MOSCA EN MI COMPUTADORA

Fue extraño. Insólito. He oído hablar de moscas que se pasean por tu vista, aún cuando tienes los ojos cerrados, entre los párpados, pero que no son más que reflejos o deficiencias ópticas. Sin embargo, lo que ayer me ocurrió con la pantalla de mi ordenador fue insólito. Inaudito. No sé cómo explicarlo: una mosca se posó en mi monitor, ya de madrugada, después de una noche exhausta de darle al teclado y luchar con mi computadora para que procesara toda mi labor nocturna. Al principio no le di importancia; pensé que la luz que proyectaba el cristal de la pantalla la había despertado y atraído, precisamente ahora que yo me estaba derritiendo de sueño. Quise espantarla con un movimiento de mano, pero ni se inmutó. Repetí el

movimiento y nada. Allí empecé a mosquearme (¡y nunca mejor dicho!). Ya fastidiada, golpeé con mi puño a la pantalla de cristal, y la mosca ¡por fin! se movió. Pero tan solo de sitio: del lado superior izquierdo voló hacia la derecha, para volver a posarse, tan campante. Me quedé mirándola fijamente. Y no daba crédito a lo que mis ojos parecían ver: ¡la mosca estaba revoloteando dentro de la pantalla! Yo incrédula, me froté los ojos e intenté, nuevamente, alejarla con mi movimiento de mano. Fue inútil. Sólo mis puños golpeando al cristal del monitor hacían que se moviera, aleteando nerviosamente de un lado a otro, pero siempre dentro de la pantalla. -¡Cómo demonios ha podido entrar esa mosca en el ordenador!- fue lo primero que grité (y debo reconocer que al gritar "¡demonios!" sentí un escalofrío por todo el cuerpo y, mis pelos, sin venir a cuento, se erizaron). Traté de tranquilizarme respirando profunda y lentamente varias veces, y creo que lo conseguí por unos instantes. No encontraba el modo de sacar a la maldita mosca de su encierro (estaba segura que tampoco ella se sentía cuy confortable dentro de aquella amalgama de tecnología, cables, metales, plásticos, cristal ¡y quién sabe qué más!) De pronto me pasó por la mente, como golpe de viento, un pensamiento algo malévolo, y hasta infantil: -¿Y si la combato con la flechita que proyecta mi ratón, cuando oprimo mi índice sobre su lomo?- Algo así como un juego de "game boy". Parece que la bendita mosca (dadas las circunstancias, a estas alturas ya la prefiero llamar "bendita" antes que su antónimo) captó mis pensamientos, porque empezó a revolotear de un lado a otro, de izquierda a derecha, de arriba hacia abajo, haciendo giros y eses, sin detenerse. Yo, por mi parte, me aferré al vuelo a ese pensamiento inicial, me apoderé de mi ratón tecnológico, e inicié la batalla: empecé a "lanzar" la flecha, intentando alcanzar a la presa. Pero por todos es sabido que una mosca, que vuela, es mucho más rápida de un simple ratón, por más especializado que éste sea (y eso sin contar que quien le brinda al ratón su energía motora son mi mano, y mi índice, que nunca se han caracterizado precisamente por su rapidez y destreza). Tiraba a la derecha, y la mosca que se escapaba hacia abajo, a la izquierda. Otro intento por la izquierda, y la alimaña (perdón, el insecto) se escabullía hacia el centro. Quizás no lo crean, pero pasé más de veinte minutos enfrentada con la mosca en este desapacible juego. A esas alturas, mis dedos, mi mano y mi ratón se movían prácticamente por inercia, mientras que la mosca cobraba cada vez más energía (como si el juego hubiera pasado de "dificultad 1" a "dificultad superior"). Entre uno y otro movimiento, nuevamente un pensamiento, otra ráfaga, dominó mi mente y me vi pronunciando: -¿y si "disparo" hacia el lado contrario del recorrido de la mosca? A lo mejor así la desconcierto y quién sabe, como en los videojuegos el tiro inesperado es el certero.- Dicho y hecho. ¡Di en el clavo! Atiné. ¡Pero maldito momento en que la flechita disparada por el ratón, mi puño y mi índice dieron en la diana! En ese momento me pareció oír (no estoy muy segura) como un "splash...." y una mancha negra y verdosa, goteante, babosa, amorfa, se plasmó en mi pantalla. La mosca se había convertido en mosca aplastada, en mancha repugnante, repulsiva, que para colmo opacaba la traslucidez del cristal. Por su puesto, la mancha quedó adherida del otro lado, dentro de la pantalla. Si por lo menos el tiro certero hubiera sido a un lado, en un extremo, pero no, ¡tenía que atinarle precisamente en el centro de la pantalla!. Prácticamente ahora es imposible vislumbrar algo a través de la execrable mancha. ¡Y cómo demonios voy a poder limpiar esa mancha separada de la realidad por el cristal de una pantalla de quince pulgadas!... Mejor dejo aquí mis elucubraciones, porque acabo de sentir, al pronunciar en voz alta esta última frase, y por segunda vez, un escalofrío que estremece todo mi cuerpo y mis vellos se están erizando....

VIAJERO DE LA ETERNIDAD

Decidido. Me he montado en el transporte de los días y los meses. Viajero empedernido que soy, aún no me atrevo a cabalgar sobre el convoy de los años. Me gusta viajar, pero no tan de prisa. Lo que pasa es que la maquinaria va pero no viene. Y siempre queda algo por recomponer que ya, que ya, basta, no hay más remedio. Se acabó. A plena marcha me toca, siempre hay algunas veces, despedirme de quienes se apean en un día, un mes determinado, a veces sin su aprobación. Los apean, simplemente. Yo no, yo no, yo no quiero. Aunque me sienta turbado quiero decidir mis días, mi panorama por recorrer. En ocasiones es difícil, lo que ves no coincide con lo que te imaginas y, para colmo, no hay vuelta atrás, ya lo he comentado. ¿Cómo poder borrar la acción, la frase anterior, si es imposible el retorno? Sus huellas se imprimieron y ya está, aunque no me guste, me incomode. Sin ir más lejos, hace cinco días me obligaron a cambiar de medio, uno más adelantado, dicen, más del futuro, pero yo no estoy tan seguro de que sea mejor. Veo pasar como

flechas productos como esos, que se venden por su innovación, y al final, qué ardor, qué ardor, quedamos chamuscados, tocados en los bolsillos. Por si acaso, viajo con la puerta abierta. Todos me lo reprochan, mi vacilación, mi perplejidad si, al fin y al cabo, me decidí, por mi propia voluntad, o eso creo, que ni hasta en eso estoy seguro, montarme al transporte de los días y los meses. Y mira por donde, a estas alturas hasta me están entrando ganas de saltar a lo grande, al transporte de los años. Lo que pasa es que de tarde en tarde me cautiva encontrarme con el recuerdo, y eso me fastidia, me descalabra, lo que fue fue, no se puede reemplazar. La turbación se hace más patente, me parto en dos mitades, hasta los transportes envejecen.. Lo novedoso me atrae, pero me asusta. Pero no por eso dejo de flotar hacia adelante, dejando atrás barcos, trenes, aeroplanos, hasta caballos que ya bordaron sus vidas maquinarias, hasta el final. No olvido que muchos desaparecieron en plena ruta, no llegaron a destino, viaje hacia ninguna parte. ¿Y yo hacia donde voy? Buena pregunta la que me hago. Tan preocupado por el medio de transporte, por el beso que dejé en la esquina pasada, por los cambios tecnológicos, el precio, el último canto que grabé, la velocidad, que me he olvidado hacia dónde voy, me he olvidado hacia dónde voy, hacia dónde quiero ir...

ÚLTIMO SALMO, ÚLTIMA COSECHA

Un día, como el salmo, sembré con lágrimas, pero no coseché con regocijo. Langostas humanas devastaron mi cosecha, se hartaron. Mi terruño, moribundo, fue sembrado de minas para salvar al pueblo (eso dijeron). Ahora son casi-niños los que, metal letal en mano, siembran, inocentes, con cándida alegría, y cosechan con lágrimas y sin piernas, sin manos, corazón estrangulado. Mi tierra, lo presiento, derrama también su última lágrima, lágrima encarnada.

HALCÓN Y PALOMA

1. Paloma que te atreves vuelo en quinta esquizofrenia: sin armas ni garras. ¿te servirá de porte hermoso la mirada? Mira al halcón -acecho en vuelo- no es amor a la distancia, mirada escrutadora dispuesto a la embestida hasta el desgarro. Paloma, corazón sensible sin alas de combate no huyas, enseña tu pico luchador y dime, restriégale la rama por sus zarpas sin recelo. Hasta la primera madrugada de esperanza.

2. Ahora, sobre la silueta dibujada se distingue la mirada, dos agujeros que iluminan tu noche sin estrellas. No ha pasado mucho tiempo (aunque) presiento que siempre ha estado ahí, mi cueva y mi refugio anegando los suspiros y los días. En esos, tendré que acostumbrarme de tantas muertes. Alguna vez lo miraré pasar de largo, erguido -espiga de mis sueños más profundos- atravesar la puerta de salida, sin retorno. Otras veces oiré su himno de ternura y la memoria de mis carnes. Despertará la sangre adormecida, revoloteará sin remedio por mis labios (y dime tú, mi único amor) si recordando sus marcas encontrarás su última, embestida vibrátil. Un viejo deseo, como hoy, me dice que presentiré el fuego en tu mirada. Abro la puerta, doy sin pensar, por fin la bienvenida.

CONFLAGRACIÓN

Los últimos ojos que pude presentir ya no eran de niño. Clavados en el estallido se convertían en un mapa de espanto sin posibilidad de sueños. El horizonte de acero incandescente inició su cerco, preparó el ataúd para la próxima mientras que el cuerpo enjuto quería levantar su mirada sin encontrarla. Sólo ese olor que se infiltraba hasta en la última abertura asfixiando lo que quedaba de piel, dejó un resquicio para adivinar cuán amarga sería esa mirada desde ahora, al tener que sostener su propio féretro, mientras viva.

PARTO

Entonces di a luz con mis senos henchidos y la última luna estampando su destello en los espejos. Era la señal del poema, mi criatura, mi huella más profunda en las arenas, siempre movedizas, siempre atractivas. Parto a corazón abierto, profundo. Si hubiera otra palabra, la diría, pero la estrella de los que aman las penumbras no me deja descubrirla. Mis manos, sí, mis manos están aquí, flores para los días insubordinados que inspiran, a pesar de tantos secretos y desolaciones. Manos para buscar y escribir, para parir el verso del cobijo o el desencanto, según la estrella, la noche, la luna y la sombra. Con los primeros suspiros dejo plasmada la señal, no hay más nada para pronunciar. Empezar a morir muy lentamente, a pedazos, tendría que ser, por consiguiente. Pero somos egoístas, queremos siempre la marcha triunfal entonada con trompetas y regocijo, sin presentir futuras catástrofes. Mi criatura, lo presiento, reclamará su propio cuerpo, será lo que lo que ella quiera (o los demás) hasta que, con el último consuelo, las palabras se desvanezcan en el olvido, para volver a empezar.

PARA LA PRÓXIMA COSECHA

Nubes al atardecer que exportan el aroma de naranjos a la vuelta de la siembra. Más allá, una orquídea entre las rocas para presagiar un bello sueño sin espadas ni sangre. Los grillos, que también aportan su cantar avivan los ojos de terneros, ternura en las miradas sosegadas antes de que caiga la noche. Brisa y humedad componen el marco final, cosmos apacible para recordar días de pastores en poemas de antaño. Hoy no quiero sentir nostalgia por escaparates enmarcados de cristal y moda, por megalitos gigantescos que rascan negros nubarrones que se pueden vislumbrar entre ciudades de cemento/humo/movimiento. Por una vez el aire puro sin linderos, un horizonte que se pierda en la distancia, el huerto postrero para sembrar mi mundo de ilusiones, mi voz, mi canto, mi esperanza.

AMOR/DEFLAGRACIÓN

Sé que no es el mejor momento en este verano que quema escalda arde pero no más que yo mira esperaré a la primera hora de la madrugada para hacerte partícipe de esta quemazón y es por tu culpa ya nada podrá apagarlo si no eres tú qué se puede esperar si hasta la rosa pierde su olor cuando apareces cómo quieres que me sienta yo simple mortal perecedero en tu presencia esta combustión que me deflagra me hace delirar y eres tú la responsable y la redentora es que no te das cuenta responsable y redentora benefactora de mis sueños y mis pesadillas hasta el próximo verano y yo sin poder beber de tu elixir quedo sediento de ti calcinado abrasado chamuscado ya no hay vuelta atrás hasta el próximo verano

CURRICULUM

Vitae. Curriculum. Herramienta. Indispensable. Trabajo. Hambre. Juventud. ¿Por dónde empiezo? ¿Cómo hacerlo? ¿Me disfrazo? ¿Me pronuncio? ¿Me confieso? Promocionarse, venderse, arriesgarse, sincerarse, cuántos reflexivos y yo sin conseguir un dichoso trabajo. Reglas básicas: breve, conciso, directo, fuente legible, presentación espaciada, respetar los márgenes. Y a mí ¿quién me respeta? Si solo quiero un trabajo, para sustentar a mí y a los míos; así de breve, conciso, directo, legible. Sí, dirán que es mucho pedir, pero "¡inténtalo, que tú puedes!"

"Sé honesto, pero maquilla tus fracasos". ¿Qué significa ser honesto, me pregunto? "Muestra tus destrezas y pericias": ¿Cuáles, las amatorias, las de la pista de baile, mi fuerza arrolladora? O mejor mis fabulosas técnicas para asaltar un banco, que ganas no me faltan. No, rescatando a la banca, que seguro lo necesitan más que yo, que continúo sin redención ni rescate. "Concentra tu atención sobre los talantes más relevantes de tu personalidad, de tu trayectoria académica y laboral". ¡Pero si estoy pidiendo a gritos una trayectoria

aboral! Si no la tengo porque no me dejan, ¿cómo, entonces, concentrar mi atención sobre ella? La pescadilla que se muerde la cola. Apetecible circunferencia que ya quisiera yo catar.

En fin, nombre apellidos DNI lugar fecha nacimiento dirección teléfono contacto correo electrónico formación académica títulos experiencia profesional contratos convenios colaboraciones experiencia laboral… Ahí os dejo todo: enrevesado pero pormenorizado. ¿O mejor atraco un banco?

CONEJO Y CHISTERA, PERO AL REVÉS

Fue en aquel cabaret de mala fama. Nadie sabe a ciencia cierta cómo ocurrió. Después del despelote de las bailarinas era el turno del mago. El mago Malafama. Agotado. Achacoso. Solitario y huidizo. Podrido en este mundo. Como siempre, empezó atando y desatando nudos. Lazos de colores, desteñidos pero de colores. Y las cartas, las barajas. Apenas una veintena de ojos vidriosos le ponían atención, o lo intentaban. Ambiente de libido, alcohol y humo. Como siempre. Como todos los días en aquel cabaret de mala fama. De Malafama. Llegó el momento de la chistera y la mágica vara. ¿Paloma o conejo? Repito: nadie sabe a ciencia cierta cómo pasó. El toque habitual y cotidiano en la chistera y ocurrió. Pero al revés. El prestidigitador en la chistera y el conejo dentro de aquel desteñido traje de frac del mago Malafama. Alto. Erguido. Desafiante. Sosteniendo la chistera en su mano derecha. El conejo Malafama. No lo dudó ni un instante: Con risa macabra y rojizos ojos emprendió la más espectacular de sus magias o, quizás, el más grande de sus chistes: destrozó la chistera. Trizas. Trozos. Trapo. Chis, chis, tera… Al instante percutió su vara mágica sobre sí, mientras miraba desafiante a los embriagados espectadores, a las cabareteras, a las camareras y al barman. Una última risa fantasmal y se esfumó. O se esfumaron. Mago y conejo. Nadie supo nada más del mago. A nadie le importó. Pero las malas lenguas, y las buenas, y las nifunifa empezaron a prodigar la nueva, crónica de gacetilla: el conejo Malafama empezó a ejercer de conejo, a hacer lo que mejor le venía a bien hacer. Fama a su especie. Por eso gatos y perros callejeros empezaron a desaparecer. Aquel barrio de mala fama se infestó de conejos. Conejos con frac y chistera. El conejo Malafama, el mago, el más feliz de las criaturas liberadas.

LA SOMBRA DE LA FELICIDAD

Allí va. Mírala bien, pero de soslayo: risueña, danzando por los muros agrietados, elevándose, pregonando su libertad. Es su sombra. La ladrona. La que ha absorbido su felicidad, dejándola en la más abrupta de la congoja y el desconsuelo. Ya ni siquiera la acompaña, ni de frente, ni de lado, ni detrás. Se ha fabricado su propia identidad. ¿Para qué depender del sol o de luz alguna? Se cree la más emancipada, la insubordinada, pero sigue siendo Sombra. Ladrona. Raptora de alientos ajenos. Es su sustento. Y ella, la de carne y hueso, ya sin alma, agarrotada en una esquina, casi invisible, esperando el desahucio final. Allí va. Mírala bien, pero ¡cuidado! No confíes… puede ser la tuya, tu sombra, la ladrona.

"PRÓSPERO" NUEVO AÑO

Parece el sol cansado en esta tarde, que besa levemente la piel de los entumecidos. ¿Qué más se puede pedir a este diciembre que se extingue con el año? Los brotes se quedan refugiados en capullos que tardarán en florecer. La lluvia de hojas da paso a la estación más gélida, gotas de nieve o agua para el instante, que no dudan en desenmascararse, convertirse en vendavales de cuerpo y alma. Y el sol, adormecido, indeciso en desnudarse, se refugia entre nubarrones grises, esbozos de animales míticos, formas que se olvidan, que caen sobre tierra húmeda hasta desaparecer. Hay algo en este invierno que trastorna, honduras que rasgan corazones, quizás de seres sin refugio que agonizan, solitarios, en sus propios pensamientos congelados por el frío de abandono, soledad inesperada. ¿Quién quiere desplegar una velada cortina a esta realidad más gélida que el propio invierno? ¿Quién quiere bendecir al nuevo año escondiendo los contextos, inventando las verdades? Y el sol, que parece cansado en esta tarde...

RELATOS DEL TIEMPO Y LA PALABRA

FUSIÓN

Porque un buen día me dijo que quería cambiar de ambiente la dejé partir. Tenía la propiedad de convertirse al contacto con mi piel en una crema suave, ligeramente grasa, de aroma exquisito, que penetraba por mis poros hasta crearme adicción. Pero como no somos dueños de nada ni de nadie, la dejé partir. Cumplí con el pacto que nos habíamos propuesto desde el primer contacto: nada de ataduras ni cadenas. No somos especímenes para ser enjaulados. Todo debería seguir su curso, como fluyen las aguas libremente por los afluentes del río para desaparecer entre las aguas marinas o evaporarse entre las nubes del firmamento. Pero como las aguas que crean surcos por el cauce del río, ella dejó en mí profundas huellas interiores. Mi alma, que ante su presencia exultaba admiración, ahora mostraba los primeros signos de abstinencia. Cuando le dije "eres libre, sigue tu camino", creí por un instante que estaba cometiendo la estupidez cumbre de mi vida. Pero supe recapacitar. O eso creí, pues en aquel momento sentí que toda mi filosofía vivencial estaba a punto de derrumbarse, de convertirse en polvo que se lleva el misterio de la naturaleza. Sin embargo ella, que disponía su mente sobre mis propios pensamientos y discernía mis secretos allí ocultos, simplemente dijo: "Si no crees o no puedes ofrecer sacrificios no deposites en mí tu mirada. Si eres el más humilde peregrino en el río de la vida, que aprehende la impermanencia universal, al final, al inicio del camino, volveremos a encontrarnos".

La lágrima fue absorbida por el interior ocular cuando repetí, aparentando serenidad: "Eres libre; sigue tu camino". Y en un lenguaje sin lenguas, en un discurso que no quiso ni tan siquiera apresar un tejido de palabras, nos despedimos. Ella, con un inaudible "adiós". Yo, con un impronunciable "hasta luego".

A pesar de la fingida entereza mi alma se contrajo y reconocí en mí al hombre cobarde.
Sólo me alegré de no saber ni su rumbo ni su dirección, para evitar futuras tentaciones. Y a los primeros síntomas de abstinencia no me amilané. También yo decidí cambiar mi rumbo y mi dirección y emprender un nuevo camino, con la esperanza de encontrar cura a mi dolencia y el remedio a los hórridos síntomas que deja la adicción al amor.

Pasaron los días, que arrastraron consigo las semanas, los meses, los años, entonando una melodía que se mezclaba con la vorágine del vivir cotidiano. Un día aquí, un día allá. Mi rumbo fue el de un peregrino errante que cuando tenía hambre paraba y comía su grano; cuando tenía sueño paraba y cerraba los ojos; cuando buscaba, levantaba vuelo rumbo a nuevas metas. Mis heridas, así, fueron cicatrizando, que no desapareciendo. Mi piel se fue curtiendo con el acontecer y mi alma forjando su futuro. Los recuerdos quedaron bajo llave en un bello cofre del que olvidé el lugar donde había sido depositado, y cuya llave aún conservaba, al principio por las más puras de las nostalgias pero con el devenir del tiempo la llave se adhirió

a mí como un amuleto, como parte de mí desde el principio de los tiempos. Me acompañó en mi travesía por el río de la vida; me abrió caminos; cerró puertas a mis enemigos; me guió al cerrojo de la verdad y de la humildad; moldeó mi mente, mi forma de ser; cada una de sus diez dentaduras pactaron una alianza con los diez dedos de mis manos; y, quizás lo más sencillo y más difícil, guardó serenamente mi amor.

Cuando mis días habían llegado a su postrer momento, cuando creí haber entregado todo y estar en paz conmigo mismo, ella apareció. Primero fue ese aroma exquisito que se apoderó del ambiente y que, aún sin proponérmelo, me transportó por otros mares y tierras; me trasladó al génesis de los tiempos. Como si de pronto aquel cofre perdido de los recuerdos hubiera decidido, por su cuenta, abrirse y dejar escapar sus esplendorosas riquezas, para que fueran nuevamente compartidas. Instintivamente, entonces, así en mi mano la llave-amuleto del pacto, que colgaba junto a mi corazón y, sin saber exactamente por qué, la sentí más tibia, más caliente que en el resto de los días. Y como obedeciendo una orden suya mi corazón, gastado y agotado de tanto uso, aceleró su ritmo bombeando con fuerza inusitada y rápida, diseminando las gotas de sangre que aún conservaba, por todo el cuerpo, renovando así, con mayor energía, el ciclo sanguíneo; y éste, al ciclo respiratorio; y éste, al ciclo vital; y éste, al anímico. Entonces me giré. Y la vi. Era ella. No había ni asomo de duda. Yo, que hasta ese momento aseguré que no podía haber mayor belleza natural que su persona en el recuerdo, caí rendido ante la equivocación. La que estaba frente a mí superaba con creces la belleza sublimada por mi mente y cuerpo, adornada en el acontecer temporal. Era una belleza madura, serena, una belleza que me penetraba hasta lo más profundo de mi propio ser, pero suavemente, sin sobresaltos pasionales ni extáticos.
Y ella dijo “he vuelto”.
Y yo dije “has vuelto”.
Y dijo “has madurado”.
Y respondí “has madurado”.

Cuando posó su mano sobre la mía su contacto con mi piel se transformó en una crema suave, ligeramente grasa, que penetró por mis poros y me creó adicción. Y su mirada me hizo saber todo lo que quería saber. Absorbí de su mirada su propia experiencia vivencial. Sin un sonido, sin tan siquiera un tejido de palabras viví, en un instante, su propia experiencia: recorrí sus caminos; amé sus amores; sufrí sus dolores; me regocijé de su regocijo y creé sus creaciones. Y ella, unida a mí en un abrazo, el último y el primero, vivió mi propia experiencia, recorriendo mis caminos, amando mis amores, sufriendo mis dolores, regocijándose en mis regocijos y creando mis creaciones. Fue la fusión completa; la más duradera; la imperecedera. La fusión del amor que comprendió, por sí mismo, su verdadero y propio sentido.

El yo y el ella dejaron de existir. Quedó simplemente la fusión de la sabiduría del amor en la impermanencia universal.

EL JAPONÉS

El informe parecía correcto. Pero algo me decía que tenía que haber algún fallo. Le pregunté a Raimundo su opinión y, a su vez, me dirigió al Señor Wakasaku, experto japonés en números y letras computerizadas y que había sido contratado por la rama europea de la Internacional, hacía cuatro meses, dicen que con un sueldo desorbitante. Precisamente yo no quería llegar hasta Wakasaku. A fin de cuentas él había ocupado el puesto al que estuve preparándome con tanto tiempo y esmero. No le dije nada a Raimundo y salí de su despacho con una sonrisa. No era cosa de que todos sospecharan de mi animadversión por el japonés. Pero en mi testa empecé a urdir un plan; un plan que dejara con el culo al aire a Wakasaku.. Entonces podría yo actuar, enmendar el error y recibir mi ansiada recompensa. Introduje nuevamente el Informe A-6130 DUP. en el ordenador y mientras éste iba ordenando cifras y letras, mi cabeza iba a su vez calculando y computando. Por algo en mi infancia y juventud mis compañeros y colegas me apodaron "El Computer": Podía calcular cifras y ordenar letras más rápido que las calculadoras y computadoras de la época. Con el

tiempo mi cabeza se ha ido oxidando, o por lo menos rellenándose con otras preocupaciones: trabajo, mujer, tres hijos, ambiciones; mientras que los ordenadores se han ido sofisticando y ganando en rapidez. De todos modos podía seguir enfrentándome a muchos de esos aparatejos. Conmigo no iban a poder. Cuando el ordenador llegó a la tercera operación, en la cifra 38.999 letras SUP, detuve la máquina y cambié, intentando no dejar rastros, la S por la Z, de modo que la ecuación se convirtiera en cifra 38.999 letras ZUP, de la tercera operación. Mi tesis y esperanza se basaba en que al haber aprendido el tal Wakasaku su mal español en Perú, cuando hacía tres años fue contratado por dicho gobierno, al parecer para que computarizara secretos militares y probabilidades numerológicas que permitieran perpetuar en su silla al presidente, no pudiera distinguir el sonido de la Z del de la S, como ocurre en tierras hispanoamericanas. Wakasaku, seguramente, que trabajaba siempre en voz alta, repitiendo números y palabras -decía que ése era su método japonés de concentración y descubrimiento de errores- no distinguiría el nimio error pero que, a fin de cuentas, cambiaría todo el panorama estadístico, aún más porque se trataba de una cifra y letras intermedias, de la tercera operación, la más delicada y decisiva.

Con cara de sumisión me presenté a Wakasaku, advirtiéndole de que había revisado otra vez su último informe A-613O, que de DUP (segunda revisión) había pasado a TRIP (tercera revisión) y que, a mi parecer, algún mínimo error había pasado inadvertido. Quizás el, le sugerí muy respetuosamente, con su experiencia y aguda precisión, revisando nuevamente, podría aclarar las dudas. Tan solo me preguntó, en su machacado español, que quién había efectuado el TRIP. Le contesté que un servidor; me miró bajo sus gafas bifocales con esa mirada de quien parece estar dormido, y me retiré, también sumisamente.

Pasaron tres días sin tener noticias del A-6130 TRIP. En nuestro oficio tres días son como tres siglos; un mínimo parpadeo y se puede perder, no solo un contrato o una millonada, sino provocar otra guerra mundial. Por tanto, me pareció extraño la tardanza en recibir respuesta, aunque interiormente me alegraba, porque podría ser señal de que no había descubierto error, o por lo menos no "mi" error. De cualquier manera, yo sí había percibido en el informe algo que no encajaba, pero que no pude descubrir. Posiblemente el japonés había dejado que el informe siguiera su curso natural por lo que dentro de poco la bomba estallaría y yo podría recoger mis frutos.

El cuarto día, por fin, la llamada de Wakasaku a su despacho. Me dirigí, no sin cierto nerviosismo, entrando con mi acostumbrada política de sumisión, para ganar puntos. Me encontré entonces, inesperadamente, con el mismísimo presidente general de la Internacional, Don Walter Weinberg Lewis, con el gerente de la rama europea, D. Antonio Melilla Boadilla y con otros tres de los grandes. Por un instante sentí que el mundo se me venía encima. El pastel se había descubierto. Mi mente de "Computer", en décimas de segundo, fue fraguando un plan de ataque, de manera tal que la ofensiva la iniciara yo, para no tener que verme en la triste postura defensiva.
-Quién lo diría. Me encuentro precisamente con todos los que me interesaba ver en las próximas horas- fue lo primero que se me ocurrió decir. Realmente una reunión de altos vuelos como ésta no la había tenido nunca, en mis doce años de investigador especializado en alta definición computerizada en esta empresa. Con Don Walter Weinberg a duras penas me había reunido dos veces, anteriormente.
-Ya nos lo imaginábamos- comentó precisamente el Señor Weinberg. -Pero antes de que continúe, Don Santiago, díganos quién, realmente, fue el último en revisar el informe A-6130, en su fase TRIP.

Como ya había confesado al japonés que había sido yo, no podía echarme atrás. Así, mientras alineaba mi coartada, exclamé: -Ya le había explicado al Señor Wakasaku que me vi en la necesidad de revisar personalmente una tercera vez el informe, porque había descubierto un error, que a mi parecer ha sido intencionado. Como mis sospechas tienen fundamento, lo devolví ex-profeso al lugar del origen del fallo.
-Entonces ha sido usted en persona quien descubrió el supuesto error, ¿no es así?- concretó el gerente de la rama europea.
-Sí, Don Antonio, así es- espeté brevemente, tratando de proyectar seguridad y orgullo y preparando mi siguiente ataque.
-Muy bien, Don Santiago- volvió a tomar la palabra el presidente de la Internacional. -El Señor Wakasaku se dirigió a nosotros anteayer con el fin de solicitar una reunión urgente con usted y el resto del personal

gerencial de la rama europea, en relación con el informe A-6130 TRIP. Decidí revisar personalmente el informe y las observaciones del Señor Wakasaku y dada su impotancia he aceptado convocar esta reunión. Solo lamento que no haya podido efectuarse ayer, debido a mis ocupaciones en la delicada situación de la rama australiana, con el informe J-7721 QUINT, del que usted seguramente habrá oído comentar. Pues bien, aquí estamos, Don Santiago...
-Antes de que continúe, Señor Weinberg, permítame exponer mis sospechas y el por qué decidí devolver el informe a su despacho original, o sea, al señor Wakasaku.
-No es necesario, Don Santiago- continuó el presidente de la Internacional con ese castellano tan perfecto a pesar de su acento inglés. -La determinación ya está tomada y comprendemos de sobra su actitud. Sólo permítame agregar que hace un momento, antes de que entrara usted por esta puerta, propuse su traslado a las oficinas centrales en Salinas, California. Nos hace falta en la casa matriz una persona capciosa, experta no sólo en cifras sino también en letras, conocedora de varios idiomas, como usted, Don Santiago. Pero el Señor Wakasaku, que ayer firmó un contrato indefinido con nosotros, nos ha sugerido que trabaje usted con él, en su despacho, revisando todos los informes que le llegan. Vamos, que sea usted su mano derecha. El Señor Wakasaku nos ha pedido que en su nombre le agradezcamos su generosa actitud y comprensión con él, al no hacer público su grave error, reemplazando la S por la Z, achacado a su falta de dominio de la lengua castellana, y que lo haya usted corregido y devuelto a su origen, sin hacer de ello historia. Y yo, considerando que el Señor Wakasaku es un experto, como pocos, en estos tipos de informes y operaciones, pero que aún le falta el dominio completo del castellano, me decanto por la sugerencia del Señor Wakasaku y lo nombro a usted, de acuerdo con los aquí reunidos, el segundo de Don Hikito Wakasaku.
-¡Enhorabuena, Don Santiago!- agregó Don Antonio Melilla Boadilla, como para sacarme de mi estremecimiento interno, de mi gilipollez, de mis ganas de comerme mis propias entrañas. -A partir de mañana puede usted mudarse al despacho del Señor Wakasaku. Esperemos que conformen no un equipo óptimo, sino el equipo óptimo, por muchos, muchos años.

EL ESPEJO

Dicen que no hay nada más triste que estar muerto y no saberlo. Pero aquello que ocurrió un domingo en casa de mi vecino el Tate podría ser más triste aún. Todo empezó aquel domingo en el que me sentía aburrida y solitaria, como casi todos los fines de semana, desde que enviudé hace ya ocho años y mis hijos abandonaron el hogar para formar el suyo propio. El Tate, por su parte, tenía siete años de vivir separado de su mujer y sus hijos, o mejor sea dicho su mujer lo abandonó debido a esa terrible costumbre que tenía de tocar, donde pudiera, a mujer que pasaba frente a él. Precisamente el mote de el Tate, con el que se le ha conocido en el vecindario, partió de tate quieto, que no precisa de mayores explicaciones.

En los últimos años el Tate y yo habíamos entablado una relación de buena vecindad, beneficiosa para ambos. Así que ese domingo busqué la compañía del Tate para consolarnos mutuamente en nuestra soledad. Subí hasta su piso y, como tantas otras veces, toqué el timbre. Pero por más que tocaba el Tate no abría. Me asusté. Más bien me aterroricé. Pensé que el Tate se había buscado la manera de ser consolado por otra, o de consolar a una vecina más joven que yo. O peor aún, que se hubiera reconciliado con su mujer. Miles de pensamientos pasaron por mi mente de mujer viuda y madura, pero ante el terror, opté por calmarme y pensar. Recordé que el viernes, cuando nos encontramos en las escaleras del portal, me dijo con un guiño malintencionado y con sus manos de pulpo: Hasta el próximo domingo, que la muerte pega un brinco y yo me rindo. Entonces me reí, pero ahora la cosa era distinta. ¿Qué me habrá querido decir?, me pregunté. Y fue en ese momento cuando me decidí hacer algo que hasta entonces no me había atrevido: cogí las llaves de su piso, las que el Tate me había dado a guardar para casos de necesidad o urgencia. Subí nuevamente a su piso y abrí. Cuál no habrá sido mi sorpresa, más bien susto, al oír una voz proveniente del sofá. Yo no podía ver, desde la entrada, si había alguien en el sofá. Tan solo oí una voz ronca que decía -Menos mal que has abierto. No sabía cómo avisar a nadie-. Era la voz, aunque mucho más ronca, del Tate.
-Qué susto, Tate- le espeté yo. -¿Por qué no has abierto... y qué tenías que avisar?
-De que he muerto. Estoy muerto desde esta misma madrugada y nadie se ha enterado.

-¿Cómo que estás muerto?- le dije mientras me acercaba y, a no ser por sus ojos cerrados, podía decir que estaba más vivo que nunca, allí, tirado en el sofá, desnudo y potente, más potente que nunca.
-Estoy muerto, te lo digo yo. ¿No ves que no me siento, que ya no soy?-
La verdad es que no supe qué contestar. El Tate estaba vivo, más vivo que nunca, y él ni siquiera lo sabía; no se daba por enterado. Qué triste, pensé, estar vivo y no saberlo. El caso es que después de un tira y afloja impresionante, en el que el Tate trataba por todos los medios -o casi, porque si no se daría cuenta de que estaba vivo- de hacerme creer que había muerto, decidí seguirle la corriente, más para ganar tiempo que por otra cosa.
-¡Ay, Tate, que te has muerto! Y yo sin enterarme... Ay, Tate, ¿qué será de mí los domingos? Ay, Tate, ¿a quién quieres que avise de tu muerte... qué hago con tus cosas?

Y el Tate empezó, aún con los ojos cerrados y con su cuerpo desnudo, potente y más vivo que nunca -por lo menos eso era lo que me parecía a mí- a dar instrucciones a diestra y siniestra, hasta que por fin nombró al espejo grande y enmarcado que estaba en la sala, justo frente al sofá en el que el Tate, acostado desnudo y con ojos cerrados se creía muerto. ¿O lo estaba? Ya no estoy segura. Pero es que de lo que me percaté en ese instante me dejó helada, hasta tal punto que pensé que la muerta podría ser yo. En aquel espejo quedaba yo completamente reflejada, tal cual, lo mismo que el sofá; pero del Tate nada, ni rastro. ¡Su cuerpo desnudo y potente no se veía reflejado en el espejo!

Y aquí estoy, asustada, sin saber si el Tate ha muerto o si soy yo la muerta sin saberlo, que no veo al Tate reflejado en el espejo. Aún en este momento me pregunto qué será más triste: estar muerto sin saberlo o estar vivo y creer que has muerto. Pero esa pregunta solo la puede responder quien sea capaz de mirarse desde dentro del espejo.

DONUT-YOGUR

Lo que no mata engorda. Ya estaba harto de oír la misma cantinela. El problema era que su cuerpo ya no podía disimular más las consecuencias de dicha expresión, que formaba parte de la filosofía familiar desde que tuvo uso de razón. Sus padres, dos señorones de peso pesado, medían el orgullo por kilo: un kilo más de peso, una razón de peso más para sentirse orgulloso. Y así los educaron a su hermana mayor, Caterina (85 kilos a los catorce años) y a él, que a los trece a duras penas llegaba a los 45 kilos, y a los quince, un año después de que sus padres decidieran meter manos a la obra con él, ya sobrepesaba -con e- a su hermana. Lo curioso del caso era que Caterina había aceptado de buena gana aquel legado familiar, sin que hiciera mella en ella ni la tendencia de la moda anoréxica, ni los rumores de sus compañeros, ni la televisión, ni nada. En contrapartida estaba él, un balón rodante, un donut de cebo andante. Por lo menos así se sentía, ridículo y avergonzado, cuando decidió tomar el peso de la responsabilidad de su gordura sobre sus hombros. Claro que era un decir porque el peso de la responsabilidad y las decisiones las llevaban sus padres y no había quien les pudiera quitar ese peso de encima.

Su determinación no fue a la ligera; más bien a la pesada. En una misma semana rompió la báscula de la enfermería de su colegio durante una revisión médica rutinaria -con el consecuente efecto dominó en las bocas, habladurías, risas y pensamientos de alumnos y profesores- y recibieron en casa una carta de la compañía de transporte escolar en la que notificaban, sin causa aparente alguna, que la ruta del autobús escolar había sido modificada y que ya no podían pasar a recogerlos ni a su hermana ni a él. La reacción de sus padres fue la habitual: -¿Acaso nos moriremos por eso? No, ¿verdad? Pues, no importa, ya lo solucionaremos. Lo que no mata engorda y esto no nos matará.

Eso, claro, era lo que creían sus padres, pero él estaba a punto de suicidarse ¡y eso sí que lo iba a matar! Finalmente rechazó tal posibilidad al intuir que no habría ataúd en el que pudiera caber, cómodamente, un chico-donut de dieciséis años y con más de 100 kilos de peso. Fue entonces cuando se hartó de aquel dicho y empezó a soñar con ser chico-yogur. De chico-donut a chico-yogur. ¿Podría ser posible? Había un pequeño, pequeñísimo problema: su cerebro se había hartado de una vez por todas de aquella frase lo que

no mata engorda, pero su estómago no se hartaba nunca por más comida que le metiera. El problema se convirtió así, no ya en un conflicto generacional padre-hijo, sino en un conflicto corporal cerebro-estómago. Y no tenía a quien pedir ayuda. Era trágico.

Entonces ocurrió lo imprevisto: Por primera vez en su vida le tocó visitar un camposanto. El padre de un compañero de clase había muerto y la clase entera asistió al entierro. Al momento de bajar el ataúd a la fosa él se acomodó entre los últimos, detrás, para no tener que oír aquello de apártate, que no me dejas ver, o peor aún, oye, bola-e-cebo, que no eres hijo de Pedro Vidriera y Transparente, sin percatarse que precisamente al lado de la fosa en la que en aquel instante bajaban con sogas el ataúd, había otra fosa ya abierta para el siguiente entierro. Un paso más hacia atrás y sintió que su vida se iba por un abismo. Fue tal el grito que pegó y el estruendo que hizo al tocar tierra en la fosa en la que había caído, que los sepultureros, del susto, soltaron las sogas, y el ataúd con el cadáver del padre de su amigo rebotó en tierra con un estruendo mayor que el suyo, abriéndose, y quedando el cuerpo botando a la vista de todos. El morbo estaba servido: una bola viviente enterrada en una fosa abierta y, a su lado, un hombre cadáver dando tumbos en la tumba. A partir de aquí el llanto y la risa -al principio contenida pero finalmente a carcajada abierta- se mezclaron en una sinfonía del absurdo hecho realidad.

Cuando algunos compañeros intentaron levantarlo, fue imposible, por razones obvias, con el agravante de que se le había roto una pierna. Así que los sepultureros tuvieron que abandonar por segunda vez su trabajo habitual y utilizar las susodichas sogas para rescatarlo, atándolo y levantándolo a ras de tierra. Una vez terminada aquella faena -con aplausos incluidos- los sepultureros siguieron con lo suyo, pero el foco de atención siguió siendo él.
-¿Cómo transportarlo al hospital?
-¡En mi coche no!
-Yo no puedo esperar, me tengo que ir ya.
-Precisamente me esperan en la oficina...

Así, hasta que a un bromista se le ocurrió nombrar al coche fúnebre... ¡El coche fúnebre! Claro, el coche fúnebre aún allí estacionado podría servir de ambulancia. ¡Y no era ninguna broma! Entre todos, pues, lo metieron como pudieron en el coche fúnebre rumbo al hospital. En ese momento él no sabía distinguir cuál dolor era el más acuciante, el de la pierna rota, el del cerebro dolorido y humillado, el de la tripa hambrienta... Sólo entendía que había vuelto a la vida, pero a la inversa: de una fosa de cementerio hacia un hospital ¡en coche fúnebre!

Ya entrando en la ciudad le dio por erguirse y asomar su cabeza por la ventanilla trasera. Maldito error. Los coches se detuvieron. Los transeúntes alucinaban. La policía no entendía lo ocurrido, pero se formó un embotellamiento tal del tráfico que el conductor del coche fúnebre tuvo que advertirle, casi histérico, -Túmbate de una vez, chaval, ¿qué no ves la que has liado? Todos creen que eres un muerto resucitado.

Los gritos del gentío penetraron hasta el coche y pudo distinguir algunas frases:
-¡El muerto está vivo!
-¡Que se mueve el fiambre! ¡Que se mueve el fiambre!
-¡Se ha salido un muerto del ataúd!

Al fin de cuentas, si no fue exactamente eso lo que había ocurrido, así se sentía él. Había muerto el donut-bola-e-cebo, para resucitar el chico-yogur. Así se lo juró, en ese momento, tumbado en el suelo frío y metálico de un coche fúnebre. O esto o la muerte. No había vuelta de página. En ese sentido, tomada la determinación, todo lo ocurrido hasta aquel aciago día, parecía dar igual.

EL PROFUNDO SECRETO DE CAMILO BURACO

I

El sino de Camilo Buraco estaba marcado por los términos agujero, hueco, hoyo o cavidad; cueva, hondura o abismo. Lo mismo daba. Mientras más huecos en su vida más repleto se sentía y, aún así, más liviano se encontraba. Se cuenta entre los parroquianos que fue Camilo el inventor de aquel acertijo ¿De qué se puede llenar un saco que mientras más se llena, menos pesa? Este enigma, cuya respuesta no podría ser otra que de agujeros, fue conocido entre medios místicos y de culto como el Enigma de Camilo.

Ello tuvo un origen muy peculiar: Apenas había cumplido Camilo veintiún años, la misma noche del festejo, en las conocidas Cuevas de Almanzora, taberna ubicada en las profundidades de la tierra, con la primera bebida Camilo sintió que sus poros se ensanchaban. Ya no eran poros, eran cavidades porosas, que se expandían por su cuerpo, aligerándole de peso. Tuvo que sostenerse fuertemente en su butacón para no salir flotando como un globo henchido. Pero así se sentía: henchido y liviano. Mientras más bebía, más se reproducían las hendiduras de su cuerpo y más se aligeraba su peso. Pero allí no acabó todo. En un momento dado, cuando ya no pudo sostenerse más en su butaca -también los poros de sus manos se habían convertido en agujeros- Camilo Buraco inició su vuelo. Flotaba. Flotaba mientras familiares y amigos, acostumbrados ya a sus excentricidades, murmuraban: Otra vez Camilo con sus rarezas. Pero lo que a todos tomó por sorpresa fue lo que ocurrió a continuación: de sus poros-agujeros empezaron a emanar efluvios, líquidos blancuzcos y algo espesos. Su madre fue la primera en horrorizarse. En su rostro redondo y en sus ojos vivarachos se reflejaban el terror. Solo ella, entre los presentes, conocía el secreto congénito de Camilo. Éste había nacido, en el sitio correspondiente a su tetilla derecha, con un agujero del tamaño del pezón de la tetilla, del cual emanaba flujo preseminal en momentos de excitación. Si se descubría, ello podría ser humillante, embarazoso y hasta catastrófico, según la abnegada madre. Pero se equivocó. Algún avispado fue el primero en descubrirlo: -¡Crema, crema de whisky!- No terminó de gritar la frase cuando todo el conglomerado humano en la taberna Las Cuevas de Almanzora, en las profundidades de la tierra, ya se había arremolinado bajo el cuerpo flotante, agujereado y liviano de Camilo Buraco para saborear tan apetecible emanación que fluía de sus cavidades porosas. Mientras tanto Camilo, en el aire, ebrio de bondad y de frotarse con placer su tetilla derecha, exclamaba:
-¡Mientras más me llenan, menos peso; mientras menos peso, mayor el placer; a mayor placer, la suerte está echada!-

Sólo su madre, la de rostro redondo y ojos vivarachos, comprendió el verdadero sentido de aquellas palabras lanzadas desde el aire enrarecido de una cueva. Tan solo ella.

II

Por alguna extraña circunstancia los agujeros han determinado la vida de Camilo Buraco. Al nacer descubrieron, atónitos, que Camilo poseía una cavidad corporal extra. En lugar de la correspondiente tetilla derecha poseía un agujero del tamaño del pequeño pezón de la tetilla. Un líquido blancuzco, más claro y espeso que la leche, fluía cada vez que su madre lo amamantaba. Ella, mujer regordeta, cara redonda y ojos vivarachos, temblaba entre preocupada y asustada, cada vez que tenía que repetir el ritual de alimentarlo, pensando en las posibles consecuencias de este defecto, si es que así podría denominarse a este fenómeno. Durante la emanación de aquel líquido Camilo Buraco no lloraba ni reflejaba acto alguno de dolor o sufrimiento. Su rostro, más bien puntiagudo y pálido, en todo momento proyectaba una manifiesta sonrisa de placer y satisfacción. Años después, cuando Camilo entró en la pubertad, se descubrió que aquel flujo no era ni más ni menos que flujo preseminal.

Así de absurda era la vida de Camilo. Pero absurda o no, éste y los demás agujeros que se interpusieron en su camino no fueron óbice para una vida de sufrimientos ni frustraciones. Por el contrario, el agujero de su tetilla derecha fue causa de innumerables placeres extáticos, ya sea en solitario o en compañía, a pesar de los riesgos que un flujo de tal magnitud podría causar. Apenas tuvo uso de razón Camilo descubrió la diferencia, pero a pesar de ello siempre intuyó que ésta sería una bendición, un aliciente en su vida, a pesar de las preocupaciones maternas por ocultar el defecto.

Entre médicos, brujos, naturistas, místicos y demás, Camilo pasó la mayor parte de su infancia. Pero precisamente llegada la pubertad, cuando le diagnosticaron el origen de sus emanaciones, Camilo Buraco se rebeló, dejó de asistir a todas aquellas citas y le dio por inquirir, por su cuenta, sobre la causa y origen de esta bendita diferencia. Y no le fue difícil dar con ellas. Su abuelo materno, padre de dieciocho hijos con cuatro mujeres, en cuatro diferentes puntos estratégicos del planeta, padecía del mismo defecto-bendición. Aquello lo descubrió por un casual, de la forma más inesperada, y no precisamente por boca de su madre.

En un viaje de placer por Panamá, subiendo a un autobús que debía trasladarlo a una expedición por las cuevas de Chilibre, su codo chocó con el pecho de otro viajero, regordete, de cara redonda y ojos vivarachos, que en vez de protestar o de exhalar un grito de dolor o rechazo, expresó un ah..... tan sensual, como el que solía expresar el propio Camilo cada vez que se tocaba o le tocaban la tetilla derecha. E inmediatamente descubrió que la camisa del viajero se impregnaba de un líquido más que conocido por él. Camilo quedó estupefacto. Más aún cuando descubrió que aquel joven poseía los rasgos físicos de su madre: su cuerpo regordete, su cara redonda con pómulos abultados y colorados, y esa mirada penetrante de unos ojazos negros y vivarachos. Así conoció a su primo, en un viaje programado para satisfacer esa imperiosa necesidad suya de conocer todo hueco o cueva que bajo tierra existiera, después de una impresionante e inusitada presentación. Descubrió, además de que su primo compartía las mismas inquietudes por todo lo que oliera a agujero, fenómeno que habían heredado del abuelo, que aún vivía, ya con su cuarta mujer y sus tres últimos hijos. Pero al parecer tan solo Camilo y este primo, que por extrañas circunstancias se llamaba Micalo Buraco, habían heredado esta característica congénita del abuelo, según la confesión del propio Micalo.

Aquel primer encuentro con su primo terminó entre copas, humos y decibelios, en el bar El Agujero Negro, de la ciudad de Colón, donde Camilo y Micalo entonaron, con voz ronca, como salida de una cavidad subterránea, aquel estribillo que decía:
El mundo todo un agujero grande es
ni objeto, ni color, ni alma
ni siquiera el flujo de la vida.
Tan solo un agujero grande es.

Aún se repite en Colón ese estribillo entre los noctámbulos asiduos a los bares y cantinas como el himno a la lealtad etílico-nocturna.

III

Camilo Buraco se despertó en la madrugada con una sola obsesión: ¿dónde habrían parado los diez mil dólares que le había regalado su abuelo materno, con quien le unían lazos de afinidad muy particulares? El dinero lo había escondido desde hacía tres años detrás del azulejo hueco de la cocina. Un buen escondite que le evitaría innecesarias declaraciones. Pero ahora, recién casado, su mujer, una minera de armas tomar, había iniciado reformas en la casa. No es que Camilo lo viera con buenos ojos pero era consciente que su piso de soltero, lleno de agujeros y rayando en el estado de dejadez, no era el hogar más adecuado para una mujer que desde muy joven había tenido que poner pecho y alma para lograr su sueño: ser aceptada como mujer minera en su comarca. Ahora que había abandonado su oficio para vincularse maritalmente con Camilo, quería tomar las riendas de los asuntos hogareños y adecuar el piso para una convivencia agradable y pacífica. Once años en la mina la habían adiestrado para apreciar hasta la más mínima tonalidad de luz y color. Pero ahora, pasada la medianoche, con su mujer a un lado de la cama, Camilo recordó súbitamente el dinero. No era producto de una pesadilla. Ese mismo día los obreros estuvieron derrumbando con mazos y martillos las paredes de la cocina para empotrar el nuevo armario alacena con el que su mujer seguramente estaría soñando, y que había copiado de una de las tantas revistas de decoración.

El sudor fue invadiendo cada uno de los ya dilatados poros de Camilo mientras pensaba en lo que podía haber ocurrido con los diez mil dólares. Y, sin saber exactamente por qué, su mujer dejó de parecerle aquella minera robusta y decidida que había conocido en las minas asturianas, en una de sus frecuentes incursiones

por cuevas y minas, en su afán por satisfacer esa desesperada afición por adentrarse a los agujeros más profundos de la tierra. Podría afirmarse con rotunda seguridad que fue ese interés de Regina, que así se llamaba su recién estrenada mujer, por las minas y profundidades, lo que atrajo a Camilo que quedó, más que admirado, anonadado al conocer aquella mujer fuerte, segura, con mucho que mostrar de frente, a cientos de metros bajo la superficie terrestre, a la tenue luz de las linternas que ambos colgaban de sus cascos especiales. No está demás recordar que Regina sólo quedó prendada de él cuando conoció, en un muy intencionado y provocado momento por parte de Camilo, el defecto que éste, si es que así podría llamársele, había heredado de su abuelo materno: en lugar de su tetilla izquierda tenía un pequeño agujero, foco de placeres inenarrables y de sensaciones fuera de lo común, a las que prácticamente ninguna mujer podía resistirse.

En su imaginación, y quien sabe si en la realidad que el futuro podría confirmar, su mujer empezó a ocupar un espacio cada vez más amplio de la cama hasta encajar en toda ella, como una masa gorda y amorfa, y él, sin sus diez mil dólares ni respiración, debajo, bajo su peso, asfixiado y jadeando, y no precisamente debido a una estimulante sesión de sexo.
-Regina, Regina ¡despierta!- exclamó Camilo como si su voz saliera de algún agujero ahuecado.
-Mmmm..., ahora no, Camilín.... estoy exhausta.
-Que despiertes, te digo.- Camilo le dio tal empujón que hizo botar a Regina en aquel colchón de resortes multielásticos.
-¿Pero qué pasa, mi amor? ¡Qué susto me has dado!
-Regina, ¿qué han hecho los obreros con los escombros de la pared de la cocina?
-Pero Camilo, ¿para eso me despiertas a estas horas? ¿Qué importancia tiene eso?
-La tiene, Regina, créeme que la tiene.
-¿Pero por qué, Camilín?
-Dime qué han hecho con los escombros y luego te explicaré.
-Y yo que sé; me imagino que lo han tirado en el contenedor que alquilamos para eso, si es que les ha dado tiempo. A lo mejor aún está en la cocina, como es imposible entrar...

Camilo dio un brinco por sobre su mujer y tal como estaba, desnudo, corrió a la cocina para adentrarse entre escombros y ladrillos y penetrar en las profundidades oscuras de su propia cocina. Aunque parezca imposible Camilo se sintió en su ambiente; se reavivó en él esa grata sensación de penetrar, como un topo, en agujeros y lugares profundos y oscuros. Regina, su mujer, que lo miraba atónita, no entendía qué estaba ocurriendo. En un momento dado Camilo desapareció de su vista, sepultado entre tanto cemento y barro.
Excavando cada vez más profundamente Camilo Buraco apenas oía en la lejanía el repiqueteo de su nombre, que era pronunciado por su mujer, y casi se estaba olvidando de cuál era la finalidad de su misión: encontrar esos malditos diez mil dólares que su abuelo, desde algún lugar de Filipinas, le había enviado cuando se enteró de las afinidades que a ambos los unían, tanto físicas como culturales. Cuando la oscuridad se hizo total, Camilo percibió que algo no estaba marchando con normalidad: mientras más excavaba más claramente empezaba a ver las cosas. Sus ojos parecían dos mínimas linternas -como aquella del casco que llevaba puesto el día que vio por primera vez a su actual esposa, en la mina- que alumbraban el camino que él mismo abría con sus manos y cuerpo. Además, considerando el tiempo y la distancia recorrida, Camilo tendría que haber atravesado ya las paredes de su propio piso para adentrarse en el piso de abajo o el lateral. En aquel instante se dio cuenta, también, que su pensamiento cobraba visos de realidad, pues se descubrió a sí mismo, en medio de la oscuridad, en otra habitación, lejos ya de los escombros que hacía tan solo unos instantes lo envolvían. La única ventaja era que, a pesar de la oscuridad, sus ojos relucientes le permitían observar con claridad a su alrededor. De esta manera divisó aquel cuerpo de mujer despampanante, desnudo y solitario en esa cama enorme y desaprovechada. Mientras la morena suspiraba entre sueños, Camilo se sorprendió imaginando actos que su moral no le permitía, pero quedó más sorprendido cuando de pronto, en menos de lo que el ojo tarda en parpadear, se vio en la cama envuelto entre los voluptuosos brazos, pechos y piernas de la morena. Camilo sudó como un condenado sin estar seguro si era a causa del poder que estaba descubriendo en él, por motivos más sensuales, o por la conciencia ética que le recriminaba su escandalosa actitud en un caballero recién casado. Aún así, intentó por todos los medios no pensar más que

en lo que estaba haciendo. No le gustaba dejar inacabada ninguna obra que emprendía. Y ésta la emprendió hasta sus últimas consecuencias, haciendo alarde del defecto congénito en su tetilla izquierda.

Todo llega a su fin y, Camilo, para tratar de adormecer su conciencia herida y removida pensó en los diez mil dólares desaparecidos, causa de todos sus últimos y recientes males. No tardó en descubrir, con la sorprendente luminosidad de sus ojos, un agujero entre los escombros que, hacía poco rato, había atravesado y, dentro de él, un fajo de billetes verdes. Se introdujo entonces con su habilidad de topo en aquel agujero, tomó los billetes y siguió su camino con la esperanza de retornar a la derruida cocina de su hogar. El pensamiento fue nuevamente su medio de transporte, rápido y barato. No hizo más que salir de la cocina, tan desnudo como había desaparecido, aunque lleno de polvo y de rasguños. Sin embargo, esta vez su mente quedó paralizada a todo pensamiento. Ante Camilo apareció su mujer, tal como la había imaginado en los instantes que antecedieron a su última y fantástica aventura: una masa gorda y amorfa, tan gorda como la misma cama de matrimonio y tan blanda como el colchón en que imaginó tan aberrante visión.
-¡Camilín! ¡Camilín!- gritaba desesperada su mujer, la minera, la de armas tomar, mientras se acercaba a él extendiendo sus brazos para abrazarlo y atraerlo hacia sus pechos. La atracción fue total. Camilo Buraco desapareció entre esa masa de carne viviente que quería expresar su más dulce sentimiento de amor en un abrazo mortal. Pero conociendo a Camilo Buraco, superviviente innato de los más profundos y atrayentes agujeros y abismos, todo podría ser posible.

AUTOBIOGRAFÍA

Según cuentan mis biógrafos nací el veinticuatro de julio de 1996 en vísperas del día del patrón, en la ciudad complutense de Alcalá de Henares. Pero yo, verdadero y único reconocedor de mi propia vida, sé que tres meses antes ya intentaba escaparme de país de Nomeacuerdo. A partir de allí mi vida se convirtió en una constante huida a lo desconocido, al allá del más allá, al cero del infinito y, en última instancia, a la luna. Aquella luna que con tan solo diez años ya me apetecía comérmela. Pero claro está, quienes me duplicaban, me triplicaban o me cuadruplicaban la edad no hacían más que gritar horrorizados: ¿Te has vuelto loco? Eso no se dice eso no se hace eso no se toca eso no se come caca fuya. Se me partió el corazón. No fue aquella la primera vez en que mi corazón se partió. Recién cumplía mis primeros cinco años de vida cuando interrumpieron mi inocente juego del ñiquiñiqui con mi vecinita, la ingenua y suave Tutita, que a la postre tenía cuatro añitos, y que a los veinticuatro se convirtió en la Tutita más Tuta de todas las Tutas. Se me partió por vez primera el corazón, y algo más.

Como no pude seguir jugando con Tutita me las ingenié para vigilarla, seguirla, espiarla, acosarla. A tal punto que el vigilar a través de una ventana o por el agujero de una puerta se convirtió para mí en un vicio, en una obsesión. Y reconozco que ha sido uno de los más leves de mis vicios. Pero cuando esta vez me atraparon no dejé que se me rompiera nuevamente el corazón. Decidí hacerme inventor: inventar las gafas supertúticas para observar a Tutita a través de paredes, cortinas y paños. ¡Y lo logré! Fue mi primer gran logro profesional como inventor. Ello ocurrió, no obstante, después de muchos años de esfuerzo y tesón, o sea, cuando Tutita se convirtió en la Tutita más Tuta de todas las Tutas.
Sin embargo, el mundo había ya girado tantas veces desde aquella sabia decisión, que había dejado de interesarme por ella. Además, cuando a los cinco años se me había roto el corazón, también se me había roto algo más, ¿y qué podría hacer yo, ahora, con Tutita, sin ese *algomás*?

Entonces mi mayor afición se convirtió en mirar por la ventana, producto de mi tutitamanía. Instante tras instante. Ver pasar la vida ante mí, a través de una ventana, para corregirla con mis inventos, fue mi más refinada obsesión. Hasta que una noche volví a ver pasar la luna. Y me dio hambre. Y me dije: Me comeré la luna. Esta vez no había fuerza humana que me lo impidiera. ¡Y me la comí! No en aquel mismo momento, dadas las circunstancias, pero a partir de entonces trabajé para ello, hasta que logré perfeccionar las gafas supertúticas para que me hicieran, además, invisible y volátil. Recuerdo que en mi primer ensayo no me atreví volatizarme directamente hasta la luna. Preferí llegar hasta la costa oceánica para ver, con mis viejas-nuevas gafas, mi primera puesta de sol a la orilla del mar. Yo, el gran inventor del momento, hombre de

tierra adentro, nunca había pisado la mar y debo confesar que al llegar a aquella inmensidad acuática, sobre las rocas del Finisterre, con aquellas gafas que no sabían distinguir entre noche y día, fue tal la aprensión, la trémula experiencia, que me dije, ruborizado, ¿Qué hago yo aquí, con lo bien que me siento detrás de la ventana? Pero al pensar que mi próximo viaje, a la luna, sería mucho más largo y complicado, me volvió a dar hambre y recapacité. Además, no quería más decepciones, no más corazones rotos. A lo máximo, aceptaría entregar mi vida como mártir por una causa justa.

Como todo lo que me propuse conseguir en esta vida de huída y de rupturas logré coronarlo con éxito, también éste, mi último experimento, mi última escapada, culminó exitosamente. Hoy, precisamente hoy, 24 de julio de 2086, me he he volatizado a la Estrella Centurión Contactglás X-304.R. Dicen mis biógrafos que he muerto, que he muerto como mártir, venerado y odiado en la ilusa gravedad terráquea. Pero antes pasé a darle un buen bocado, espectacular, a la luna. Y sin saber por qué, mi corazón, mil veces roto, volvió a romperse por última vez. Pero lo más curioso, los hombres de la tierra se preguntan: ¿Qué habrá pasado con la luna? Si parece un corazón roto, y gotea, gotea sangre... ¿Qué habrá pasado con la luna?. Y yo y mi no-yo, reímos.

EL HERRERO

La polvorienta tarde en la que Billy The Kid apareció en mi pueblo, éste ya no era ni rastro de lo que en su día fue. Ni Billy The Kid era ya aquel Billy ni mucho menos aquel chico-kid. Ya pasaba de los sesenta y su vientre era mucho más abultado de lo que fue su propia leyenda de matón. Pero una cosa, tan solo una, quedaba intacta de todo su esplendor: la herradura de caballo que se había hecho incrustar, durante sus años de gloria, en la hebilla de su cinturón, cientos de veces gastado, cientos de veces reemplazado. Pero no así la herradura, incrustada en la hebilla, que estaba intacta; ennegrecida, pero intacta. Casi podría reflejarse en ella las fantásticas y prodigiosas hazañas que se le adjudicaban. Yo, que ahora era el dueño de la única ferretería de mi pueblo en medio de la nada y, por tanto, conocedor de las propiedades y vaivenes del fierro y otros metales, fui el único en darme cuenta de ello. Así, cuando Billy The Kid apareció por mi ferretería, fue deliberadamente tratado con delicadeza y reverencia, como si el tiempo no hubiera pasado, como si su leyenda no fuera eso, una leyenda. Con ello desarmé a Billy The Kid. Lo atraje a mi bando, inmisericordemente.

un cinturón nuevo suyo es sin coste alguno por merecimiento propio qué bonita hebilla sin igual impregnada de historia no si sólo quiero pulirla un traguito de ron seco mientras tanto sólo la pulo con gusto a tan delicada hebilla es verdad lo que cuentan de ella vaya pues no se hable más de la hebilla claro qué indiscreto soy todo suyo billy the kid pase atrás al refrigerio tome asiento quítese la hebilla se la pulo otra copita mire cómo empieza a brillar mírela bien, mírela fijamente brilla brilla no aparte su vista de la herradura se siente tranquilo sosegado cómo brilla reluciente se va usted durmiendo duerma tranquilo duerma mirando la hebilla duerma

A Billy The Kid ya no lo veré más por la ferretería.

DE OFICIO, PICADOR DE AIRE

OFERTA DE TRABAJO: Picador de Aire
ENTREVISTA NÚMERO: 1,111,111
EMPRESA: A.I.R.E. (Airificadora Interestelar de Regiones Empobrecidas)

Usted lo toma o lo deja. Es un trabajo difícil, arriesgado y muy meticuloso. Somos conscientes de su peligrosidad y también de su precisión. Pero le recordamos que en esta época de paro y escasez, el sueldo a recibir, las facilidades y beneficios en especies, sólo retribuibles al Sistema Gobernante, recompensan el

riesgo y lo alientan. Piénselo bien, pero brevemente. Para ello tendrá treinta y tres segundos y dos cuartos. Pero antes, ponga mucha atención a los requisitos para optar al puesto de picador de aire: Ante todo deberá presentarse todos los anocheceres, al oír el repiqueteo cuadritupelar de la Gobernación, sin ningún segundo de atraso, a la Estación de Recogida Intelestelar de Regiones Empobrecidas. Allí le serán entregados los guantes de acetilacrifílico y el sacotraje del mismo material. Dispondrá, para vestirlo, de dos minutos y tres cuartos de segundo. El picolaserelectriatídico para picar el aire en porciones tendrá que comprarlo en las tiendas A.I.R.E.. Si lo desea, la empresa se lo podrá proporcionar y se lo iremos descontando de susueldo, a cómodos plazos, con el interés correspondiente. A la hora establecida subirá alcohetastromóvil que lo trasladará a la Zona Restringida Airificada. Una vez allí le entregarán la máscara de respiración dosificada, que deberá ser devuelta en perfecto estado al final de cada jornada laboral. Su trabajo consistirá en picar porciones airosas de uno y un cuarto de aerolitro, no más, no menos, a razón de mil setecientas una porciones la hora mínimo. Por cada cuatro tres quinto horas tendrá derecho a ocho un séptimo minutos de descanso. Dado el carácter reservado y restringido del trabajo no podrá abandonar bajo ningún concepto, óigalo bien, bajo ningún concepto, la Zona Restringida Airificada. La comida le será ofrecida por la empresa A.I.R.E., a raíz de cuatro dos quintos de píldoras tragoalimentarias, que podrán ser engullidas en cualesquiera de sus tiempos de descanso, y sólo dentro del área establecida para ello. Como es lógico, se le descontará de su sueldo, a fin de cada ciclo, los gastos tragoalimentarios. Si resulta beneficiado con esta oferta de empleo, estará a prueba durante tres días y un tercio. Si no está de acuerdo con su labor o con lo estipulado en el contrato de trabajo, que a continuación deberá firmar, o no logra mantener el ritmo de trabajo exigido y, claro está, si no cumple con tan solo uno de los requisitos del contrato, se le entregará la carta de despido sin compensación ni sueldo alguno. Por el contrario, si logra cumplir con todas las exigencias y picar una mayor cantidad de porciones airosas de las exigidas por hora, usted y su familia recibirán gratis, como compensación, cinco porcionesextras de aire oxigenado por persona/familia, y un bono extra de aguinaldo para las Festividades Solecianas de Fin de Fase. Como ve, el trabajo es duro y delicado, pero le aseguramos que el sueldo, uno un séptimo por ciento más que el salario mínimo intergalaxial, más las compensaciones extras ya fijadas, lo hacen tentador. Lo toma o lo deja.

RESONANCIA MAGNÉTICA

Mientras te iban metiendo por el tubo ocurrió el primer fenómeno: tu cuerpo fue absorbiendo el color blanco hueso del aparato; un mimetismo sincrónico. Al principio reí al ver la palidez de tu rostro y de tu cuerpo y me imaginé, conociendo tu disposición aprensiva, lo que estarías pasando con tan solo pensar que te tenían que encerrar dentro de un aparato tubular, para efectuarte una resonancia magnética. Pero cuando prácticamente no pude distinguir entre la máquina milagrosa y tú, por ausencia de matiz entre ambos, empecé a preocuparme. Tuve que acercarme más y buscar tus cabellos, tus cejas, tus pestañas oscuras para cerciorarme de que aún estabas allí. Recibí un rapapolvo de la enfermera técnica, lo que me obligó a alejarme. En ese momento el aparato empezó a emitir unos ruidos sonantes y resonantes que reverberaban repetidamente en el recinto restringido a resonancia magnética. ¡Bum-bum! ¡Bum-bum! ¡Bum-bum! Y de pronto un brmmmmm continuo, que iba creciendo en intensidad conforme más fuerte se hacía la vibración del aparato. Volví a reír, a pesar de mi arrepentimiento posterior, pues se me vino a la mente tu imagen metida en la lavadora en el momento de la centrifugación, temblando al ritmo del sonido que marcaba la máquina, girando tan rápidamente que casi no se notaba la continua rotación. Mi imagen mental se interrumpió cuando oí, desde lejos, creo que proveniente de algún micrófono en la habitación contigua, la voz de la enfermera técnica, que preguntaba: ¿Qué tal te encuentras? Y tú, contestando con una voz que temblaba al compás de las vibraciones del sonido mecánico: Biiiieeennn. ¿Ya vez que no era tan terrible?, volvió a decirte la enfermera. Y tú, que siempre tienes que decir la última palabra, intentaste replicar: Bien es un decir, porque estoy.... Y en ese momento ocurrió el segundo fenómeno: Tus palabras llegaron al ambiente divididas en sílabas vibrantes y resonantes, conforme eran exhaladas por la máquina tubular. Las sílabas resonaban en una de las paredes, rebotaban al tubo, del tubo a otra pared, de la pared al techo, del techo otra vez al tubo, del tubo al suelo, y vuelta a la pared, al techo, al tubo al suelo, a tal punto que se creó un entretejido de sonidos ininteligibles, como si fuera un imaginario lenguaje extraterrestre. Hasta la enfermera técnica abandonó su recinto de cristal para acercarse a la máquina, pero sólo atinó a ponerse las

manos sobre los oídos debido a la intensidad del ruido del aparato, amalgamado a las sílabas de tus propias palabras: To-si to-si to-si mi-co mi-co mi-co mu-soy mu-soy mu-soy claus-er claus-er claus-er de-mie de-mie de-mie e-sis e-sis e-sis re-quie re-quie re-quie tro-do tro-do tro-do se-ti se-ti se-ti lo-re lo-re lo-re fo-bi fo-bi fo-bi. Entonces corrió la enfermera otra vez al salón de mando, creo que para apagar el aparato pues a los pocos segundos oí, por sobre el estruendo del hablar vibrante entresilábico y el pum pum pum rítmico del tubo traga-hombres, un grito apagado y una voz ahogada y angustiada, proveniente del micrófono, que intentaba decir que no podía controlar el aparato. ¡No podía apagarlo! Era como si la máquina y tú os hubierais amalgamado de verdad. Te juro que así lo creí, porque me volví a acercar para cerciorarme de que aún estabas allí y, créeme, ya no te veía; ni tu pelo ni la más mínima pestaña negra podía distinguir. Solamente un inmenso tubo de color blanco hueso, como un gran brazo de gitano relleno de crema. Sólo que la crema eras tú. Perdóname por esta nueva imagen que se apoderó de mi mente, pero ya sabes que en los momentos de crisis o tensión no hago más que eludirme haciendo volar mi imaginación por el mundo del humor y la ironía. Pero esta vez te prometo que no quería eludirme, al menos no conscientemente. Créeme que el pavor se había apoderado de mí porque en el transcurso de un parpadeo, del mismo tubo tragador de hombres, acompañado del sonido diabólico, empezaste a salir tú, en pedacitos pedacitos, del tamaño de cada sílaba, de cada ritmo vibrátil, danzando al compás de la máquina, de ésta a la pared, de la pared al suelo, del suelo al techo, de vuelta al tubo, a la pared, al suelo, al techo, orquestando, ruido-palabra-cuerpo, una sinfonía sin igual, donde la materia se sentía, pesaba, se palpaba; no eran simples ondas vibratorias. El magnetismo de la resonancia de la máquina y tu propio magnetismo personal se atraían, se rechazaban, se unían, se repelían, en un juego inexplicable entre la materia, el sonido, la luz, la radiación. ¡La radiación! Aquí caí en cuenta que si estaba yo allí, tan cerca de ti, también podido afectarme toda esa radiación magnética; sospecha que se me hizo más acuciante cuando capté que la endemoniada enfermera técnica salía despavorida del recinto contiguo, con rumbo desconocido. Te juro que corrió más rápido que la velocidad de la luz, la "*supermana*" esa. Y me quedé allí, en medio del estruendo materiovibratoriondular, sin saber qué hacer o qué decir. Lo último que recuerdo es que te llamé, muy débilmente, varias veces, con la esperanza de que algunas de las mínimas partes de tu cuerpo desintegrado, en danza perpetua, preferentemente de la oreja o del oído interior, pudieran captar mi voz para que te enteraras de que yo estaba allí, que no pensaba abandonarte, que pasara lo que pasara estaría contigo. ¡Y fuiste tú quien no me abandonó! Me imagino que me desmayé pues no tuve recuerdo más allá de mi débil voz llamándote entre los átomos de materia, de sonido, de voz, que brincaban de un lado a otro como miles de pelotas de ping pong rebotando incontroladas. Fue mi última imagen fantasiosa en aquel recinto que, en un letrero exterior advertía: Peligro. No entrar sin permiso. Se trabaja con ondas magnéticas y radiaciones: Te vi sobre una mesa de ping pong, rebotando como una pelota más blanca que el blanco hueso del condenado tubo de resonancia magnética, entre dos paletas en manos de sendos campeones chinos que se disputaban el campeonato universal de tenis de mesa. Ahora no puedo asegurar si lo último que hice fue reírme de mi
propia ocurrencia o pronunciar tu nombre.

Cuando desperté, ya en casa, sentí tu presencia, pero no la vi. Me costó mucho retomar el hilo del asunto, hilvanar los hechos, coser los acontecimientos en su orden cronológico. Pero finalmente tuve que aceptar el hecho de que tu presencia era constante ¡sólo que te habías vuelto invisible! Estabas allí, a mi lado, y eras tú quien ahora reías. Tu voz también había cambiado: hablabas entrecortadamente, como un robot, como alguien que se ve en la necesidad de pegar con pegamento una sílaba con otra para que cobre sentido la palabra y no se le escape, evitando así que rebote cada sílaba por su lado, de un lado a otro, y generar nuevamente el caos. Pero aunque no me lo has dicho, lo he descubierto: sigues cojeando. Fuiste a hacerte una resonancia magnética porque tu rodilla sufría de una posible rotura de menisco que te hacía cojear constantemente y, al final, tan solo oyendo tus pisadas, que no las puedo ver, me doy cuenta de que de nada sirvió aquella cita médica. ¡Sigues condenadamente cojeando! Ni tu invisibilidad lo puede disimular. Y sé también por qué ríes constantemente: por mí. Te causa gracia ¿o será una dulce venganza? que no pueda acercarme a la cocina, ni a los coches, ni a casi metal alguno: la resonancia la absorbiste tú, pero me dejaste a mí el fenómeno magnético. ¡Si soy un imán ambulante! Se me pegan las cucharas, los tenedores, los tornillos, los alfileres, las tijeras, los botes de conserva, las sillas de metal ¡hasta he descubierto que el reloj de oro que recibiste como herencia de tu abuelo no es tal, es de simple hierro pintado! Pero créeme que lo

más difícil de todo es levantarme todas las mañanas y poder salir de la cama; es un martirio extender cada pie fuera de ella cuando se me pegan en las barras de hierro del somier y mi espalda queda atrapada por los resortes.

Ríete, ríete, pero cuando me compre una cama de madera de paso te compraré un bastón y entonces volveré a reír yo.

LA EXTRAÑA FIJACIÓN DE BILLY THE KID

Cuando Billy The Kid se despertó no fue consciente de que había atravesado el umbral. El susto más bien llegó cuando quiso ajustarse su cinturón con hebilla de herradura incorporada -costumbre que había adquirido desde la primera vez que bajó del potro que robó para cometer sus fechorías- y se percató de que no llevaba herradura, aquella que le dio fama de estrella afortunada y cara de niño bueno durante sus largos años de matón. Ni siquiera se dio cuenta que no tenía cuerpo. Tan solo le preocupaba su hebilla en forma de herradura, que había desaparecido, a tal punto que ni se preguntó dónde estaba, qué lo rodeaba o qué había ocurrido. Billy The Kid rugió en cólera sin percatarse tampoco que de su boca no salía sonido alguno. Tampoco fue consciente de no tener brazos cuando quiso agitarlos furiosamente por los aires. Corrió, o quiso hacerlo, en busca de la ferretería en la que, según creía, había pasado su última tarde. Tan absorto estaba en su obsesión, en la desaparición de su herradura, en la furia que le recorría, que creyó estar corriendo sobre la polvorienta calle del olvidado pueblo en tierra de nadie. Pero no había ni pueblo, ni calle, ni polvo, ni ferretería, ni piernas, ni brazos, ni Billy The Kid, ni nada. En ese estado estaba anímica, que no corporalmente The Kid, cuando vio ante sí un enorme espejo en el firmamento que reflejaba su propia imagen en movimiento durante todas sus edades, sus hazañas, sus fechorías, sus crímenes. Al mismo instante se veía en la choza de su padrastro observando cómo ataba a su madre para azotarla y violarla. Se veía huyendo, perseguido por su padrastro, atrapado, azotado y violado. Percibía claramente la sangre, la baba, el dolor, el odio, la huida. Y al instante se veía también robando al potro que lo acompañaría durante sus seis primeros años de inicios profesionales, en los que adquirió el mote de The Kid, con su cara de niño. Se veía robando, matando, violando, huyendo de la justicia, vengándose de su padrastro en cada crimen que cometía. Se veía con la que fue su primera mujer a la que ataba a la cama para azotarla y violarla. Veía el rostro de su hijastro que trataba de escapar, y él persiguiéndolo, atrapándolo, atándolo, azotándolo, violándolo. Reconoció el momento en que adquirió aquella herradura de caballo que luego se hizo incrustar, reluciente y llamativa, en la hebilla del cinturón, para orgullo de sus hazañas. Así Billy The Kid fue recorriendo imagen tras imagen en el espejo mágico hasta que se vio entrando en la ferretería de aquel pueblo abandonado en medio de la nada, con decenas de años encima, con una tripa fofa y gigante que a duras penas podía sostener su cinturón con hebilla de herradura incorporada; con cicatrices y arrugas en esa otrora cara de niño. Y en ese momento The Kid sintió náuseas. Quiso vomitar. Intentó vanamente doblegar su cuerpo para hacerlo y, por primera vez se percató de que no podía, que no tenía cuerpo, tan solo sensaciones. En ese momento lo único real era el espejo-firmamento que empezaba a reflejar su propia conciencia, monstruosa, removedora, como miles de cuchillos muy finos y afilados que lenta y suavemente pinchan tu piel, poquito a poco, lenta y suavemente, por todo el cuerpo, todo, afilados y finos, hiriéndote lenta y suavemente, poquito a poco, sin prisa, hasta que no queda más piel, más cuerpo que acuchillar, hasta que no queda cuerpo. Tan solo consciencia y remordimiento.
-Jo, jo- quiso reír The Kid, con la esperanza de que todo fuera una pesadilla, como las que lo habían estado acompañando en sus últimos años, desde el día en que pisó la libertad tras escaparse de su última condena.
-Jo, jo- rió el alma de The Kid. Pero nadie oyó su risa.

SOL

Ventanales
ventanales que desaparecen
tras el reflejo solar.
Sol que se duplica
triplica
multiplica
en cada ventanal
imperando con sus rayos
en un día de junio
imponiendo
impregnando
con cada rayo su poder
con su poder, su presencia
con su presencia, su calor.
Y una aparición que rompe
que apodera
humana
bella
como la diosa del sol que hace acto de presencia
con su sonrisa
su saludo
su contagiosa hermosura
y aquel bulto delicado de su vientre
que esconde el secreto del pacto solar.
Una ventana que se cierra
y de pronto
el recuerdo
y de pronto
el embeleso
y de pronto
la nada.
Tan solo la ilusión de lo que fue
y no fue.

El calor era sofocante y eso que aún estábamos en junio. A Sol le tocaba dar a luz por esas fechas. Tan solo tenía dieciséis años, pero su cuerpo bien formado, cadera redonda y contorneada, senos erectos, su piel tersa y morena y esos ojazos almendrados y penetrantes en el rostro más bello que se haya visto, le daban la apariencia de una diosa india. Inclusive el bulto de su vientre, que poco a poco iba creciendo durante los últimos meses, aumentaba ese halo de misterio y sensualidad que desde niña la envolvía. Precisamente por eso era desconcertante. Nadie sabía cómo ni con quién Sol había mantenido relaciones carnales. De niña era risueña, alegre, de las que les encantaba estar al aire libre, a pleno sol, saltar por los campos, trepar a los árboles, jugar con sus amigos, bromear y reír constantemente. Sin embargo, al entrar a la pubertad, cuando su cuerpo fue tomando esas formas sensuales de hembra, su carácter cambió. Se hizo huraña, callada, inclusive obediente y hogareña. No solía salir de casa; tan solo al mediodía, cuando el sol se encontraba en su esplendor. Lo miraba, con sus brazos levantados hacia él, y sonreía. Después de ese instante volvía a entrar. Y eso que no faltaban amigos, compañeros y desconocidos alrededor de su casa, intentando acercarse a Sol, como zánganos alrededor de la abeja reina, sin más esperanza que verla de lejos, un instante, para morir tranquilos. Por eso era incomprensible todo aquello. Sus padres estaban desconcertados, especialmente su madre, que creía conocerla mejor que nadie. Un buen día, a los quince años, Sol habló, escueta, en voz baja y serena:
-para el próximo verano, a su inicio, daré a luz. Será un verano ardiente e imperecedero.

Y no volvió a pronunciar palabra. Tan solo sonreía. Diariamente, al mediodía, cuando el sol se apoderaba del cenit, abría la ventana de su habitación, sonreía con ese rostro de diosa india, y saludaba. De vez en cuando alguna risa corta como reacción a las frases y piropos que le lanzaban desde la calle sus jóvenes y no tan jóvenes admiradores. Al principio nadie se había enterado de su estado; a excepción de sus padres, tristes y apesadumbrados desde aquel pronunciamiento de su hija y de su negativa de volver a hablar; y su abuela, Estrella, la única a la que le era permitido el acceso a su habitación a cualquier hora y en cualquier circunstancia. La abuela Estrella se mostraba contenta; inclusive podría decirse que feliz e ilusionada por el futuro acontecimiento, como si conociera el secreto de todo aquello. Su rostro, a pesar de las arrugas, dejaba vislumbrar su otrora belleza, casi comparable con la de Sol, su nieta.

Entonces algo cambió: Tres o cuatro meses atrás Sol, como tantas veces, abrió su ventana, pero esta vez apareció desnuda, mostrando en todo su esplendor ese cuerpo imponente, sensual, con su vientre pronunciado, y una sonrisa casi luminosa. Algunos hasta dirían que de su rostro manaban rayos de luz. Lo cierto es que en aquel momento el mundo se detuvo: no se oyó ni una palabra, ni un suspiro; las aves detuvieron su vuelo en el espacio; los animales se inmovilizaron; las nubes cesaron de arrastrarse; nadie habló; nadie se movió; tan solo miraron, miraron y callaron. Fue cosa de segundos, como si la humanidad entera hubiera decidido, al unísono, contener la respiración, parar el tiempo. Pareció una eternidad, pero fueron tan solamente unos segundos. Y luego, la algarabía, los aplausos, la enhorabuena, como si todo el pueblo hubiera esperado con ansia, durante días y días, este momento. Sol sonrió, se tocó el vientre y, finalmente, saludó con su mano de diosa india. Apareció entonces su abuela Estrella y cerró, alegre y sonriente, la ventana.

A partir de ese día, y durante los últimos meses, los días amanecieron más claros, luminosos, sin una nube ni una gota de lluvia, con un sol que se negaba a bajar de su cenit por horas y horas. Y el calor. Un calor sofocante e inesperado para estas fechas primaverales.

Así se llegó hasta junio, con un sol radiante y reinante. Lo curioso era que a pesar del calor y del sofoco todo el pueblo, todos, nos sentíamos más animados; todas las rencillas vecinales se habían olvidado; todos nos sentíamos espléndidos. Pero sobre todo ello esperábamos, con una ilusión incomprensible, un gran acontecimiento, el gran acontecimiento. Realmente no había causa que lo justificara, pero del ambiente, quizá a causa del sol, se había apoderado un halo de esperanza y de ilusión. Como si en cualquier momento pudiera acontecer un milagro capaz de cambiar el rumbo de los acontecimientos. Era una extraña sensación, pero profundo.

En la noche de San Juan ocurrió el milagro. Las hogueras y fuegos artificiales en el pueblo intentaban alargar un poco más la luminosidad que durante este largo y ardiente día nos había regalado el sol; como si quisiéramos robarle a la noche la poca oscuridad que le quedaba. De pronto, ante la explosión del último fuego artificial, empezó a emanar desde la ventana de la habitación de Sol, una cascada de luz que se esparcía e impregnaba todo por la calle central del pueblo, hasta llegar, radiante, a la plaza mayor, donde estábamos reunidos, quizás más que para celebrar los ritos ancestrales, con la esperanza de que aquel acontecimiento internamente esperado, ocurriera. Y así fue. Mientras más luz se derramaba por la ventana de Sol, más clara y radiante se hacía la noche. Todos, entonces, quedamos estáticos, a la expectativa, asiéndonos de las manos y dirigiendo nuestras miradas, con dificultad por el resplandor, hacia aquel lugar del cual procedía el origen de aquella cascada de luz. Y de inmediato oímos un llanto; el sonido dulce y esperanzador del llanto de un bebé recién nacido, que iba entretejiéndose con los rayos de luz que se precipitaban al exterior desde la casa de sol, la hermosa, la diosa india.

* * *

Lo llamo documento por no encontrar un mejor nombre. Lo encontré entre los papeles de mi abuela Luz, Que en Paz Descanse. Mis padres me pidieron viajar al pueblo, a la muerte de la abuela, para poner en orden sus cosas y rescatar los documentos y bienes de valor. Pero éste, escrito en pluma negra sobre papel vegetal, amarillento y deteriorado por el tiempo,

me llamó poderosamente la atención. Sé que no lo escribió la abuela Luz, pues su escritura difiere del resto de los documentos y escritos firmados por ella. Decidí entonces averiguar su procedencia y su veracidad ¿o sería tan sólo el resultado de la imaginación prolífera de algún antepasado? El pueblo, que quizás sufrió muchos cambios en algún pasado no muy lejano, en la actualidad se ha estancado debido a la emigración hacia la ciudad de los hijos jóvenes, entre ellos mi madre. Sin embargo, la abuela Luz nunca quiso abandonar su pueblo, aún después de la muerte del abuelo, y a pesar de que en el pueblo no querían saber mucho de ella, pues decía que hablaba del pasado más de la cuenta. Recuerdo que en mi infancia, en vacaciones, solíamos viajar al pueblo para disfrutar del sol y del campo. Era entonces cuando oía a la abuela contar relatos de antaño, de los días de los padres de sus padres, y siempre terminaba con aquello de ocurrió un milagro, pero lo dejamos pasar de largo. No sé si tiene relación con este relato-documento. Pero lo cierto es que en todo el pueblo pocos son los que quieren responder a mis inquisiciones. Los más jóvenes no saben de qué les hablo ni quieren enterarse. Y los mayores me evitan y me responden con evasivas, principalmente aquellos que me conocen como el nieto de Luz, la de la casa luminosa, aunque no sé si por referencia a su nombre o por otra cosa. Debo confesar que mis pesquisas no han llegado a buen puerto. Algo ocurrió en una lejana noche de San Juan en el pueblo, de eso estoy seguro; pero no quedó mayor recuerdo de todo aquello. La memoria colectiva del pueblo de mi madre reconoce, aunque a regañadientes, un extraño acontecimiento en una de las tantas noches de San Juan. Pero nadie se atreve a llegar a más. No sé por miedo a qué. Sólo me arrepiento de no haber prestado la atención debida a los relatos de mi abuela Luz, cuando vivía; aunque hay que reconocer que en su momento mis acciones y sueños de niño y adolescente iban por otros derroteros más mundanos y lúdicos. Mi madre, que nunca se llevó bien con la suya, por razones que desconozco, tampoco sabe nada ni quiere saberlo. En fin, más que este papel vegetal, ajado y amarillento, ni una flor, ni un cuadro, nada, quedó de aquel recuerdo.

CHALLENGER

La mañana de agosto en la que Challenger entró en casa tuve un mal presentimiento. Supe en ese momento que la culpa de todo la tendría mi marido. Todo comenzó cuando le notificaron en el trabajo que este año no se podría tomar las vacaciones en verano. Eran losúltimos días de julio. Si el pobre estaba deshecho qué decir de mi estado de ánimo y el de nuestro hijo de catorce años. Nos prometió entonces un gran regalo como recompensa. Lo que podría costarle unas vacaciones decidió gastarlo en Challenger y así mantenernos a mi hijo y a mí en casa, con distracción incluida.

Cuando Challenger llegó mi marido no estaba en casa, así que al chaval y a mí nos tocó recibirlo. La verdad es que no sabíamos cómo tratarlo. Por más mano y empeño que pusiéramos no reaccionaba ni nos devolvía nuestro cariñoso tratamiento. Empecé a echarle la culpa a mi hijo, que si era un inútil, que si no había aprendido nada en el colegio. Y él, aprovechando mi oficio de profesora de instituto, me ofendió con aquello de claro, con los profesores que hoy tenemos en los institutos qué se puede esperar de la educación de un chaval. Cuando mi marido regresó a casa nos encontró ensartados en una inútil discusión generacional, mientras Challenger yacía en el salón con sus partes despatarradas. Hecho una furia no se le ocurrió más que recriminarnos: que si lo que le había costado, que si para eso lo había mandado traer a casa. Descargó sobre nuestro pobre hijo y sobre mí toda la rabia controlada que tenía por haberse quedado sin vacaciones mientras sus compañeros gozaban del sol y la playa. Ahora ya no era un presentimiento; ahora estaba segura de que esto acabaría mal. Mi marido acomodó a Challenger delicada y decentemente. No sé qué parte sensible le tocó y Challenger, por fin, empezó a reaccionar ¡y de qué manera! Quedamos todos embobados, más bien excitados, los tres alrededor de Challenger. Pero el que más, mi marido. No le quitaba ojo de encima, ni manos, ni pensamiento, nada. Estaba tan imbuido que yo empecé a mosquarme. Estar una hora allí, a su lado, sin tocar ni hacer nada, viendo cómo el otro se entusiasmaba, se divertía y hasta suspiraba,

era demasiado para mí. Se lo insinué y reaccionó airadamente: que si ahora sí quería juguetear con él, cuando toda la tarde nos pasamos discutiendo en vez de aprovechar el tiempo con Challenger. Ello me hizo sospechar que en casa había entrado un enemigo y yo, tonta de mí, no sólo lo había recibido con los brazos abiertos, sino que estaba dispuesta a entregarme toda entera a él ¡y entregarle hasta a mi hijo, mi joya más preciada! Ahora ya no cabía duda de la culpabilidad de mi marido en todo este asunto; después de todo fue él quien metió a Challenger en casa. Me fui a la habitación mientras mi marido atraía al chaval a su bando, enseñándole cómo tratar a Challenger para que éste respondiera de maravilla. No sé qué le habrían metido a Challenger, pero al parecer sabía muy bien cómo relajarlos y distraerlos. Serían las tres o cuatro de la madrugada cuando a mi marido se le ocurrió, por fin, entrar al dormitorio y percatarse de que tenía una esposa. Qué le había enseñado Challenger no lo sabía ni me importaba, pero el caso era que mi marido seguía con ganas de juerga, esta vez conmigo. Lo mandé a paseo, me di la vuelta y apagué la luz.

A la mañana siguiente las cosas fueron de mal en peor. Como era lógico, mi marido no podía levantarse por el dale que te pego que tuvo casi toda la noche con Challenger. Así que me tocó a mí espabilarlo y prácticamente vestirlo, darle el desayuno, empujarlo hacia la puerta y meterlo en el coche. Y de recompensa sólo recibí esa mirada penetrante, cortante, como diciéndome te odio, si puedo te apuñalo. Menos mal que, conociendo a mi marido, sabía muy bien cómo había que lidiarlo cuando por las mañanas se levantaba con ese humor. ¡Pero como aquella mañana, nunca! Yo también me sentía exhausta y, además, humillada. Por supuesto que mi frustración se la achaqué a Challenger, por lo que no quería ni entrar a la sala para no encontrarme con él. A eso de las once se despertó mi hijo y directamente se dirigió a la sala para jugar con Challenger. -¡Regresa de una vez!- le grité como si en ello se fuera mi vida-. Primero te vas a asear, a duchar y a desayunar y luego podrás hacer lo que ten venga en gana. ¡Guarro!- Se inició otra vez la eterna discusión, de que era un incomprendido, de que yo se lo hacía a posta y demás peroratas de adolescente. Tuve, inclusive, que amenazarlo con echar a Challenger, que más falta me hacía un buen vídeo que ese intruso. Con mucho desgaste psíquico gané la batalla. Pero luego no me quedó más excusa y tuve que dejarlo jugar con él.

Hasta que llegó David, mi alumno de Bachillerato que no daba golpe en química y al que me había comprometido con su madre ponerlo al día para que pudiera presentar con éxito el examen de recuperación en setiembre. Con diecinueve años David repetía el último curso del bachillerato y no era plan de que repitiera una vez más. El problema era hacer que el chaval reaccionara en lo que debía y no se me quedara mirando con cara de bobo. Mi hijo, que todo lo capta y lo que no, lo adivina o lo inventa, lo odiaba. No podía ni verlo. Así que cuando David llegó, se encerró en su cuarto. No habían pasado ni cinco minutos cuando David se percató de que había en la sala otra presencia: ¡Challenger! Mi paciencia se me estaba agotando. David dejó de ponerme atención a mí y a mis explicaciones, y sin esperar respuesta alguna se lanzó a entretenerse con Challenger. Mientras tanto, al escuchar mi hijo desde su habitación los gemidos característicos de Challenger, salió hecho una furia a defender lo suyo, pero no sé qué le enseñó David que los tres quedaron íntimamente compenetrados en su juego y yo, desplazada. Mi vaso estaba a punto de desbordarse. Esto iba demasiado lejos. Tuve que utilizar todos mis encantos para liberar a David de Challenger, lo que a mi hijo no le hizo ninguna gracia.

Una vez que logré despachar a David me espetó mi hijo que a mí me importaba más ese idiota de David que él, mi propio hijo. Yo le devolví la jugada acusándolo de ponerle más atención y prodigarle más cariño a Challenger que a su propia madre. En eso estábamos cuando se le ocurrió a mi marido volver a casa, con el mal humor que arrastraba por falta de sueño de la noche anterior. A pesar de sorprendernos nuevamente en una estúpida discusión, esta vez se alió con mi hijo para que quedara yo como responsable y culpable de todo este jaleo. Y para colmo aún tenía que agradecerle a mi hijo, que así me lo insinuó cuando su padre se fue al baño, de que no había sacado a luz delante de papá mi talante con David. Ya lo había presentido yo, desde que se le abrió a Challenger la puerta de casa, que esto terminaría mal y que mi marido, para expiar sus culpas, me las achacaría a mí.

Decidí que ya era hora de tomar cartas en el asunto. Esa misma noche volví a dejar a palo a mi marido, aunque esta vez ni el mismísimo Challenger logró mantenerlo a vela más que hasta media noche. A la

mañana siguiente no le dije nada a mi hijo; dejé que fuera directamente a su encuentro pasional con Challenger. Pero cuando llegó David me tomé la revancha: lo recibí con aquel vestido mini negro, ceñido y escotado que me había puesto tan solo una vez, hacía tres años, cuando mi marido y yo decidimos rememorar nuestros mejores momentos, aprovechando la estadía del chaval en un campamento. ¡El hipo que le entró a David! Esta vez no había Challenger que valiera. David estuvo con cara de bobo durante toda la lección. Cuando se me cayó el libro y me agaché a recogerlo, no fue capaz ni de parpadear. Pero mi hijo, si no explotó delante de David fue porque literalmente lo obligué a que se quedara en la sala con Challenger mientras yo me encerraba en el estudio con David. Al terminar la lección cogí a David del brazo, lo senté junto a mi hijo y frente a Challenger y los dejé allí, muy juntitos, a los tres, casi sin moverse, alelados, sin entender qué quería de ellos. Salí de casa con la excusa de que tenía que ir de compras y decidí no regresar hasta después de que mi marido hubiera vuelto.

Regresé ya entrada la noche, preocupada de que mi marido estuviera inquieto por mi ausencia. Tonta de mí. Lo encontré embelesado con Challenger, entre mi hijo y David, que aún estaba en casa. Como no me hicieron ni puto caso me acerqué sigilosamente, desenchufé a Challenger, me alcé con la pantalla y me dirigí con ella hacia el dormitorio. A la primera reacción no tuve más que proferir una amenaza:
-Una queja más y os quedáis sin pantalla. Que la tiro, la rompo y se acabó todo-. Ni mu. No salió ni un solo sonido más de sus cuerdas vocales. Con el monitor de Challenger en mis brazos y los tres machos detrás, entré a mi habitación y lo acomodé en la cama de matrimonio.
-Tú tranquilo aquí, cariño, que ya te traigo el resto- le dije a Challenger, siendo yo la única que hablaba. Regresé a la sala, cogí la torre, el teclado y demás partes de Challenger y volví a entrar con ellas a la habitación. Los puse a todos muy bien acomodados sobre la cama. La almohada la coloqué detrás del monitor y con la sábana cubrí a Challenger, dejando parte de la pantalla recostada sobre la almohada, a la vista.
-Hasta luego, cariñitos míos, que os divirtáis con Challenger también en la cama.- Fue lo último que dije y salí del dormitorio, no sin antes tomar la llave de la puerta y cerrar por fuera, dejando a todos encerrados dentro. Lo que hicieran después ya no me importaba. Salí de casa con mi vestido mini negro, ceñido y escotado. Cerré la puerta tras de mí, me metí las llaves en el escote y desaparecí. Mi mal presentimiento desde el día en que mi marido decidió meter a Challenger en casa se había cumplido.

Desde que me fui de casa a mi marido no le ha quedado más que reconocer su culpa, implorar mi perdón y suplicarme que regrese. ¿Y para qué?, me pregunto yo, si ahora me entretengo con mi Z-Station GT P100 VC, que incluye videoconferencia, teléfono y demás virguerías. Es de lo más avanzado y sofisticado del momento, un regalo de mi nuevo amigo Emilio, que es informático. ¡Hasta Challenger se moriría de envidia!

GABRIEL LEIRBAG

El autobús se detuvo justo en el momento en que Gabriel contaba con los dedos de su mano las sílabas. No estaba seguro si eran cuatro o cinco. La palabra era nueva, leída al azar desde la ventana en movimiento del autobús. Intropedia. ¿O intropedía? No le importaba siquiera el significado. Su afición, su vicio, era leer, desde que aprendió, todo lo que sus ojos captaban desde una máquina en movimiento. Nunca en su vida de adulto había cogido un libro en sus manos, o una revista, o un periódico. Nada. Su lectura se restringía a una lectura en movimiento. Luego exprimía las palabras, contaba las sílabas, sus vocales, jugabas con ellas, variaba su orden, se inventaba palabras nuevas a partir de sus letras. Ese era su placer, su vicio incorregible. Y si algún texto o palabra se le escapaba -no siempre la máquina rodante disminuía su velocidad lo suficiente para que Gabriel pudiera leer el texto captado por completo- se lo inventaba. Daba igual. Un mundo extraño, pero para él, fascinante. Su primer juego de palabras en serio empezó precisamente el día en que vio escrito su nombre en letras luminosas sobre la entrada de un negocio: PELUQUERÍA GABRIEL. La fascinación fue instantánea. Quedó encantado:
Gabriel Ga-bri-el G-a-b-r-i-e-l Leirbag

Galebrí Ribelag Galebir Bergali
Gab-rie-l Gabr-iel G-ab-ri-el Gabri-el

Y así, minutos y minutos, hasta que llegó, ilusionado y divertido, a su destino, que en aquel entonces era el aburrido y odiado colegio. Desde aquel día no paró. A veces subía al autobús por el simple placer de satisfacer su incontrolable deseo de leer en movimiento. Mientras más larga la palabra, mejor.
GABRIEL
Gabriel ligaba a Gal. El leía, Gal regía.
Gila graba la giba; Gabi, el raíl.

Este fue el siguiente paso de su afición: montar frases con las vocales de la palabra escogida. Ni una más ni una menos. De allí pasó a concebir sus propias reglas del juego. Inclusive sus reglas gramaticales y definiciones. Aquella tarde le tocó el turno a Intropedia. Ese, por lo menos, fue el término que logró captar tras la fugaz estancia del autobús frente al letrero que le llamó la atención. Ahora tendría que aplicar su siguiente regla: inventar el texto más largo, el poema más logrado, en un mínimo de tiempo:
INTROPEDIA
Ino pidió té, ropa de día.
Ino pidió tripa; ropa de trapo.
Ino pedía, Ino reía
pin pun piedra ¡pato!

Gabriel Leirbag, que así decidió llamarse desde entonces, no es más ni menos que el famoso Gabriel Leirbag, galardonado Premio Nobel de Literatura. Era todo lo que, de su afición, Gabriel Leirbag había conseguido.

RELATOS (~~IM~~)POSIBLES

El ojo de la cerradura
Comprendo que soy imaginaria
El gran invento
¡Qué idea!
Pereza
El último cotopis

EL OJO DE LA CERRADURA

Hace relativamente poco (tres años) se habló en los medios informativos del asteroide 2004 MN4 que, según estimaciones astrofísicas, tendría que pasar en el 2029 cerca de un “trozo” de espacio de 500 metros, o sea prácticamente nada en cifras siderales, pero lo suficiente para desviarlo hacia la Tierra, e impactar con ella en el 2036. El asunto cobró vigencia cuando el piloto del módulo lunar del Apolo 9 solicitó enviar una nave espacial al asteroide, para instalarle un radiotransmisor y determinar las posibles consecuencias.

Ello sin duda trajo a la memoria el caso del (supuesto) meteorito que, en 1908, impactó en Siberia, resultando devastada una vasta extensión de tierra, con bosques arrasados, animales abrasados y que los pocos pobladores de la zona, los tunguses, sintieran un doloroso calor y fueran despedidos al aire.

Sin embargo, lo que más me ha llamado la atención es cómo un pequeñísimo trozo de espacio, a más 30 000 kilómetros sobre la Tierra, pueda afectar de tal modo el recorrido de un asteroide. Y más curioso aún, el nombre con el que los astrónomos llaman a la extensión de susodicho trozo: “ojo de cerradura de

resonancia” con el suficiente potencial, unido a la gravedad terrestre, para desviar el rumbo de un asteroide hacia la Tierra, en 2036.

¿Un ojo de cerradura de tal envergadura? Una de las definiciones que dan los diccionarios sobre el vocablo “ojo” es el de “agujero por donde se mete la llave en la cerradura”. Se entiende, un agujero pequeño, especial, de los que ya casi ni existen, con encanto y misterio, ya que te deja entrever, más que ver, lo que ocurre detrás de la puerta que dicho ojo de cerradura atraviesa. Si no, refirámonos al mundo de la fotografía o a los innumerables relatos o adaptaciones cinematográficas en los que el ojo de cerradura cobra protagonismo: cerrar un ojo, inclinarse, asomarse y… descubrir ¡y hasta imaginar! Lo que pasa más allá de la puerta. En muchos casos, voyerismo en toda su magnitud. ¿Pero un ojo de cerradura en medio del espacio sideral? ¿Quién será el osado que se atreva a atisbar a través de él? Ahora, encanto y misterio no le falta; hasta el mismísimo asteroide 2004 MN4 podría ser la llave que se introduzca por el ojo de la cerradura y abra la puerta hacia la Tierra, sacando a relucir numerosas incógnitas, enigmas por descifrar, futuro incierto. ¿Existirá algún ojo de cerradura más acreditado que éste? Podría acercarse en jerarquía, quizás, el llamado “ojo de cerradura” utilizado en cirugía, en la que el cirujano guía brazos robóticos a través de varias incisiones diminutas en forma de “ojo de cerradura” para realizar la operación. Pero no lo apabulla en cuanto a magnitud.

En fin, creo que estos serán de los pocos ojos de cerradura que perduren más allá del siglo XXI, pues fijémonos: ¿cuántas puertas tenemos en las casas de nuestros días que aún utilizan llaves para aquellos espléndidos y tradicionales ojos de cerraduras de antaño, capaces de deleitarnos con un agujero lo suficientemente grande para atisbar y… soñar? (Bueno, mi casa no cuenta, pues sus puertas tienen mucha más edad que el abuelo de quien escribe, que ya es bastante, por lo que aún sigo utilizando alguna de esas llaves de antaño, de hierro y con solera, para abrir puertas a través de sendos ojos de cerradura).

En mi infancia tenía un amigo adolescente (más bien de mi hermana mayor), vecino, cuya mayor distracción era curiosear a través de los ojos de cerradura. No existía ni uno en puerta cerrada que se le resistiera. A través de sus actos y sorprendentes descripciones cultivé mi admiración por los ojos de cerradura en puertas, cofres, baúles, y hasta en el firmamento. De ello también aprendí a observar y a imaginar, a escudriñar y a recrear un nuevo mundo. Pero eso sí, sólo a través de un pequeño agujero, más bien ovalado que redondo, irregular, que siempre se me ha antojado aguitarrado, como silueta femenina bien dotada. Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir, o no.

Hará cosa de diez años, un día que me tocó llegar a casa tarde, casi de madrugada (por cuestiones de trabajo, no por otra cosa), con el sueño trasnochado, me disponía a sacar mi llavero del bolillo de los pantalones, y he aquí que el llavero había desaparecido. Su lugar lo ocupaba una cavidad sin fondo, un agujero proporcionalmente mayor al del llavero, o al de la propia llave de casa, de por sí mayor que el mismo llavero, no tan grande como aquellas que los judíos se llevaron de Sefarad cuando fueron infamemente expulsados de ella, con la esperanza de volver algún día y recuperar sus hogares, pero sí lo suficientemente grande y pesada para ser la culpable del delito, del desgarro en el bolsillo derecho de mi más querido (y usado) de mis pantalones. Lo primero que pensé fue: “qué raro que no hubiera ocurrido antes, con lo que pesa la condenada”. De inmediato, a pesar del cansancio y el sopor (bueno, confieso que alguna copita demás tendría), sabía que tenía que pensar en una solución, si no quería pasar la noche en el portal de casa. Tocar el timbre significaría despertar a mi mujer, al bebé, a la hija mayor, a la suegra, al perro, al gato y a las tortugas, con los consecuentes rapapolvos. Esa sería la última solución. Como acto reflejo me incliné, ajusté mi ojo al otro ojo, el de la cerradura, costumbre irracional que ya se había convertido en parte de mi idiosincrasia, con la esperanza de descubrir alguna luz, algún personaje que estuviera despierto a esas horas y que fuera capaz de abrirme sin despertar al batallón para el zafarrancho de combate. Atiné, atisbé y… lo que advertí me dejó más patidifuso de lo que estaba: la pequeña lámpara de mesa del salón estaba encendida y alumbraba tenuemente al sofá, y sobre él estaba mi mujer, en ropa interior, sonriendo alegremente a otra figura humana ubicada fuera del foco del ojo de la cerradura. Serían ideas mías, pero la adivinaba sofocada, más colorada que de costumbre. No sabía qué pensar, pues no quería hacer conjeturas a priori, pero los susurros que acertaba escuchar casi no dejaban lugar a dudas. Algo más que placentero entre sus

protagonistas estaba ocurriendo allí, a tan solo dos metros de mí, con puerta de por medio: mi mujer y alguien más divirtiéndose de lo lindo, y yo detrás de un miserable ojo de cerradura intentando escrutar lo que ocurría, procurando no sacar las cosas de quicio, tratando de comportarme civilizadamente. De pronto la figura acompañante, desnuda y masculina, cayó sobre mi mujer, reposándola sobre el sofá, él encima, aunque no podía ver si la besaba, pues sus rostros habían quedado fuera del punto de mira del dichoso ojo de cerradura. El color encarnado que antes había adivinado en mi mujer, ahora se había apoderado de mi rostro, y creo que de todo mi cuerpo. Podría asegurar que los susurros y suspiros empezaban a subir de tono. Por un momento pensé en mi suegra, en la hija mayor, en el bebé, en el perro, en el gato y hasta en las tortugas… ¿dónde estarían? Pero la mente humana es traicionera, impredecible, y a mi pesar, muy a mi pesar, la excitación se hizo presa de mi cuerpo; una corriente eléctrica y exaltada se apoderó de mí ser de forma placentera, a pesar de mis intentos por volver mis pensamientos a suegra, hija, bebé, perro gato y tortugas. Fue imposible. Mientras más subía mi libido, el gozo se hacía mayor y más apretaba mi maltrecho ojo al otro ojo, el de la cerradura, la maldita cerradura que ahora maldecía porque no quería ampliar su campo de visión. Mis oídos también intensificaron su frecuencia. Me mente se encontraba en ese instante en una violenta pugna entre desterrar lo que mi cuerpo codiciaba, por una parte, y proclamar revancha y represión, por otra.

Cuando también mis exhalaciones subían de tono, ocurrió una nueva situación que dio otro giro a los acontecimientos: en un momento dado la estampa masculina se incorporó, atrayendo hacia ella a mi mujer, propinándole el más ardiente de los besos, aquél que hubiera deseado ofrecérselo yo. Y en se instante pude descubrir su rostro, jadeante y sudoroso. ¡Era el mío! ¡Era yo quien en esos momentos estaba brindándole la mayor de las caricias, el mayor de los actos amorosos a mi propia mujer! Lo veía claramente a través del ojo de la cerradura con forma de guitarra, de mujer proporcionada, incrustado en la puerta de entrada de mi casa. Parecía imposible, pero era cierto.

No puedo describir con palabras los sentimientos y emociones que en aquel momento bullían en mí. ¿Envidia de mí mismo? No era lógico. Yo también quería estar allí, conmigo mismo, al otro lado del ojo de la cerradura. Y también quería sentir el morbo de mirar sin ser visto, ser el fisgón de turno. Pero no, mi deseo de estar allí dentro con mi mujer y conmigo mismo, era mayor, superlativo. Al fin y al cabo siempre soñé, en mis fantasías más íntimas, aquellas que no se pueden pronunciar en alta voz, con un "*ménage à trois*", y ahora era mi oportunidad, ¡y qué mejor ocasión de que fuera yo mi propio contrincante! Pero este maldito ojo de cerradura se interponía entre mi sueño hecho realidad, y la realidad hecha sueño, consumándose a tan pocos metros de mi presencia. Por vez primera maldije a la pesada llave de hierro, maldito el momento en que se le ocurrió romper el bolsillo y escapar. El sueño que me consumía ya se había ido a paseo. Solo quería entrar, penetrar (¡y nunca mejor dicho!) aunque fuera por el mismísimo ojo de la cerradura. Eran tal mis elucubraciones que ni me enteré cuando mi propio ojo derecho se encajó con el de la cerradura. Sólo reparé que mi ojo se infiltraba por tan solemne agujero, y tras mis ojos, mi nariz, mi boca, mi mentón, mi rostro entero. Dolor y deseo se fundieron. Una vez percatado del fenómeno, me empleé a fondo, con todas mis fuerzas para introducir mi cuerpo, todo mi yo, a través del ojo de la cerradura: donde cabe un ojo cabe el universo. Empujé, presioné, estimulé a cada una de mis células, a cada uno de mis órganos para introducirme a través del ojo de la cerradura de la puerta de mi casa. "El que sigue la consigue", me repetía mentalmente, cuando de pronto, inesperadamente, una fuerza violenta, pero nada dolorosa, me atraía, me empujaba hacia su centro gravitacional, para dirigir mi recorrido directamente hacia el sofá donde mi mujer, jadeante, se recostaba. Impacté sobre ella como un meteorito sobre la tierra, atraído por su gravedad. Como meteorito penetré en su cavidad, expeliendo ardor, humor, detonación incontrolada.

Es curioso, pero cuando recobré la compostura, descubrí que mi otro yo había desaparecido, más bien presentí que se había fusionado conmigo, como tenía que ser. Y juré que no haría preguntas sobre lo acontecido. Fue tal la delectación que sentimos mi mujer y yo en aquel inverosímil instante, que no quise romper el embrujo con preguntas, ni ahora ni nunca. Mi mujer, finalmente, rompió el hechizo del momento al comentarme, entre mimo y caricia, que de pronto el iris de mi ojo derecho había adoptado una forma irregular, algo así como si un ojo de cerradura se hubiera incrustado en mi pupila. Lo que en términos médicos se define como "coloboma del iris". No hubo respuesta ni extrañeza por mi parte, tan solo una leve

sonrisa y un presentimiento, muy en mis adentros, de que detrás del ojo de la cerradura en la puerta de entrada de mi casa, pero en su cara exterior, alguien nos espiaba. ¿Mi otro yo?

Por eso, cuando hace tres años oí por primera vez sobre el asteroide 2004 MN4, que atravesaría el "ojo de cerradura de resonancia" espacial, para dirigir su rumbo hacia la Tierra y penetrarla, mi propia e íntima experiencia con el ojo de la cerradura de la puerta de entrada de mi casa, de la que nunca quise hablar, retornó a mi memoria, tan rápido como una cometa atraviesa el firmamento. Y desde entonces no he podido sacármela de mi ojo, de mi mente, de mi cuerpo. Y por eso hemos decidido (hablo también en nombre de mi otro yo) exponerla públicamente, con la esperanza de que sirva de terapia positiva y, de esta forma, liberarnos de tan tremenda sobrecarga. Con el ojo de la cerradura incrustado en mi propio ojo, mi particular "coloboma del iris" (que dicen puede ocasionar imágenes fantasmas), me basta como recuerdo.



En la dimensión, el universo:
en su despegue el alma lo atraviesa
una milésima,
un exiguo ojo de cerradura
llave que en la travesía
busca su mejor atajo
para dejar inscrito, penetrante,
su legado,
trazos sin cuestionamientos.

COMPRENDO QUE SOY IMAGINARIA

Como socióloga y escritora comprometida, siempre me ha interesado estudiar la Cultura (así, con mayúscula y en singular) de la Humanidad, lo que quiere decir, todas las formas y expresiones humanas, su creación, desde sus costumbres a sus normas, desde su arte a su tecnología, desde sus ritos a sus creencias. A fin de cuentas, son las habilidades de los seres humanos las que establecen y plasman su cultura, lo que nos hace humanos, racionales, críticos y, en última instancia, lo que debería hacernos comprometidos éticamente, apuesta a la que no frecuentemente se llega.

Ahora bien, sin entrar en posturas o controversias religiosas o espirituales, ¿cuál podría ser el punto de partida, la chispa generadora de ese grado de desarrollo crítico, que hace posible que el hombre crea e innove? No hay duda: la capacidad de imaginación de nosotros, los Humanos. Ese gran ejercicio del cerebro humano, la imaginación, es lo que nos hace idear primero y crear después, cosas nunca vistas, a partir de algo preexistente. Es la imaginación, creadora de fantasías que pueden materializarse, la que nos hace abstraernos de la realidad, para luego devolverle a la misma algo nuevo, útil en algún sentido. Ya decía Einstein en el siglo pasado: "lo que puedes imaginar lo puedes crear", para luego apuntalar: "La imaginación es más importante que el propio conocimiento".

Por su puesto que existe todo un proceso desde que la imaginación humana se pone en funcionamiento, hasta que el resultado sale a la luz, cobra forma real, específica. Mi imaginación podría quedarse solo en eso, un proceso imaginario que no logre concretarse. Para que ello ocurra, me es preciso un proceso creativo que dé por resultado mi obra personal, un resultado único y satisfactorio, por lo menos para determinado grupo social en un espaciotiempo específico. Y el proceso podría -y debería- ir más allá, llegar al estado que los sociólogos llaman de innovación, en el que puedan aplicarse las nuevas ideas, inventos, conceptos, productos, de manera tal que lleguen ser útiles y productivos.

He de confesar que tengo una imaginación que podríamos llamar "sublevada", fecunda, que no siempre (más bien pocas veces) llega a buen puerto. Soy capaz de perderme entre nubes de ideas, cúmulos de modelos y percepciones fantásticas; adentrarme en el mundo de la imaginación por horas enteras, sin salir de allí, hasta que, como en el caso del arpa de Bécquer o del Lázaro bíblico, una voz me despierte, me estremezca del "ángulo escuro", repitiéndome: "levántate y anda". Y, también es mi deber confesar, toda esa imaginación se disipa, cual las nubes en el firmamento, con un simple cambio de viento, y tal como se disipan, desaparecen, se olvidan. Entonces mi humor se agria, entra en crisis. (Esto me vuelve a traer a colación la citada idea de Einstein en cuanto imaginación, puesto que continúa apuntalando que "en los momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento." Bueno, con relación a mi humor en crisis es preferible que deje aparcada mi imaginación y ponga en práctica mis conocimientos, si quiero el sustento para y mí y para mis dos hijos). A pesar de todo, la imaginación se ha convertido para mí, y me imagino (nunca mejor dicho) que para muchos otros entes pensantes, en mi función vital, en motor y eje primordial de mi quehacer como ser humano.

En este instante en que escribo, por ejemplo, mi cerebro, evidentemente, está en funcionamiento. ¿Y podría estarlo sin que la imaginación salga a flote? Para yo poder plasmar estas ideas escritas en papel o en ordenador, antes, aunque sea milésimas de segundo antes, tendría que habérmelas imaginado, formado dentro de mi proceso intelectual y creativo. Así, parafraseando a Descartes, diría: "Si imagino, luego existo". ¿No es, pues, el pensamiento, una condición de la imaginación? ¿O la imaginación del pensamiento? ¿Pienso e imagino simultáneamente? ¿Existo, por ende, o soy un producto de mi propia imaginación? En este momento, créanme, no estoy muy segura de existir como ente o de ser, simplemente, producto de mi propia imaginación…

Podría estar en estos momentos imaginándome sentada frente a una computadora, tecleando palabras que, al parecer, tienen sentido ¿o no? Estoy aquí sola, o me imagino estarlo, sin que nadie lo atestigüe, pretendiendo escribir, presionar con mis dedos un teclado adherido a un artefacto, que tampoco sé si existe en la realidad o en mi colectivo imaginario. Ya he pretendido explicar que para que se convierta en hecho consumado, en realidad, el proceso de imaginación ha de pasar por distintas etapas, la creatividad, la plasmación de lo imaginado, esto es, lo creado, y la innovación. ¿Y cómo puedo asegurar que yo, María de la Encarnación Fantás Magor haya atravesado por todos esos procesos, me haya hecho real, concreta, material? Mientras escribo, o me imagino que escribo, les aseguro, no puedo aseverar con certeza de que sea una realidad. ¿Y puede alguien aseverar que no soy un ser imaginario? Imaginemos que algún ser concreto lo asegura. ¿No podría ser, acaso, un producto de su propia imaginación?

En fin, descubro que puedo ser imaginaria: Me he creado a mí misma, a mis circunstancias, al medio que me rodea. Ya sugerí que soy de imaginación fecunda, desbordada (creo que utilicé el vocablo "sublevada"). Y aquí lo confirmo. Así que, aunque pretenda que alguien pueda leer esto, mientras no se atestigüe lo contrario, tanto yo como mi manifiesto pertenecemos, por consiguiente, al terreno de la imaginación.

Yo, María de la Encarnación Fantás Magor comprendo, finalmente, que soy un ser imaginario. Sin embargo, como anotó un escritor contemporáneo, "cada quien vive en el mundo que es capaz de imaginar". Por consiguiente, sigo viviendo en el mundo que me imagino a la espera de que otro me convierta en su realidad.

EL GRAN INVENTO

Cada vez que reflexiono sobre los hechos acaecidos a mi paisano Pepe Ventura me vuelvo a preguntar qué es lo que hace que algunas personas triunfen en la vida sin esforzarse demasiado, mientras que otras se entregan con cuerpo y alma a su quehacer intelectual o físico, a su obra, y no logran el reconocimiento que se merecen. O lo que es peor, y este es el caso de Ventura, no solo que no son reconocidas, sino repudiadas. Para entendernos mejor, intentaré empezar desde el principio.

José Ventura Matallana, Pepe o Pepón entre sus allegados, andaluz de pies a cabeza, fue hasta hace poco un joven y brillante universitario. Con 21 años se ganó una beca Erasmus. Ello le daba la oportunidad de continuar su carrera universitaria en un país europeo, al tiempo que familiarizarse con las tradiciones y cultura del país de acogida, así como aprender su idioma. Quería especializarse en no recuerdo bien qué rama de la ingeniería o tecnología aplicada, lo que, en palabras sencillas equivaldría a inventar algún cacharro tecnológico que le proporcionara la estabilidad económica para el resto de sus días. Familiares y compañeros, yo entre ellos, no dudamos en augurarle un futuro seguro en su terreno, dada su capacidad, su agilidad mental, su espíritu de inventiva, su inteligencia y buen hacer. Lo que nunca comprendimos fue que entre todos los países a los que podía optar a la beca, escogiera, precisamente, el más frío de todos, casi la antípoda a su natal Andalucía: Noruega.

Sabemos que las noches invernales escandinavas, además de gélidas y aburridas, son largas, larguísimas, más largas que un espagueti queriendo ser enrollado en el tenedor por una criatura de cinco años. Pues allí, en una gélida y alejada ciudad escandinava, Tromsø, que precisamente estaba ubicada muy al norte de Noruega, en una pequeña isla 340 kilómetros al norte del Círculo Polar Ártico, había llegado nuestro querido Pepe, a la universidad ubicada más al norte de todo el globo terráqueo. Mientras cursaba sus estudios universitarios, aprendía el idioma y se empapaba de la tan desconocida idiosincrasia escandinava, se enamoró, quizás por eso de que los polos contrarios se atraen, de una noruega de origen sami, cuyos familiares radicaban en dicha ciudad, dedicándose a la pesca y distribución del arenque. Para quien no conozca el término "sami" (o saami) debo explicar, tal como nos lo aclaró Pepón en su primer regreso a Sevilla, que es la población aborigen escandinava, lo que comúnmente llamamos lapones, pero el vocablo nativo es sami o Sámit.

No puede decirse que los estudios de Pepón hubieran sido improductivos, pero tampoco fueron viento en popa, como era de esperar de él. Descubrió que su ingenio no era para tanto. O quizás vislumbró que existían otras prioridades en la vida, como el amor, por ejemplo, superiores a la de inventar algún artilugio tecnológico. Y al final se vio metido en un barco pesquero, oliendo a arenque, con un frío que le congelaban hasta sus "mismísimos", a pesar de las pieles de focas y quién sabe de qué otras alimañas marinas que le cubrían; unas botas que le llegaban hasta las rodillas y un gorro con orejeras que a duras penas le propinaba espacio visual.

Joven, fogoso, enérgico, inventivo y guasón, al cabo de dos años el amor ya no era suficiente para nuestro querido Pepón. Seguía amando a su novia, pero sus posibilidades de adaptación estaban llegando a su límite. Por un lado los recuerdos de su cálida España, la juerga, la familia; y, por otro, los roces y problemas surgidos con la familia de su novia, que no veían con buenos ojos las diferencia étnicas de los novios, y mucho menos de que no hablaran de formalizar seriamente sus relaciones, lo hicieron caer en una depresión cruda y gélida como los inviernos polares que lo rodeaban, que se agudizó si tenemos en cuenta que debía aprender, por lo menos, el noruego oriental estándar, (pues existen varias versiones, como el bokmål y el nynorsk) y la lengua saami del norte, en un tiempo récord. Decidieron, entonces, viajar, los dos, a España. Al principio todo fue "jardín de rosas". Pero apenas pasaron los primeros momentos de conocer, festejar, relatar y visitar, la realidad se hizo muy patente: las discriminaciones por parte de su propia familia eran, si cabe, peor de la que tenía que soportar en Noruega. Y su novia, la pobre mujer, se marchitaba con el calor, casi se derretía, física y anímicamente.

Vuelta a Noruega. Pero con una condición: Pepe no quería saber nada de pesca, de arenques, de barcos ni mares. Él, a lo suyo: la tecnología aplicada, los inventos. Pero ese campo en Tromsø era prácticamente imposible de explotar, a no ser que se relacionara con su universidad, la más al norte en el mundo. Así que habían decidido mudarse a Oslo, la capital, que a fin de cuentas es una de las capitales más prósperas y ricas de Europa, sin visos de corrupción política o económica. Pero antes, por cuestiones del azar, al parecer les sonrió nuevamente la fortuna, tanto a Åslaug, su novia, como a él. Os explicaré: resulta que antes de abandonar Tromsø decidieron emprender un pequeño viaje de despedida por la zona, la provincia de Troms, con el dinero que le había obsequiado el hermano mayor de Pepón, como regalo adelantado de bodas (el único que aceptaba abiertamente su relación). El primer día decidieron visitar el Museo de la ciudad,

adjunto a la propia Universidad de Tromsø. Varios años vinculados a ella, y ni Pepe ni Åslaug, la nativa, habían visitado el museo hasta el momento. Recorriéndolo, tomaron conciencia de que toda la zona de Troms ya estaba habitada por la población nativa saami, desde hacía unos 9000 años. Visitaron la extensa exposición sobre la cultura e historia de los saami y descubrieron que existe, incluso, un centro de investigación lapón y un Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal. Pepe no quiso dejar de pasar por dicho instituto pues, como investigador y de carácter curioso e inquisitivo, el fenómeno de la aurora boreal le llamaba poderosamente la atención, incluso lo había estudiado en uno de sus cursos en la universidad (no tanto le interesaba a Åslaug, que lo veía como un fenómeno natural y desmitificado, de su entorno).

Dio la casualidad que se encontraron con el Doctor Harald Onshuus, a la postre el profesor de Pepe que dictaba el curso sobre los fenómenos atmosféricos del hemisferio norte, en especial de la aurora boreal. El encuentro fue grato y emotivo, ya que el citado erudito, subdirector del susodicho Instituto, había hecho, entonces, buenas migas con nuestro Pepe, precisamente por su constante interés hacia las novedades e innovaciones, y su carácter extrovertido y exquisito, que llamaba tanto la atención en Noruega. Ambos solían discutir y, a veces, elucubrar sobre los posibles beneficios (léase inventos en el discernimiento de Pepón) que podrían colegirse de este fenómeno atmosférico si lo reproducían en un laboratorio. Solían reflexionar sobre la ingente energía que se podría aprovechar de este proceso, que ocurre cuando partículas cargadas de la masa solar chocan con los polos Norte (aurora boreal) y Sur (aurora austral) de la Tierra, de manera tal que producen, al encontrarse con los átomos y moléculas de oxígeno y nitrógeno de la atmósfera terrestre, una difusa luz visible, creando una visión realmente asombrosa y encantadora. Al fin de cuentas, el fenómeno de la aurora polar tiene muchas afinidades con el proceso que ocurre en los tubos de neón de los anuncios, o en los tubos de las tradicionales pantallas de televisión. (Insisto que todo esto lo aprendí por boca de Pepón, cuando llegó a Sevilla con su novia por primera vez).

Cuando el susodicho profesor descubrió, además, que la chica que acompañaba a Pepón era su novia, su entusiasmo subió unos cuantos grados, lo que para la gélida Tromsø era muchísimo, casi como un volcán apunto de erupción, ya que también él estaba unido a una nativa saami. No tardó mucho en ofrecerle a “House” (el intento noruego por pronunciar José) un puesto de colaborador en el Instituto, para seguir estudiando, ya más práctica y científicamente, estos fenómenos y su aplicación a los recursos energéticos y a las energías renovables. Prometió, además, procurar encontrar algún puesto de trabajo para Åslaug, en la misma Universidad.

No quiero extenderme demasiado, pues aún no he llegado al meollo de lo acontecido, así que trataré de ir al grano: el viaje a Oslo cayó del capítulo de prioridades de la pareja Pepe- Åslaug. Se quedaron en Tromsø y se entregaron en cuerpo y alma a la investigación de la aurora boreal. Sin embargo, podría aseverarse que casi todas las inflexiones relacionadas con el fenómeno de la aurora polar ya estaban bastante estudiadas. Algunas veces nuestro Pepe alcanzaba ideas o descubrimientos interesantes, que resultaban que ya habían visto la luz con anterioridad. Pero Pepón Ventura continuaba con su idea de que en estos fenómenos atmosféricos germinaba el origen de algún tipo de energía renovable capaz de suplir al contaminante y caro petróleo y sus derivados, o a la energía nuclear, tan delicada, peligrosa y conflictiva. Esa era su ilusión y hacia ello dirigía todo su empeño. Åslaug, por suerte, lo apoyaba y colaboraba también, primero voluntaria y después recibiendo remuneración, con el Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal, aunque creo que más lo hacía por amor que por convicción.

Poco tiempo después el Doctor Onshuus nombró a Pepón como ayudante de cátedra. Tuvo la oportunidad, entonces, de dictar charlas y clases magistrales, lo que contribuyó a que adquiriera confianza en cuanto a expresarse en lengua noruega. Lo siguiente fue dar el paso de lo oral a lo escrito: empezó a publicar artículos científicos en las distintas revistas especializadas de su universidad, y en alguna otra, con el beneplácito del Profesor Onshuus y la ayuda, en cuanto a redacción y sintaxis, de su mujer (ya se le podría considerar así, aunque aún no habían formalizado su unión). No obstante, con ello se desencadenó un nuevo problema para Pepe. Su profesor y tutor le daba cada vez más responsabilidades de cátedra, lo que casi no le dejaba tiempo para la investigación en el Instituto, que era su ilusión. Llegó un momento para José Ventura

Matallana que la investigación y la experimentación se convirtieron en meras actividades marginales. Más estaba Åslaug, su mujer, trabajando y colaborando en el Instituto, que él mismo.

Al poco tiempo le sobrevino otro varapalo. En vista de que ya poco podía hacer en el campo de la investigación de la aurora boreal, Pepón no cejó de investigar, desde su casa, un pequeño departamento alquilado en las afueras de Tromsø y no tan cerca del mar y del olor a arenque, sobre las posibilidades de obtener nuevas fuentes de energía alternativa. Como investigador, sabía que el abono biológico producido por excremento animal había sido utilizado como fuente primaria de energía desde épocas muy remotas. Los vikingos, al parecer, tenían conocimientos sobre el tema. Se metió de lleno a estudiar comparativamente los fertilizantes naturales utilizados en la antigüedad en Escandinavia y aquellos explotados en la América indígena precolombina y colonial, como el guano, por ejemplo. Si este fertilizante resultaba de la acumulación de excrementos de murciélagos y aves marinas, en un clima de escasa humedad, ¿por qué no se podrían explotar los excrementos de los peces y animales marinos que rodeaban la fría región ártica? ¿Y por qué quedarse en la simple fabricación de abonos y fertilizantes? Si éstos se producían por la combinación del amoníaco, ácido úrico, fosfórico, oxálico, y ácidos carbónicos, sales e impurezas de la tierra, bien podrían servir también para la producción de alguna energía renovable, combustible alternativo y barato. Así que nuestro querido José Ventura puso manos a la obra. Con la colaboración (y extrañeza, vale agregar) de los parientes de su mujer, pescadores y distribuidores de arenque y otras carnes marítimas, pudo acumular una cantidad suficiente de excrementos de peces, focas y demás mamíferos marinos, sin descartar las deposiciones de los renos, para iniciar su experimento en un pequeño patio detrás de la “kota”, la casita de madera típicamente saami, de sus suegros. Depositó todos estos desechos y excrementos bajo tierra, tratando de mantener un ambiente seco. Utilizando sus conocimientos y su ingenio, Pepón logró producir, en un tiempo relativamente corto, una pequeña cantidad de metano y energía eléctrica. Para él y para la familia de su mujer esta peripecia se convirtió en todo un acontecimiento. Empezaban a verlo con otros ojos. Pepe decidió, entonces, publicar su proceso experimental en la revista universitaria, en colaboración del Profesor Onshuus, quien en todo momento lo apoyó, tanto logística como anímica e intelectualmente.

Inicié el párrafo anterior comentando que a Pepe Ventura le sobrevino otro varapalo, aunque hasta ahora mi exposición de los hechos hace entrever que su invención o descubrimiento (un poco de cada) se había convertido en todo un acontecimiento. Sí, así fue en un principio, según logré enterarme. Pero cuando ya su artículo estaba por editarse, y se había concertado una próxima reunión con la comunidad científica y eruditos interesados en el tema, en la misma Universidad de Tromsø, el Profesor Onshuus llamó a nuestro Pepe a su despacho y le expuso, con datos específicos y bien documentados, que algunos científicos de la innovación le habían advertido que su experimento de producción de metano y luz eléctrica parecía un calco casi perfecto de la producción de gas metano y bioabonos, producidos desde un biodigestor, y llevado a cabo en una granja experimental agroecológica en Perú, a partir del tratamiento del estiércol de un conejillo de indias típico de la región, conocido como cuy. La única diferencia con el experimento de José Ventura Matallana era que éste utilizaba excrementos de peces, animales marinos y renos, y allende los mares, el estiércol del cuy. Así que el Profesor Onshuus le aconsejó, asesorado por el Decanato de Derecho de la universidad, que desistiera de la publicación de su artículo comentando sus resultados experimentales, y que anularan la convocatoria científica. Al principio Pepe no estuvo de acuerdo, pues los conocimientos genéricos que utilizó eran, y son, universales y conocidos desde tiempo pretéritos. Sin embargo, las presiones burocráticas fueron tales, y desde distintos frentes, que a Pepe no le quedó más remedio que desistir. Demás está decir que un estado físico y anímico de decepción y frustración acompañó a nuestro paisano por meses seguidos. Cuando descubrió, o por lo menos presintió, además, que las grandes empresas energéticas europeas y americanas establecidas sobre el fundamento del petróleo, boicoteaban muy duramente cualquier intento por experimentar con nuevas energías renovables, no le quedó más remedio que “apagar su luz” (la bombilla que se enciende en las tiras cómicas cuando alguien tiene una idea genial) e irse con su “música” a otra parte.

A partir de entonces Pepe Ventura dictaba sus clases en la universidad como un autómata. Asistía al Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal por obligación, para efectuar labores más administrativas que

científicas. Por el contrario Åslaug, su mujer, se hacía cada vez más imprescindible y valiosa en el Instituto. La situación entre la pareja empezó a resquebrajarse, principalmente cuando Åslaug sufrió un aborto, dada las preocupaciones y situaciones delicadas emanadas del estado anímico que sufría su marido. Aprovecharon las vacaciones estivales, cuando son los días (y no las noches) escandinavos los que se hacen interminables, para una separación temporal. Pensaron que lo mejor era que Pepe volviera a España y, luego, ya se vería. Así que contamos nuevamente con la presencia de nuestro paisano Pepe, pero todos fuimos conscientes de los cambios, nada positivos, padecidos por su persona. Estaba callado, casi siempre en estado meditativo, sin ganas de jolgorio o conversación. Como buen amigo logré que me contara, a tirabuzones, los últimas episodios o desgracias por los que había pasado últimamente. Cuando descubrí que, a pesar de todo, seguía amando a la nativa saami y que la echaba mucho en falta, le aconsejé que no se dejara amilanar, que luchara por lo suyo, que debía volver, reconciliarse y tratar de redirigir su vida, que él era muy valioso y que eso no debería olvidarlo jamás. Me hizo caso.

El regreso fue emotivo. Al parecer fue una magnífica receta aquel distanciamiento para reflexionar y estar, cada uno por su parte, seguro de los sentimientos hacia su pareja. No obstante, con el curso que tomaron posteriormente los acontecimientos, no estoy muy seguro si hice bien aconsejándole aquello. La gota que rebasó el contenido del vaso no tardó en llegar. Me explico: Pepón y Åslaug continuaron en apariencia, con su vida normal y cotidiana, tal como la habían dejado antes del respiro estival. Ambos asistían al Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal, cumpliendo con sus trabajos; Pepón seguía dictando casi todas las cátedras del Profesor Harald Onshuus, corrigiendo exámenes y trabajos universitarios. Me escribió en un correo electrónico donde se manifestaba bastante satisfecho, que incluso los alumnos lo respetaban y hasta se peleaban por poder asistir a sus clases magistrales, toda vez que los cupos de matrícula a sus cursos se completaban y cerraban el mismo día en que se abrían. Él, por su cuenta, seguía interesándose por el fenómeno de la aurora boreal, casi con reverencia. Mantuvo varios contactos con el Sodankylä Geophysical Observatory (SGO), el reconocido centro de estudio geofísico para investigar los secretos del campo geomagnético de la tierra y de la aurora boreal, situado en la pequeña ciudad de Sodankylä, en el mismo corazón de la Laponia finlandesa. Por otro lado, se entregó a leer y a escuchar de boca de sus parientes lapones (que prefieren que se les denomine saami) todas las leyendas concernientes a este maravilloso fenómeno de luz y color. Supo que el llamarle al fenómeno “aurora boreal” era casi como un sacrilegio, pues estos vocablos son de origen romano y griego, que nada tenían que ver con la región y sus habitantes nativos. Aurora proviene del nombre de la diosa romana del amanecer, y Boreas significa norte en griego. En el folclor lapón, sin embargo, utilizaban otros términos que tenían que ver con las míticas explicaciones que dieron los nativos a la aparición de estas fascinantes luces de colores. Así, por ejemplo, los lapones finlandeses le llamaban “revontulet”, que significa “fuegos del zorro”, ya que, según la leyenda, los zorros del ártico prendían fuegos o rociaban el cielo de nieve con su cola, lo que provocaba tales maravillas visuales.

Intentaré volver al asunto que nos atañe, el desenlace fatídico en la vida y obra de nuestro querido José Ventura Matallana. Y aquí debo hacer la advertencia que todo lo que refiero y anoto se ciñe a la realidad, tal como la conocí y, en cierta medida, la viví. Lo que a continuación intento explicar ocurrió, tal cual, aunque parezca inverosímil o falto de veracidad. Para principios de noviembre, fecha propicia para presenciar en Noruega auroras boreales, Pepe y Åslaug tomaron unos días de asueto y viajaron a Finnmark, la provincia más al norte de Noruega, colindante con su Troms. Alquilaron una pequeña cabaña de madera, estilo “toka”, a orilla de uno de sus 60,000 lagos. Y se prepararon para presenciar algunas auroras boreales. Se posesionaron del pequeño patio, entre la cabaña y el lago, al abrigo de mantas y pieles. Se equiparon de una suculenta guarnición: arenque -fresco, salado y ahumado- muy al estilo escandinavo; espaguetis a la boloñesa, muy italiano; tortilla de patatas y ¡hasta gazpacho! Para hacerle honor a las tierras españolas. Bebidas, panes de diferentes hechuras y postres variados. Esa misma mañana Pepe había estado “jugando”, con algunas sales y fórmulas orgánicas, resultantes de sus otros ensayos con los excrementos y abonos biológicos (experimentos que no había abandonado del todo). Åslaug lo invitó a salir al patio al atardecer (léase para los no entendidos, alrededor de las catorce horas, que en esas fechas en Noruega ya era el atardecer), para hacer buen uso de las provisiones alimenticias. En eso estaban, tenedor en mano y comida en boca cuando ante ellos apareció aquel fenómeno que tanto encandilaba (nunca mejor dicho) a Pepón:

una aurora boreal en todo su esplendor. Con los espaguetis enrollados en el tenedor y ya metidos en su cavidad bucal, en contacto con su saliva, por dentro, y sus dedos, por fuera, Pepe se quedó con la boca abierta, fascinado. No es que no hubiera visto con anterioridad auroras boreales. Viviendo en el norte de Noruega era imposible no presenciar en algún momento tales fenómenos, pero nunca así, con ese halo romántico, frente a un lago y lejos del gentío y atmósfera de la ciudad. Entonces ocurrió el principio del fin: al querer cerrar su boca para arrancar los espaguetis del tenedor y masticarlos, sintió un pequeño calambrazo entre sus dientes, mientras la aurora boreal se desarrollaba en todo su esplendor. También en la mente de José Ventura empezó a desarrollarse con todo su esplendor una nueva idea, un nuevo descubrimiento. Estaba seguro que aquel calambrazo tenía que ver con el fenómeno que estaban presenciando él y su mujer, y quién sabe cuántos cientos de miles de personas más. Intentó volver a masticar, y nuevamente el mismo y leve calambre en la lengua, entre los dientes, en las encías.

Para no alargar el tema, ya que los detalles los desconozco, pues, en su descripción, Pepón fue bastante parco (o mejor dicho precavido), resumiré que de ese accidente José Ventura creó un nuevo y espectacular invento: relacionando las sales y fórmulas orgánicas que habían quedado impregnadas en sus dedos antes de comer (durante sus experimentos matutinos) con la saliva y los fenómenos geomagnéticos producidos por la aurora boreal, concibió un nuevo tenedor y cucharas de metal que, en contacto con los fluidos salivales y la lengua producían una pequeña descarga que avisaba a los comensales que se habían pasado en la ingestión de alimentos necesarios y sanos para su metabolismo. ¡Una fórmula mágica para no engordar! Perfeccionando el invento, inclusive consiguió que sus "benditos" cubiertos determinaran las cantidades máximas de sales, minerales y otras sustancias orgánicas debería cada comensal ingerir sin caer en excesos, y así guardar equilibradamente su salud. ¡Fue la bomba!

Toda la Universidad de Tromsø se rindió a sus pies; el Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal le prestó toda su infraestructura y apoyo logístico. Decidieron sacar el producto al mercado en vísperas del 6 de febrero, el Día Nacional Saami, en conmemoración de la fecha de la primera Conferencia Sami. Los referidos tenedores y cucharas fueron acaparados prácticamente el mismo día en que salieron al mercado. De Noruega se vendieron al resto de Europa. Una conocida empresa noruega con sucursales en el continente, se encargó de fabricarlos y exportarlos. Grandes empresas entablaron negociaciones con Pepe o Åslaug, para comprarles la patente. Pero éstos no soltaron prenda. En poco tiempo el flujo de dinero a las arcas de esta pareja no cesaba. Viajaron a España, compaginando vacaciones, visita a familiares y contactos empresariales. Aquí la recepción del invento fue apoteósico…. Y ustedes se preguntarán "¿dónde está el principio del fin del que hago alusión?". ¿Por qué hablo de trágicas consecuencias si, en este caso, todo va para la pareja José- Åslaug de bueno a mejor? Pues, como en sus inventos anteriores, el final de éste también terminó en descalabro, solo que esta vez llegó a resultados catastróficos. No pasaron ni varios meses desde el fulgurante ascenso de José Ventura, cuando se desató una terrible epidemia en Europa. Empezó en Noruega, luego en el resto de los países escandinavos, pasó al resto de Europa, hasta llegar a España y Portugal: a cientos, miles de personas se les empezó a caer, así, de pronto, la lengua. Nadie sabía por qué pasaba, a qué se debía. Las conjeturas no faltaban; hubo hasta los agoreros extremistas religiosos que sin pudor alguno daban la bienvenida a esta calamidad como castigo divino, por utilizar las lenguas para otra cosa que no fuera la de alimentarse "como Dios manda". Pepe, su mujer y su empresa fueron de los primeros que pusieron sus recursos científicos y financieros para ayudar a atajar la pandemia y colaborar en la reimplantación lingual a aquellas personas que se les había caído. Lo más curioso era que el único país europeo al que no llegó esta devastadora y extraña anomalía fue Francia.

Al poco tiempo las investigaciones revelaron que la mayoría de las personas a las que se les caía la lengua eran obesos, o que sufrían de problemas metabólicos. Fue un simple trámite pasar de esta conjetura a la de descubrir que todos ellos tenían, además, otro denominador común, y era que ¡habían utilizado diariamente un "miraklergaffel" o un "miraklerskje", los famosos tenedores o cucharas "milagrosos" –como decidieron llamarlos los fabricantes, en noruego- inventados por José Ventura! Al parecer, siempre en términos de conjeturas, las reacciones de los componentes bioquímicos de los cubiertos metálicos (cucharas y tenedores) utilizados por Pepón en su invento, con las secreciones salivares y las corrientes biomagnéticas colegidas del fenómeno "aurora boreal", daban tan desastrosos resultados, después de un uso continuado

de los mismos. A nuestro Pepe Ventura y a su mujer casi se les cae el pelo. De héroes pasaron a villanos, a personas “non gratas”, en cuestión de días, allí donde fueran. Sin embargo, nunca se pudo concluir científicamente que los dichosos cubiertos de comer fueran los culpables últimos, pues otros tantos de miles usuarios de los mismos, no habían sufrido la aberrante caída de lengua. Lo más probable era, según las deducciones científicas, que aquellos usuarios asiduos que acostumbraban a lavarse los dientes después de cada comida, se salvaron de la amputación lingual. Los que no, sufrieron las consecuencias. La siguiente pregunta fue: ¿por qué en Francia no hubo ningún caso de amputación de lengua? Es que la empresa noruega fabricante no había recibido aún el beneplácito de Francia para instalar sucursales en terreno francés. Los españoles, tan dados a la chanza sobre los franceses, no dudaron en hacer correr la voz que los franceses, tan nacionalistas ellos, como no habían sido los inventores del artilugio, no quisieron saber de él, no quisieron ni oírlo nombrar; y que ya estaban preparando en talleres ultrasecretos, sus propios tenedores y cucharas milagrosos, incluyendo cuchillos y palitos chinos.

Volviendo a nuestro José Ventura Matallana, fue perseguido y vilipendiado, aunque no encarcelado, por falta de pruebas concluyentes. Por su puesto que el producto fue retirado inmediatamente del mercado. Desgraciadamente comerciantes sin escrúpulos lograron agenciarse de ingentes cantidades de estos cubiertos, para revenderlos descaradamente en América Latina, África y Asía, que ahora están sufriendo las consecuencias. A Pepe no se le permitió regresar a Noruega. En España no podían, él y su mujer, salir ni a la esquina si no querían exponerse a ser linchados. Tuvieron que refugiarse en un cortijo prestado, al sur de Andalucía (y que no nombro por razones obvias. Pero sí vale enfatizar que en ese momento, con dinero, mucho dinero en mano, era mucho más fácil para esta pareja encontrar “refugio”, lo que pocos meses antes no hubieran podido ni soñarlo). Luego intentaron viajar a Paris, toda vez que los franceses no habían sufrido las consecuencias de su invento, pero a última hora presiones de altos vuelos impidieron el viaje. Lo mismo ocurrió con Argentina, Brasil y demás países americanos. Tenían carta abierta para viajar a Sudán, por ejemplo, u otro país africano, pero la situación política y bélica de aquellos países que lo recibían no daba pie a aceptar la invitación. ¡Hasta de Gaza, en tierra palestina, recibieron una invitación formal para refugiarse en ella! Cuando las autoridades del gobierno de Gaza, el grupo terrorista Hamás, supieron que la pareja José- Åslaug eran de Tromsø, una ciudad hermanada con Gaza desde 2001, viajaron clandestinamente a su escondite en Andalucía, para proponerle a Pepe (Yusuf, creo que lo llamaban en árabe) que utilizara sus conocimientos en bioenergía e ingeniería tecnológica, para la creación de armas sofisticadas, a cambio de asilo, una nada despreciable remuneración económica y protección oficial las veinticuatro horas del día, para él y su mujer. A Pepe se le heló la sangre cuando escuchó tal propuesta. No se atrevió a negarse, así que decentemente les pidió algunos días de reflexión. Temiendo por su seguridad si se negaba decidió al instante que era hora de, prácticamente, huir de España. Si los de Hamás habían dado con su refugio, era señal de que muchos más ya sabían dónde se alojaban.

Pepe envió rápidamente a su mujer a Noruega, a la que no podía impedírsele la entrada, primero, por ser noruega y, segundo, porque no se le acusaba de nada, con instrucciones precisas de conseguirle documentación, con una nueva identidad. Me tocó a mí servir de “mediador”, teniendo que efectuar varios vuelos entre España y Noruega, hasta que los papeles lograron conseguirse, con mucho dinero de por medio, y la colaboración de sus seres queridos (entre ellos el Profesor Harald Onshuus, de los pocos que no le retiró su amistad, más por Åslaug, que se había hecho íntima amiga de su mujer, que por Pepe). Mientras tanto Pepe, en España, ubicado ya en otro sitio secreto, pasó por una transformación física asombrosa. Ni el mismísimo Radovan Karadzic, el ¿Quélíder serbio acusado de genocidio y crímenes de guerra, varios años escondido tras un “espiritual” y barbudo disfraz, y finalmente descubierto, hubiera soñado con un cambio tan radical para no ser reconocido. Primero, Pepe pasó por pequeños retoques corporales y faciales: engordó unos cuantos kilos, se rebajó la nariz, para obtener una fisonomía más nórdica, se tiño el pelo de rubio, cortándoselo muy bajo y puntiagudo. Finalmente, se colocó lentillas que daban a sus ojos un color celeste profundo, como el del cielo noruego. La fisonomía escandinava ya la tenía conseguida. Ahora faltaban un nombre y apellidos acordes, y enviárselos a Åslaug para que los grabara en la documentación. Todo iba dar a entender que Pepe había nacido de padres noruegos en L’Alfàs del Pi, pueblo en las costas alicantinas, donde está ubicada la más importante colonia de noruegos en España. La idea de su nombre y apellido se me ocurrió a mí: mantener etimológicamente su nombre, solo que traducidos al noruego.

Averiguamos que José venía del hebreo, y que significa “añadido”, o que “Dios añade”, así que Pepe lo tradujo al noruego, y sonaba algo así como “lagt til”, pero según Pepón, nadie se llamaba así, y que era preferible que se llamara Joseph, que es José en muchos idiomas europeos. Para el apellido le propuse que le agregara una “a” al suyo, de manera tal que buscara la traducción de “aventura”. Así surgió su primer apellido: Eventyr, y el segundo, de la combinación en noruego de “mata” (no de matar sino de planta, matorral) y “llana”: Skrubbeleilighet. No había dios quien lo pudiera pronunciar en España, pero José Ventura Matallana se despidió de este apelativo para pasarse a llamar, “formalmente” Joseph Eventyr Skrubbeleilighet.

Una vez en Noruega, reunido con su mujer y con nueva identidad, Joseph y Åslaug se mudaron a otro pueblo, también al norte e Noruega, pero que por razones comprensibles no nombraré. Con el dinero que les quedó de la gran odisea de los “cubiertos milagrosos” emprendieron una nueva vida. Åslaug abrió una agencia de viajes especializada en el turismo ecológico y de la naturaleza, principalmente entre Noruega y España. Descubrieron que eran muchos los noruegos que aspiraban conocer España, principalmente Andalucía, y “empaparse” del sol español, su gastronomía y sus parques y reservas naturales. Y desde el otro lado, eran muchos los españoles que soñaban con visitar los fiordos noruegos, sus lagos y reservas naturales y contemplar, in situ, esa maravillosa expresión de la naturaleza que es la aurora boreal. Así que trabajo no les faltó. Nuestro compadre, ahora Joseph, ayudaba de vez en cuando a su mujer, pero su principal ocupación siguió siendo la búsqueda de inventos innovadores, con la ayuda de la biotecnología y la bioenergía. Algunos inventos, la mayoría, los tiene descansando en espera de días mejores para madurarlos y difundirlos, pero otros ya han visto la luz. Hay muchos y variados, como el aparato que se lleva a modo de collar, que emite radiaciones capaces de alejar a distintos animales y bichos (según la intensidad de la radiación) del perímetro cercano de quien lo lleva. O las gafas de visión “biónica”, pero no para atravesar paredes o ropa, sino para una visión interior del propio cuerpo de quien las utiliza; según Joseph, se puede “ver” hasta la evolución del pensamiento, los humores y, quien sabe, hasta el alma, además de los distintos órganos corporales, vasos sanguíneos, sangre, vísceras, etcétera. Pero el invento que él más admira, y que por ningún motivo quiere, por el momento, sacar a la luz, es el “lápiz de escritura mágica”, como el suele llamarlo: Sumergiendo el carboncillo del lápiz en una sustancia de sales orgánicas y corrientes eléctricas, producidas por él, en contacto con secreciones del cuerpo, logra que el lápiz inicie una oleada de escritura automática, en donde el inconsciente aflora, produciendo actos y escritos creativos no programados por la voluntad o pensamiento consciente del autor. Es infalible. Y lo más curioso es que puede escribir tanto en noruego como en lengua sami, o en castellano, sin él proponérselo ni vaticinar de antemano en qué lengua se le “antojará” al lápiz “escribir”. Por su puesto que ante un ordenador no es capaz ni de escribir, casi, su nuevo nombre. Así que nuestro compadre Joseph se ha convertido en escritor de relatos breves, publicados con un seudónimo, que también me reservaré. Ahora que acaba de nacerle el primogénito (con sus ojitos rasgados y esa agraciada fisonomía típicamente lapona) su escritura automática está produciendo, en exclusiva, bellos e íntimos relatos infantiles.

Dejo aquí constancia, pues, de todo lo que sé, de todo lo que oí y aprendí sobre mi compadre José Ventura Matallana, y de mi interrogante inicial, por qué algunos gozan de su fama, quizás inmerecidamente, mientras que genios de la creatividad tienen que vivir en el anonimato. Doy fe que todo lo aquí expuesto ha ocurrido tal como lo refiero, a excepción, claro está, de la operación que he descrito en cuanto a la traducción y transliteración del nombre de nuestro compadre. Esto fue un simple juego de ingenio que llevamos a cabo mi compadre y yo. Su verdadera nueva identidad, me tendrán que permitir que también me la reserve.

¡QUÉ IDEA!

Siete meses, veintidós días, nueve horas y trece minutos sin una idea. ¿Qué fenómeno psicológico, clínico, intelectual o de cualquier otra índole puede ser capaz de provocar este estado? ¿Es acaso creíble que ello ocurra, así, de un día para otro, en un autor que, como yo, siempre, siempre, fue considerado hacedor de ingenios y agudo en ocurrencias? Creo que no me queda más remedio que aceptarlo, redireccionar mi vida

hacia otros derroteros menos creativos. ¿Será éste mi testamento de despedida como escritor, mi muerte literaria?

No puedo confirmar que éste sea mi testamento, pero sí ha llegado el momento de que tome las riendas de la sinceridad, de que me libere de este plomizo peso: debo confesar que nunca he gozado de ideas originales. Algunos me han considerado prolífico en ideas, pero ni una, ni uno solo de mis escritos, de mi quehacer literario, se han basado en alguna idea mía. Sí, las he robado, lo confieso. Luego, con maña, algo de mala arte, mucho de truco y más de leer e imitar, las he transformado, he hecho de ellas algo que, algunos, han considerado digno de ser leído. Así que no son solo siete meses, veintidós días, nueve horas y trece minutos -ahora ya quince- sin una idea. Es mi vida entera la que ha carecido de ideas. Solo que aquel día de este mismo año lo recuerdo muy bien, pues era un día después de mi cumpleaños, cuando se estaba celebrando la festividad del Tabernáculo y yo entregué, ilusionado, mi último manuscrito a la editorial, un compendio de relatos de ultratumba, titulado "Más allá de lo desconocido". Pero creo que entonces jugué con fuego, nombré lo innombrable, escarbé en un terreno prohibido. Y he aquí las consecuencias. Desde ese mismo día, ni siquiera robando ideas he podido plasmar algo que pueda llamarse literatura. Quien se haya aficionado a la lectura de relatos terroríficos, hubiera descubierto que aquella, mi última colección de relatos, estaba basada en leyendas y mitos terroríficos plasmados en el papel por autores de los siglos XVIII, XIX y principio del XX. Claro que son pocos los que habrían podido correlacionarlos, atar cabos, pues muy finamente hice uso de artimañas lingüísticas y literarias que no voy a desvelar ahora, para despistar. Además, no conozco a nadie, realmente a nadie dentro de mi ambiente, que se le haya ocurrido leer relatos sobre el "más allá", escritos hace más de un siglo (fuera de los de Poe y Meyrink). Mientras, pude llenar un poco, sinceramente solo un poco, mis arcas, con dicha publicación. Lo suficiente, por lo menos, para pagar mi hipoteca, aunque sea hasta final de este mes. Y no más. Lo más chocante es que, mientras avanzaba en mis cuentos, presentía que debía parar, dejarlos de lado, algo me insinuaba: "para, no sigas". Una noche invernal, incluso, mientras visitaba el antiguo cementerio judío de Praga junto a un conocido checo, que me servía de traductor, encontré un papel en el suelo, a la entrada del cementerio, más bien parecía una anuncio estropeado, antiguo, cubierto de lodo, escrito en letras góticas. Al levantarlo, casi se me deshacía en mis manos y a pesar de que estábamos a nueve grados bajo cero, un sudor empezó a recorrerme, principalmente por la frente, la espalda y los pies. Un temblor, algo así como si me hubiera dado el Parkinson, se apoderó de mis extremidades. Mi amigo no se enteró. Le pregunté, tiritando –seguro que por el frío, habrá pensado- qué decía aquella nota, pues no he tenido el privilegio de aprender checo, y me leyó, luego de reírse durante unos segundos: -Tu paso no es seguro, Si sigues, atente a las consecuencias.- Agregó: -Tonterías, algún chistoso que no tiene nada más importante que hacer que asustar a los turistas. Pero eso sí, la octavilla está bien lograda, hasta parece antigua-. No fue esa la primera vez qué se había apoderado de mí ese temblor, aquella sensación de que estaba haciendo algo malo, muy malo. Pero claro, otra vez lo achaqué al centenar de supersticiones impregnadas en aquellos cuentos añejos en los que me basaba, y que había leído uno tras otro en menos de dos semanas, sin papar. -Un atracón, un empacho de literatura terrorífica- pensé entonces -pero me servirá para mis relatos, a falta de ideas originales…-.

Me ocurrieron otros sucesos insólitos, algunos grotescos, otros incongruentes. Ahora, viéndolo en perspectiva, creo que mi vida hasta llegó a estar en peligro, más de una vez. Prefiero, por tanto, no recordarlos. A estas alturas creo que debo hacer hincapié que, aunque no gozo de ideas, sí soy un caballo de batalla, me entrego en cuerpo y alma a mi obra, más de lo que debiera, ahora lo comprendo. Digo todo esto porque me empeñé en visitar tumbas, desenterrar muertos, visitar cavernas y sepulcros en templos y monasterios, hacer uso de las "ouijas" y otros artilugios "prohibidos". Y mejor no continúo porque esa extraña sensación de "para, no sigas" me está volviendo en este instante, recorre mi columna vertebral, mientras mis dedos se entumecen y mi frente suda secreciones que se me antojan amarillas.

¿Qué son, en realidad, las ideas? ¿Tienen todos los seres pensantes ideas? ¿Es posible razonar sin tener ideas? No hay ser humano que yo conozca que no se jacte de tener ideas o, por lo menos, UNA idea. "¡Tengo una idea!" ¡Cuántas veces hemos oído esta expresión, para enunciar cosas, por llamarlo de alguna manera, que muchas veces hubiera sido preferible que no salieran de boca alguna! ¿Son realmente ideas,

todos debemos tener ideas? Yo estoy convencido que mi persona carece de ellas. He consultado con el Diccionario de Filosofía Contemporánea y, la verdad, no me ha sacado de dudas, más bien me ha enredado más, porque de filosofía entiendo poco y, careciendo de ideas, su comprensión se me hace más difícil. Transcribo lo que empecé a leer: "Desde cuatro puntos de vista se suele realizar el análisis del término «idea» en casi todos los tratados: lógico, ontológico, trascendental y psicológico. Las ideas son entendidas en un sentido lógico cuando se las equipara a un concepto. Adquieren sin embargo un significado ontológico cuando se las equipara a cierta realidad o materialidad…" ¿Han comprendido ustedes? Esperaré a que me lo expliquen. Mientras tanto, quiero reflexionar sobre esto, para aclararme las ideas… (¡He dicho ideas! ¿las tendré? No, más bien quiero decir, para aclarar las ideas de los demás sobre esta expresión). Considero que las ideas son más que imágenes que se forman en la mente. En mis sueños las imágenes fluyen como las aguas por el cauce del río caudaloso, pero ¿idear algo de ellas? ¡Nada! ¿Pensar y razonar? Sí, todos, en mayor o menor grado pensamos –no tanto razonamos- pero no por ello nuestro pensamiento o raciocinio confluye en una idea capaz de crear algo nuevo, donde podamos aplicar nuestro intelecto. Y eso es precisamente lo que a mí no me ocurre: no soy capaz de crear una idea nueva a partir de mi pensamiento o razonamiento. Los conceptos, que sí considero como frutos de las ideas, tengo que robarlos, aprenderlos y aprehenderlos de otros, quienes los han ideado con anterioridad.

Repito, como ya no podré dedicarme a este oficio de escribir, humildemente debo reconocer, que carezco de ideas. A diferencia de otros compañeros escritores yo sería incapaz de crear un relato a partir de ideas que me surgieran por una piedra con la que me tropecé en mi camino, o por aquella octavilla pisada, embarrada y encontrada a la entrada del cementerio judío de Praga. Pondré un ejemplo: A mitad de mi investigación para escribir mis últimos relatos, en una de mis aventuras más arriesgadas e ilícitas, cuando me tocó visitar, a medianoche un panteón familiar del siglo XVII en… (prefiero no nombrar el sitio, para evitar acciones legales) en el cual, según la leyenda popular, se había cometido un horrendo crimen –enterrados vivos dos jóvenes hermanos por haber practicado, supuestamente, el incesto- abrimos una de las tumbas en donde, según los detalles con que contábamos, tenía que yacer el padre y ejecutor del crimen hacia aquellas dos criaturas adolescentes, y la encontramos vacía de esqueleto. Aún peor, había en su interior un sombrero invernal redondo, afelpado, de piel de armiño o algo parecido, ¡con pelos humanos en su interior! Yo fui el único de los tres que estábamos presentes, que se atrevió a alzar el negro sombrero y examinarlo. Fue realmente horripilante lo que descubrí: en la parte interior del sombrero, entre éste y la cabellera adherida, aún se podían vislumbrar trozos de cráneo humano, casi como si formaran parte del mismísimo sombrero. No había quedado nada del esqueleto enterrado en aquella tumba, tan solo su sombrero y, en él, el cráneo y el cabello. –Como para escribir una novela o un relato- espetó uno de mis acompañantes, también escritor. Pues bien, en se momento, he de confesar, a pesar de los sudores y temblores que se empezaban a adherir a mis huesos, como en veces anteriores, se apoderó de mí un sentimiento superior aún: la envidia. Envidiaba en aquel momento a mi compañero, que era capaz de, por lo menos, pensar que de aquel sombrero podrían florecer ideas para crear una obra literaria. Eso, para mí, era -y es- impensable, inaplicable para mis esquemas de razonamiento.

Yo sería incapaz, por ejemplo, de crearme una historia a partir de aquel hallazgo, como que ese sombrero había sido confeccionado con la piel de dos armiños que servían de mascotas a los hermanos adolescentes y que, tras su cruel entierro, el padre los degolló para confeccionarse con aquella piel el mejor sombrero de invierno. Sería incapaz de generar una idea que me permitiera escribir que, tras la muerte del padre, sus sobrevivientes lo enterraron, como homenaje, con aquel sombrero; pero que éste no había matado en realidad a los armiños, sino que los cosió entre sí para confeccionarse su tan peculiar y vistoso sombrero. Los armiños, entonces, al parecer no habían muerto, o sí, pero que, ya enterrados junto con aquel padre cruel, regresaron de ultratumba para vengar la muerte de sus queridos amos. Y como son alimañas carnívoras y sanguinarias, acostumbrados a vivir entre piedras y madrigueras, se encontraban en su ambiente y se deleitaron del banquete que les proporcionaba aquel cuerpo putrefacto en vida y deleitable en muerte, hasta no dejar más que cráneo y pelo. Repito, no podría ser capaz de generar ideas como estas, por más escabrosas que fueran, para concebir un relato en el que…. ¡Por todos los demonios que constantemente me visitan! ¡Acaban de fluir ideas en mí! ¡Estoy creando un relato a partir de mi propia experiencia! He pensado, he razonado, he ideado y he creado ¡y sin proponérmelo!

Pero no, no puedo, ni debo, lanzar campanas al vuelo. Esto no significa nada, más bien viene a corroborar lo que he sabido desde siempre: aquí y ahora no ha ocurrido más que la excepción que confirma la regla. Fuera de ésta no tengo, nunca he tenido, ideas.

PEREZA

[Aquí estoy, prestándome a la farsa. A punto de pronunciar las palabras de fondo en el funeral del Ministro de Cultura. Mirando las caras de todos los concurrentes, desde el Presidente de la República hasta el conserje del ministerio y preguntándome por qué se me ha ofrecido a mí tal "honor". Y peor, ¿por qué he tenido que aceptarlo? He sido su viejo profesor, es cierto, su tutor, ¿pero su amigo? Entre él y yo hay una generación de por medio. Además, en los últimos años más bien tuvimos muchos desencuentros, y no he defendido por lo general sus cometidos como estadista. Pero de algo estoy seguro, a mi edad, para lo único que sirvo, por lo visto, es para pronunciar discursos vetustos y palabras fúnebres. Así me mantienen amansado, alejado de los tejemanejes públicos, de las telarañas que últimamente van creando los políticos jóvenes, para sacar partido, y prefiero no enterarme qué clase de partido. A mi edad, ya no tengo nada que perder. En estas circunstancias no he podido negarme, siendo yo, precisamente, quien insistió dentro del Gran Partido por la Democracia Popular, que había que dejar el espacio de expresión a las nuevas generaciones, capaces de innovar y renovar. Sería incongruente con mi filosofía negarme ahora. Lo que nadie hubiera podido augurar es que el puñetero Alberto Belchites fuera a morirse tan pronto, en plenas facultades y ocupando el cargo de Ministro de Cultura, puesto al que, por cierto, fui el primero en ejercer desde la fundación de nuestra Renovada República Popular.]

Queridos deudos y familiares del Doctor Alberto Belchites, mi alumno y amigo
Excmo. Sr. Presidente de la República Popular
Excma. Sra. Presidenta del Parlamento Democrático
Excelentísimos Señores Ministros del Gobierno
Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad
Representantes de todas las instituciones gubernamentales y no gubernamentales
Autoridades y representaciones
Queridos hermanos y hermanas:

Tengo el honor de despedir, con sentimientos de pesar, a una de las personalidades más relevantes y representativas de la política y la cultura de nuestro pujante país. Hoy me encuentro ante ustedes para compartir recuerdos y vivencias compartidas con este gran estadista, pero no es mi intención pronunciar palabras fúnebres. No sé cómo hacerlo, y estoy seguro que sonarían falsas. Quiero hablar de Alberto, mi amigo. Alberto Belchites, nuestro admirado Ministro de Cultura, tenía muy claro que la vida nos regala momentos de emoción y alegría, así como momentos de soledad y desconsuelo, y que los unos y los otros debemos aceptarlos, aprender de cada uno de ellos. Me consta su talante, pues tuve el privilegio de ser su profesor, tutor y amigo durante tantos años. Y Alberto era, sin duda, de los que sabían otorgarle el sitio y la importancia adecuados a cada una de esas coyunturas.

Los actos de Alberto siempre estuvieron llenos de sabia reflexión. No lo voy a negar, también fueron precedidos de mucha polémica. Pero si el gobierno de nuestra amada República Democrática Popular, acertadamente, lo nombró Ministro de Cultura durante las dos últimas cadencias, habrá sido por algo. Sus méritos lo amparan. Hay un proverbio bíblico que nuestro Alberto tenía como máxima de cabecera, desde que ocupó el cargo de Ministro de Cultura: "La sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas; clama en los principales lugares de reunión; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones. ¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia?"

[Pero si estoy endosándole unas palabras que yo quería hacerle ver que eran la base de la cultura: la sabiduría popular. Y él siempre me las discutía, hasta se burlaba de ellas. Claro está, cuando se aferró a su puesto de "timonel de la cultura", fue el primero en repetirlas, en utilizarlas, en hacerlas suyas. ¿Las habrá comprendido alguna vez?]

Sí, nuestro querido Alberto, mi amigo, mi alumno, entendió que el saber popular es preciado y exquisito, no por sencillo deja de ser esencial para tenerlo en cuenta y aplicarlo. No olvidemos que fue él el creador de los Grupos Base de Cultura y Sabiduría Popular, los máximos representantes, hoy por hoy, de la filosofía revolucionaria de nuestra nación popular y democrática.

[A estas alturas y todavía ejerciendo de hipócrita, con lo poco que me apetece. A mi edad, me gustaría gritar de una vez por todas que toda esta mierda, de democracia le queda ya muy poco. Mira la cara del Presidente, el ¡Excelentísimo! Creo que ni entiende una sola palabra de lo que digo. No creo que comprenda algo más allá de las armas y las intimidaciones. Ésas si son para él los paladines de la democracia. Y va y nombra a Alberto Belchites Ministro de Cultura, para ganarse a los intelectuales burgueses e indecisos, para ganarse la aceptación, que no el voto, de empresarios y tecnócratas. Y lo ha ganado, el condenado. Yo, por mi parte, de cara a la galería, tengo que alegrarme. ¿Acaso no fui yo el filósofo principal de esta "revolución", el impulsor de esta "movimiento por la innovación y la revolución cultural"? Pero claro, entre lo que quise decir y lo que se hace, lo que se puede hacer, quizás no haya un abismo, pero sí una brecha que aún está por rellenar.]

Me consta, desde su época de estudiante en la Facultad, su interés por hacer prosperar a nuestro pueblo, despertarlo del sueño a lo que lo tenían sometidos los señores del peculio, "los que cortan el pescado" como solíamos llamarlos los revolucionarios. Me atreveré a leer, como muestra, unas palabras escritas por él en uno de sus trabajos universitarios, durante su época de estudiante. Perdóname, Alberto, pues sé que tu humildad no me permitiría, en vida, que hiciera públicas tus palabras, a modo de elogio. Aquí van: "Nadie, por más joven que sea, debe vacilar en hacer de la cultura su razón de ser, ni por hallarse viejo debe sentirse fatigado por buscar la sabiduría. Pues nadie está demasiado adelantado ni retardado para lo que concierne a la salud de su alma y a la prosperidad material. De modo que deben entregarse al pensamiento y al quehacer cultural tanto el joven como el viejo: el uno para que, envejeciendo, se rejuvenezca en bienes; el otro, para ser a un tiempo joven y maduro por su serenidad ante el futuro".

[¡Mira la cara de todos estos! Nadie cae en cuenta. La ignorancia se les refleja en el rostro. No, no estoy en contra de estas reflexivas palabras, no es que no las haya escrito Alberto. Sí, las escribió, pero copiándolas. ¡En este instante nadie es capaz de caer en cuenta que no son palabras originales de él! Hasta una vez las publicó en una revista de sociología. Ni siquiera parafraseó al griego Epicuro en su "Carta a Meneceo"; sencillamente lo copió casi textualmente, con la salvedad que donde pone "cultura", "sabiduría" o "quehacer cultural", Epicuro escribió "filosofía" o "filosofar". Y todo por la peor de las imperfecciones humanas: la pereza.]

Me atrevo a asegurar que una de las cualidades más sobresalientes de nuestro querido Alberto Belchites, sus allegados y familiares así lo pueden atestiguar, era su capacidad de reflexión. No tomaba nada a la ligera. Sabía meditar por horas algún asunto, después de oír en reuniones a veces interminables, los pro y los contra. Era sabido que se encerraba por horas en su despacho, sin permitir que se le molestara, para reflexionar intensamente, antes de tomar alguna determinación.

[¿Reflexionar? No era más que pereza en su estado puro y duro. Sí, ésa era la perdición de Alberto Belchites: ¡La pereza! Tanta inteligencia desperdiciada. Alberto era muy inteligente, no

se pude negar. Pero hacía el mínimo esfuerzo por reflexionar y expresar su propio razonamiento a la hora de investigar. Mejor que los demás lo hicieran por él. Estampar posteriormente su "pata de gallo", a modo de firma, era menos agotador. Recuerdo sus trabajos de investigación en su época universitaria. De allí provinieron nuestros primeros desacuerdos. En clase, sin duda, sobresalía sobre los demás, era un "crac": expresaba sus ideas y razonamientos de manera clara, tajante y hasta, a veces, altanera. Su labia era impecable, y lo es (bueno, ya no, aunque aún no seamos del todo conscientes, acaba de morir). Pero eso me gustaba. Lo que no podía soportar era que en todos sus trabajos no hacía más que plagiar o parafrasear a otros, dejando de lado el potencial que él, de por sí, tenía. Pero la pereza podía más con él. Le encantaba, así me lo hicieron ver sus propios compañeros, quedarse tumbado en el sofá de su casa, despojado de compañía. Y no hacía nada, absolutamente nada, más que suspirar, mirando al techo (¿a las musarañas, como se decía en mi época?). Es que era la holgazanería personificada. Hasta cortejar le daba pereza. Y ahora me toca elogiarlo, rendirle tributo ante su féretro, de cuerpo presente.]

Nada tomaba nuestro Alberto Belchites a la ligera. Detrás de cada uno de sus actos, de sus escritos y discursos, se evidenciaban consistentes reflexiones de peso, un cúmulo de sensatos juicios y parámetros muy específicos a seguir. Cuando se propuso introducir un cambio cualitativo al Ministerio de Cultura de nuestra República Popular, luego de que yo dejara el cargo, tuvo muy claro cuáles serían las líneas de actuación a seguir: dividió al ministerio en tres ejes centrales, asignándole a cada eje sus parámetros muy bien definidos: el reconocimiento de la diversidad cultural que componen los estratos socioculturales de nuestra República; refrendar a la cultura como instrumento de desarrollo económico y de cohesión social, y la consolidación de la cooperación cultural interregional y entre naciones. De allí nació el modelo y el arraigo de los ya célebres y meritorios Grupos Base de Cultura y Sabiduría Popular.

[También aquí Alberto no hizo más que utilizar mis apuntes, los esquemas que dejé anotados antes de mi retiro voluntario. Pero no eran más que eso: bocetos de un proyecto cultural, que a su vez había tomado de las estrategias de actuación del Ministerio de Cultura Español. Pero él ni siquiera se tomó la molestia de redactarlos, ampliarlos o profundizarlos, o por lo menos nombrar alguna comisión que los estudiara y profundizara las estrategias a seguir. Él prefirió llevarse todos los honores. Los presentó así, tal cual como yo, en un borrador bastante preliminar, dejé esbozados, sin pormenorizar. Recién entonces, ya expuesto públicamente como SU proyecto, nombró a una comisión de estudios. Cuando ello ocurrió tuvimos nuestra última y más agria desavenencia, no porque utilizara mis esquemas, que si los dejé fue para que se aprovecharan, sino por no haber intentado analizarlos, profundizar en ellos, darle un contexto más nacional, acorde a los problemas estratégicos de nuestra República, antes de "lanzarlos al mercado". Le eché en cara su pereza crónica, a pesar de su inteligencia, que con el tiempo se estaba convirtiendo más en astucia que en sabiduría, astucia para escalar peldaños y enriquecerse, a costa del trabajo y experiencia de los demás. Quizás fui, aquella vez, un poco brusco con él, que estaba empezando en estos menesteres, lo reconozco, y más ahora que he tenido que ser testigo de su muerte prematura. Pero es que si hay en la tierra algún "pecado" que yo no pueda tolerar, es la pereza. Siempre he manifestado un menosprecio absoluto por la gente perezosa. Y él, Alberto, lo sabía.

Con pereza no me refiero al dejar el trabajo abandonado para dedicarse al ocio, no. El ocio lo considero necesario y parte de la estrategia cultural. El ocio puede ser quedarte admirando el amanecer, emocionarte con la lectura de un libro, llorar o reír con la expectación de una obra de teatro, en otras palabras, cultivarte, hacerte humano. Me refiero a la pereza como esa falta de estímulo que nos deja fuera de juego para con nuestros deberes sociales, y más cuando se cumple, o se debe cumplir, con un cargo público. Es un acto de irresponsabilidad que afecta a la

nación entera. La pereza no te permite que tus actividades creativas logren su cenit, su punto de máximo desarrollo. Recuerdo que cuando le dicté sofocado, aquella vez, toda esa perorata a Alberto, el flamante nuevo Ministro de Cultura, me respondió, y esa fue la última vez que hablamos formalmente, frente a frente, con un chiste muy norteamericano: un padre recriminaba a su hijo, mal estudiante, por sus malas notas y sus magros logros, de esta manera: "a tu edad George Washington tenía las mejores notas de su clase, y todo por su dedicación y esmero". A lo que el hijo le contestó: "Pues a tu edad George Washington era presidente de la república, y qué eres tú…?]

Hoy nuestra nación ha sufrido una irreparable pérdida. La huella que nos ha dejado grabada nuestro amigo y estadista Alberto Belchites no podrá borrarse tan fácilmente. El consuelo nos será difícil, no sólo a sus seres queridos, sino a la Nación entera. El propio Alberto, como dije en mis palabras preliminares, era consciente que en la vida se entrelazan momentos de nítida felicidad con momentos de dolor y tristeza, y que muchas veces nos preguntamos lo que podemos hacer para mitigar los inmensurables sufrimientos que nos rodean, si no directamente, sí a nuestro pueblo. Y, créanme, Alberto era consciente de que la respuesta a esta interrogante estaba en una propicia e innovadora política cultural. Por eso entregó su aliento y energía a esta admirable labor, a pesar de los estertores de su enfermedad, que lo consumía paulatinamente. Ese es, pues, nuestro consuelo: la huella imborrable que nos ha dejado, con su obra, Alberto Belchites.

[Esto no lo puedo negar. A pesar de su estado de "eterna pereza", Alberto ha sido de los pocos que se ha dedicado a promover una política cultural, desde su juventud, en este país de indoctos, cuando era estudiante de la Facultad de Sociología y yo su profesor. Haciéndose eco de mis reflexiones, promovía movimientos culturales populares allí donde pisaba. Claro está, sólo los promovía, le daba mucha pereza ponerlos en acción, continuarlos. Y eso era lo que me exasperaba. Después de todo, los humanos tenemos un cerebro que consume mucha energía, lo utilicemos o no correctamente, ¿no es, pues, un desperdicio de energía no utilizarlo correcta y positivamente? Era como si Alberto dejara cada intervención suya, que se preveía tan alentadora, a medias. Talento a medias, por culpa de la holgazanería. Pero ahora, reflexionando en estas últimas palabras fúnebres dedicada a su persona, me pregunto: ¿no es esa, precisamente, la función de un promotor o de un ministro: poner en movimiento, promover algo de interés público? Eso Alberto sí lo hacía a la perfección. Ideas, creativas o plagiadas, tenía. Luego, que sus subalternos se encargaran de la puesta en marcha. Viéndolo desde ese punto de vista, quizás no habrá sido tan nefasto que su pereza le obligara a dejar muchos de sus proyectos, originales o no, en manos de comités de reflexión, comités de emergencia, grupos de emprendedores, juntas de acción, y no sé cuántas comisiones más, con distintas denominaciones (los nombres sí eran de su propia cosecha). Al fin de cuentas, estos equipos operativos, conscientes o no, ponen en práctica los nuevos métodos creativos: las tormentas de ideas, los "mind mapping", las analogías inusuales… Y los resultados, guste o no, están ahí: nuestra nación no ha salido del hambre, pero la política cultural ha sido la más desarrollada, la más promovida, la más acrecentada desde que se erigió nuestra nueva República Popular. ¿Propaganda? Puede ser. Es más, estoy seguro que sí. Pero que los que desean defenestrarnos la hayan tenido, desde los inicios, como su primer objetivo de ataque, es una muestra de que funciona, pues pica, escuece. Solo lo exánime no reacciona. Y quién sabe, aún es pronto para pronosticar si nuestra política cultural ha tenido éxito. El éxito lo podrán corroborar los que ahora ocupan los pupitres del colegio que un día ocuparon mi generación y la de Alberto, cuando rijan los destinos de la Nación, si logran erradicar la pobreza, contribuir a la consolidación de la paz, impulsar el desarrollo sostenible y animar el diálogo intercultural. Si ello ocurriera, nuestros dirigentes no tendrán ya las caras de papanatas que ahora presentan nuestros actuales cabecillas (la mía entre ellos, es hora de admitirlo), ni basarán su democracia en las armas ni en las amenazas. No sé si Alberto habrá pensado en ello. Ni siquiera estoy seguro de que no

hayamos utilizado el quehacer cultural del mismo modo que los romanos el "pan y circo". Pero sí tengo claro que, a fin de cuentas, siendo yo el promotor de esta política cultural, no puedo ahora despotricar contra ella, ni contra Alberto Belchites, que se convirtió, a los ojos de todos, y a mi pesar, en mi pupilo, en mi discípulo por excelencia, en el seguidor y constructor de mis ideas sobre la cultura. Mi rabia, pues, mi desesperación hacia su persona, ¿no será, más bien, porque me veo reflejado en el espejo de sus acciones o de sus no-acciones?]

EL ÚLTIMO COTOPIS

1.

Lo leí en internet: los cotopis se han extinguido. Con recelo, me puse a cotejar con otros medios digitales y todos lo confirmaban: Los cotopis se han extinguido. Pues, no sé si para mi felicidad o mi pesar, yo tengo uno. Por eso me sorprende la noticia. Alicia, mi querida "Viajera", me lo obsequió, regalo de su última estadía en Nepal. Se lo cedió un gurú budista de un templo en Pharping, en el Valle de Katmandú. Alicia no es dada a mentir pero sí a apuntarse a cualquier viaje exótico-místico que se precie.

-Me dijo que se lo entregara a la persona más escéptica y estrafalaria que yo conociera en mi tierra de origen- agregó Alicia. -Y aquí lo tienes. ¡Trátalo bien!- Esas palabras me impresionaron. La verdad, nunca, Alicia y yo, habíamos hablado de temas espirituales o religiosos. ¿Así me percibe, con apariencia de incrédulo y estrafalario? Será por mi forma de vida desenfadada, mi soltería recalcitrante, o por mi vestimenta demasiado informal o frívola, que me considera una persona escéptica y hasta amoral. ¿O acaso soy así?

-¿Y esto, cómo lo puedo cuidar, si se ve demasiado delicado y...?- fue mi primera reacción ante el asombro de tan inédito regalo. ¿Quién sería el guapo que se atrevería decirle a Alicia que este cotopis, más que regalo, con seguridad se convertiría en un compendio de obligaciones, envuelto en fatigosos trajines? "Más que regalo esto es una encerrona", pensé, pero, obviando su comentario, me abstuve de cualquiera acotación negativa, dado el entusiasmo con que mi veterana y especial amiga me trajo el dichoso cotopis, desde lejanas y exóticas tierras.

-No te preocupes- enfatizó Alicia.- Mi maestro me dijo que tú mismo irás descubriendo cómo cuidarlo, y que más bien es el cotopis quien te cuidará a ti. Te gusta, ¿verdad?

Quise decirle alguna mentirijilla piadosa, algo así como "qué mono, es muy gracioso". Pero, primero, lo de "mono" podría traer tras sí alguna connotación desafortunada y, segundo, de mi boca no pudo salir más que el verdadero sentimiento que me agobiaba, desde el momento en que lo tomé en mis brazos.

-Bueno, la verdad es que me da un poco de miedo. ¿No me hará daño?

-Es exactamente lo que me dijo mi maestro que tú irías a responder. Pero no te preocupes, también me advirtió que el cotopis te tratará a ti de la misma forma en que tú lo trates a él. Retroalimentación, creo que me dijo.

-Pues si tú lo dices...- atiné a decir. Quise agregar algún tipo de adulación, pero descubrí, desde ese momento, que de mi boca no podrían salir más que verdades. ¿Adónde se me han ido todas las mentiras con las que acostumbro a disfrazar mi personalidad y mi entorno? El cotopis me miraba con esos inmensos ojos..., bueno, no sé cómo describirlos, pero esa mirada no me permitía ni un ápice de mentira en mis labios. Y ni hablar de sus orejas... ¡Menuda faena! Ya sé que las mentiras te traen a medio o largo plazo, alguna que otra calamidad, pero decir siempre la verdad, ¡quién iba a decir que multiplicarían las contrariedades, por lo menos en el instante mismo de la declaración!

El principio de la convivencia con el cotopis no fue fácil, que digamos: "¿Qué come?, ¿dónde duerme?, ¿cómo se asea?, ¿por dónde cogerlo?, ¿cuándo y cómo sacarlo?, ¿qué dirá la gente...?", esas eran mis cavilaciones durante los primeros días. Debo reconocer que de verdad sentía miedo. Pero me daba la impresión de que el cotopis adivinaba mis pensamientos, ya que buscaba la manera de que yo lo atendiera como él quería o, por lo menos, como era debido. Y si no, estaba Alicia, la que me metió en este embrollo, y que más que amiga se había convertido en mi espía y amonestadora. ¡No me pasa ni una en lo que concierne a Cotopis! Sí, Cotopis, con ese nombre se ha quedado. No he querido ponerle otro. Cotopis me parece, de por sí, exquisito y enigmático a la vez. Precisamente fue ella quien me solucionó el problema

de su estancia y de la higiene de Cotopis, desde la primera noche. Aquella misma noche lo alimenté con los vegetales, las galletas y una leche especial que Alicia me había dejado antes de despedirse. Lo acomodé en el pasillo que da al estudio, haciendo esquina con el cuarto de baño. Le puse una manta vieja a modo de lecho. -¡Quédate allí!- le dije, -aquí vas a dormir todas las noches-. Cotopis no hizo más que mirarme, erizar sus orejas (¡y qué orejas!) y murmurar una letanía de sonidos que me adormecían. No se movió de allí, pero toda la noche no dejó de quejarse, siempre con la misma retahíla, lo que no me dejaba dormir, por la preocupación, a pesar de mi aletargamiento; algo así como "*sabesa tasukijontu*". Finalmente, en la madrugada, tuve que llamar a Alicia.
-Es que no me deja dormir, se la pasa llorando o... qué se yo, pero siempre gime lo mismo.
-¿Dónde lo has acostado?- preguntó impaciente mi amiga.
-Lo puse en una esquina del pasillo, sobre el cobertor que uso para cubrirme cuando estoy en la sala viendo la tele o leyendo.
-¡Espera! Ya sé cómo resolverlo. Enseguida llego.
-Pero son más de las 3 de la madrugada- repliqué.
-No importa, el cotopis es lo primero, y fue mi error no pensar antes en ello. Espérame- me dijo la "Viajera", como cariñosamente la llamamos. Mientras la aguardaba, cogí al cotopis en brazos, como si fuera un muñeco de peluche y, por primera vez, lo acaricié. Me estremecí, es cierto; un extraño sentimiento inédito se apoderó de mí. Cotopis no dejaba de mirarme, pero su mirada... sus ojos... no es que me tranquilizaran mucho, pero un sentimiento afectuoso fluyó de mí. El cotopis cesó sus quejidos.

Llegó Alicia y me entregó una estera de paja de arroz, con la que había viajado desde Nepal, y en la que vino envuelto Cotopis. Ni siquiera quise preguntarle cómo había podido lograr traer en un avión a Cotopis, para no ponerla en el aprieto de confesar algún acto ilícito. Una vez acepté hacerme cargo de Cotopis, mientras menos supiera de ello, mejor. Lo de la estera fue un inminente remedio: Cotopis se acurrucó en ella, empezó a murmurar nuevamente su letanía, hasta que se durmió. Fue ahora Alicia la que puso cara de asombro: -¡Parece increíble, me da la impresión de que está repitiendo un mantra!- me dijo, estupefacta.
-¡Anda ya!- le espeté yo -vale que te lo haya dado un gurú budista, o como se llame, pero de que un animalejo pronuncie mantras, eso ya es demasiado. Ni tú misma te lo crees.
-Solo he dicho que me parece. Pero pronto te lo confirmaré-. Luego Alicia acomodó una caja rellena de arena o aserrín, no recuerdo bien, en el balcón. -Es para sus necesidades- me explicó. -Es muy limpio y exigente en cuanto a sus necesidades fisiológicas-. Aquella madrugada Alicia terminó durmiendo conmigo, y el cotopis también, aunque en su propia "habitación".

Con el tiempo, Cotopis y yo nos fuimos acostumbrando el uno al otro, y creo que Alicia también, pues eran más los días en que dormía conmigo, que los que pernoctaba en su propia casa. Mi cariño hacia ambos se fue haciendo más evidente con el paso de los días y, creo, que ello fue recíproco. (Esto del cotopis, ¿no habrá sido al fin de cuentas una treta de Alicia, para que yo cayera ante sus encantos? Ya dije que podría haber una encerrona con este "regalito"). Precisamente, una noche invernal, en que estábamos Alicia y yo acurrucados en la cama, oímos cómo la puerta de la habitación se abría y, sorpresivamente algo cayó sobre nuestros cuerpos. El susto fue mayúsculo, pero el asombro aún más, al ver que era Cotopis. Se acurrucó entre ambos y empezó a emitir aquella letanía, que a mí me aletargaba.
-¡Ahora ya no tengo ninguna duda!- clamó Alicia. -Es un mantra, es un mantra lo que Cotopis está pronunciando. Y creo que lo conozco-. (No sé si conté que Alicia, desde aquel viaje a Nepal, se acogió al budismo, aunque no pertenece a ninguna logia o centro en particular, pero sí mantiene constante correspondencia con aquel maestro de Katmandú).
-Pero Alicia, ¿cómo va a ser posible que Cotopis pueda emitir sonidos inteligibles? ¿Es que no significan nada los mantras?- fue mi respuesta.
-Claro que sí- me interrumpió Alicia. -Y éste de Cotopis sé que lo he oído, aunque no estoy segura dónde. ¡Busquémoslo en internet!

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando encendimos el ordenador, Alicia tecleó el vocablo "mantras", hasta que llegó a reconocer el que, supuestamente, emitía quedamente Cotopis, que se había

quedado en la cama, dormido (o eso nos hacía creer). -Mira, lee- me dijo Alicia: -"Sabe – sat-taa – suki – jontu". ¿No es esto lo que está pronunciando Cotopis?
-Bueno, de que se le parece, se le parece. Pero ¿qué significa?- fue mi interrogante. Alicia escribió el supuesto mantra en la búsqueda de Google y apareció una página web de meditación budista que especificaba que es una frase en pali que significa "*Que todos los seres puedan estar bien* (o *ser felices*)".
-¿Y qué es el pali?- pregunté yo ingenuamente.
-Es un idioma índico ligado al sánscrito. Yo sé que muchos de los textos budistas están escritos en Pali, pero no creo que sea un idioma hablado.
-¿Y cómo un animal, por muy..., no sé cómo decirlo... evolucionado o espiritual que sea, puede pronunciar algo en un idioma, y menos en uno que ya no se habla?
-¿Y los loros qué?- me espetó Alicia. Seguramente mi maestro lo recitaba muchas veces y Cotopis, de tanto oírlo, lo aprendió. ¿No has visto esos videos en que los perros cantan junto con sus amos, aunque no se entienda bien lo que dicen?
-¡Cariño, pero qué comparación me haces! Y yo que esperaba oír que Cotopis nos repite el mantra porque nos desea nuestro bienestar y felicidad...
-Pues no pierdas la esperanza, Vidal (así me llamo), quizás sea así, aunque la felicidad de todos, no sólo la tuya o la nuestra. Además, sigue leyendo lo que dice aquí... Comencé a leer en voz alta:
-"La frase *Sabe – sat-taa – suki – jontu* no es en sí mismo un mantra, sino un canto que, por su atracción, se utiliza también como un mantra. Tiene una melodía agradable, y se utiliza, especialmente, en sesiones de meditación sobre el amor y la bondad".
-Ya ves- me dijo Alicia.- Quizás el Maestro lo cantaba junto a Cotopis constantemente, pues aquí dice que también se suele cantar mientras se camina, se conduce un coche o se hace alguna labor.
-¿Y mientras se hace el amor? Pregunté yo con desenfado, para poner algo de gracia en el ambiente.
¿Y por qué no?- me soltó enseguida Alicia. -Pero has dicho bien: "amor", no sexo-. Nos reímos con picardía.
-Oye, ¿y no hay forma de oír su melodía?- pregunté yo, ya embobado con tantas revelaciones.
-Sí, mira, haz "clic" aquí para oírlo-. Lo hice, y quedé aún más encandilado.
-La verdad sea dicha, esa melodía no se parece mucho a como lo entona Cotopis.
-¿Y qué esperabas?- me espetó Alicia.
-Pues yo me quedo con la entonación de "mi" Cotopis- agregué, y lo dije con honestidad, no sé si porque había logrado "conquistar" mi alma o porque me había acostumbrado a su suave letanía. -¿Pero de verdad que Cotopis es capaz de repetir un mantra?- Aún me quedaba la incertidumbre.
-¿Y qué más da?- dijo Alicia. -¿Qué diferencia puede haber? El caso es que Cotopis nos ha enseñado algo maravilloso, y no me refiero solo a este mantra, ¿o es que no te sientes más maduro, más sosegado, más... espiritual y sensible?
-Bueno, creo que sí... sí, no hay duda- declaré finalmente. Ya no había vuelta atrás. Había reconocido abiertamente mi cambio anímico ante la persona que más me importaba. Mi máscara empezaba a caer.

Aquella noche no volvimos a dormir, y ni falta que nos hizo. Yo, por lo menos, me sentía entusiasmado, gratamente entusiasmado. Cotopis se levantó muy temprano, abrió él mismo la puerta del balcón (ya se había acostumbrado, aunque lo suyo le costó aprender a abrirla), hizo sus necesidades, y entró luego a la cocina en busca de su sustento, que aún no estaba servido. Esperó pacientemente, mirándonos con esa expresión muy típica de él, que ya no me amilana. Esta vez fue Alicia quien le sirvió su alimento. Una vez hubo comido, Cotopis saltó sobre mis hombros, saltando de uno al otro, introduciéndose por mi camiseta, sacando su carita. En ese momento agradecí que mi trabajo fuera en casa, frente al ordenador, pues sería un delito, una fechoría, dejarlo solo, sin atención, hasta que alguien volviera.

A partir de aquel episodio, tanto Alicia como Cotopis siguieron durmiendo todas las noches en mi cama. Y yo me empecé a interesar (bueno, solo un poco, seamos honestos) por eso del budismo, el yoga (¡hasta me apunté a un taller de yoga dos veces por semana!), y la filosofía oriental. Lo que más me empezó a intrigar fue lo de los mantras. Alicia hablaba mucho de ello, repetía unos cuantos, frente a un altar improvisado, pero a mí me resultaba difícil comprender su significado; me negaba a creer que un mantra fuera algo así como una "fórmula mágica" capaz de deshacer entuertos, vencer obstáculos, destruir al enemigo, obtener

poderes sobrenaturales, anular pecados y lograr el progreso espiritual. Leí que "man" hace alusión a la mente y la contemplación; y que "tra" está vinculado a la energía vital y la protección. En última instancia el mantra simboliza la vía de la contemplación por la cual a un ser humano se le otorga el conocimiento sobre la unidad de todo el Universo, o más bien su vacuidad, según leí. Con el tiempo, mientras más leía, iba comprendiendo el alcance que tiene más allá de su significado. Empecé a entender que un mantra sugiere un lenguaje como expresión o emanación de la mente y que, en el budismo, se refiere a una Mente Universal o Fuente Suprema. Después de todo yo, una persona de tradición religiosa milenaria, también logro entrar (o así lo creo) en una especie de vehemencia espiritual cuando entono, en ciertas festividades, antiguos y bellos cánticos, capaces de transportarme a estados psíquicos elevados, para un Ser Supremo.

Generalmente tengo a Cotopis en casa, por propia voluntad (la suya, que quiérase o no se convierte en la mía). Tan solo dos o tres de mis amigos lo conocen personalmente. Un día, sin embargo, obligué a Cotopis a bajar conmigo (aunque más bien creo que fue él quien me hizo creer que lo había obligado), y un vecino con el que nos topamos a la salida del ascensor, me espetó: -¿De dónde has sacado ese aye-aye, que están en peligro de extinción?- No puedo describir cómo se puso Cotopis, su reacción, como si hubiera entendido el comentario; sus ojos se hincharon aún más, casi saliéndose de sus órbitas, y se enrojecieron; hasta le cambió el color y se abotargó, por su enfado y humillación. Se sintió escarnecido, aunque todo lo concerniente a él, sus sutiles e intuitivas "lecciones" y su actitud, siempre van envueltos en una nebulosa de probabilidades. ¿O simplemente me hizo sentir aquello, mientras él "pasaba" del comentario? Es que el aye-aye es feo de narices, y que me perdonen los de Madagascar, su lugar de origen. A aquél vecino cotilla tan solo le sonreí y seguí mi camino hacia el parque cercano con nombre de alcalde. Al final de mi calle, con nombre de marqués. Está demás decir que las miradas de todos los viandantes se enfocaban en mí y en mi cotopis. Rectifico, en Cotopis y en "su" poseedor. Sólo faltaba que ocurriera en plena calle lo de aquel mal chiste:
-¿Qué haces paseando con un cerdo?
-Pero ¿cómo que un cerdo? ¿No ve que es un cotopis?
-¡Cállese, que estoy hablando con el cotopis!
El cerdo, en este caso, sería yo, por las miradas inquisidoras de los paseantes. O por lo menos así me sentía mientras bajaba los cincuenta escalones que hay para bajar al parque (me distraigo contando escalones), mientras decenas de ojos, por pares, nos escudriñaban. Pero nadie se atrevió a acercarse, ni mucho menos pronunciar palabra sobre Cotopis. Más bien se veían cautivados y hasta quizás, sobresaltados. Algunos con cara de pocos amigos. No ocurrió algo espectacular en el parque. Cotopis se mantuvo en mis brazos, no quiso bajar. Solo olisqueaba y fijaba su penetrante mirada con esos ojos que... (bueno, ya he dicho que no sé cómo describirlos), en todo lo que se movía, humano, animal o vegetal. Y sus orejas..., ¿cómo describir sus orejas... casi tan largas como su cuerpo? Lo que más le llamaba la atención eran las aves, o eso creo. Por lo menos, su mirada siempre terminaba dirigida hacia las nubes, o al firmamento, si se quiere. Eso me obligaba a mí también a mirar hacia arriba, y descubrir una inmensidad, un infinito al que nunca le había prestado atención. (Miento. En mi infancia solíamos, mis hermanos y yo, contemplar las nubes y descubrir efímeras formas de monstruos, animales, rostros; hasta que la adolescencia nos fue alejando de aquellos gozos inocentes). Descubrí la belleza y vastedad del cielo, más allá de las nubes, incluso. Y entonces Cotopis me miraba, y juraría que se reía. Y sin pensarlo, arrojé una frase al aire: -Nubes rasgadas se desdibujan en el cielo. Tú, yo, el azul, la infinitud...- Y creedme que quedé pasmado, asombrado de mi propia reflexión. Como un verso y, yo, hasta el momento, era alérgico a la poesía. Y juraría que Cotopis reía, reía.

Regresamos a casa. Alicia ya estaba de vuelta. Fue una tarde mágica, en que las palabras estaban de más. Solo las miradas entre Alicia, Cotopis y yo fueron suficientes para comprendernos. Entonces repetí aquella frase que expresé en el parque, mirando hacia el cielo. Luego Alicia agregó otra, que yo secundé con una más; así por varios minutos, mientras Cotopis giraba su cabeza, mirándonos, una vez a Alicia, otra vez a mí, como si estuviera asistiendo a un partido de tenis. Lástima que no nos dio por escribir las frases que lanzábamos, quizás hubiera resultado de ello un bello poema. (Tiempo después descubrí que esa era una forma de arte creativo entre los monjes y seguidores budistas de Oriente).

Mientras tanto seguí indagando, a través del ordenador, sobre la filosofía oriental, el yoga, el budismo, el *mushotoku* (la ausencia de intención o de provecho del budismo zen). Todo ello me robaba tiempo (y dinero) en cuanto a mis obligaciones profesionales, pero no me importaba. Mientras, Alicia salía a trabajar y Cotopis quedaba siempre conmigo. Se subía a mis hombros, erguía enigmáticamente sus orejas y abría sus ojazos aún más y, hasta de vez en cuando tocaba con sus dedos alguna tecla que me llevaba a una página mágica o, por lo menos, a lo que estaba buscando. Así fue como descubrí una página de budismo zen, más bien fue Cotopis quien la "descubrió" con su pata izquierda. Una bella web con varias secciones y que también te redirigía a una página sobre el Tao, el profundo sistema filosófico chino de Lao Tsé, enraizado en muchos aspectos con el budismo zen. No recuerdo exactamente a cuál de las secciones llegué, creo que a una llamada Vajrayana, en la que leí una frase, entre varias, que me dejó estupefacto (abrí los ojos tanto como lo hace Cotopis diariamente): "Un jirón de nube se disuelve en el cielo. Tú. Luego, el azul". En ese momento recordé la primera vez que pronuncié la frase en el parque, mientras Cotopis y yo mirábamos absortos hacia el firmamento: "Nubes rasgadas se desdibujan en el cielo. Tú, yo, el azul, la infinitud". La similitud era evidente, por lo menos para mí. Y, honestamente, la había vertido sin entender su significado ni su porqué. Y ahora la encontraba, muy parecida, en esta mágica página web. No recuerdo las otras frases con las que Alicia y yo complementamos el repertorio aquella tarde-noche, pero me rememoraban los demás enunciados que aparecían, enigmáticamente, en este estupendo blog. Seguí ojeando la Web durante varios días, embebido con su lectura. Quizás lo que más me impresionó fue el profundo sentido de la compasión de aquél que, en su vía hacia la "budeidad" (¡lo que me costó entender, si es que lo he logrado entender!), está dispuesto a ser compasivo con los seres sintientes, compartir su verdad sublime, sin esperar logros o méritos por ello, dejando de lado su propio beneficio, a favor de mitigar el sufrimiento de los demás. Si no me equivoco, se le llama Bodhisattva. Luego leí sobre la dualidad o, mejor dicho, sobre la no-dualidad y la vacuidad pero, con honestidad, mucho me cuesta comprender toda esta filosofía de transformación individual y social que busca que los seres encontremos la comprensión (o conciencia) profunda, a pesar de que Alicia, día sí y día también, intenta guiarme con sus palabras, ejemplos, lecturas y ejercicios.

No pasó mucho tiempo desde aquella "épica" salida al parque con Cotopis cuando, estando yo en el ordenador absorto en un artículo enrevesado que redactaba para la revista para la que trabajaba, y Cotopis jugaba desde mi hombro, enmarañando mis pelos (los pocos que me quedaban), cuando sonó el timbre de casa. Me extrañó, porque a esas horas de la mañana no esperaba a nadie. Cotopis puso cara de pocos amigos y emitió una especie de gruñido que nunca había oído antes. Abrí la puerta. Era mi vecino del tercero, aquel que confundió a Cotopis con un aye-aye y que de mí no había recibido más que una beatífica sonrisa. No recuerdo bien como transcurrió todo el episodio, por lo escabroso, pero de pronto me encontré, en la entrada de mi casa, con este vecino, reclamándome, no de muy buenas maneras, el que tuviera un animal en peligro de extinción (no sé si los aye-aye están en peligro de extinción, pero el se refería a mi mascota como si de un aye-aye se tratara). Traté de explicarle que era un Cotopis, que me lo había traído mi mujer desde Nepal, pero todo fue inútil. El no atendía a razones.
-¡No solo tiene usted en casa un animal prohibido, sino que en este edificio la junta de propietarios ha dejado muy claro que no se permite ninguna clase de animal como mascota!- me recriminó de malas maneras. Entonces recordé que sus hijos bajaban muchas veces con dos tortuguitas acuáticas, para jugar con ellas y los vecinos, en el patio trasero, en una charca que ellos mismos habían hecho.
-Pero si vosotros mismos tenéis en casa unas tortugas...-. No pude terminar la frase cuando saltó sobre mí, penetrando más en mi casa:
-¡Cómo te atreves a comparar (empezó a tutearme, como yo a él) unas inofensivas tortugas con una animal agresivo y peligroso como el tuyo! ¡Esto no puede quedarse así! ¡Estás infringiendo flagrantemente las leyes de protección de la naturaleza!- En ese momento se me subió la sangre a la cabeza, me olvidé de todo lo que estaba aprendiendo sobre el budismo, la compasión y demás, y le contesté en su mismo tono:
-¿Y quién te crees tú que eres para venir a mi casa a decirme lo que tengo o no tengo que hacer con mi vida y la naturaleza? Además, ¡has entrado intempestivamente a mi casa sin que se te haya invitado! ¡Lárgate enseguida, antes de que te acuse de allanamiento de morada!- En ese momento ocurrió algo que jamás había visto, hasta entonces, en Cotopis: erizó toda su pelambrera, sacó los dientes en señal agresiva y exhaló un

rugido hacia el vecino, que nos dejó a ambos helados. De un respingo quedó el vecino fuera de casa, en el pasillo, pálido y gritándome con voz temblorosa:
-Esto no se quedará así. Muy pronto tendrás la visita de la policía. ¡Soy yo el que te denunciaré!- Le tiré la puerta, mientras Cotopis seguía gruñendo.

Cuando Alicia regresó, por la tarde, estaba yo aún demasiado alterado por lo que había ocurrido. Cotopis, por el contrario, se había resguardado en su estera de arroz, y empezó a emitir su mantra preferido. Empecé a relatarle, muy descompuesto, el episodio a mi mujer, quien también se extrañaba de verme tan fuera de mi.
-¡Ese "hijoputa" se va a enterar! El muy imbécil viene a darme a mí lecciones en defensa de la naturaleza, cuando sus hijos tratan a las pobres tortugas como si fueran de trapo. ¡Soy yo el que lo voy a denunciar!- En ese momento volví a escuchar de la garganta de Cotopis aquel gruñido agresivo, aunque sin erizarse. Comprendí que era un toque severo de atención. Alicia, como siempre, supo calmarme y darme la solución.
-Respira, Vidal, toma aliento; siéntate y relájate. Pon en práctica los ejercicios que has aprendido en tu curso de yoga. La respiración es la base de todo.- Le hice caso. Mientras intentaba calmarme, Alicia prosiguió:
-Además, recuerda el espíritu compasivo. Lo que tienes que hacer es enviarle al vecino vibraciones de paz y serenidad. Con tu compasión ya verás como él, de algún modo, recapacitará.- Entonces recordé lo que había leído en la web sobre el Zen: "ser compasivos sin cosechar méritos... aliviar el sufrimiento de quienes van de rama en rama". Me fui calmando y comprendí mi error.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, comentamos Alicia y yo sobre la posibilidad de que el vecino hubiera llamado a las autoridades. De todas formas, ella había venido con los papeles de Cotopis en regla, con el sello de sus propietarios originales, el monasterio budista de Nepal. Le sugerí, entonces, que quizás sería conveniente que se llevara a Cotopis, por unos días, a su piso, que había puesto en alquiler, pero que aún no se había ocupado. Alicia, tan sabia como siempre, rechazó la idea. No veía necesidad de escapar del problema, sino de afrontarlo. A fin de cuentas, no habíamos cometido delito alguno teniendo a Cotopis con nosotros, con la autorización pertinente. Efectivamente, pasaron los días y las semanas y no apareció ninguna autoridad, ni citación alguna, por nuestra casa. Tampoco aquel vecino volvió a dar señales de vida. Es más, descubrimos que no existía tal prohibición entre los estatutos del edificio, de albergar animales. El único "inconveniente" de todo este episodio, si inconveniente se le pudiera llamar, fue que tras aquel escándalo en el pasillo, los demás vecinos se enteraron de la existencia de Cotopis, y todos querían conocerlo. Así que nuestro piso se convirtió, por un tiempo, en un ir y venir de personas, que quedaban encantadas con Cotopis. Cotopis jugaba con ellos muy amistosamente, principalmente con los niños, mucho más receptivos. ¡Incluyendo los hijos de aquel vecino! De la noche a la mañana se enteraron de la existencia de un animal extraño y exótico llamado cotopis. Y nuestro Cotopis disfrutaba con ello. Se le notaba en su rostro, en su mirada...

2.
De estos episodios ya han pasado más de tres años. Y el cotopis está en mi poder. Miento: debo reconocer que soy yo quien estoy en el suyo (¡y no me arrepiento!). Hace de mi lo que quiere y, muchas veces, lo que yo no quiero. Y si no es él, es Alicia. En estos momentos no está en mi ánimo referirme (y creo que ni después) a los innumerables embrollos en que me he visto envuelto, desde que la mirada del cotopis, o el propio cotopis, o qué se yo, me obligaran a "decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad". Debo reconocer que hasta entonces estuve viviendo enmascarado, atrapado tras una gran careta, aparentando para los demás lo que creía se esperaba de mí, y desconectado de mi auténtica naturaleza. Cotopis, un simple ser de la naturaleza, con sus enormes y estimuladores ojos, su pelambrera casi de peluche y sus orejas "radares" me ha ayudado a comprender mis faltas y temores y, junto con Alicia, me ayudan a desprenderme de la máscara, la que sigue estando demasiado adherida a mi cuerpo físico. Por eso me ha abrumado la noticia sobre la extinción del cotopis; es más, me extraña. Si es así, tengo el presentimiento de que ésta es mala señal con relación al futuro. No sé cómo explicarlo, pero sospecho que el cotopis es como una especie de baremo que evalúa cómo va nuestra sociedad, nuestro mundo. A mayor egocentrismo, a mayor corrupción, menos cotopis (no sé si existe su plural ¿cotopises?). Las palabras no son suficientes

para ilustrar mis elucubraciones, pero Cotopis me ha enseñado, o lo intenta, y ya he dicho qué no puedo explicar cómo, a enfrentarme sin temores a los enigmas de la vida, el amor, la compasión, la física, la educación, el proceso creativo, el crimen y su castigo, los mitos y creencias, la ecología y para más "inri", hasta me ha expuesto, a su manera, los vaivenes de la economía. ¡Y sin palabra alguna, os lo aseguro! Resultará difícil creerlo, ya lo sé, o por lo menos, comprenderlo. Ni sé si podré explicar todo en lo que me ha aleccionado mi Cotopis. Es más, ni falta que hace; como dice mi Alicia, el crédulo que crea, y el incrédulo, que siga su camino. De ilusiones también vivimos (creo que el "también" está demás).

3.

Han transcurrido ya otros tres meses desde que escribí, mientras pude, mis cavilaciones arriba anotadas. Desde entonces, las cosas han cambiado. Y mucho. Desde que leí la noticia sobre la extinción de los cotopis (¿cotopises?) mi propio Cotopis empezó a padecer síntomas preocupantes. No sé hasta qué punto él era consciente de lo que la prensa aseveraba, pero Cotopis empezó a aletargarse; perdió el apetito, ya no saltaba todas las mañanas sobre mí, como solía hacerlo. No fue de un día para otro, sino gradualmente. Mientras los días pasaban parecía más entumecido y apático. Ni siquiera repetía el bello mantra, como era su costumbre. Es más, Cotopis solía quedarse largos minutos observando la luz de la vela que Alicia prendía cada día en el altar, y olisqueaba el aroma a sándalo del incienso encendido. También dejó de hacerlo, aunque paulatinamente. Finalmente se quedaba envuelto en la estera de paja de arroz muchas horas y, a veces, comía porque lo obligábamos, empujándole el alimento. Lo que nunca dejó de hacer era ir al balcón para sus necesidades, en sus tiempos estipulados. Alicia estaba muy preocupada. En nuestra ciudad nadie sabría, con seguridad, qué le ocurría a Cotopis. Y más si, en principio, ya se habían extinguido. Entonces Alicia programó una videoconferencia con su maestro del templo en Pharping, considerando las diferencias horarias, la posibilidad de una conexión "wifi", y en la que también yo estuviera presente. No me explico, aquella tarde de la conferencia, cómo Alicia podía entender a su guía, porque el inglés del gurú era ininteligible, por lo menos para mí. Pero Alicia, que tampoco tenía un inglés encumbrado, se podía comunicar de maravilla con su maestro. Más bien creo que se entendían de alma a alma. Yo lo saludé amablemente, pero dejé que ella dirigiera la conversación. Lo curioso fue que Cotopis, una vez escuchó la voz del maestro, salió de su letargo, se posó en el regazo de Alicia, y estuvo en todo momento atento a la pantalla. Cuando terminó la conversación y Alicia apagó el ordenador, pregunté angustiado:
-Bueno, ¿qué te ha dicho? Pues muy poco he entendido de vuestra conversación.
-Me ha confirmado lo que ya sospechaba: que Cotopis ha cumplido su misión aquí y que debemos llevarlo lo antes posible a Nepal, si no queremos esperar lo peor.
-O sea que tenemos que despedirnos de Cotopis...
-Sí, mi amor, no hay más remedio.
-¿Dijo algo sobre la noticia de la extinción de los cotopis?
-Bueno, sí, que me explicaría todo cuando esté allá, con Cotopis.
-¿Cómo que cuándo estés allá?
-Lo siento, Vidal, pero tendré que viajar para devolverle a Cotopis y salvarle la vida.
-Pues yo también lo siento, Alicia, pero tú no viajarás sola. Yo os acompañaré.
-¿Pero estás seguro, Vidal? ¿Y tu trabajo qué?
-¿Y el tuyo qué?
-Ya sabes que yo puedo arreglármelas, como orientadora que soy.
-Yo también puedo arreglármelas. Adelantaré los artículos que debo entregar para el próximo mes; trabajaré estos días hasta caer reventado, y resuelto el problema. Y, además, me llevo el ordenador portátil, y santo remedio.
-¿De verdad, mi amor, que quieres venir?
-¿Y qué crees, que me despediré de Cotopis así, sin saber dónde lo dejo y qué ocurrirá con él?
-Pues mañana mismo empezaré con los trámites del viaje.

Esa noche poco pudimos dormir Alicia y yo, aunque creo que Cotopis sí durmió más tranquilo, hasta sospecho que volvió a repetir su famoso cántico/mantra. Por lo menos algo musitaba mientras dormía.

Aquellos días me puse a escribir como loco todos los artículos, ensayos o comentarios que había prometido entregar el mes próximo. A Alicia casi ni la veía, pues también había adelantado sus trabajos como asesora (es experta en educación y habilitación especial, principalmente para niños y adolescentes con dificultades cognitivas, y especialista en educación emocional). Además, su tiempo libre lo dedicaba, en estos últimos días, para tramitar el viaje e Nepal. Por fin, una de esas noches que ambos caímos agotados en la cama, me atreví a inquirirla:
-Cariño, ¿cómo vamos a poder viajar con Cotopis? ¿No se necesitan permisos y papeles especiales para trasladar a un animal, y más uno que, en teoría, ya se ha extinguido? ¿Has pensado en eso?
-No te preocupes, Vidal- me contestó Alicia con una leve sonrisa. Ya me extrañaba que no me preguntaras cómo lo traje hasta aquí. Pero recuerda que Cotopis no es un animal cualquiera. Ya verás cómo lo vamos a solucionar.
-Y no me lo vas a decir?
-Todo a su debido tiempo, cielo-. Ese "cielo" que Alicia lanzaba, a veces, al final de una frase, significaba mucho más que eso. Era el epítome del "suspense"; el bosquejo de algo serio que está por llegar, y el dictamen de que ella tiene la sartén cogida por el mango. Cuando lo dice, mejor es no insistir. Así que eso hice: callar. Mientras tanto Cotopis, al oír pronunciar su nombre, irguió sus orejas (más de lo que siempre están) y nos miró fijamente. Por lo menos se veía más animado que en días anteriores. Sacó su lengua y empezó a lamerme, lo que no hacía con frecuencia. El nudo que sentí en mi pecho no pasó desapercibido para Alicia, quien me abrazó, mientras yo abrazaba a Cotopis.

Dos días después, Cotopis volvió a caer en su letargo, en su inapetencia. Lo veía aún más mustio que antes. Yo estaba muy preocupado, prácticamente no me separaba de él. Esa noche Alicia llegó con la noticia:
-Ya tengo los billetes y los visados. El banco nos ha dado el visto bueno para el préstamo. Viajamos por Air India. Tendremos que hacer una escala en Nueva Delhi, y luego llegaremos a Katmandú. Allí nos estarán esperando en una furgoneta, para viajar a Pharping, que no está muy lejos de la capital.
-¡Qué barbaridad! ¿Y cuánto tiempo nos tomará todo ese viaje?
-No te asustes, Vidal, que sé que eres muy aprensivo, pero solo el viaje en avión durará como doce horas. Es lo mejor que he podido encontrar a un precio razonable. Pero recuerda que haremos una escala en la India, aunque no tenemos que abandonar el avión.
-Si no lo digo por mí, cariño, lo digo por Cotopis.
-Sí, sí, por Cotopis, claro... ¿Y por ti no?
- Por supuesto que por Cotopis. Yo me las podré arreglar. (Qué bien me conoce Alicia, por lo menos desde que llegó Cotopis a nuestra vida. ¡El que estaba atribulado era yo!).

Llegó el día, mejor dicho, la noche; salimos una noche invernal del sábado 25, a las 22:50. Estuvimos en el aeropuerto de Barajas (Madrid) con Cotopis a las 9 de la noche. La temperatura era gélida, 0 grados C. Y yo sin saber aún cómo viajaríamos con Cotopis sin enfrentarnos a problema alguno. Pero pronto lo descubrí: Alicia se puso a Cotopis sobre su hombro, como si fuera un osito de peluche. No sé qué metabolismo interno elaboraba Cotopis, pero realmente su pelambrera parecía de peluche. Iba con sus ojos abiertos, como de cristal, sin pestañear. Parecía no respirar. Un auténtico muñeco encantador. Sólo que mi corazón latía más fuerte y rápido que los tambores en una tamborrada. Una vez facturamos nuestras maletas, nos dirigimos a la puerta de embarque, para pasar por el escáner y a que nos revisaran los billetes, pasaportes, visados y demás. Pusimos nuestros maletines de mano en el escáner correspondiente, y Alicia puso a Cotopis sobre la bandeja que no pasaba por el detector, con un anillo atado a su patita, y una cadena, donde ubicó también las llaves, a manera de llavero. Luego ubicó allí su celular y todo lo metálico que tenía. Nadie puso objeción alguna. Entonces pasó por el escáner sin problema alguno. Mientras tanto mi adrenalina se me redoblaba, al son de mi corazón. Casi al instante pasé yo por el escáner. ¡Y maldita sea mi estampa! Éste empezó a pitar insistentemente. Yo también había dejado todo objeto metálico, junto con el móvil y mi cinturón en una bandeja. Sólo llevaba en mano la estera de paja de arroz de Cotopis (sin eso sería difícil mantenerlo calmado tantas horas). Y el condenado detector seguía sonando. Vinieron dos guardias a revisarme. Y descubrieron mi "desliz": En el bolsillo interior del abrigo llevaba un paraguas plegable. Quién sabe desde hacía cuánto tiempo lo había metido allí, en uno de los pocos días lluviosos que ha tenido este invierno de Madrid, y se me había olvidado. Con todo este episodio, la cara de Alicia era

todo un poema. A mí me dio por reírme y ella casi se desmaya. Y Cotopis, inerte, como si nada estuviera ocurriendo, otra vez en hombros de Alicia. A fin de cuentas, este episodio lo que hizo fue distraer al personal de seguridad del aeropuerto, que no puso atención mientras Alicia recogía de su bandeja a Cotopis y el resto de objetos. Si lo hubiéramos planeado, no hubiera tenido tanto éxito. El paraguas me lo retuvieron, pasé nuevamente por el escáner, que esta vez no pitó, y me dejaron pasar. Ya sentado junto a la puerta 9, correspondiente al avión de Air India, Alicia me pasó al "peluche", y ella se acercó al "duty free" para llevarle otro regalo a su maestro de Nepal (además de todo lo que ya tenía en la maleta, prácticamente llena con primeras necesidades para el monasterio, pues era consciente de las escaseces por las que pasaban, principalmente después del terremoto que asoló a Nepal, hace relativamente poco tiempo). Empecé a acariciar a Cotopis, como si un peluche fuera. Ya ni me intimidaba que la gente me viera, entre asombrada y disgustada (¡Un cincuentón jugando con un peluche!). Me había acostumbrado. Solo un niño de unos cinco años, se acercó a mí muy afectuoso.
-Un peluche, un peluche. ¡Qué bonito! ¿Lo puedo tocar? Su padre lo seguía, un poco avergonzado. Estuve a punto de decirle que no, por el miedo de que Cotopis diera señales de vida, y estropeara todo este tinglado. Pero en ese momento apareció Alicia, ¡con otro peluche sobre su pecho! Cogió a Cotopis de mi regazo y le mostró al niño ambos "peluches".
-Claro que puedes, niño, juega un ratito con ellos. El niño tan sólo los acarició.
-Pero qué raro es éste, ¿verdad?- soltó el niño señalando a Cotopis. El padre, aún con la vergüenza en su rostro, tomó al niño y dijo:
-Ya, Carlitos, deja estos señores tranquilos. Seguro llevan esos muñecos a sus nietos-. Y se alejó con el niño. Alicia estaba a punto de reventar, quizás porque la hicieron abuela antes de tiempo.

Pasamos el embarque sin problemas, y cruzando un pasadizo, entramos al avión. En ese momento la aprensión volvió en mí: soy claustrofóbico y, al verme "encerrado" empecé a sudar. Entonces puse en práctica los ejercicios de respiración y relajación que Alicia me había enseñado, y surgió su efecto, me fui calmando. Mientras, la azafata quería que Alicia pusiera los peluches en el compartimiento superior, junto a los maletines de mano y los abrigos. Alicia le dijo que prefería cargar ella con los peluches en su regazo. La azafata insistía, no de muy buenas maneras, que al menos uno de los peluchos debería ir dentro del compartimento de los abrigos y maletines, para no molestar, por falta de espacio, a los otros pasajeros. Alicia no cejaba en intentar convencerla que dos simples peluches no iban a incomodar a nadie. Entonces me acerqué, y le dije, muy serenamente a la azafata:
-Tiene usted toda la razón. Esta señora llevará un solo peluche con ella, así no molestará a nadie, y yo llevaré en mi regazo al otro. ¿Puedo, verdad? Con uno solo tampoco molesto a nadie.- Cogí a Cotopis conmigo y lo puse sobre mi hombro derecho. El rostro de la azafata, al mirarme, parecía como si acabara de chuparse un limón y, sin decir una palabra, se alejó. ¡Menos mal que no fue a ella a quien le tocó atendernos durante el resto de la estancia en el avión!

El avión era bastante amplio: tres asientos en el ala derecha, tres a la izquierda y, en el centro, cuatro más. Nos sentaron en el centro, a la derecha. Lo viví como una desgracia, pues hubiera preferido estar cerca de una ventanilla por si me entraban nuevamente los sofoques claustrofóbicos, con 12 horas de vuelo por delante. Pero resultó una bendición. A nuestro lado se sentaron una madre joven, de piel canela y vestida con un bellísimo sari, junto a su hija, una niña encantadora, de no más de siete años, cuyo rostro manifestaba síndrome de Down. Alicia, quien ya dije que es experta en educación especial y tiene una sensibilidad exquisita hacia niños con diferentes necesidades educativas, supo de inmediato conectar con la niña y su madre. La madre hablaba inglés perfecto, pero también se defendía en castellano, diría que con acento hindú. Aunque Alicia tenía consigo el verdadero muñeco de peluche, que nos servía, de algún modo, para hacer pasar desapercibido a Cotopis, la niña, que se llamaba Naya, quedó encandilada precisamente con Cotopis. Me pidió que se lo dejara; la verdad, no entendí lo que quería la niña, pero Alicia, comprendiéndola enseguida, me dijo:
-Vidal, préstale el muñeco a Naya, que lo sabrá cuidar.- Obedecí y Naya me lanzó un beso con su manita rolliza. Yo se lo devolví, entregándole a Cotopis. Enseguida la niña empezó a acariciarlo, a abrazarlo, a darle besos, a jugar con él y a conversarle. Yo, con los nervios de punta, mientras Alicia, muy tranquilamente, conversaba con la madre de Naya (no pude retener su nombre), seguro que de temas

relacionados con la niña. Como congeniaron enseguida, Alicia quedó sentada al lado de la madre, en la esquina izquierda, y Naya entre su madre y yo. Pero ello me hizo más ameno el viaje, ya que de vez en cuando la niña se dirigía a mí, me preguntaba o decía algo. Debo reconocer que al principio no entendía lo que quería decirme, por lo que solo le sonreía y decía “si”, “vale”, hasta que, sin darme cuenta, empecé a conversar con Naya de lo más normal, como si fuéramos conocidos de siempre. Me transmitía una serenidad reconfortante (¿o sería Cotopis?).

Después de que nos trajeran una frugal cena que prefiero no describirla, Naya volvió a coger a Cotopis para jugar. Hablaba con él como una “cotorra”. En un momento determinado, escuché un “¡Ay!” de Naya, que me miraba asombrada. Se acercó a mi oído y me dijo, muy quedamente: -El muñeco está respirando.- Yo me quedé estupefacto por un segundo, intenté ver a Alicia, pero estaba dormitando, al igual que la madre. Entonces me recompuse y le contesté, poniendo mi dedo índice entre mis labios:
-Shhhh, no se lo digas a nadie, es un secreto.- La niña se echó a reír y abrazó a Cotopis. Me imitó y repitió
-Shhhh, es un secreto. ¿Y cómo se llama?
-Cotopis- le contesté. Naya volvió a reír y con su risa la madre despertó. Ambas se miraron, pero Naya le dijo
-Mira mami, estoy jugando con Cotopis, es un muñeco (todo ello dicho, por su puesto, con su particular pronunciación).
-Es verdad, parece un cotopís de peluche. Pero es un animalito muy raro. ¿Dónde habéis logrado comprar un peluche como éste?- dijo, extrañada, la madre. -Creo que los pobres cotopís (lo pronunció así, con su acento en la i) se están extinguiendo, aunque me parece que quedan algunos por el Asia central.- Esta vez fue Alicia la que supo contestar, que con el diálogo y las risas se había también despertado. No sé bien qué le respondió, pero ellas siguieron en lo suyo, y yo con Naya y Cotopis. La niña seguía conversando en su “idioma” particular con Cotopis y yo, atento. En eso, otro fuerte suspiro de Naya: -Me ha “iñado” un ojo, Cotopis me ha “iñado” un ojo.- me dijo la niña, susurrando. Y era verdad. Yo lo había captado. Por lo visto Cotopis se sentía seguro en brazos de Naya, sabiendo que no podría ocurrir con ella calamidad alguna, y quiso enviarle algún gesto de cariño, cerrando y abriendo alguno de sus ojos. Yo, también por lo bajo, le dije a Naya:
-Eso solo lo hace Cotopis con las personas que quiere mucho. Parece que te ha cogido mucho cariño.- La respuesta de la niña fue volver a abrazar a Cotopis. Y entonces Cotopis empezó a lamer, con su pequeña lengua, el rostro de Naya. Allí sí me preocupé, porque si su madre lo percibía, sería capaz montar un escándalo. Pero no. Naya solo reía y la madre, girando su rostro hacia ella, le dijo: -Mi amor, es hora de que duermas. Aún nos queda mucho para llegar a Nueva Delhi y cuando lleguemos será de día. Así que aprovecha para dormir.- El avión en esos momentos estaba en penumbra; tan solo una tenue y pálida luz hacía percibir las siluetas de los viajeros que, en su mayoría, dormitaban. Le propuse entonces a la madre:
-Mire, en el asiento posterior hay un sitio vacío. Yo me mudo atrás y así Naya podrá estirar las piernas en mi asiento y dormir.- La madre me lo agradeció y, mientras me levantaba, Alicia me envió un beso y me dijo muy quedo -Gracias, mi amor. Te quiero.- Y al instante se me ocurrió:
-Naya, ¿no quieres dormir ahora con el otro peluche, así Cotopis también puede descansar?- Ella, somnolienta, musitó -Vale-. Alicia entonces le entregó el otro peluche, que Naya abrazó mientras se estiraba entre los dos asientos. Yo tomé a Cotopis, lo envolví en su inseparable estera de paja de arroz, y nos mudamos para atrás, también a intentar dar unas cabezadas.

No sé cuánto tiempo estuvimos dormitando, pero creo que poco, ya que en un pispás sentí que el sol penetraba entre aquellas ventanillas del avión que permanecían abiertas, y el personal de a bordo ya nos estaba despertando para el desayuno. Era lógico, pues viajábamos hacia oriente, en “busca” del sol. Naya aún dormitaba en mi asiento. Alicia se levantó, cogió a Cotopis de mi regazo y, junto con su maletín de mano, se fue hacia los lavabos. Me suponía que iría a darle algún tentempié al pobre de Cotopis, que llevaba horas haciéndose el “peluche” y sin comer; además de que era muy meticuloso en cuanto a sus necesidades. Sé que Alicia tenía en su bolsa algunas galletas y sobres de leche en polvo (ya que no estaba permitido entrar líquidos al avión) y vi que pidió un vaso de agua, quizás caliente, no lo sé, a una azafata. Lo malo fue que tuvo que hacer cola para el lavabo. Mientras tanto, Naya, a regañadientes, se tuvo que despertar, con el peluche en sus brazos. Lo primero que pidió, lógicamente, era ir a los servicios. Su madre la tomó

en brazos, dejó al peluche en el asiento y, antes de partir, me dijo en español mezclado con inglés: -Qué mujer más fascinante tiene usted. ¡Que Dios se la bendiga!- (dijo Dios en inglés: “God”). Yo me ruboricé un poco, dado que aún no estábamos ni casados, y sólo atiné a responderle gracias.

Alicia, Cotopis, Naya y su madre regresaron al tiempo que llegaban las azafatas con el desayuno. La verdad es que teníamos hambre y el desayuno nos pareció estupendo (por aquello del hambre, quizás). Fui yo entonces el que tuve que levantarme hacia los lavabos. Al regresar, Alicia y la joven madre de Naya reían en mutua camaradería, como si se conocieran de toda la vida. Naya, al verme, me lanzo un beso y me dijo: -Mira, Icia (por Alicia) meregalloo epeluche (“me ha regalado el peluche”)-. Claro, no a Cotopis, sino al verdadero peluche. Todo tenía su razón de ser, pensé. Alicia sabía muy bien lo que hacía al comprar aquel peluche en el aeropuerto. Ella sabía trabajar con su intuición. Yo, el lógico, el que presumía que todo tenía que hacerse con razonamiento, en ese ámbito estaba perdido. Así, cuando llegamos a Delhi, como ocho horas y media después de haber salido de Madrid, ya Naya estaba entusiasmada con su peluche, y Cotopis había pasado a segundo plano para ella. Ellas bajaban en Delhi. Según me contó después lacónicamente Alicia, su marido trabajaba en Madrid, en una empresa india bastante importante, y que Naya había nacido en Madrid y asistía a una de las escuelas especializadas que Alicia, precisamente, asesoraba. Ellas iban a visitar a la familia materna. Recibimos una invitación para que, a la vuelta de Nepal, nos quedáramos con ellos unos días en Nueva Delhi.

La despedida en Delhi, dentro del avión, fue entrañable: Naya se arrojó sobre mí y Cotopis, nos dio muchos besos y afirmó, muy seria, lo que creí entender: -Cuida a Cotopis, y que respire mucho y.... y.... y.... que haga así con el ojo (ella guiñó su ojo) y.... que haga caricias con la lengua y......- Entonces su madre, sorprendida, la tomó de su mano y le dijo -¿Pero qué estás diciendo, cariño? Si es solo un peluche.- Entonces Naya rió, puso su dedo índice sobre sus labios y me dijo al oído quedamente: -Shhhhh, es un secreto..... Vimos, Alicia y yo, cómo salían del avión, y ambos nos quedamos un poco acongojados. Aunque el avión se quedaría cincuenta minutos en el aeropuerto, nos dieron la opción de bajar y esperar en el hall de pasajeros en tránsito del aeropuerto, o quedarnos en el avión. Por su puesto escogimos esta última opción. Así podíamos ocuparnos de Cotopis con más tranquilidad. La gran mayoría de los pasajeros habían bajado en Delhi. Menos de una decena de personas, me parece, nos quedamos dentro. Algunos trabajadores de la limpieza subieron para higienizar el avión. Por fin, entonces, pude coger a Cotopis con mayor soltura, y los tres nos dimos un abrazo prolongado. Pero Cotopis se veía bastante agotado (me imagino que nosotros también). Alicia volvió a entrar con él en el baño y, al poco tiempo salió, mientras Cotopis iba envuelto en su inseparable estera. Alicia y yo nos sentamos juntos, nos miramos, nos besamos, y no dijimos nada. Ya todo estaba dicho con los gestos y las miradas.

Las peores horas fueron las que faltaban para llegar a Katmandú, desde que el avión se volvíó a llenar. El bullicio, los olores, los colores y los idiomas se entremezclaban, y nuestra angustia por llegar sin contratiempo se acrecentaba (digo nuestra angustia, pero posiblemente era solo yo el angustiado). Tenía la sensación de que “faltaba poco”, pero ese “poco” parecía que nunca terminaba.

¡Por fin aterrizamos en Katmandú! Yo llevaba a Cotopis en brazo, entre emocionado y atemorizado. No hubo problema alguno para pasar por la aduana. Revisaron el pasaporte, los visados, y nos preguntaron, en inglés, qué cual era nuestro cometido en Nepal. Le dijimos que nos interesaba visitar los distintos monasterios budistas del valle de Katmandú, lo que no era falso. Al parecer muchos monasterios brindan, por poco precio, alojamiento en sus instalaciones, como forma de poder mantenerse económicamente. Así que lo vieron normal. No hicieron referencia alguna al “peluche”. Recogimos nuestras maletas. Yo seguía preocupado porque Cotopis seguía sin reaccionar, inerte, y ya no podía distinguir si era parte del “plan” o de verdad estaba muy mal. Pero no veía a Alicia intranquila, más bien estaba atenta a sí veía a alguien conocido del monasterio, ya que habían prometido venir a buscarnos. Fui yo quien descubrí a un señor mayor, con muchas arrugas, pero sonriente, que portaba un cartón con el nombre y apellido de Alicia. Pero el cartel estaba de más. Ambos se reconocieron enseguida y se saludaron efusivamente. Hasta diría que los ojos de aquel monje, aunque sonriente, se veían llorosos. Al parecer, la estadía de Alicia en aquel monasterio, años atrás, dejó huellas indelebles. También a mí me saludó con un abrazo espontáneo. Luego

también abrazó a Cotopis, que pareció reanimarse ante este nuevo contacto. Nos ayudó a llevar las maletas y nos condujo hacia una furgoneta, que no sé si se le podría llamar así. La temperatura de Katmandú, a pesar de estar a una altura mayor que la de Madrid, era algo más benévola (luego me enteré que también se podía llegar a los 0 grados, o menos). Al poco tiempo entramos en la vorágine del tráfico, el caos, con los autobuses, los rickshaws, las motos y el gentío intentando bregar por su espacio. Comenté entonces, en inglés, que se notaba que estábamos en un país asiático, por la vorágine reinante. Entonces el conductor, el mismo anciano atento y agradable, que dijo llamarse Abharan, me preguntó: -¿Ha estado usted en India?
-Bueno, ni siquiera llegamos a pisar el aeropuerto de Nueva Delhi- contesté.
-Pues entonces no sabe usted lo que es el verdadero caos. Nepal tiene solo 27 millones de habitantes. Puede que Katmandú tenga más habitantes que Delhi, pero en la India habitan más de 1240 millones de habitantes; es el segundo país más poblado del mundo y por Delhi transitan cientos de miles de personas, aunque no vivan allí.
-Sí, me lo imagino-, dije algo avergonzado por mi insinuación anterior.
-No importa-, continuó el amable conductor (su inglés era mucho mejor que el mío). Es verdad que aquí hay también mucho tumulto. Ahora lo verá mejor, cuando entremos por el barrio de Thamel. En ese momento se introdujo por unos callejones pintorescos (después supe que este barrio es el más turístico) hasta encontrarnos con una impresionante plaza, la de Basantapur, presidido por el antiguo palacio real de Katmandú (Hanuman Dhoka), Patrimonio de la Humanidad, según nos comentó Alicia, que ya lo conocía. Ella había estado allí antes del terremoto que asoló Nepal en 2015, y que había afectado esta plaza. Aún así, mantenía su encanto. Es más, me insinuó en español que para viajar a Pharping no había que entrar a la ciudad, pero que los nepalíes se sienten orgullosos por mostrar su patrimonio, por lo que sospechaba que esa era la causa por la que nuestro nuevo amigo y conductor nos había traído hasta aquí. (Para mis adentros pensé: “ojalá yo, a la edad de este señor, que por sus arrugas debe tener muchos años, pueda estar tan lúcido como él, y tan ecuánime como para poder conducir sin problema alguno, entre tantos callejones y gentío, y con esa sonrisa constante en la boca”). Estaba tan impresionado por lo que veía, que hasta me había olvidado de Cotopis, que iba adelante, en el regazo de Alicia, ya más animado, mientras yo estaba sentado en los asientos traseros. De pronto paramos frente a un hotelito del barrio, y subieron dos chicos jóvenes extranjeros a la furgoneta; se sentaron junto a mí, después de haber acomodados sus maletas sobre la baca. Nos saludamos lacónicamente en inglés. Comprendí el verdadero porqué de entrar en la ciudad, tan atestada como estaba a esas horas. Ya me extrañaba que nuestro amigo conductor, que de verdad era muy amable (como la mayoría de los habitantes de Nepal que conocimos) se fuera a arriesgar a entrar a la ciudad porque sí.

Abandonamos la ciudad y, mientras esto ocurría, mi asombro se hacía cada vez más patente: sus monasterios (me era difícil discernir entre uno budista y uno hinduista, por lo menos desde el exterior) eran dignos de admirar, más para un occidental ignorante como yo. Aquí y allá quedaban, desgraciadamente, vestigios del fuerte terremoto de 2015. Abharan nos describió algunos datos sobre aquel seísmo, los miles de muertos y la fatídica crisis humanitaria que se desató, con tantos damnificados, y aún no resuelta. Sin embargo, cuando nos acercamos a Pharping, mi pesadumbre por lo oído se transformó en fascinación. Los monasterios le daban al entorno una atmósfera especial, como si un remanso de paz emanara desde allí hacia sus habitantes y huéspedes. Había un poco más de viento que en Katmandú, pero la temperatura era agradable, a pesar de estar en invierno.

¡Por fin llegamos al monasterio! A la entrada nos esperaba el maestro de Alicia, el Lama Hakue. Por lo menos así lo llamaban. Después supe que Hakue significa “pura bendición” y para nosotros lo fue, especialmente para Cotopis. Después de los saludos de rigor, con una exquisita amabilidad, el maestro cogió a Cotopis en sus brazos. Cotopis lo reconoció enseguida, reaccionó y, aunque extenuado, empezó a darle caricias con su lengua. También de su boca fluía un sonido especial, un murmullo melódico que nunca le había oído. El maestro nos hizo entrar, a nosotros y a los otros dos viajeros. Al parecer éstos venían por parte de la organización *Future for Nepal*, para ofrecer su voluntariado en el monasterio, enseñando inglés a los monjes, a cambio de alojamiento, comida, conocimiento budista, excursiones y una experiencia inigualable. El Lama Hakue se llevó a Cotopis para examinarlo, alimentarlo y acicalarlo, mientras Alicia y yo entramos a nuestra humilde pero acogedora habitación. Nos quedamos mudos, absortos, con el corazón

encogido, quizás, pero con un sentimiento de que habíamos hecho lo correcto. Y sin proponérnoslo, ambos empezamos a llorar, abrazándonos.

Poco a poco nos fuimos enterando de la situación: los cotopis no se habían extinguido del todo, pero estaban al límite. Este pequeño monasterio y otro más pequeño aún, en las cercanías de Katmandú y junto al río Vishnumati, habían acogido, en una pequeña parcela detrás de los respectivos templos, a los pocos cotopis que quedaban. Fueron ellos, precisamente, los que difundieron de que ya se habían extinguido, con la esperanza de que se dejara de perseguirlos para utilizarlos como mascotas, principalmente dentro del entorno budista e hinduista del Asia Central, ya que tenían la fama de bendecir los hogares en los que se encontraban y hasta de concebir milagros. Algo de cierto había en ello, Alicia y yo lo vivimos en primera persona. Pero no era así de sencillo. Si ello era verdad, se debía a que ciertos cotopis habían vivido en compañía de gurús y monjes budistas (quizás también hinduístas), expertos en estos animales, y habían logrado "amaestrarlos" (no sé si es la palabra correcta) para que llevaran su bendición a determinados hogares del mundo, que sólo ellos, los gurús, sabían cómo y por qué elegir. Nosotros fuimos unos de los elegidos, y nuestra deuda con el monasterio y con Cotopis era inestimable, impagable. Generalmente estos cotopis utilizados como mascotas vivían poco, pues eran muy delicados y necesitaban del calor y la protección de sus congéneres o, por lo menos, del calor humano acompañado de mucho cariño y mimos. Y eso, al parecer, era difícil de lograr.

Después de una comida frugal, Alicia y yo fuimos invitados a una sencilla sesión de yoga meditativo y pronunciamientos de mantras. La habitación la ocupaban varios monjes sentados sobre su cojines para la postura de meditación. Delante había un altar con una imagen que, después me enteré, representaba la Tara Verde, la Bodhisattva de la compasión. Con anterioridad Alicia me había explicado que la Tara es la "estrella", la energía femenina iluminada, y que representa la sabiduría práctica, activa y dinámica para superar los obstáculos. A los lados de la imagen ardían varias velas encendidas sobre candelabros de plata, y un aroma fuerte a incienso se detectaba en el ambiente. El altar se adornaba también con flores, cuencos con agua (creo que contenían azafrán) y otros con cereales, a modo de ofrendas, así como otras figuras que no distinguí muy bien lo que eran y que luego me enteré que eran tormas, figuras elaboradas principalmente con harina y mantequilla, pintadas de distintos colores . Todos los monjes, incluyendo al Lama Hakue empezaron a entonar el mantra en sánscrito "oṃ tāre tuttāre ture svāhā". Alicia se sentía en "su ambiente", pero yo estaba desubicado, aunque toda la sesión me impresionó y me sentí bastante relajado, después de casi un día entero de tensiones y peripecias.

Ya tarde, nos llevaron al patio posterior, donde tenían ubicados a una decena de cotopis, entre árboles, vegetación y una gran caseta, que no sé cómo la mantenían cálida, donde podían guarnecerse cuando quisieran. Nuestro Cotopis, bastante recuperado, saltó sobre nosotros, de uno a otra, de otra a uno, moviendo su cola e irguiendo aún más sus orejas. Saltaba y nos lamía, saltaba y nos lamía, abriendo aún más sus enormes ojos. Creo que nos agradecía lo que habíamos hecho por él. Los monjes nos contaron que tenían cinco parejas, cinco machos y cinco hembras, y que esperaban que se reprodujeran (una pareja ya lo había hecho). Cotopis, recién llegado, era el décimo primer adulto y, por tanto, no tenía pareja (los cotopis son monógamos, por lo general, a menos de que muera una de las parejas; y las hembras pasan por dificultades para quedar preñadas y dar a luz). Ya Cotopis, el nuestro, había tenido una pareja anterior que, al morir accidentalmente, lo dejó solo y decaído, por lo que el Lama optó por concedérselo a Alicia, para que cumpliera alguna función benéfica en un hogar distante, que resultó ser el nuestro, que se convirtió en hogar gracias, precisamente, a Cotopis. Pero nos dijeron que esperaban la llegada de un cotopis hembra proveniente de un zoológico de Panamá. Resulta que hacía unos años se había restaurado un bello y moderno zoo en la ciudad de Panamá, sobre uno que, al parecer, pertenecía a la antigua Zona del Canal. Una pareja de cotopis les llegó, pero equivocadamente, pues ellos habían hecho los trámites para dos suricatas. Los zoólogos de Panamá enseguida se dieron cuenta del error, pero decidieron quedarse con ellos, por su atracción y su rareza. Desgraciadamente poco sabían sobre sus cuidados especiales y, más o menos cuando salió la noticia de la extinción de los cotopis, paralelamente al debilitamiento de Cotopis, el nuestro, también sus cotopis empezaron a padecer letargo y depresión. Los monjes de Pharping, en su afán por buscar los últimos cotopis que quedaban por el mundo, dieron con ellos. Empezaron, entonces, los trámites

legales para su traslado, como si de zoológico a zoológico se tratara. Desgraciadamente el macho de Panamá murió, y la hembra quedó sola. Estaban esperando que ésta llegara de un día a otro pero, cosa chocante, llegaría con los papeles de una suricata hembra, pues así habían sido inscritos desde el principio. Tenían la esperanza de que esta hembra fuera la nueva pareja de Cotopis, el nuestro.

A la mañana siguiente nos despertamos muy temprano, casi al amanecer, como es costumbre en la Sangha (la comunidad budista). Alicia asistió a la sesión de meditación y yoga, pero yo me dediqué a pasear por fuera, hasta que llegué al patio trasero, donde estaba Cotopis. Apenas me vio se abalanzó sobre mí. Estaba muy recuperado. Era indudable que me reconocía y, creo que sospechaba que nuestra despedida se acercaba. Debo confesar que desde lejos me era imposible identificar a mi cotopis de los otros, pero mientras más me acercaba, y aún antes de que se lanzara sobre mí, ya lo había reconocido. Tenía algo especial que lo distinguía. Al terminar la sesión Alicia supuso que me encontraría allí, así que fue a buscarme para que la acompañara al desayuno.

Después del desayuno (con un ritual muy simbólico) el Lama Hakue nos preparó, con la furgoneta, un viaje turístico por los alrededores de Pharping. Además de Abharan, el siempre sonriente guía y conductor, nos acompañaron también los dos jóvenes voluntarios que habíamos recogido el día anterior en el hotel. Resultaron ser más amigables de lo que parecía (por determinada actitud entre ambos, me daba la impresión de que eran pareja pero, por supuesto, no osé preguntarles, pues no era de mi incumbencia). Aquel viaje fue, con seguridad, el que más me impresionó, de todos los que he hecho en mis largos años de vida. Sus colinas, las nevadas montañas en la lejanía (la cordillera del Himalaya), sus edificaciones, el observar el modo de vida tan tradicional de los habitantes, la paz que reinaba en el ambiente, los impresionantes monasterios, tanto hinduistas como budistas, y la armonía reinante entre los fieles de ambas religiones, me pareció delicioso y hasta envidiable para los que vivimos en Occidente. De pronto, en las afueras de Pharping (creo que el sitio se llama Dollu) apareció ante nosotros, en la ladera de una colina, una escultura gigante, impresionante, con su respectivo monasterio. Creo que me quedé sin palabras al admirarla. No solo yo, también Alicia y hasta los dos jóvenes voluntarios estaban boquiabiertos (la última vez que Alicia había estado por aquí, empezaba a erigirse). Nos explicaron que era la estatua del Guru Rinpoché, que significa "el Maestro Precioso", Padmasambhava, "El Nacido del Loto", como también se le conoce. Según la tradición, él se manifestó en un rayo de luz que manaba del corazón del Buda, como un niño de ocho años que surgió de una flor de loto. Fue Padmasambhava quien transmitió el budismo Vajrayana al Tibet, a Bután y a países vecinos, según nos explicó el monje/guía que nos acompañaba. Aquella imagen impresionante produjo en mí una conmoción. No sé cómo explicarlo, pero era una perceptibilidad dual, muy lejos de la no-dualidad que predica el budismo: por un lado veía una escultura imponente, una pieza artística colosal; pero por otro no podía zafarme de mi razonamiento religioso-cultural, que me recriminaba: "Estás ante una estatua, ante un objeto de idolatría. ¿Dónde has dejado todo lo que has mamado de tu cultura milenaria? ¿Dónde queda relegado tu segundo mandamiento? Era un sentimiento embarazoso, pero no podía dejar de admirar con fascinación aquella escultura gigante. No podía. Algo me impelía a seguir viéndola y disfrutándola, a pesar de que mi razonamiento me dictaba otra cosa. Me recordó aquella tarde en el Museo del Prado, en Madrid, hace ya muchos años, siendo yo aún joven, ante el famoso tríptico de El Bosco, El Jardín de las Delicias. Frente a la imagen había una pareja de turistas mayores que, por su acento, deduje que eran argentinos. Yo, un poco distanciado y más atrás, escuchaba sus comentarios absolutamente adversos. Se fijaban en algunos de los personajes de la pintura, en actitudes lujuriosas, y repetían la repugnancia que sentían ante ello. Pero no se daban cuenta de que estaban absolutamente imbuidos por la pintura; no podían separarse de ella. La veían y criticaban con cara de asco: que si los actos libidinosos, que si las pompas o costras que oprimían a sus personajes, ("¿Cómo es posible que tanta desnudez y tanto acto libidinoso sea arte?" "¿Cómo puede un museo albergar el cuadro de una mente tan impúdica y viciosa" "¡Qué obscenidad... mira en el panel del infierno, ese monstruo que se devora a los hombres y los caga" "¡Pero esto qué es!"... Esas eran algunas de las cavilaciones de la pareja). Ni siquiera estaban predispuestos a comprender el significado crítico que El Bosco quería transmitir sobre la sociedad lujuriosa, cuyo pecado no tendría más salvación si no era a través del sufrimiento o, en última instancia, la condenación eterna. Pero mucho menos estaban dispuestos a admitir que el tríptico los tenía completamente embrujados; no podían alejarse de él. La obra los había "absorbido", ensimismado, a tal punto que yo tuve que retirarme

para volver después y ver el cuadro con más detenimiento. Y lo peor es que a mi regreso, y cada vez que veo el mismo tríptico, la pareja de turistas, en mi mente, forma parte de la imagen. No puedo, aún hoy, separarlos de la obra de arte. En mi subconsciente dicha pareja es ya parte del cuadro, un elemento más de El Jardín de las Delicias. Pues así me sentí yo ante la enorme escultura de Padmasambhava: hechizado y absorbido por la imagen. Entonces me puse a reír para mis adentros, por tan sacrílega comparación. Por supuesto que a nadie, ni a Alicia, le comenté mis locas cavilaciones. Tan solo el comentario final del monje/guía Abharan me sacó del ensimismamiento.
-Luego visitaremos las cuevas donde el Guru Rinpoche alcanzó el estado de Mahamudra-. Me daba vergüenza preguntar qué significaba ese término, pero Alicia, que todo lo intuye y me conoce bien, me sacó de dudas, pero muy diplomáticamente.
-Vidal, como sabes, Mahamudra es el momento en que uno logra la esencia búdica, la mente de luz prístina que experimenta un gozo perenne que te lleva a la realización no dual, a la vacuidad, a la ausencia de apegos.- Me costaba asimilar las palabras tan rebuscadas que me decía Alicia y que yo, supuestamente, ya sabía. ¡Además, me lo explicó en inglés, para que todos entendieran! Pero el monje/guía me lo aclaró (no sé si comprendió que yo y los dos voluntarios estábamos "fuera de onda").
-El significado de Maha es ´grande´ lo que describe el gran gozo, y el significado de mudra es ´no engañoso´, que alude a la vacuidad. Mahamudra, entonces, es la unión del gran gozo y la vacuidad.

Después de tan ilustrativa lección estábamos impacientes por llegar a las cuevas. Pero en mi mente resonaba la imagen y el nombre de "El Nacido del Loto".
-Esta es la cueva de Asura, donde Padmasambhava manifestó el nivel de Mahamudra Vidyadhara- declaró Abharan en cuanto llegamos. Otra vez me encontré ante un nuevo interrogante. Creía que había logrado entender lo que era el Mahamudra pero lo de Vidyadhara ya me hizo dudar. Preferí no preguntar más y dejarme arrastrar por el místico ambiente que rodeaba esta cueva y la de Yangleshö, que se conecta con la de Asura por un túnel. La huella de una mano en la parte superior izquierda de la puerta de entrada a la cueva y el viento que ululaba por su túnel, ya le ofrecían al sitio suficiente halo de contemplación y espiritualidad. Pero cuando el guía y otros fieles empezaron a entonar el mantra correspondiente al Guru Rinpoche, Oṃ Āḥ Hūṃ Vajra Guru Padma Siddhi Hūṃ, aseguro que una vibración especial empezó a recorrerme por todo mi cuerpo y, por lo que pude presenciar, también por todos los presentes. Fue un momento seductor, misterioso, de sosiego. Lo digo así a falta de palabras que lo explique. Vi a la pareja de voluntarios abrazados, llorando. Alicia se acurrucó en mi pecho y la abracé. Intenté mantenerme estoico, pero fue imposible. Algunas que otras lágrimas se escaparon de mis ojos, a mi pesar, y roció mis mejillas.

Ya en el camino de vuelta al monasterio presenciamos otro ritual que nos sorprendió: algunos nepalíes, frente a un templo y a vista de todos, sacrificaban, como ofrenda, animales. El guía nos explicó que era una ceremonia de los hinduistas que practican el shaktismo, esto es, seguidores de la diosa Kali, la diosa madre hindú, fruto de la shakti o energía del dios masculino Shiva, y una de sus consortes. Y como tal, simboliza tanto lo bueno como lo destructivo que siempre están presentes en la naturaleza cósmica. Lo interesante es que, quizás años atrás hubiera presenciado este ritual con una visión crítica censurable y hasta antipática. Pero ahora lo veía sin ninguna fijación conceptual; lo admiraba como un hecho, como una manifestación más de la conducta humana. No obstante, en ese momento pensé en Cotopis, y se me erizaron los vellos al pensar que "mi" Cotopis pudiera servir para un ritual como éste. Estaba impaciente por llegar y saludarlo o, más bien, que él me saludara a mí y a Alicia, como solía hacerlo.

Por fin llegamos, entre conmovidos y cansados, al monasterio/hospedaje. Nos recibió el Lama Hakue, con tal humildad como si fuéramos nosotros los hospitalarios, o como si nos debiera algún favor.
-Me imagino que queréis visitar a los cotopis- nos dijo luego del saludo de rigor. -No me cansaré de agradeceros por habernos traído a vuestro cotopis.
-Nuestro no, vuestro, no nuestro, apostilló Alicia. -Y gracias a ello ahora está recuperándose. Vayamos a verlo.- Yo me mantenía callado, aun cavilando sobre todo lo que había visto, sentido y vivenciado en aquel viaje o, más bien, en aquella peregrinación por todo Pharping. Apenas nos sintió, Cotopis salió a saludarnos, esta vez acompañando sus saltos y lametones de uno a otro, con bellos sonidos, que más bien parecían un cántico, aunque no aquel cántico/mantra que nos dedicaba en Madrid. El lama simplemente sonreía. Alicia

decidió quedarse un rato con los cotopis, para ayudar a dos monjes y una monja que estaban limpiando el lugar, recogiendo impurezas y repartiendo alimento. El Lama me acompañó en mi retirada, e intentó entablar conversación; en inglés, claro está.
-Lo veo taciturno. O quizás meditabundo, Vidal. ¿Es por el cotopis?
-En parte sí, pero no solo...
-¿Ha quedado impresionado por todo lo que ha visto?- me interrumpió. Al parecer, intuía mis interrogantes.
-Bueno, también; realmente me ha impactado todo lo que he experimentado hoy.
-Espero que para bien.
-Por supuesto, sin duda alguna. Comprendí que el Lama sabía qué me perturbaba.
-Pero seguramente se le han planteado algunas dudas. Mire, Vidal, y espero que me entienda porque mi inglés no es muy bueno, yo sé que para un occidental presenciar todo este ceremonial puede conmocionar un poco, o mucho. Puede resultar chocante. Pero esto solo forma parte del reino de las formas, o sea, el aspecto tangible de la realidad. A fin de cuentas solo existe el Perfecto vacío, llámelo si quiere, Fuente o Mente Universal, y éste puede manifestarme de distintas formas en el mundo de las ilusiones. No sé si me hago comprender.
-Creo que lo comprendo, Lama, siga por favor.
-Cuando un budista se inclina y rinde ofrendas e incienso ante una estatua de Buda, su intención no es complacer a Buda, sino expresar su respeto con reverencia, no a la estatua en sí, no a la imagen, sino al reconocimiento de una Sabiduría Universal que, de este modo, puede llegar a ser accesible para la mayoría de los humanos. ¿Va comprendiendo?
-Si lo entiendo bien- me atreví a decir – estas ceremonias, estas divinidades representadas en escultura son, entonces, utilizadas como efecto psicológico para quienes la realizan, algo así como para activar estados mentales.
-Vamos a decir que sí. Llevar a cabo rituales ante imágenes para complacer a ciertos seres superiores no es el fin budista. Es más, sería absurdo, no tendría sentido alguno, y hasta podría ser peligroso.
-O sea que se podría prescindir de ellos.
-Sólo si nos quedamos estancados en el mundo de las formas. Pero llevarlos a cabo con su sentido de reverencia a la Fuente Universal, reconociendo la Vacuidad (utilizó en inglés la palaba emptiness) resulta efectivo, abre corazones, impele hacia la Iluminación. Y algo más, Vidal...-. En ese momento llamaron al Lama Hakue, pues lo necesitaban para asuntos más espirituales que conversar con un laico. Pero antes de irse, agregó
-Ten presente, Vidal, y es muy importante, que solo tu maestro interior es quien puede dirigirte. ¡Mira dentro de ti, intuye tu gurú interno!
-¿Y eso cómo lo logro?- dije perplejo.
-Tu propia mente es la que constituye tu fuerza de sabiduría, es tu poder yóguico. Ninguna fuerza externa, ninguna entidad divina puede ayudarte a alcanzar la Iluminación desde afuera. ¡Búscala en ti, mira dentro de ti mismo! Recuerda que tu mente es también la Mente, la de lo Ilimitado, la de lo no-dual.- Dijo esto y partió con quien lo había venido a buscar, dejándome absorto. En aquel momento recordé uno de los enunciados de Buda que había leído en Madrid, en aquella espléndida Web de budismo Zen, Vajrayana y Taosísmo: “Uno mismo se protege a uno mismo. ¿Quién otro podría hacerlo?”

Alicia, al ver que me había quedado solo en las cercanías del improvisado “zoo”, se acercó a mí.
-Creo que me dejaste con el Lama a propósito- le recriminé.
-¿Hice mal, acaso?- me contestó.
-No cariño, hace rato he descubierto que tú sabes de mí más que yo mismo.- Nos echamos a reír mientras volvíamos al monasterio. Ya entrando, nos pareció gracioso ver, dando clases de inglés a sendos grupos de monjes (y creo que laicos también), a la pareja de jóvenes voluntarios. Uno se encargaba del grupo inicial y, el otro, de quienes ya tenían algún conocimiento del inglés.
-Si quieren yo les puedo enseñar español, después de todo lo hablan cientos de millones de personas.- le dije en broma a Alicia.
-¡Así que estarías dispuesto a quedarte de voluntario en el monasterio!
-Bueno, en el mundo ideal quizás no sería mala idea. Pero muestra realidad, queramos o no, es otra. Y nos está esperando.

A la mañana siguiente ocurrió algo, temprano, que me dejó preocupado. Ya el Lama Hakue y Alicia estaban en el "zoo", con Cotopis, sin haberme esperado. Cuando me vieron llegar observé la cara de incertidumbre de Alicia, y ellos dejaron de hablar.
-¿Cotopis está bien?- fue lo primero que dije, angustiado, pero no tuve que obtener su respuesta; ya Cotopis estaba sobre mis hombros, metiéndose entre mi abrigo, lamiéndome. Entonces comprendí que algo más serio ocurría. Volví a mirar la cara de Alicia y comprendí. ¡En qué momento empezaba a intuir!
-Alicia- hablé en español, a pesar de que a su lado estaba el Lama -haz lo que tengas que hacer. No me opondré en nada que pueda beneficiar a Cotopis y al monasterio.- Alicia simplemente me abrazó. Efectivamente, el Lama Hakue me confirmó que le había pedido a Alicia que se quedara un tiempo más, junto a Cotopis. La burocracia iba lenta, y la pareja hembra de Cotopis demoraría en llegar más de lo convenido. Alicia solo había puesto como condición, mi conformidad.
-Lo siento, Vidal- me dijo el Lama -mientras no llegue la pareja de Cotopis no es positivo que se quede solo, sin alguno de vosotros. Estos últimos años ha vivido y se ha adaptado a vosotros. No es conveniente para él, para su salud y readaptación, que ambos desaparezcáis de pronto, y él se quede solo, cuando todos sus congéneres tienen parejas, y algunos hasta crías.
-Lo comprendo, Lama- le contesté. -Por mi parte no hay objeción. Alicia hará lo que tenga que hacer. Yo sí tendré que regresar lo antes posible.- Al momento de decir esto sentí una fuerte opresión en mi corazón; más bien en todo mi cuerpo. Aún no estaba preparado para desapegarme de tantos seres queridos al mismo tiempo. Pero tenía que hacerlo y, a pesar de mí mismo, tendría que aceptarlo. Recordé, en ese momento, cuán libre era (o eso creía) antes de que Cotopis llegara a mi vida. Hacía lo que quería, iba donde me diera la gana, me creía el "rey del mambo"... Pero al instante me contesté: Por nada en el mundo quisiera retornar a esa falsa libertad. Debo agradecer eternamente todo lo que me han dado Alicia y Cotopis. Llegó un poco tarde, pero me llenó, espiritualmente me llenó. Y si renuncio a ellos, será por una causa mayor, a pesar del mal trago por el que tenga que atravesar. Pero si ocurre es porque debe ocurrir. Algo aprenderé de esta separación. Bueno, me repetía estas palabras en la cabeza, pero muy muy convencido, no estaba, aún.

4.
Han pasado tres días desde mis últimas anotaciones. En este momento acaba de levantar vuelo el avión de Air India rumbo a Nueva Delhi. A diferencia del viaje de ida, en éste tendré que hacer una escala algo más larga en Delhi y hasta cambiar de avión, para viajar a Madrid. Alicia, quien tuvo que recordarme el nombre, me sugirió que visitara a Amita, la madre de Naya. Pero no quería hacerlo. Mi ánimo no estaba para visitarlas, sin la compañía de Alicia. Aunque prometí que las llamaría apenas llegara a Nueva Delhi. Ya con Cotopis había tenido que hacerme a la idea de que regresaría sin él, pero aún me costaba asimilar el tener que viajar solo de vuelta, sin Alicia, aunque para nada me arrepentía de esa decisión. Simplemente dolía. Y aquí estoy, con mi ordenador portátil abierto. No voy a decir que la despedida fue fácil ni difícil. Sé que así tuvo que ser y lo acepto. Había cogido cariño a los monjes y monjas que conocí durante esa semana en Pharping; a Jhonny y David, los voluntarios, con los que, durante estos últimos días conversé mucho e intercambiamos ideas, a pesar de nuestra diferencia de edad. También asistí, hacia el final, a las sesiones de meditación y pronunciación de mantras en la Sangha. Me prepararon una despedida deliciosa, donde Cotopis fue el protagonista. La última noche durmió con nosotros. ¡Y nos recreó con su famoso cántico/mantra, que esta vez sonaba a despedida. (Después de todo, nunca osamos preguntarle al Maestro cómo y de dónde Cotopis había aprendido a canturrear dicho mantra. Me quedaré con las dudas).

Esta mañana el propio Lama Hakue insistió acompañarnos a Alicia y a mí, al aeropuerto, junto a nuestro inapreciable y anciano "chófer", el monje Abharan, anfitrión, guía, confidente y amigo en tan poco tiempo y espacio. Poco he hablado sobre él, aunque se lo merece, por su humildad, sus consejos y, principalmente, por esa vitalidad que emana día a día, esa energía alegre que irradia en todo momento. Su nombre, me explicó él mismo, significa joya ¡y vaya si lo es! Además, su nombre suena parecido a Abraham y, mi familia está repleta de "Abrahames" (desde abuelos hasta sobrinos nietos). Ya he dicho que me gustaría llegar a su edad con su energía y su sonrisa en los labios.

Ya en el aeropuerto, después de haber despachado la maleta (esta vez sin contratiempos ni "cotopis" que ocultar) y aún antes de entrar por la puerta de embarque, el Lama me cogió aparte, mientras Alicia conversaba con Abharan.
-Vidal, debemos agradecerte tu comprensión. Sé que una decisión como ésta resulta difícil de tomar y de asimilar, pero...
-No; soy yo quien me siento en deuda, Lama. No hay nada que agradecer- lo interrumpí.
- Ten en cuenta, Vidal, que todo esto es pasajero, ilusorio y, como decís vosotros... si no me equivoco tenéis una expresión algo así como "*quicker than you can say speed trap*", pues así de rápido, ya verás que Alicia estará de vuelta contigo, Cotopis tendrá su pareja y hasta crías.
-En español se dice "más rápido de lo que canta un gallo" (y le traduje: *Faster than a cock crows*).- El Lama se echó a reír y añadió
-Ante todo agradezco tu comprensión, tu visión abierta hacia otras filosofías y formas de vida. Mira, la principal diferencia que yo observo entre el budismo y el cristianismo...
-No soy cristiano- lo volví a interrumpir, aunque inmediatamente me arrepentí, porque aquella acotación no venía al caso.
-Bueno, en las religiones occidentales, en las que se adora la Presencia Divina, a Dios, se separa al adepto, o sea, al que se debe salvar, de Dios. Existe la idea que hay que conseguir esa unión con Dios. En el Budismo se busca la comprensión, lo que implica que la unión nunca ha dejado de ser, de existir, con esa Verdad Última. Los autoengaños, las ilusiones que nacen del ego, los apegos, no nos dejan ver, a veces, que esta Unión siempre está. Lo que hay que lograr es comprenderla. Por eso digo que agradezco tu comprensión.
-Ya que habla de comprender, creo que lo voy comprendiendo, Maestro (por primera vez, y creo que por última vez también, lo llamé Maestro; así, en castellano).

Alicia se acercó para decirnos que ya se acercaba la hora de entrar por la puerta de embarque. Poco tuvimos que decirnos ella y yo en ese momento, pues habíamos tenido toda la noche para conversar, para querernos, para desearnos, para resolver muchas dudas y asuntos pendientes. Al final esta despedida, que espero sea temporal, (todo puede ocurrir) nos sirvió para afianzar más el compromiso, esclarecer dudas e intensificar el amor, que a veces conlleva dejar "volar" a la pareja. La verdad es que poco habíamos dormido la última noche y, a diferencia del vuelo de ida, éste salía por la mañana. Ya tendría tiempo de dormir en el avión (si es que podía). Mi último recuerdo, en la despedida, fue para Cotopis. Estaba seguro que ya no volvería a verlo. Pero aún así, sabía que nunca podría extinguirse. Aquella noticia que leí tiempo atrás sobre su extinción será, por siempre, falsa. En mi corazón Cotopis no se ha extinguido, ni podrá.

Ahora estoy en este avión, con mis pensamientos. Hago un balance de lo que he aprendido, o más bien de lo que he desaprendido. Escribo. Dejo de escribir. Bostezo. Trato de llevar mi mente al sosiego (algo habré aprendido de las meditaciones para ello). Se me viene la imagen de la majestuosa escultura del Guru Rinpoche Padmasambhava. Vuelvo a abrir el ordenador. Leo lo que había recopilado con anterioridad sobre su vida, entre realidad y alegoría. Leo sobre su obra. Mis pensamientos retornan a Cotopis. Me lo imagino escalando, entusiasmado, por la estatua del "Maestro Precioso", entonando su cántico habitual. Lo veo alegre, entusiasmado. Ha subido hasta su rostro. Lo lame. Me imagino que detrás va subiendo, apresuradamente, otro cotopis, su pareja y, junta a ella, dos pequeñísimos cotopis, dos pequeños "peluches" de ojos.... bueno, aún no sé cómo describirlos. ¡Y sus orejas... casi del tamaño de sus cuerpos! Son sus crías. Vuelvo al ordenador. Encuentro una invocación para el Guru Rinpoche. Entre ensoñación y vigilia, con mis ojos entornados, voy leyendo... "*Concédeme resolución para huir de todo pensamiento de mí mismo. Para que las cosas mundanas me parezcan insignificantes. Concédeme sagrada resolución*..."

AMOR EN CUATRO PAUSAS

Primera tarde otoñal
Tu sombra en el invierno
Delirio de primavera
En verano lo llamamos amor

PRIMERA TARDE OTOÑAL

Graniza. Pequeñas canicas brillantes que desafían al viento, las miro y veo reflejada tu mirada sencilla, transparente. El otoño se ha apropiado del tiempo y tu mirar. El viento toca su melodía como la flauta de mis mocedades. -Abre la carpa-, te digo,-para cubrir nuestro amor-. -¿Por qué? –Como siempre me contestas con una pregunta. -¿Acaso temes que nos lo despojen, que esa nube que presagia tormenta lo ennegrezca?- Como siempre, no sé qué contestar a la capacidad de tu talento. En el horizonte predecimos las barcazas de los pescadores que se afanan por volver a tierra, antes de lo que se presagia. Intento hacer alegoría con el paisaje para explicarte mi inquietud. Pero tu risa cálida en esta tarde fría, me desmonta. No lo intento más. Las canicas sobre nuestros cuerpos terminan por abrazarnos. A lo lejos, el faro en la colina inicia su periplo de luz y sombra. Luz (te amo). Sombra (me entrego a ti). El ventarrón se apodera de nuestras fantasías para hacernos más dichosos, si cabe.

TU SOMBRA EN EL INVIERNO

Lejos del mundo me siento en tu regazo. Solo me permito adivinar la nieve que choca entre los cristales. Es la primera nevada. Lo sabemos. Y nosotros enfundados en nuestro amor para no pasar frío. Juego con tu sombra, que se refleja en el muro opuesto al ventanal. Y tú ríes, con esa risa que contagia y que predice deleite. Quiero atrapar tu sombra, atraerla a mi. Tú sigues con tu risa generosa y me sorprende que no pronuncies palabra, no lances tu pregunta como siempre haces, para hacerme volver a tu naturaleza. Algo así como "¿es que prefieres a mi sombra, cuando me tienes acurrucada entre tu piel?". Me río de mi propia ocurrencia, y tú crees que es tu regocijo lo que me ha contagiado. Después de todo, descubro que es así, en esta primera noche de invierno, con el plas plas de la nieve sobre los cristales. Abandono la sombra y me concentro en el ser que se abriga entre mis brazos, hasta fundirnos, a pesar del frío y de la nieve en el mundo que se adivina tras los cristales.

DELIRIO DE PRIMAVERA

Ayer descubrimos en nuestro rosal su primer botón. El viento va cediendo su fuerza y una brisa dócil nos regala delicia y fragancia a los sentidos. Hoy quiero cubrirte con mi amor para regalarte yo también un botón que germine en tus entrañas antes de la próxima primavera. Nos sentimos flotando por las aguas de la felicidad, tanta, que a veces tengo miedo de hundirme en ella y ahogarme. Te lo comento, y vuelves a inundar de luz la habitación con tus ojos y tu risa. Juegas con los caracoles de mi pelo y me recuerdas que estoy sufriendo la primera fiebre primaveral. –No me contagies, no me contagies- murmuras riendo. ¿Es que no te das cuenta que eres tú quien me ha contagiado de esta dicha, de esta placidez que se me escapa hasta por el más recóndito de mis poros?

EN VERANO LO LLAMAMOS AMOR

Filo de luz. -¿Ya ha amanecido?- me preguntas, cuando el primer rayo cae sobre tus párpados. –Sigue durmiendo, que es temprano- te murmuro, sin saber si has entendido mi idioma emborrachado de sopor. No abro mis ojos, simplemente me acurruco más a ti, y me expando. Pronto descubro que estoy enganchado a la almohada. Ahora estoy seguro que no has entendido mis susurros. Ágil como pantera danzas de un

lado a otro de nuestro nido, hasta que abres las ventanas de par en par. Sin pedir permiso el sol se apodera de mi cama, nuestra cama, y me lacera. Aves que se pierden entre los árboles del jardín, bajo la ventana, se hacen bien sentir con sus gorjeos. -¿Pero qué haces?- sigo susurrando. -¿Cómo que qué hago?- (esta vez sí que me has entendido perfectamente). -¿Es que vas a desaprovechar esta diáfana luz de verano, hoy, cuando por fin podemos disfrutar de ella?- -Pero si son las seis de la mañana- espeto sin mucha convicción. Ya sé cuál será la respuesta. El ser que me acompaña en mis andanzas por la vida está profundamente enamorada de esa vida, de esa luz, del frío, del calor, de los días templados. Y tiene un poder de convicción arrollador. Ella y yo lo llamamos amor.

DETALLES

Arena
Barco
Beso
Bulto
Carta
Fuego
Idea
Locura
Nube
Piedra
Puerta
Sueño
Tornillo
¿De chiripa?

ARENA

"En la arena escribí tu nombre", voceaba una canción "de verano" del pasado siglo. Romántico. Pero cuando pienso en toda esta vastedad de mundo cubierto por arenas, ya la cosa se percibe de otro modo: arenas del desierto, de ríos, de playa, de mina, volcánicas, movedizas, hasta la arena donde presencié el último espectáculo con la canción del verano. Tantos territorios hay compuestos de estas ínfimas partículas de roca disgregada que solemos llamar arena, que mi imaginación se echa a volar y me pregunto si llegará el día en que descubramos las propiedades gastronómicas de la arena. Cuando era niño vivía en una ciudad a orillas del mar, y prácticamente todas mis vacaciones lo pasaba entre arena, yates, islas, pesca y ese olor tan peculiar que trae a mi memoria la tierra donde nací, por lo que construir castillos en arena se convertía en uno de nuestros pasatiempos favoritos. Pero no solo construíamos castillos, también sabíamos preparar "apetitosos" dulces y pasteles, a veces gigantes, con la rica arena que nos rodeaba. Ahora, cuando el tiempo se nos ha echado encima, trayendo a mi memoria aquellas arenas, me pregunto que si ya hemos descubierto las utilidades de la arena para la construcción o para la fabricación de cristales, o las benéficas propiedades de ciertas arenas para la salud corporal y estética; si sabemos que el pez loro las digiere, ¿por qué no podré yo imaginarme un apetitoso menú con "yogur de arena del Sahara", helado de arena de playas mediterráneas (para los muy valientes, por aquello de la contaminación), tortas con arena de las dunas asiáticas, pastel de arena volcánica, acompañado de mojito con arenas caribeñas...? ¡Salud y buen provecho!

BARCO

Hoy quiero rendirle un homenaje al barco y al arte y ciencia que es la navegación. Lo llamo barco, por necesidad de utilizar un término que intente englobar todas las construcciones que sean capaces de flotar y transportar por las aguas (de mar, de río, de lagos...), de una orilla a otra, cualquier cosa posible, desde un grano a un avión. El barco ha sido, quizás, uno de los inventos fundamentales y necesarios ideados por la mente humana, para el desarrollo y expansión de la cultura. Se conocen como medio de transporte por las aguas desde hace más de diez mil años. La cantidad de términos que se utilizan hoy día en lengua castellana,

o que se hayan adaptado a ella, para nombrar a estas embarcaciones, atestigua su importancia y su indispensabilidad para muchos pueblos y sociedades: barco, nave, buque, embarcación, navío, nao, paquebote, velero, yate, bajel, lancha, canoa, acal, bote, chalupa, esquife, falúa, carabela, motora, galera, catamarán, cayuco, kayak, panga, piragua, balsa, y quién sabe cuántas más que desconocemos. Aún recuerdo el yate de 24 pies que construyó mi padre en el patio de nuestra casa. No puedo olvidar los largos tablones de madera, cómo su esqueleto iba cobrando forma y realidad, y en especial no puedo olvidar su peculiar olor, el de la fibra de vidrio con el que revestía el armazón, que penetraba fuertemente desde el patio a nuestras habitaciones, y de allí a nuestra nariz. Quizás por eso quiera rendirle ahora un homenaje al barco, y no sólo por lo que representa para el desarrollo de la Humanidad. Qué mayor deferencia al arte de la navegación, que el que en nuestros días yo, y tú que me lees, nos hemos convertido en "internautas", que "navegamos" con regularidad por estos "mares" de la comunicación tecnológica computerizada, para comunicarnos a través de una red de "naves" invisibles (internet).

BESO

El día que descubrí a mis dos tortugas besándose, rozando sus bocas entre caricias con sus largas uñas, intuí la universalidad del beso. Sí, ese roce de labios, el beso, es palabra evocadora de sentimientos, imperecederos o no. Amor, agradecimiento, saludo, pasión, sensualidad en toda regla. Cada beso en su tiempo y en su motivo. Podría haber un componente cultural en el beso, pero creo, no es solo un fenómeno humano o de los primates, no creo que se podría definir simplemente como una manifestación aprendida por hábitos sociales. Es un acto que va más allá de las normas o del contacto carnal. Es un símbolo y un sentimiento, o muchos, según el beso, según a quién y cuándo. Cuántos besos he dado o me han dado, de cuántas formas y sentimientos diferentes. Mi primer beso netamente pasional y sensual; o mi primero de amor franco, debajo de la tenue farola que pretendía iluminar las rocas en el malecón; o los besos de compromiso, que hay que seguir dándolos. También recuerdo épocas de sequía, sin besos, sin compromisos. Hoy día, y otra vez en el ámbito de la cultura, los besos hasta tienen nacionalidades, como el beso "francés", el "griego" o el "esquimal"; se les adjudica colores, como el beso "negro"; pueden ser besos secos o húmedos. Pero yo me quedaría con el beso "mariposa", como el de mis tortugas, solo que en vez de acoplar al beso las caricias con sus uñas, los humanos juntaríamos, en un movimiento coqueto y pasional, nuestras pestañas.

BULTO

Muchas veces utilizamos palabras en un contexto diferente al de su significado original y, que con el tiempo, también cobran, a base del uso popular, ese nuevo significado. No sé si es el caso del término bulto, que como tantas otras palabras, conlleva en sí definiciones que, aunque afines, no significan lo mismo. Siguiendo al diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, podría definirse a bulto de varias formas, entre otras, "volumen o tamaño de cualquier cosa; cuerpo indistinguible por la distancia, por falta de luz o por estar cubierto; elevación de una superficie causada por cualquier tumor o hinchazón". Creo que estas dos últimas definiciones son las que le dan a bulto, en nuestros días, connotaciones dramáticas e impresionantes. Encontrase un bulto en el cuerpo es causa de alarma, ya que nos puede arrastrar hacia enfermedades cancerígenas, que si no incurables, son por lo menos adversas. Y hay sociedades en que encontrarse un bulto abandonado en medio de una calle o cualquier lugar público, causa inquietud generalizada entre sus miembros, constantemente amenazados por actos terroristas. Personalmente me han tocado vivir momentos de pánico e incertidumbre, a causa de bultos sospechosos, sin dueños conocidos. Cierta vez tuvimos, todos los ocupantes de un autobús, que abandonarlo precipitadamente a causa de uno de estos dichosos bultos, que al final resultó ser falsa alarma. No tan falsa fue la bomba, solapada en un bulto, que explotó en un cine, conmigo como espectador. La providencia, o como queramos llamarlo, estuvo de nuestra parte, ya que no hubo heridos, más allá de los "personajes" dentro del celuloide, porque película y proyector sí quedaron destrozados. Finalmente, en un aeropuerto también me tocó desalojar precipitadamente una sala de espera, a causa del maldito bulto no identificado. Hasta el día de hoy no sé cómo acabó aquella "aventura", pues no me quedé para saberlo, ya que yo, por si acaso, en situaciones como esta, prefiero "escurrir el bulto".

CARTA

Acabo de escribir un correo electrónico y a mi mente ha subido el pensamiento de que desde hace muchos años no recibo, ni escribo, una carta. Tenía dos amigas muy queridas, una en Asia y otra en América, con las que solía mantener una relación epistolar entrañable. Me las imagino tratando de descifrar mis jeroglíficos, dada mi desastrada caligrafía Pero eso ya se acabó. Hasta mi colección de estampillas (sellos) quedó interrumpida por esos mismos tiempos. ¿Habrá fenecido la época epistolar, por lo menos de aquellas cartas íntimas colmadas de afectos, consejos coloquiales, preocupaciones y hasta mensajes subliminales? No, no es lo mismo la comunicación escrita vía internet. No sé si el respeto que impone la computadora o la velocidad del tiempo en nuestros días, hacen que lo escrito por correo electrónico sea más escueto, menos romántico, menos íntimo. Desapareció esa percepción de emociones que sentíamos muy adentro cuando abríamos el buzón de correo y nos encontrábamos con una de esas cartas; o rasgar el sobre, extender las hojas y saborear su contenido. Y luego descifrar la grafía escrita con el "puño y letra" del remitente: "Mi muy querido amigo..."

FUEGO

Una de las fuerzas de la naturaleza que más me cautiva es el fuego. Ese poderío de luminosidad y calor, el desprendimiento de chispas, color y llamas, a pesar de todas las connotaciones catastróficas que arrastra, me embelesa por su majestuosidad, a la vez que me turba hasta el estremecimiento. Por algo el fuego ha sido venerado en ritos y ceremonias ancestrales. Hace unos años, viajando durante un verano en transporte público por una carretera comarcal en la Sierra de Gredos, España, me tocó "vivir" un incendio muy de cerca: el lado este de la carretera estaba envuelto en humo y fuego. El conductor hasta se planteó la posibilidad de continuar, debido a la cercanía del fuego y a la poca visibilidad a causa del humo. Finalmente optó por seguir. Mientras entrábamos por la zona afectada, debo reconocer que la magnificencia del fuego me dejó como hipnotizado. La fascinación que desprende esa manifestación visual, encadenada a sus propiedades benéficas para la humanidad, así como a los riesgos y peligros que puede acarrear, le otorgan ese halo de supremacía y misterio. Incluso en la Biblia, el fuego (y la Luz, una de sus propiedades) se convierte en elemento reiterado por el Ser para manifestarse ante el hombre. Volviendo a aquel accidentado viaje, debo también confesar que toda esa fascinación mía se desmoronó durante mi regreso, cuando por la misma carretera, todo el paisaje, tanto a su derecha como a su izquierda (el fuego había atravesado la carretera) no era más que negrura y desolación. Entonces medité que posiblemente el ser humano se sintió humano por primera vez, y no animal, cuando logró dominar (en parte) al tan temido y respetado fuego. Y creo que no se equivocó.

IDEA

¿Se podría acaso hacer una estimación de cuántas ideas, originales o no, podría tener un ser humano a lo largo de su vida? Yo respondería que "no tengo ni idea" (que de por sí ya es una idea) y ni sé si alguien podría tenerla. Si a ello le sumamos los miles de millones de seres humanos que habitamos este planeta, estimar la cuantía de ideas que genera este planeta nos anima a contestar que serían, al igual que las estrellas o las arenas de mares y desiertos, SIN CUENTA. Cuando era más joven recuerdo que en mi círculo de compañeros y amigos, cuando a mí se me ocurría proclamar "¡tengo una idea!", todos a mi alrededor empezaban a temblar, si no a huir, pues sabían por propia experiencia, que están serían por lo menos, estrafalarias, aunque ingeniosas. ¡Y más de una llegó a buen puerto, con resultados creativos, principalmente en el mundo del arte! Ahora bien, si se trata de cuántas ideas concebidas por el ingenio de la mente humana son originales y logran materializarse, convertirse en invento o hecho histórico, allí, las cuantías varían considerablemente. Serían muchas, pero nos alcanzarían los ceros.

LOCURA

"¡Esto es una locura!" Cuántas veces voceamos u oímos esta exclamación ante un acto arriesgado, pero que finalmente concluye con extraordinario éxito. Soy de los que creen que la chispa de la genialidad se da en quienes se atreven a romper o rechazar el comportamiento establecido por determinadas normas sociales. ¿Esto es una locura? Pues bienvenida sea. Como dijo un escritor alemán del Siglo XIX, "Prefiero una locura que me entusiasme a una verdad que me abata.". Es cierto que de la genialidad a la locura a veces hay un paso, como lo atestiguan algunos genios de la humanidad que terminaron recluidos en centros especializados. Pero que le quiten lo bailado (y nosotros que se los agradezcamos). Es más, uno de estos ejemplos de la genialidad/locura, Nietzsche, se atrevió a sugerir: "En la locura siempre hay algo de razón". En muchos casos es imposible determinar limpiamente la frontera entre cordura y locura. Recuerdo una gran y admirada amiga en el pasado, compañera de aventuras artísticas, que fue internada por un corto tiempo en un centro psiquiátrico, a causa de ciertos comportamientos e ideas, que para mí eran atisbos de sapiencia e inconformismo, pero que para la mayoría significaban desajustes psicosociales. Muchos años después, de visita a mi país natal, volvimos a encontrarnos, y ya era una profesora universitaria reconocida, con varios e interesantes escritos a su haber. ¿Estaré yo lo suficientemente cuerdo para asegurar que el comportamiento de mi prójimo se ha desviado de las convenciones sociales, y por tanto está loco? Más bien me adhiero al estribillo de una conocida canción: "No estamos locos, sabemos lo que queremos..." o no...

NUBE

¿Quién no se habrá imaginado alguna vez la figura de un animal, el abuelo con barbas, la bruja de los bosques, trazados en una nube? No precisamos ser niños para reparar en las nubes esas formas y figuras. La avistamos y enseguida fantaseamos con hamacas de algodón, con seres prodigiosos, hasta con ángeles; en todo menos en que son un cúmulo de gotas de agua o cristales de nieve suspendidos en la atmósfera. ¡Cuántas veces no me habré inventado historias y fantasías alrededor de las nubes y sus formas misteriosas! Las recuerdo aún, principalmente aquellas que se me ocurrían mientras viajaba en la parte trasera del coche, por la avenida de la bahía, donde nubes y mar solían amalgamarse en "un todo". Luego, ya en casa, continuaba con mis sueños y no me era difícil imaginar todo un argumento fantasioso, donde los protagonistas eran aquellos personajes que creía yo ver en las nubes. Con el tiempo, mientras crecemos y la sociedad nos hace más suspicaces y analíticos, creemos comprender la naturaleza de ese fenómeno atmosférico que llamamos nube. ¿Pero cómo poder explicar a las mentes infantiles que esa textura, que esas figuras que imaginan ver dependen simplemente del calor que las propulsa o del viento que las empuja fijando su altura? ¿Es que puede haber algo más real que la imaginación rebosada en la fantasía de un niño? Y... ¿y si la ciencia se equivoca...?

PIEDRA

¿Serían las piedras las primeras armas de la humanidad? ¿Qué ingenio precedió al otro: la piedra como arma, dos piedras frotándose para crear fuego, o piedra sobre piedra para edificar morada o albergue? Conociendo y sobrellevando el acontecer histórico que me ha tocado vivir, no me queda duda que la primera opción es la más factible. Como profesor que soy, más de una vez me ha tocado entrar en el "campo de batalla" de algunos alumnos e impedir mayores catástrofes, en esa lucha a base de piedras e insultos. ¡Y peor aun!: las batallas intercolegiales, donde la frontera es la valla que separa sendos predios escolares. Es que hasta el día de hoy, cuando la tecnología se ha encargado de concebir ignominiosas armas sofisticadas, rápidas y capaces de exterminar en pocos segundos a pueblos enteros, la piedra sigue siendo arma arrojadiza para el castigo y la venganza, como en aquellas sociedades que aún contemplan la lapidación. Denigrante. Tan denigrante como la proliferación de armas cada vez más complejas y precisas para la destrucción. Quizás algún día, a base de tanto aniquilamiento, tengamos que volver a las piedras como única arma de defensa. Como bien expresó el sabio Einstein en el pasado siglo: "No sé con qué armas se luchará en la tercera Guerra Mundial, pero sí sé con cuáles lo harán en la cuarta Guerra Mundial: palos y mazas". Se olvidó de mencionar a las piedras.

PUERTA

No me extraña que quien haya inventado la puerta fuera un individuo sospechosamente suspicaz y desconfiado. Los hombres primitivos tendrían el mundo por montera, y las cuevas para guarecerse de las inclemencias. Era suficiente el vacío o abertura de la cueva para entrar o salir. ¿Por qué o para qué la puerta? Alguna fechoría en cueva ajena habría tenido que efectuar dicho individuo para que su mente elucubrara y llegara, finalmente, a concebir la idea de una puerta (para evitar que le ocurriera a él lo mismo). Acción y reacción. ¿O sería la víctima quien, para prevenir futuros atentados puso su mente a especular en soluciones, hasta que llegó a la idea de algún armazón en la entrada, a modo de protección? ¿O sería para protegerse de fieras y otras alimañas menos humanas? Ahora el que está elucubrando soy yo. Hoy día, por supuesto, no se pueden concebir edificios o casas sin la omnipresente presencia, en la entrada, de una puerta. Como la puerta que siempre llevo grabada en mi memoria, la da la casona de mi abuelo, protegida, a su vez, de otro portal de hierro, en forma de reja artesanalmente labrada, con sus iniciales, que son las mías, exquisitamente grabadas. De cualquier modo, ya con la invención de las armas, guerras y batallas por el poder y la gloria, las puertas perdieron eficacia, y hasta habría que cuestionarse si los muros y murallas (con sus respectivas puertas, claro está) también. Hoy, puertas blindadas, ¿qué más si no?

SUEÑO

¿Que toda la vida es sueño? ¿Por qué, porque lo dice Calderón? A mi me gusta soñar, pero también me gusta vivir. Y si no viviera, ¿podría soñar? Pues no, para soñar, antes hay que vivir. Entonces, toda la vida no puede ser sueño, aunque sea muy cierto que para vivir también hay que soñar. Nuestros sueños llenan nuestras vidas de "ilusión" y "frenesí", (también lo recuerda Calderón) más aún cuando logramos hacerlo realidad. Pero primero tengo que vivir, luego tengo que soñar y, finalmente, intentar hacer realidad mis sueños, si eso es lo que quiero (a veces es preferible que no ocurra). Aquí debo confesar mi sueño más iterativo hará cosa de quince años, y que ¿podría convertirse algún día en realidad?: Casi cada noche soñaba que volaba. Era un sueño vívido, Yo agitaba los brazos mientras sobrevolaba por casas, edificios, parques, y veía a la gente, por ejemplo, bañándose en una piscina. Y prometo que al despertarme me dolían física y realmente los brazos, de tanto agitarlos en mi vuelo onírico. Después de todo, ¿dé que sueño hablamos: del estado onírico de ensueño, del deseo que tengo por dormir, de nuestras fantasías que anhelamos hacer realidad, del sueño lúcido? No sé, creo que tengo demasiado sueño ahora como para ponerme a discurrir sobre el tema. Pero antes de cerrar los ojos y penetrar en esa realidad virtual, déjenme decirles que todo sueño es vida y que la vida... vida es...

TORNILLO

Existen objetos cotidianos que, precisamente por su uso habitual no nos damos cuenta que su invención, en sí, es sorprendente. Este es el caso del tornillo. Qué mente preclara habrá podido pensar quién sabe ya cuántas centenas de años, que con un cilindro metálico, tallándoles ranuras en forma de hélice, podría crearse un instrumento mecánico que, haciéndolo girar, pudiera servir para ensartar distintas piezas desmontables, como poco. Es más sorprendente este invento si consideramos que el tornillo por sí sólo no tendría mayor utilidad, si no fuera por otros elementos que también tuvieron que ser concebidos, como los son su cabeza, para poder sujetarlo e imprimirle el movimiento giratorio necesario; el destornillador, como herramienta necesaria para hacerlo girar y apretarlo (o lo contrario), y hasta la tuerca, para poder acoplar al tornillo y fijar, así, los elementos desmontables unidos. Derroche de creatividad práctica, al punto de hacernos proclamar, para aquellos con falta de juicio, que se les ha perdido, ninmás ni menos, un tornillo. No sé si a mí se me ha perdido uno, lo que sí sé es que por lo menos durante una semana alojé un tornillo en mis entrañas. Sería pequeño, pero lo suficientemente mayor para que se me quedara grabado en la memoria. Sí, me tragué un tornillo (mi padre era un "manitas" que siempre se pasaba armando y desarmando aparatos y artilugios, por lo que los tornillos eran el "pan de cada día" ¡y nunca mejor dicho! en nuestra casa). Recuerdo el nerviosismo de mi madre, las corridas al médico, las radiografías, los laxantes para que lo expulsara lo antes posible y, finalmente, el "clic" que escuché (y aún sigo escuchando), del tornillo al

"caer" en la bacinilla donde me obligaban a sentarme cada vez que quería descargar mis necesidades. ¿Será ese el tornillo que dicen algunos que me falta?

PREGUNTA

¿A quién formular la interrogante ahora, cuando el tren se lleva los contrastes del alma? Sal de tu isla, me gritan los ingenuos, los que solo quieren ver para otro lado todos los días, los que confunden la moral con la noticia y actúan en consecuencia. Mi pregunta en el aire, aún sin responder y mi impaciencia me hacen recorrer distancias imposibles, más allá de los cristales de arena. A veces, una palabra que me suena y resuena quizás porque se ha acallado. Pero yo la busco en el fondo, hacia los lados, por donde me dejan sitio para entrometer mi carne. Miro cómo hemos crecido, después de todo, a pesar de que los últimos trenes quisieron llevarse hasta los interrogantes. Ahora la esperanza de que el aire no se prostituya con aviones de pasajeros que huyen de sus propias falacias. Los trenes ya no bastan, obsoletos para el maratón de esta última vida que no sé si nos da asco, deseos de huir también con los demás. Pero yo quiero seguir mi recorrido a pie, como un día me enseñaron, cuando las respuestas estaban en un periódico, en palabras sencillas de un maestro, un gobernante, el dueño del ultramarino. Respuestas verdaderas que quizás ni recordamos, entre tanta información desinformada. Hoy las busco en pantallas de quince o diecisiete pulgadas, tecleando las letras y jugando al ratón y al gato con la información digitalizada. ¿Y quién me dice que no me quieren engañar, que la verdad se transmite inmunizada, sin los virus sistemáticos y los de peor calaña? Y aquí estoy, queriendo desatascar el vacío colmado de tantas nulidades y dejar espacio a la esperanza, con estas manos cansadas que siguen preguntando sin esperar nada.

¿DE CHIRIPA?

Un interesante artículo firmado por Ángela Boto, aparecido el El País Semanal y titulado Corazonadas inteligentes, hace referencia al libro de Malcolm Galdwell, Inteligencia intuitiva, en el que el autor procura demostrar que los humanos contamos con un inconsciente adaptativo, rico en información que nos da la capacidad de intuir, de tener corazonadas certeras, y condiciona el comportamiento para obrar en consecuencia. La diferencia entre aquellos que obran según su intuición, con resultados exitosos, y los que no, estriba en que los primeros escuchan y cultivan su inconsciente adaptativo, mientras que el resto dejamos que el razonamiento, los prejuicios o los miedos lo aprisione.

Este fenómeno me ha hecho traer a la memoria otro que, a mi parecer, se relaciona con el de la inteligencia intuitiva, y es el llamado Serendipia, esto es, el descubrimiento accidental de cosas no buscadas, pero en el que también la sagacidad del "descubridor accidentado" cobra relevancia. Todos conocemos de sobra la leyenda sobre Arquímedes, que, bañándose, descubrió "por accidente" el famoso Principio que lleva su nombre, acompañado de su no menos famoso grito de "Eureka", al descubrir que el volumen de agua desplazado al él sumergirse en la bañera, era el mismo que el de su cuerpo sumergido. Todos los que han descubierto o inventado cosas gracias al "azar" han sido, y son, científicos u hombres de mente preclara, hombres curiosos, creativos, innovadores y buscadores de respuestas: Pasteur, Newton (Ley de la Gravitación Universal), Lippershey (el telescopio), Fleming (penicilina), Daguerre (el daguerrotipo), Einstein (parte de su Teoría de la Relatividad), y un largo etcétera. Si no fuera por su perseverancia, por su espíritu sagaz y de búsqueda, su capacidad de utilizar la analogía inusual; si no hubieran descartado prejuicios y temores, no hubieran logrado ni descubrimiento ni invención alguna. Como con el fenómeno de la inteligencia intuitiva, vemos que solo aquellos que saben cultivar tanto su consciente como su inconsciente, que dan rienda suelta a su imaginación ("La imaginación es más importante que el conocimiento" -Einstein) reciben de "regalo" corazonadas o intuiciones exitosas, para beneficio del resto de la Humanidad. Bien observó Louis Pasteur: "En los campos de la observación, el azar favorece sólo a la mente preparada".

Como el título lo indica, existe en español el término chiripa, que es el que más se asemeja a la terminología inglesa *serendipity*, para referirse a la intervención del azar en un descubrimiento casual o por accidente.

Sin embargo, chiripa se utiliza más para cualquier suerte o casualidad favorable, sin relacionarlo directamente con algún acontecimiento de trascendencia científica y proviene, según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, del juego del billar. Por tanto, quizás sería más apropiado españolizar el término inglés, que tiene también un curioso origen: Existe un cuento anónimo titulado Los Tres Príncipes de Serendip, en el que dichos príncipes, en el transcurso de sus viajes, lograban solucionar problemas y hacer descubrimientos por accidente y agudeza; cada problema solucionado les daba pie a nuevos interrogantes y nuevos descubrimientos de mayor complejidad. En 1754 Horace Walpole, impresionado por este relato, acuñó el término serendipity para dicho fenómeno, que en castellano traducimos como serendipia.

Además de los afamados casos conocidos de grandes científicos que le deben mucho al azar (y a su agudeza mental) en algunos de sus descubrimientos o invenciones, también tenemos otros quizás no tan notorios, pero igualmente relevantes, como es el caso del "Post-It" (las notas autoadhesivas, que "gracias" a un experimento en busca de un mejor pegamento que terminó en fracaso, sus descubridores supieron darle a dicho pegamento el uso apropiado que hoy tiene). Otro curioso descubrimiento, anterior en el tiempo, y que debe mucho al azar, es el del celuloide (descubierto por J. W. Hyatt, quien al buscar un material sucedáneo al marfil para fabricar bolas de billar, al cortarse cogió del botiquín colodión -nitrato de celulosa disuelto en éter y alcohol- que, accidentalmente volcó sobre una mezcla de serrín y papel, y así inventó el celuloide.

A mi parecer los más sorprendentes casos de la casualidad, que no sé si englobarlos también dentro del término de serendipia (algunos así lo hacen) se encuentran en la imaginación literaria: de todos es conocido que de la mente de Julio Verne salieron relatos de ciencia-ficción que, con el tiempo, se fueron asemejando a la realidad (o viceversa). En Los viajes de Gulliver (1726) el autor, J. Swift, detalla dos satélites naturales de Marte, "Miedo" y "Terror", productos de su invención, que con el tiempo se descubrieron como reales, y muy parecidos a la descripción que de ellos hizo Swift. O el relato de E. A. Poe, que en 1850 describe un naufragio cerca de las Islas Malvinas, en la que cuatro náufragos se sortean a ver quién será la víctima que servirá de alimento a los tres restantes, y la "suerte" recae sobre el grumete Richard Parker. La realidad volvió a hacer de las suyas cuando en 1884 una goleta naufragó en las cercanías de islas Sándwich, y sus cuatro supervivientes echaron a suerte quién serviría de alimento para el resto, y como en el relato de Poe, la suerte cayó sobre el grumete también llamado Richard Parker. ¿Premonición, serendipia o jugarretas del destino?

Fin de esta edición, abril 2018.
Madrid, España.